

# Walter Garib

## El viajero de la alfombra mágica





BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Chilena



9M (107-30)

C: 9

9309566

Biblioteca Nacional



1603695

Walter Garib, nació en Requínoa-Chile, en lo que fue la antigua provincia de Colchagua.

Ha publicado trece novelas y tres libros de cuentos.

Figura en cinco antologías de cuentos. Su obra editada en Chile, Francia, Italia y México, ha sido traducida al francés e italiano.

Como pintor ha participado en tres salones de escritores pintores, organizados por la sociedad de Escritores de Chile.

EL VIAJERO DE LA ALFOMBRA  
MÁGICA

WALTER GARIB

© El Viajero de la Alfombra Mágica.

Walter Garib

Reg. Prop. Intelectual N° 79934

ISBN: 978-956-8660-01-7

Primera Edición: Editorial Fertil Provincia Septiembre 1991.

Segunda Edición: Editorial Fertil Provincia Noviembre 1991.

Primera Edición: Editorial ALKITAB Agosto 2008.

Tiraje: 1000 ejemplares.

Diseño de Portada. [www.frutvisual.cl](http://www.frutvisual.cl)

Diamagración de textos: [www.frutvisual.cl](http://www.frutvisual.cl)

Imagen portada: Cortesía de © Lenka Chelén Franulic,  
“Sueños de un inmigrante”.

© Editorial Alkitab.

Av. Providencia 2653 Loc. 21.

Fono: (562) 2327360 – Fax (562) 2322956

[libros@novaterrae.com](mailto:libros@novaterrae.com)

Impreso en Editorial Valente Ltda.

Santiago de Chile.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este texto sin previa autorización del autor o los editores.

*A mis abuelos, cuyas estirpes no  
serán deshonradas al amanecer.*

Amanecía en Santiago. Desmoronado en el sillón de cuero de su biblioteca, mientras observaba la lluvia desmadejada de octubre golpear los cristales del ventanal —como llamando al pasado— Bachir Magdalani se puso a recordar aquellos lejanos días de su niñez. Se veía junto a sus hermanos escuchando a su abuelo Aziz Magdalani, quien les narraba entre infinidad de cuentos de Las Mil y Una Noches, el de la alfombra mágica. El ruido de la lluvia primaveral, una estridencia líquida, se le antojó las pretéritas voces de estupor de la concurrencia infantil, la cual se mostraba en extremo asombrada que el abuelo se hubiese venido desde Palestina, volando en una alfombra. Ese amanecer lluvioso de octubre, que empezaba a difuminarse como un dibujo a tinta china sumergido en aguarrás, lo invadía todo como un brutal epílogo a la mayor humillación de su vida, nada de breve.

Repasar cada uno de los acontecimientos de la noche

anterior, le punzaba la mente con un dolor sostenido. Si su mansión hubiese sido arrasada por un incendio, habría sido más soportable, porque el fuego purifica todo. Pero la vandálica destrucción llevada a cabo por los asistentes a la fiesta de sus hijas Penélope del Pilar y Andrea, lo tenía sumido en un estado de estupor que le impedía reaccionar. La inocente fiesta de estreno en sociedad de sus hijas —¿Existe la inocencia? se preguntaba Bachir Magdalani— había empezado a desarrollarse sin el menor indicio que permitiera sospechar lo que vendría, que en una o dos horas más su mansión de la calle Las Lilas —adquirida hacía unos años a los herederos de un terrateniente de Cautín— sufriría la más vergonzosa de las afrentas, a manos de un grupo de atildados señoritos de la alta sociedad chilena.

Bachir Magdalani no recordaba si los desmanes se habían iniciado en el primero o en el segundo piso de su mansión, atiborrada de objetos exóticos, construida a imitación de un pequeño palacio Tudor. El arquitecto criollo, de seguro para satisfacer la confusa inclinación por lo europeo del terrateniente, debió introducir modificaciones en la fachada —cuyos pilares parecían ahora columnas griegas— y agregar sobre las puertas y ventanas adornos ojivales. Al escuchar el grito de auxilio de su hija Andrea, cuando vio el piso del baño cubierto de mierda, subió las escaleras de mármol de cuatro zancadas, esas mismas escaleras donde el antiguo dueño se había desnucado al rodar borracho como un dios vencido de la mitología. Meses después, él adquiriría la mansión, junto con una parte del mobiliario y una cría de faisanes dorados que el difunto terrateniente hacía guisar para sus memorables festines.

Una vez que el frenesí destructor se hubo desatado, como obedeciendo a una conjura previa, la desenfrenada horda fue asolando cuanto se interponía a su paso, hasta llegar a

la intimidad de su alcoba, a su sagrada cama de bronce, un catre lusitano del siglo XVIII donde durmieron próceres, venerables jueces y el propio virrey del Perú. Encima de la primorosa colcha de hilo, tejida a crochet por monjas del Convento de la Inmaculada Concepción de Ñuñoa, los infames habían evacuado una enorme plasta, profanando el hecho de que su devota esposa Estrella la había mandado a confeccionar para cumplir una solemne promesa.

No satisfechos, los desalmados habían orinado sobre dos sillas isabelinas, en cuyo tapiz rosa pálido aparecían las inconfundibles manchas del ultraje. “¡Qué fiesta!”, reflexionó Bachir Magdalani, mientras sus ojos recorrían los libros destruidos y desparramados por el suelo, todos ellos comprados según las sugerencias de una revista femenina, y que ni Estrella, ni sus hijas Penélope del Pilar y Andrea, ni él mismo, se habían dignado abrir para leer al menos la primera página. Con la actitud ampulosa propia del mercader que de golpe alcanza la prosperidad, entregó la lista de los libros a un empleado de sus empresas y le ordenó que los fuese a comprar a las más selectas librerías de Santiago. De eso hacía algunos años, y los libros quedaron fuera de moda para el gusto ostentoso de Bachir, así que los hizo retirar de las estanterías de alerce, para reemplazarlos por otros de los últimos autores en boga.

Bachir Magdalani intentó dormir, o al menos juntar los párpados, tratando de imaginar que esa noche había sido un mal sueño, o una de las tantas aventuras apasionadas de su legendario abuelo Aziz. Pero las imágenes del vandalismo seguían pasando ante sus ojos como una vieja película muda, pues no había sitio en su mansión de la avenida Las Lilas que se hubiese librado de la agresión; los baños habían sido obstruidos y los inodoros con toallas para provocar inundaciones de agua mezclada con excrementos; los tubos

de pasta dentífrica habían sido vaciados, el jabón triturado en trozos y esparcido por el suelo, los cepillos de dientes quebrados y las cerdas cortadas en pedacitos minúsculos, las cortinas de baño agujereadas con quemaduras de cigarrillos; a los peines se les habían arrancado los dientes, y los frascos de colonia desbordaban de agua fecal. Alguien, en el colmo de la desfachatez, se había limpiado el culo con una provisión completa de toallitas de maquillaje. Para completar, en la bañera aparecía un vómito solferino donde se veían nadar algunas de las exquisiteces que esa memorable noche habían ofrecido Bachir Magdalani y su esposa Estrella Melkonian a sus invitados.

Amanecía. Bachir Magdalani se mordió los labios y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón de cuero; quiso llorar, pero la rabia le impedía alcanzar ese alivio, aunque el recuerdo de los cuentos árabes del abuelo Aziz le proporcionaba la rara sensación de que volvía a ser un niño, deslumbrado por la fantasía de las historias.

¡Qué fiesta! En cada dependencia de su mansión, adquirida por un precio desproporcionado, estaban las huellas infamantes. Momentos atrás había revisado el comedor en compañía de Estrella y el mayordomo, comprobando la desaparición de quince cubiertos de plata Camusso, dos alcuza de plaqué, varias figuras de marfil, ceniceros de cristal de Bohemia, objetos comprados en el remate del menaje de casa de la familia Lyon—Peñaloza, luego de una puja memorable contra un banquero. Se sobresaltó al comprobar que también faltaban algunos cuadros: unas rosas de Juan Francisco González, un paisaje —al parecer falsificado— de Arturo Gordon, un primitivo de Lenka Chelén Franulic y un Serapio Albornoz —amigo de sus hijas—; pero lo que ocurría en este caso era que las niñas los habían trasladado a una salita, donde los invitados

podrían admirarlos desde ángulos más favorables.

Estrella, sacudida por sollozos entrecortados, recogía del suelo restos de loza quebrada, pedazos de canapés, mondadientes y huesos de aceituna. Ella se había opuesto a la fiesta en un comienzo, pero Bachir y las propias niñas se afanaron por convencerla, y como tenía débil el carácter, al fin accedió. No se trataba de dinero; lo había en abundancia, por sacos. Bachir se había transformado en tiempo breve poco menos que en un rey Midas. Asociado desde hacía varios años con su hermano Chucre, poseían al presente una empresa minera dedicada a explotar yacimientos de oro y plata, un criadero de caballos fina sangre y una casa mayorista, importadora de productos textiles y corsetería, actividad que los identificaba mejor entre los comerciantes árabes.

Lejos se perfilaba el tiempo en que los Magdalani compartían con otra familia de palestinos una casuca en los cerros de Valparaíso, junto a una quebrada a cuyo fondo iba a caer, salvándose por milagro la pequeña Miriam Magdalani. Aún más distante se perfilaba el día en que Chafik, el padre de Bachir, luego de haberse arruinado en Iquique, llegó a Valparaíso, donde se puso a vender baratijas recorriendo los muelles y sectores pobres de la ciudad. Y más allá, en su amanecer de inmigrante, estaba el momento en que Aziz Magdalani, padre de Chafik, arribó a Buenos Aires en un barco italiano, si bien sus hijos y nietos creían que lo había hecho en una alfombra mágica de tamaño descomunal, que acostumbraba a mantener oculta en el entretecho de la tienda.

Con algo así como doce libras esterlinas, Aziz probó suerte durante unos meses en Buenos Aires, y luego se marchó a Paraguay, donde se amancebó con una nativa, a la que sedujo a orillas de un río. Debió aguardar cinco

años para que los parientes de Palestina le enviaran una novia de apenas quince. De esa unión, armada a la usanza de su pueblo, nacieron Chafik, Said, Amín y dos niñas. Said y Amín nacieron y murieron en Bolivia, donde desparramaron sus simientes agridulces, luego de ensanchar el horizonte de sus interminables caminatas.

Bachir Magdalani se restregó los ojos al recibir la luz cruda desde una ventana que tenía al frente. Hacía rato que Estrella deambulaba por la casa revisando los daños causados por los invitados, esa maldita gente seleccionada con tanto escrúpulo, que al comienzo había hecho gala de un comportamiento gentil y de los más finos modales para después ensañarse en inauditas groserías. Tanto Penélope del Pilar como Andrea habían seleccionado a jóvenes de los mejores apellidos, casi la mitad sacados de la Guía de Teléfonos, desechando a sus amigos habituales; su estreno en sociedad debía congregiar sólo a lo más selecto de la aristocracia santiaguina.

Desganada, Estrella cogió un florero de Galle y lo puso en su lugar; dentro de él había colillas de cigarrillos, escupos, restos de comida y servilletas, bordadas también por las monjas del Convento de la Inmaculada Concepción de Ñuñoa. “No creo que los daños sean muchos”, le había dicho Bachir, pero ella contemplaba desolada la infinidad de cosas quebradas, destruidas, escupidas, ensuciadas por esa gente que presumía de la más alta educación. “¿Por qué?”, exclamó, y cabizbaja marchó a la cocina, acaso el único sitio donde el grado de devastación se mostraba menos severo.

Con los cucharones en alto, las cocineras y pinches habían logrado ahuyentar a los jóvenes cuando éstos trataron de arrojar las ollas al suelo y volcar los frascos desde las estanterías. Una de las cocineras golpeó en la cabeza a un joven rubio de pelo lacio y mirada tierna, pero el agredido

no se inmutó, a causa de una borrachera de señorito. A punto de coger la pechuga de un faisán, las piernas le fallaron y cayó de bruces encima de una mesa cubierta de platos con torta de merengue, bañada en salsa de lúcuma.

La servidumbre, después de limpiar y ordenar un poco, se había retirado a sus aposentos, situados en el ala sur de la casa. Sólo Bachir y Estrella permanecían en pie. Penélope del Pilar y Andrea dormían en sus alcobas, luego de retirar las inmundicias, limpiar las camas, ventilarlas y cambiar las sábanas. Como no estaban habituadas a esos menesteres domésticos, gemían hasta el llanto y se culpaban airadas de haber invitado a este o aquel amigo.

Bachir Magdalani se palpó la frente como si le doliera y cerró los ojos, mientras por su cerebro alterado cruzaba una idea maldita: ¿Y si los mandrines hubiesen violado a sus hijas? Todo habría sido posible esa noche, quizás la peor de su existencia, peor incluso que aquéllas en que Chafik Magdalani, su padre, agonizaba y junto a él la familia aguardaba en silencio el deceso. Una semana y más agonizó Chafik, y durante ese tiempo lo único que hizo fue hablar de su padre Aziz, acaso el mejor narrador de cuentos de la tierra; de sus hermanos Said, Amín, Nadia y Jazmín; del destino de su madrastra, a quien todos llamaban la Nativa Guaraní, pues no podían pronunciar su nombre Yvotyropea que significa, pétalos de flor; de Afife, su joven madre, que murió de un mal parto; y de Soraya, su tierna y dulce cuñada, quien era la única de la familia capaz de calmarle la ira.

En silencio, Estrella se introdujo a la biblioteca. Ahí se enfrentó a su retrato al óleo (había sido retirado del salón el día anterior), hecho por Manuel Gómez Hassán. El pintor, abrumado por las súplicas de la mujer, no tuvo escapatoria, y pese a que desparramaba su talento en paisajes, marinas

y desnudos ocasionales, se doblegó a las exigencias de Estrella Melkonian. Retratada de cuerpo entero, la mujer aparecía sentada en un sillón estilo Renacimiento español, mientras observaba un punto lejano y recordaba el pasado brumoso de su familia, quizás el instante en que su padre le dio una bofetada sonora, porque se negaba a casarse con un Magdalani.

Su madre, en un rincón de la sala, gemía y prometía a la hija hacerle un matrimonio esplendoroso, de campanillas, que dejaría a todos los armenios y árabes con la boca abierta. Nunca antes Estrella, al enfrentarse al cuadro, había sentido su propia mirada más triste, el rictus de la boca moldeada de dudas, toda la expresión de su rostro cruzada por sombras, ajena a la felicidad que ella quiso demostrar ante el artista. Pero éste penetró en su intimidad y la desnudó, aunque Estrella, cuando vio concluido el cuadro, se mostró satisfecha, creyendo haber engañado al pintor; un engaño más, como el que arrastraba desde el mismo día de su himeneo, al besar en los labios a Bachir y decirle luego al oído que siempre lo había amado.

Durante largos instantes se quedó contemplando el retrato, la expresión oculta de sí misma, y por primera vez lo odió. Manuel Gómez Hassán la había descubierto al penetrar su mirada pétrea y desbaratar su arrogancia, su modo displicente de tratar a quienes sabía situados en un escalón social más bajo que el suyo. Se aproximó por detrás del sillón donde estaba su marido y le puso las manos sobre los hombros. Bachir Magdalani continuó entregado a sus divagaciones en medio de su ira, a recordar las fechas cruciales de su familia, el día en que su hermano Chucre perdió en el casino de Viña del Mar una suma suculenta y, agobiado por lo que podía acontecer, intentó suicidarse con somníferos para no afrontar las reprimendas de Chafik

Magdalani, su padre.

Pese al intento de suicidio frustrado, Chafik insultó a Chucre, hasta el punto de impulsarlo a alejarse de la casa paterna e irse a vivir a un hotel por algunas semanas, hasta que su madre, en sucesivas visitas, lo persuadió a que regresara. Chucre volvería a jugar en los hipódromos y algunos garitos de Santiago en forma más controlada pero igual de irresponsable; a menudo debía recurrir a prestamistas, o hurtaba de la casa paterna objetos de arte, que malvendía a los anticuarios.

Cuando advirtió Bachir Magdalani que los invitados de sus hijas empezaban a cometer desmanes, a destruir cuanto hallaban a su alcance, y que la suciedad desparramada en el baño era obra de ellos, llamó por teléfono a Chucre en vez de hacerlo a la policía, movido por el ascendiente que su hermano mayor ejercía sobre él. Quizá podría acudir para ayudarle a controlar a los desalmados, quienes parecían empeñados en demoler la casa hasta los cimientos, en arrasar los jardines diseñados por el japonés Yoshimi Yamada y la piscina cubierta de plantas acuáticas, en especial decorada para la fiesta de estreno en sociedad.

Aunque Chucre ya no era el díscolo de otros años —estaba casado con Marisol Libermann, descendiente de alemanes calvinistas, algunas de cuyas encantadoras manías eran hacer limpiar la casa tres y más veces al día, y colmarla de antigüedades de una cursilería empalagosa— había viajado a Viña del Mar esa misma noche en compañía de su mujer, a jugar bacarat. No quiso ir a la fiesta de sus sobrinas, porque la consideraba un puro alarde de fanfarronería social. Bachir sintió el peso del desamparo al saber la ausencia de su hermano, e intuyó que nadie iba a acudir en su ayuda si en un arranque desesperado se le ocurría convocar a todos sus amigos. Llamar a la policía significaba dar inicio a un

escándalo social, a que la prensa informara al día siguiente, con titulares destacados, cuanto había sucedido esa noche en la mansión de los Magdalani.

Pasado unos segundos, Bachir se percató de la presencia de Estrella, que aún mantenía sus manos sobre los hombros de él, mientras miraba de reojo su retrato, iluminado a todas horas del día. Así, se advertía a la servidumbre y a quienes llegaban al salón o a la biblioteca, que la señora estuviera o no en la casa, permanecía ahí alerta, mirando cuanto acontecía. Estrella se agachó para recoger un libro cuyas tapas habían sido arrancadas de cuajo, no porque le importase su contenido sino porque, a pesar de todo, iba a servir para encender la chimenea. Ella consideraba que los libros constituían meros adornos, y cuando se destruían por acción de la servidumbre o por hechos fortuitos, veía el modo de continuar utilizándolos, movida por el recuerdo y la costumbre adquirida en sus días de pobreza, luego de la súbita ruina de su padre.

Al acercarse a la chimenea para arrojarlo al hogar, descubrió que alguien, acaso de un navajazo, había rajado la tela de su retrato a la altura del vientre. Retrocedió como si fuesen a quemarle la cara con un hierro al rojo, abrió la boca fatigada de lamentarse y empezó a recorrer el cuadro en semicírculo, mirándolo desde ángulos distintos. Cuando Bachir le propuso regalarle un retrato al óleo, ella se asustó al principio, aunque empezó a buscar a un pintor famoso, alguien que la retratara mejor de como era, que eliminara los defectos, el exceso de papo, la frente un tanto amplia, el color demasiado rojo de las mejillas. A Estrella le hablaron del maestro García-Pedrerros, un viejo pintor que había retratado a lo mejor de la sociedad chilena; pero el artista bebía en exceso y no siempre tenía el pulso firme para pintar con la precisión que requería un retrato. Después

le hablaron de Manuel Gómez Hassán, un joven pintor que comenzaba a destacarse y que, por lo mismo, no haría demasiadas exigencias económicas.

Mirando con vaguedad a su mujer a través del salón, iluminado por un crepúsculo en el que persistía la amenaza de la lluvia, Bachir recordó el día en que su padre lo llamó a su lecho de enfermo. Quería preguntarle si iba a desposar por fin a Estrella, hija de un armenio nacido en Siria, al que había conocido en Iquique y con el cual se había asociado en Santiago después de arruinarse ambos en el norte. En esa ocasión, Bachir respondió vaguedades. Dijo que Estrella era una joven inteligente, bonita, pero que, si bien la visitaba a menudo, no creía oportuno hablar aún de casamiento.

Por esa época Bachir frecuentaba la casa de los Ramírez, un matrimonio que vivía al frente de la suya, en la avenida Perú. Los Ramírez tenían una hija que bailaba español en las fiestas de caridad, tocaba guitarra y aceptaba que Bachir la tocara a ella cuando ambos jóvenes quedaban solos en una buhardilla que daba al cerro San Cristóbal. Hacia ahí escapaba el enamorado, si los padres de Hortensia Ramírez llegaban de improviso desde el Mercado Central, donde tenían un pequeño almacén de abarrotes.

Aunque sabía a pie juntillas que su padre se iba a oponer (Bachir Magdalani en más de una ocasión pensó casarse con Hortensia), de todas maneras le hablaba a la joven de matrimonio, asunto que debía materializarse en breve o cuando lograra establecerse con su propia tienda. Hortensia aceptaba las promesas y se dejaba engatusar, hasta que un día se aburrió de oír mañana o pasado nos casamos y, sin advertir a Bachir, se unió a otro: un profesor de matemáticas de aspecto fantasmal que durante las noches se paseaba por la avenida Perú leyendo un libro de tapas gruesas y negras, que resultó ser una antología de cuentos de terror. Dos

meses después, Bachir se casaba con Estrella, luego de un noviazgo veloz en el que los más sorprendidos de la prisa eran ellos mismos, aunque las familias de ambos lo venían planificando desde hacía años.

“¿Y por qué Chucre no se casa aún?”, preguntó Chafik a su hijo Bachir, en el momento en que lo abrazaba luego de la ceremonia religiosa. Bachir nada dijo: sabía que su hermano Chucre había desposado en secreto a Marisol Libermann, quien en una época había trabajado de secretaria en la tienda de la familia, situada en la calle Rosas, donde los Magdalani vendían baratijas, palillos para tejer, pasamanerías, agujas alemanas y canutillos de hilos de colores para bordar. “Se equivoca tu hermano si piensa que voy a aceptar que permanezca soltero un año más; por ser el mayor, tendría que haberse casado antes que tú”, concluyó Chafik mientras besaba a su hijo en las mejillas. Bachir sintió el golpe del reproche en el vientre, como si él hubiere cometido la insensatez de casarse contra la voluntad familiar y, por añadidura, a escondidas.

Chafik lo abrazó y le prometió que si tenía un hijo varón dentro de un año, le regalaría una casa y le aumentaría su porcentaje de participación como socio de la tienda. Veía en Bachir a un hijo sumiso y en Chucre a un libertino contumaz, nada inclinado a cimentar la tradición mercantil de los Magdalani. En más de una ocasión el viejo Magdalani debió pagarle cuentas de boîtes y deudas contraídas con prestamistas; pero se trataba de su hijo mayor, el continuador del apellido, el que a través del tiempo debía asumir la jefatura de la familia. Si prometía a Bachir esas ventajas, acaso lo hacía para incentivar a Chucre, quien, casado y todo, seguía viviendo junto a sus padres. Ignorante de ese matrimonio, Yamile, la madre, continuaba aconsejando a su hijo mayor que viajara a Palestina a buscar una buena

esposa, lo que de seguro complacería a Chafik.

Si bien éste sentía apego por las tradiciones, y vibraba con los acontecimientos que se vivían en Palestina, al repudiar la inminente partición del país por las Naciones Unidas, a Bachir no le producía el mínimo sentimiento de inquietud. ¿Importaba en algo a su familia que millones de judíos de diversas nacionalidades fuesen a usurpar la tierra que nos les pertenecía, si él y sus hijas habían nacido en América? Aquel despojo no le atañía, ni siquiera lo hacía pensar en la tragedia que por infinidad de años se iba a desencadenar sobre los legítimos habitantes de Palestina.

Estrella Melkonian, extendiendo sus dedos regordetes y alhajados, palpó su retrato, la rajadura en el vientre, como si fuese una cesárea ignominiosa, y sintió ganas de llorar, de golpear el cuadro con el atizador de la chimenea hasta hacerlo añicos. Si el retrato no la representaba a ella —buscó rápido ese consuelo—, acaso lo sucedido era mejor. El tal Gómez Hassán no había hecho otra cosa que descorder el velo de su rostro, siempre dispuesto a falsear la realidad.

¿Y si le llevaba el cuadro a Gómez Hassán para que lo restaurara? Bien recordaba que cuando posaba sentía la mirada ardiente del joven, su respiración entrecortada, sobre todo cuando ella se aligeraba de ropas para acceder a las peticiones del pintor, concentrado en su trabajo. ¿De verdad era así? Sus ojos la traspasaban, confidenciaba Estrella a sus amigas cuando refería las horas que debía posar, las largas sesiones durante las cuales permanecía quietecita, aunque de vez en cuando Manuel Gómez Hassán le permitía fumar sus cigarrillos de tabaco rubio, o leer un libro de la biblioteca del artista. Ella apenas si los hojeaba, buscando escenas de amor donde la pareja se besara en la boca con ternura, ajena a las relaciones carnales, sólo besos candorosos; pero esas escenas no estaban presentes en los

libros del pintor —más bien en ellos se hablaba de pasiones descarnadas—; entonces los abandonaba sobre la silla con un dejo de fastidio. Luego, fumaba. ¿Y si Manuel Gómez Hassán le hacía proposiciones?

Cierta vez Estrella lo vio agitado, de un humor agrio; apenas si la miró mientras la pintaba. “Manuel, ¿es usted casado o tiene novia?” Gómez Hassán la observó como quien va a reprender a un niño pesado, y dijo: “Soy soltero y sin novia”. Ese modo lacónico y frío la sorprendió aún más. “Se me ocurre que ustedes los artistas deben tener toda clase de aventuras con mujeres, ¿o me equivoco?”, prosiguió, empeñada en bucear en las intimidades del pintor. Éste retiró los ojos de la tela y se quedó mirándola como si buscara algún rasgo nuevo en su rostro, una luminosidad inadvertida, un gesto íntimo. “Lo que usted dice, señora Estrella, es sólo fantasía”.

Cuando Estrella apareció en el taller de Gómez Hassán una semana después de la fiesta, acompañada de su chofer, quien cargaba el retrato rajado, el artista pintaba a una mujer desnuda. Esa escena hizo pensar a Estrella que se trataba de su amante o de una de esas prostitutas de cierto rango que veía en los hipódromos o en las salas de juego del casino de Viña del Mar, cuando ella y Bachir frecuentaban esos sitios para desvanecer el tedio.

“Ya es de día, mi amor”, le dijo Estrella a Bachir, mientras el rostro del hombre adquiría una tonalidad amarilla de enfermo. Ambos se miraron como si fuesen dos extraños. Estrella, parada junto a su retrato, parecía una modelo barata, pagada por horas a un precio vil; en su amplia frente estaban los signos inconfundibles de su desazón, de una angustia que manifestaba con timidez, como el día en que sus padres le advirtieron de la necesidad de casarse con un Magdalani.

Bachir contempló a su mujer y la imaginó como Hortensia Ramírez, diciéndole lo mismo: que ya era de día, después de pasar con él, por primera vez, una noche de amor. Estrella ignoraba los secretos de la alcoba; más bien le gustaba ceñirse a los modelos femeninos descritos en los libros piadosos, y que las monjas le habían inculcado en las clases de religión. En cambio, Hortensia desbordaba de encendida pasión, como si fuera una amante de larga trayectoria. “Conviene a ambas familias tu matrimonio con Estrella”, le dijo Chafik en forma seca cuando Bachir manifestó deseos de aguardar unos meses, o al menos de pensar mejor sobre un paso de esa magnitud.

Lejos se situaban los días de su adolescencia y juventud en Valparaíso, cuando él y su hermano Chucre ejercían de buhoneros durante las mañanas, en el muelle, vendiendo chucherías puestas en casillas en unas bandejas de madera que colgaban de sus cuellos, sujetas por correas de cuero. En las tardes frecuentaban los barrios pobres de los cerros Barón y Playa Ancha, y cuando anochecía, los prostíbulos de la calle Clave, en especial “Los 7 Espejos”, lugar donde lograban sus mejores ventas, porque a las rameras les seducía la apariencia de las baratijas, las cuales se echaban encima como si se tratara de joyas inapreciables.

Almorzaban a veces en la pensión de doña Sofía Mardones, una mujercita enjuta, algo madura, que a menudo invitaba a Chucre al interior de la casa, con el pretexto de mostrarle fotografías de su marido, un hombre al cual no veía desde hacía muchos años y que había huido con una cuñada a Australia; pero cuando Sofía Mardones lanzaba suspiros y besaba la fotografía de un modo descomedido, Chucre le acariciaba la cabeza, instante en que ambos rodaban por el suelo y se revolcaban sobre el piso de tablas, entregándose a una dicha jadeante.

Mientras Bachir contemplaba despavorido esa noche la devastación de su casa, su hermano Chucre se entregaba a las veleidades del juego en el casino de Viña del Mar. Contemplaba absorto las cartas desparramadas sobre el tapete verde de las mesas, las fichas en montoncitos, sin hacer caso del rostro agriado de Marisol, cada vez que el crupier retiraba sus posturas cuando perdía. Como nunca esa noche la suerte se mostraba esquiva.

Quizá en la ruleta, sugirió Marisol, les cambiaría la fortuna. Pero también allí el azar se les presentó desdeñoso, pese a que Chucre anotaba números en una tarjeta y hacía complicados cálculos. Ninguna de sus martingalas le resultaba. Para escapar del círculo de desaciertos, se encaminó al bar a beberse un whisky en compañía de Marisol, que insistía en permanecer un rato más en las salas de juego. Mientras bebían, Marisol le hablaba de coordinar el juego, de hacer posturas más elevadas para recuperarse, de seguir a los que ganaban, y su dedo señaló a una mujer de cabellera blanca que desde hacía rato acertaba todas las posturas.

Ajeno a las recomendaciones de su mujer, Chucre recordaba esos lejanos días de pobreza e infortunio, cuando vivían en los cerros de Valparaíso dedicados al oficio de buhonero y él accedía a los ruegos de Sofía Mardones, que lo doblaba en años, o se hacía desvirgar por una joven cabaretera que le enseñó los viejos secretos de la cama. ¿Existían aún la cabaretera rubia, Sofía Mardones y su pensión? Cuantas veces volvió después a Valparaíso, se negó a recorrer las calles y barrios de su adolescencia y juventud, a subir las empinadas callejas que conducían a los sectores pobres, donde de seguro estaban los de siempre, aquellos que fueron sus amigos y clientes, para no tener que enfrentarse a un pasado de privaciones.

Un día que debió ir al puerto a recibir un embarque de casimires ingleses, no pudo contenerse, y ansioso salió a recorrer Valparaíso. Conocía palmo a palmo la ciudad, sus rincones alegres, esquinas históricas y vericuetos, así que transitó por las calles retorcidas y empinadas como lo hacía cuando era un adolescente con su hermano Bachir, quien se entretenía recogiendo envases de cigarrillos del suelo para fabricar cinturones de papel, trenzando las cajetillas dobladas. Ascendió por la calle Aguayo hasta llegar a Domeyko. Allí se encontraba la pensión de doña Sofía Mardones, una casa de tablas y albañilería, de muros descascarados, en los cuales aún quedaban huellas de azul encima del blanco que fue su color primitivo por muchos años, acaso el mismo de cuando él y su hermano la frecuentaban. Sobre el dintel de la puerta principal, descuadrada por el uso, todavía permanecía el rótulo de latón, donde apenas se distinguía el nombre: “Pensión Doña Sofía”, escrito con letras de imprenta sombreadas; más abajo, la dirección, y en una esquina, las iniciales del pintor.

Más próximo al invierno que al verano, un sol pálido de otoño derramaba su claridad sobre la calle y parte de las viviendas que se alzaban al frente de la pensión. Dos perros vagos de distintas razas se olfateaban los genitales, mientras un niño pequeño de pelo chuzo, rostro redondo y labios amoratados, varilla en ristre acosaba a una cucaracha que pretendía en vano ponerse a salvo bajo unas piedras. De tanto importunar y golpear a la cucaracha, el niño concluyó por voltearla y dejarla patas arriba, en cuya posición el insecto parecía expresar todo su desamparo, pues agitaba las extremidades en un inútil empeño por recobrar su postura normal; entonces el rapaz la aplastó, haciendo girar el zapato. ¡Plaf!, sonó la cucaracha. Chucre

se aproximó a la entrada de la pensión y golpeó deprisa la puerta, como si la muerte del bicharraco le hubiese provocado repugnancia. Desde dentro de la casa se escuchó la voz gastada de una vieja que con lentitud se acercaba para abrir; venía refunfuñando porque la habían sacado de sus quehaceres.

Mientras la vieja reprendía al niño, el cual se introdujo a la casa por debajo del brazo de la mujer, Chucre se le aproximó para preguntarle si aún existía la pensión. Antes de responder, la vieja lo miró desconfiada; le parecía anormal que un caballero bien vestido, de modales corteses, pudiera parecer interesado en pernoctar o comer en una pensión de un barrio obrero. “Ya no hay pensión; ahora es una casa particular”, y remarcó la palabra particular, por si el extraño creía que se trataba de un prostíbulo o de un bar clandestino. “Y usted, señora, ¿podría indicarme qué ha sido de la dueña, doña Sofía Mardones?” La vieja abrió sus ojos pequeños y rugosos hasta el límite de sus posibilidades para decir: “Supongo que se habrá muerto”, y sin agregar más, cerró la puerta con suavidad, en su deseo de no parecer demasiado grosera. Adentro, el niño lanzó un grito, al recibir un coscorrón de la vieja como castigo por haber estado demasiado rato haraganeando afuera.

Chucre quedó solo en medio de la calle y el otoño, mientras los perros, dando saltos, se alejaban en persecuciones mutuas. Una brisa marina, impregnada de olor a sal y yodo, soplaba de manera intermitente. ¿Cuántas veces Sofía Mardones lo encerró en su pieza para mostrarle fotografías, su enorme álbum de tapas de cuero, los gemelos de oro de su marido, el anillo de casada y un prendedor rectangular de pedrería? Después del almuerzo, Bachir se entretenía en jugar a la rana o leer las revistas de doña Sofía, mientras ella y Chucre se desafiaban en la intimidad de la

alcoba, cubierta de nostalgias.

Amanecía. Bachir Magdalani se contempló las palmas de las manos, suaves como las mejillas de una adolescente, las uñas barnizadas con esmalte incoloro y la vellosidad tierna de las falanges. Ahora eran manos prósperas, que sólo manipulaban documentos mercantiles, no las ásperas y callosas manos del joven buhonero de Valparaíso. Se removió en el sillón de cuero y recordó aquella vez en que, al volver a su casa de madrugada, luego de pasar la noche con Hortensia Ramírez, encontró a su padre esperándolo como un espantable juez.

“O tomas por esposa a Estrella Melkonian, o te vas de la casa”. ¿Y si hubiese desafiado la orden paterna, en un acto de verdadera hombría? Chucre había desposado a escondidas a una mujer de costumbres sencillas, sin aspiraciones, aunque un tiempo estudió piano y de vez en cuando concurría a las exposiciones de pintura y a los conciertos de música del Teatro Municipal, para acompañar a su cuñada Estrella. Jorge, el mayor de sus hijos, había sido expulsado de la universidad por organizar una huelga que, de haber tenido acogida, pudo haber comprometido la estabilidad del ministerio. El segundo, Eric, se encerraba durante semanas en su laboratorio, dedicado a hacer experimentos y a mezclar cuantas sustancias químicas lograba reunir, como un moderno alquimista, si bien nunca logró resultados satisfactorios en su investigación, la cual nadie sabía hacia dónde estaba orientada; sí había conseguido hasta ahora un principio de incendio y tres explosiones de regular intensidad. En cuanto a Renata la menor, se había incorporado al movimiento feminista, a la defensa del pueblo palestino y a menudo se la veía entre un grupo de mujeres, que protestaban ante las puertas del Congreso Nacional.

“Han destruido nuestra casa”, se lamentó Estrella, mientras levantaba del suelo colillas aplastadas de cigarrillos, actitud reñida con sus principios de linajuda, pues el aseo debía realizarlo la servidumbre. Ese amanecer, a su pesar, se agachaba como cualquiera de sus sirvientes. Bachir la contempló al trasluz y quiso ver en ella a Hortensia Ramírez, de pie junto a la ventana de su habitación que daba al cerro San Cristóbal. Desnuda igual a un árbol sin hojas, entonaba un vals: el “Danubio Azul”, que le hacía evocar el azul de sus carnes cuando tenía frío y él la arrastraba a la cama, situada en un rincón de la buhardilla. Al comienzo, Bachir debía limitarse a ver bailar y tocar la guitarra a Hortensia, cuyas inclinaciones artísticas constituían apenas un pasatiempo, una manera de complacer a su madre, deseosa de ver algún día a su hija arriba de un escenario, y no condenada a terminar de almacenera.

Amanecía. Penélope del Pilar despertó agitada por una pesadilla maligna. En su cabecita, guiada por ideas de grandeza social, se alzaron ahora los recuerdos de la peor de las noches, del instante en que su pareja de baile le emporcó con un vómito el vestido floreado de seda natural, adquirido en Buenos Aires. El infeliz había bebido hasta comprometer el equilibrio, pero como se trataba de Luis Alberto Marfrío, ella aceptó su invitación a bailar. De pronto el aristócrata le propuso al oído que subieran a los dormitorios para que él pudiera reponerse mientras ella lo asistía, o quizás podrían dormir juntos. Pilar Magdalani hizo como que se ofendía; una señorita como ella debía hacer demostraciones de sentirse agraviada en tal situación. ¿O la educación recomendaba hacerse la tonta? Para no incomodar a Luis Alberto, aceptó salir a la terraza. Pero Marfrío insistía: podían ir juntos unos días a Reñaca, adonde quisiera. Sería una aventura magnífica, pronosticó,

y se puso a buscar el vaso de whisky, como si necesitase mayor audacia para continuar sus arremetidas. Penélope del Pilar reía, bailaba, se pegaba y despegaba del cuerpo del hombre en un juego de estímulos y enfriamientos, como para dudar de su candor. El joven le sobaba los muslos huidizos con los suyos, le acariciaba la espalda provocándole desconocidas excitaciones, cuando en eso el aire frío y la intemperie le ocasionaron el vómito fatal.

Al parecer, el histórico vómito de Luis Alberto fue la señal que desató la furia destructora de los invitados. Andrea Magdalani vio cómo Fabián Meneses quebraba un plato damasquino del siglo XVI, pero ella supuso que se trataba de un desgraciado accidente: el mismo sujeto, minutos después, quemaba con un cigarrillo un tapiz turco que representaba una mezquita; como si fuese un acto natural, fumaba y le hacía perforaciones al tapiz en tanto lo miraba con el interés de quien admira una obra de arte. Como Andrea mantenía los ojos fijos sobre el hechor, observó en detalle la destrucción del tapiz, el desparpajo del joven para hacerle agujeros en las ventanas del templo hasta dejarlo transformado en criba.

Andrea se aproximó a Fabián Meneses para sorprenderlo en flagrante y enrostrarle su bellaquería, inconcebible en una persona de su apellido. Cuando éste la vio venir, arrojó el cigarrillo dentro de un vaso de whisky y se quedó mirando hacia el cielo, lugar que iba a quedar constelado de salpicaduras y manchas de licor cuando, al concluir la orgía, Bachir Magdalani suplicó a los invitados que abandonaran su hogar, pues de lo contrario llamaría a la policía. Un hurra general recibió su imploración de amenaza. Los jóvenes alzaron sus vasos de whisky y, luego de beber un último sorbo, arrojaron el resto contra el cielo raso del comedor. Algunas jovencitas invitadas desaprobaron este

último exceso, pero nada dijeron delante de los Magdalani; esa familia de arribistas debía recibir una sanción moral, una clara demostración de repudio por su exacerbado afán trepador.

Todo comenzó el día en que un profesor de lenguas semitas, amigo de la familia, le dijo a Bachir que el apellido Magdalani no significaba nada en árabe, circunstancia que le permitía presumir su procedencia extranjera. A Bachir —luego de consultar un par de libracos sobre el tema— se le antojó que su apellido no era árabe. Que sus antepasados habían llegado a Palestina en alguna de las Cruzadas, quizás en la primera, que los Magdalani habían luchado junto a los nobles de Francia, destacándose por su valentía en Nicea y Tarso, y que el rey de Jerusalén, Godofredo de Bouillón, había concedido a un tal Ferdinand Magdalani, entre otros honores, el título de caballero. De esa peregrina historia Chucre se reía en privado, nunca delante de Bachir, para no matarle la ilusión de que de veras su familia poseía antecedentes de nobleza y, un apellido con clara ascendencia francesa o italiana.

Ese día que Bachir, a la hora de almuerzo, reveló a su mujer e hijas el resultado de su trivial investigación, las jóvenes se abrazaron y bailaron como si estuviesen ebrias, y airosas corrieron hacia el teléfono a hacer infinidad de llamadas a sus relaciones, para comunicarles la nueva. “¿Y si hacemos una publicación en el diario?”, sugirió Penélope del Pilar, quien se hacía llamar Pilar a secas, luego de descubrir que una tal Penélope había enredado su existencia a la de su bisabuelo Aziz.

Hacía tres años había muerto Chafik Magdalani, poco después que su esposa Yamile; de haber estado vivos y de sólo sospechar las ocurrencias tramposas de ese hijo fantaseador, habrían renegado de su progenitura. Nacido

en Cochabamba, Chafik sentía el viejo orgullo de un apellido limpio y de la condición de buhonero de Aziz, prestigio que para él debía conservarse intacto hasta el fin de la estirpe.

Chafik disfrutaba al hablar de su padre, del día aciago en que tuvo que huir de Paraguay al verse acusado de participar en un contrabando de armas y municiones, según la policía destinado a nativos revoltosos, tenaces opositores al gobierno del presidente Benigno Ferreyra. La verdad era otra. El árabe se había negado a pagar una coima agobiante a las autoridades policiales de Asunción, para que le permitieran vender en su canoa objetos de buhonería.

Refería que Aziz debió huir acompañado de Afife, su joven esposa, y de Yvotyropea la Nativa Guaraní, su leal concubina, a través del Pilcomayo hasta San Francisco y desde ahí hasta Cochabamba, soportando la hostilidad de la selva.

Meses después de haber nacido Chafik, asomó a la vida Said, enseguida, Amín y las dos mujeres, Nadia y Jazmín, esta última causante de que Afife muriera en el parto, mientras sus pensamientos anidaban lejos, en la Palestina de sus padres.

Al morir Afife, Aziz le entregó el cuidado de la parvada a la Nativa Guaraní, dedicada desde hacía mucho tiempo a ser una segunda madre. Ella les enseñó a hablar el guaraní, a amar las cosas sencillas, la selva de horizontes lejanos, el Chaco, a jugar con lanzas y flechas a los varones, como si fuesen guerreros guaraníes de verdad. En las noches, ella o Aziz, alrededor del mate, les referían cuentos de Las Mil y Una Noches, historias de califas, de caballos encantados, de aves gigantes que cruzaban los cielos y mares en menos de un día.

Penélope del Pilar, desde la misma fecha en que su

padre habló de su ascendencia italiana o francesa, empezó a cambiar de amistades y a desconocer a cuanto pariente no tuviese el apellido Magdalani, rehuendo, además, a los que lo tenían. Una mañana despertó como si en la noche la hubiesen coronado reina; llamó a la mucama y le dijo que le ayudara a calzarse las pantuflas y a ponerse la bata de seda. “Magdalani, Magdalani, Magdalani”: qué bello sonaba su apellido. Se sentó frente al tocador, rebotante de ideas destinadas a cambiar su existencia por una más acorde a los modelos de la sociedad a la cual soñaba incorporarse. Sabía que más de alguien iba a indagar a fondo sobre el origen de su familia. Habría que disipar dudas, responder a interrogantes legítimos. Entonces, creó su propia versión, que se iniciaba a partir de la información de su padre.

30 En la biblioteca, a la que entraba sólo raras veces para admirar el efecto decorativo de la empastadura de los libros, encontró un mapa de Italia editado por Rand McNally, y sus ojos se clavaron en el norte, en Lombardía, nombre que le recordaba un suceso, aunque ignoraba de que se trataba. Después se fijó en la ciudad de Mantua. Algo sabía sobre un duque de Mantua, personaje que le parecía protagonista de un lance amoroso en una novela. A partir de estos antecedentes, elaboró un árbol genealógico de estructura complicadísima, donde sus antepasados estaban emparentados con más de algún Papa, con escritores y pintores del Renacimiento.

Andrea, a su vez, urdió otra historia igual de portentosa. Cuando iba a comer donde amigos, en las fiestas a que asistía, en la peluquería o donde la modista, comentaba que un tatarabuelo suyo había sido consejero del rey de Italia, Víctor Manuel II. Y que Cavour se alojaba a menudo en casa de sus parientes, circunstancia que lo llevó a enamorarse de una Magdalani, cuya belleza casi trastorna

al político. Al final, la Magdalani de la historia se casó con un príncipe húngaro, quien pudo llegar a ser rey de su país si no hubiese muerto en una epidemia de cólera en el norte de África, adonde llevaba de preferencia a pasear en velero a su joven y bella esposa.

Ni a Chucre ni a Marisol les complacía la conducta de Bachir, su afán antojadizo de buscar ascendientes italianos o franceses, como si fuese vergonzoso ser descendiente de árabes; pese a todo, se callaban y preferían mantenerse ajenos a los devaneos sociales de Bachir y sus hijas, acaso estas últimas las más decididas a cambiar sus relaciones sociales, a borrar de una plumada todo vestigio que las pudiese vincular a inmigrantes pobres, analfabetos, en su mayoría provenientes de los campos. El bisabuelo de las jóvenes, Aziz Magdalani, no sabía leer ni escribir, aunque para él eso no constituía impedimento serio; tenía la capacidad maravillosa para hacer cálculos matemáticos, discernía por intuición las buenas y las malas noticias cuando le escribían desde Palestina y, a menudo, se valía de la triquiñuela de hacer leer a otros cuanto le interesaba, pretextando que se le habían extraviado las gafas. Afife, también analfabeta, sabía contar maravillosos cuentos e historias —que podían ser verdaderos o falsos—, como si los hubiese leído en libros traídos de ultramar.

Cuantas veces se reunieron las familias de Chucre y Bachir luego del anuncio pomposo de que los Magdalani eran descendientes de nobles italianos o franceses, sólo se hablaba de eso. El asunto, molestaba sobremanera a Jorge, el mayor de los hijos de Chucre, cuyas actividades en la universidad le habían proporcionado fama de revoltoso y agitador, al punto que sus primas Penélope del Pilar y Andrea, lo consideraban un redomado anarquista.

En silencio Jorge aguardaba el desarrollo y las alternativas

de la conversación por largo rato; pero en el instante en que su tío Bachir y sus primas hablaban de la necesidad de romper con las antiguas amistades y aproximarse a las familias chilenas de apellidos encopetados, lanzaba risotadas, alzaba los brazos como si implorara perdón por semejante desatino y se mofaba de tan peregrinas pretensiones. Renata, por su parte, rumiaba su ira y evitaba expresarse mal de su tío y sus primas, convencida que en breve cambiarían de idea. En cambio, Eric, concentrado en sus experimentos químicos, en la formación de nuevos compuestos, en la búsqueda de un método para producir un líquido capaz de suprimir la calvicie o de curar enfermedades de la piel, se quedaba dormido en las reuniones de familia. Sólo despertaba cuando Jorge se ponía a vociferar, a decir que sus parientes eran chiflados a la vela. “Menos mal —exclamaba casi siempre— que mis abuelos Chafik y Yamile están muertos, porque de lo contrario se habrían muerto ahora”.

Chafik sí que hubiese muerto de pena; Yamile, en cambio, habría vomitado su ira en duros anatemas. Aún estaba latente en la familia el recuerdo del día en que Yamile, al saber a través de una amiga que su hijo Chucre se había casado a escondidas con una extraña a sus costumbres, religión y nacionalidad y, para colmo, secretaria de la tienda, lo maldijo. Como Yamile ejercía un claro ascendiente sobre Chafik, quien la complacía no bien abría la boca, éste hizo revisar los libros del Registro Civil de los pueblos vecinos a Santiago, convencido que todo era sólo un cuento de comadres desquiciadas.

Metido en la oficina de su tienda de la calle Rosas, Chafik Magdalani revisaba papeles y facturas, cuando vio llegar al encargado de hacer las averiguaciones acerca de si Chucre se hallaba o no casado.

El hombre ingresó casi a la carrera, demudado, al punto

que sus primeras palabras resultaron ininteligibles. Ahí comprendió Chafik que su hijo estaba matrimoniado, y las palpitaciones del corazón le subieron a la boca como un vómito urgente. Se puso a llorar, a golpearse la cabeza contra la cubierta del escritorio. A lanzar obscenidades en castellano y árabe; a maldecir su vieja estirpe de buhoneros, a gritarle al encargado que por favor le dijese que era mentira que Chucre se hubiese casado, que llamara al mejor abogado de la ciudad para deshacer ese contubernio, esa maldita boda con esa ramera, porque tenía que tratarse de una mujerzuela.

Cuando la persona encargada le exhibió el certificado de matrimonio, Chafik intentó leerlo; no obstante, las letras se le aparecían amontonadas, borrosas, como si una mano grasienta hubiese puesto sus huellas confusas sobre el papel. Se restregó los ojos como si estuviese despertando, e hizo un nuevo intento de leer la maldita prueba irrefutable. Ahora las letras bailaban, cambiaban de posición, jugaban a esconderse unas detrás de otras. Abatido por el traspicé, cerró los ojos y se quedó inmóvil, la cabeza apoyada en el respaldo del sillón de cuero que años después llevaría a su casa Bachir cuando, a la muerte de Chafik, fue vendida la tienda.

\*\*\*

Mientras vivió Yamile, nunca perdonó a Chucre el haberse casado contra la voluntad de la familia. Ella fue quien persuadió a Chafik de expulsar al díscolo de la casa y de la tienda, a desheredarlo como si se tratase de un máncer, aunque esto último no pudo consumarse, pues había de por medio impedimentos legales.

Un odio malsano, de vieja herencia, se había apoderado

de la mujer en sus últimos años. Ni siquiera derramó una lágrima cuando Chafik le confirmó que Chucre estaba casado desde hacía meses. Sentada en una mecedora en el salón de la casa, tejía parsimoniosa una chomba para su marido, de color verde, como le agradaban a él. Por unos instantes dejó su labor e hizo amago de pasarse la mano por la frente, acaso por los párpados; y se contuvo, para no mostrar que la ira cabalgaba sobre sus sentimientos de madre escarnecida. “Desde hoy sólo tenemos un hijo”, sentenció.

Chafik y Yamile se habían casado en Cochabamba, luego de un noviazgo de una semana, cuya brevedad obedeció al deseo familiar de evitarle una desgracia al novio. Ella había llegado pequeña desde Palestina junto a sus padres, quienes, luego de desembarcar en Buenos Aires, marcharon a Bolivia, llamados por un primo del matrimonio. Allí creció en medio de otras familias de palestinos, también inmigrantes como la suya, las que habían venido a América hacía una década, buscando un país donde pudiesen vivir en paz, lejos del fantasma de la guerra y la dominación turca.

Al cumplir dieciséis años, se enamoró de Farid, un joven hijo de palestinos, ocho años mayor que ella, estudiante de medicina, quien pronto sería asesinado en la plaza de Cochabamba junto a dos compañeros, por los esbirros del general Blanco Galindo, caudillo obsesionado por llegar a la presidencia. Un año después de este hecho trágico, se comprometió con el hijo de un comerciante palestino de Sucre, pero el novio desapareció en la selva del Beni, mientras viajaba hacia Potosí en compañía de otros comerciantes palestinos.

Marcada por estas tragedias, muchos creyeron ver en Yamile a una joven que traía desgracias. De allí que nadie

la quería desposar. Pero como Chafik no creía en el destino fatal de ciertas personas, habló a su padre Aziz, y que con Yvotyropea la madre nativa, la fuesen a pedir. Al comienzo, Aziz se negó, asustado por la mala suerte de Yamile. En Cochabamba se comentaba que la familia de la joven, cuya madre había muerto quemada al incendiársele el vestido, provenía de un lugar de Palestina donde todos portaban desgracias para cualquiera que se hallara en su proximidad.

Más juiciosa, la madre nativa de Chafik examinó sus propios conocimientos, recibidos de la tradición guaraní; y aseguró que Yamile resultaría una adecuada esposa; que se le hubiesen muerto los dos novios anteriores no constituía un hecho calamitoso; más bien era la forma de actuar del destino para unir a quienes prefería por encima de los demás.

Las adecuadas opiniones de Yvotyropea, la Nativa Guaraní, persuadieron a Aziz de la conveniencia de casar a Chafik con Yamile, si bien él tenía que renunciar a sus convicciones culturales, despreciar, en suma, cuanto le habían advertido los viejos patriarcas sobre lo arriesgado de introducir en la familia a una joven marcada por la adversidad.

De las calamidades anunciadas —se hablaba de la muerte súbita de Chafik, de infecundidad de la novia y de otras tragedias de distinta índole— nada se cumplió. A partir de ese día, la madre nativa de Chafik adquirió fama de adivina; no era extraño verla de cabeza, varias horas al día, entregada a hacer predicciones e interpretar sueños; a dar consejos y sanar con yerbas milagrosas cuyas propiedades medicinales conocía de sobra desde pequeña, enfermedades que en manos de los médicos resultaban incurables.

Aziz Magdalani se había establecido en Cochabamba, después de analizar el mercado, para vender géneros y otros

productos textiles frente a la plaza de la ciudad, donde la actividad de esa naturaleza permanecía en manos de los árabes venidos de Palestina, Siria y algunos de El Líbano. La quietud de sus vidas sólo la perturbaban los frecuentes golpes de Estado, los cuartelazos, las huelgas de los obreros, las noticias llegadas desde Palestina a raíz de la muerte de un pariente, o el anuncio de que alguien se veía forzado a emigrar a América, porque Tierra Santa empezaba a ser invadida por judíos europeos.

Cuando atardecía, luego de cerrar las tiendas, los árabes se dirigían a sus hogares en busca del solaz, o a preparar visitas a las casas de los parientes y amigos; los menos se reunían en el club a jugar a las cartas, al dominó, a beber árak, a contar historias, a comer sus dulces almibarados, los rellenos de berenjenas y tripas de cordero, las carnes crudas, molidas y sobadas; todo el embrujo culinario traído desde el oriente, como una ofrenda mágica y eterna, para los pueblos que ignoraban sus costumbres.

Como ninguna paz es eterna, la comunidad de los árabes se iba a ver convulsionada por un hecho incubado en las sombras. Hacia 1930, en Bolivia sólo se hablaba de una eventual guerra con el Paraguay, la que al fin estalló un año después.

Aziz Magdalani dio un furibundo puñetazo sobre el mostrador de su tienda cuando su hijo Said le mostró la portada del diario "Crítica", donde, en gruesos titulares, se anunciaba la noticia. "Es la guerra, papá; es la guerra contra el Paraguay", le gritó el joven, con voz cascada. Aunque Aziz no sabía leer, los gruesos caracteres del diario le penetraron por las retinas como el anuncio de su propia muerte. Una mujer que en esos instantes compraba un trozo de tela y desde hacía rato regateaba el precio, se puso a llorar y salió de la tienda cabizbaja, mientras se cubría el

rostro con ambas manos. Aziz se sobó el canto de la mano y ordenó a su hijo que fuese a buscar de inmediato los diarios “El Pueblo” y “Los Tiempos”, para saber si se trataba de una noticia exagerada o era verdad lo de la guerra.

Al dejar Said la tienda, Aziz se asomó a la calle y detrás de él lo hicieron Chafik y Amín. Una agitación de feria bullía en los amplios portales que circundaban la plaza y en su mismo centro, donde grupos de jóvenes agitaban banderas bolivianas y llamaban al pueblo a combatir para defender la patria amenazada. “Va a ser nuestra ruina”, sentenció Aziz, movido por una extraña premonición, al pensar que se repetían las razones que muchos años antes lo habían forzado a abandonar Palestina. Ni siquiera se percató de la aparición de Yvotyropea, la Nativa Guaraní desde el fondo de la tienda, ansiosa por indagar las causas del alboroto, de esa agitación que se oía en la plaza y que parecía ir en aumento.

“Es la guerra, mamá”, le explicó Chafik, y sólo entonces recordó que esa mujer a quien llamaba mamá, que lo había criado, enseñado a lanzar flechas, a preparar brebajes para el dolor de estómago y a recrearse en las costumbres de los indios guaraníes, había nacido en el puerto de Irapobó del Paraguay.

A la hora de comer en casa de los Magdalani, Aziz, después de permanecer callado desde que se sentó a la cabecera de la mesa, miró de costado a Yvotyropea, acomodada a su diestra, con quien compartía su vida desde antes que se casara con Afife. En una mezcla de árabe y castellano, le preguntó si se sentía paraguaya o boliviana. “Ambas cosas”, replicó en guaraní, mientras en su rostro aparecían los signos de la tristeza, del abatimiento de su raza, forzada a combatir hasta el exterminio. Si Aziz no se hubiera negado a pagar coima a la policía, acaso todos sus

hijos habrían nacido en Paraguay, y quién sabe si Afife no hubiese muerto.

La Nativa indagó en los ojos de Aziz y descubrió que el hombre pensaba en Afife, su tierna esposa, con la cual apenas vivió siete años.

“Esta va a ser una guerra de exterminio”, exclamó Aziz para zafarse de los ojos de la Nativa Guaraní. Ella movió la cabeza apenas y desvió sus ojos examinadores hacia su plato, donde había un trozo de pollo guisado con berenjenas fritas. Cuando llegó Afife de Palestina, Yvotiropea se retiró en silencio de la alcoba de Aziz, sin decirle nada a ese extranjero generoso hasta la exageración; cuanto ganaba en sus andanzas de buhonero por las misiones de los jesuitas lo compartía con sus amigos palestinos pobres, recién llegados desde el oriente.

38 En una de esas correrías, ella lo conoció, y no pudo resistir el embrujo de su lengua enrevesada de fabulador, donde vivían historias de califas, de aves encantadas y de lámparas maravillosas; el modo mágico de ofrecer sus baratijas, la manera de mover los brazos, la mirada ardiente, el cabello negro y ensortijado, la barba suave como la de un profeta bisoño y el perfume arrebatador de su aliento, pues tenía por costumbre masticar yerbas aromáticas y beber un licor de menta. De eso habían transcurrido tantos años, que ella no sabía si era mucho o poco tiempo. Ambos habían envejecido, y de pronto la guerra, esa “guerra de exterminio”, como decía Aziz, allegaba sombras a la casa. ¿Impediría ella que los hijos de Afife —sus hijos— fuesen a la guerra?

Luego de beber una infusión de hierbas para aliviar el vientre, se marchó a su alcoba compartida con Aziz. Ahí empezó a hurgar en los cajones de la cómoda, para mirar las ropas del buhonero, la infinidad de objetos acumulados

por años en los muebles; todo el pasado de su familia; una fotografía oscurecida por el tiempo, donde aparecía Aziz acompañado de un grupo de braceros en Ibabobó, a quienes surtía de productos de almacén; asimismo había una fotografía montada en un cartón sepia y ribeteada con una fina lámina de oro, que mostraba a Aziz del brazo de Afife, vestidos de novios. Esa mujer que la había desplazado emergía otra vez en su existencia, como un nubarrón perturbador. Mientras vivió Afife, la Nativa Guaraní debió confinarse al fondo de la casa, entregada a cuidar a los niños que iban naciendo, a zurcirles las ropas y bañarlos, a comportarse como una auténtica sirvienta.

Ella protegía a Afife como si fuera una hermana menor y, si hubiese querido, la habría dejado morir en aquella ocasión en que se atragantó con un trozo de carne, mientras Aziz estaba ausente de la casa. Yvotyropea le golpeó la espalda y luego tuvo que introducirle los dedos por la boca: el maldito trozo de carne continuaba obstruyéndole la garganta como un tapón. Ya tenía la pobre un color morado y parecía asfixiada, cuando mediante un postrer golpe de tos, pudo de nuevo llenar de aire sus pulmones exhaustos.

Quién sabe si Afife no murió de nostalgia ni a causa del parto de Jazmín, sino avergonzada por haberse transformado en intrusa. Aziz le obsequiaba cuanto podía ansiar esa joven de belleza taciturna; en una oportunidad a nadie le extrañó que matara un yacaré con sus propias manos para regalarle la piel; sin embargo, ella observaba ciertas reservas en el hombre, algunas actitudes como de hastío. Afife se esmeraba en cocinarle cuanta comida árabe se le ocurría, hasta el extremo de prepararle guisados con legumbres exóticas que no existían en Cochabamba, haciéndolas traer de lugares remotos. A su maravillosa habilidad para cocinar unía el conocimiento de la repostería, el dominio de una

ciencia transmitida de una a otra generación, el embrujo de saber cómo mezclar el almíbar con la nuez y las pasas, preparar el hojaldre, tostar las almendras, agregar las gotitas precisas de licor a los postres, sobar las masas y darles la cocción adecuada.

A la sombra pertinaz de Afife, la guaraní observaba cómo la mujer de su amado Aziz inventaba postres y comidas, extraños y sorprendentes manjares, cuya elaboración le demandaba dos y más días, como si una mayor demora se tradujese en una calidad superior de las viandas. Para oponer alguna habilidad suya, la Nativa preparaba un sorbete de almendras de color lechoso que Aziz gustaba de mezclar con árak; también un licor de maíz, aunque de tarde en tarde, pues Aziz lo bebía con demasiada fruición hasta embriagarse, y abandonaba sus obligaciones de buhonero, de padre y hasta de amante, para entregarse a una haraganería desvergonzada, acompañado de jóvenes palestinos buhoneros como él, que no disponían de recursos ni de tiempo para el solaz. Concluida la francachela, regresaban a sus quehaceres con una dedicación renovada, como si la diversión les hubiese proporcionado más bríos para el trabajo.

Cuando Afife se hallaba impedida de yacer porque estaba menstruando o por su embarazo demasiado avanzado, Aziz visitaba en el fondo de la casa a la Nativa Guaraní, para amarla como lo hacía de soltero, una y mil veces, ansioso de preñarla, de tener quizás otro hijo de ella, sin importarle que Afife se enfadara; bien sabía que no lo iba a reprender; a lo sumo le diría que no era bueno tener dos mujeres bajo el mismo techo; nada más. Eludía pensar si ella se iba a sentir menoscabada por sus devaneos amorosos, destinada sólo a engendrar chiquillos y estimularle la glotonería de palestino sensual.

Dos o tres veces al año, Afife recibía desde Palestina carta de su madre, escrita por el cura del pueblo, donde ésta le hablaba sobre las cosechas de las hortalizas, los nacimientos de nuevos hermanos, los bautizos, matrimonios y muertes, el gran ritual de la existencia humana. Como una manera de que la joven continuara adherida a su tierra de origen, a su pueblo, donde la recordaban como una niña de mirada nostálgica, dedicada de sol a sol a los quehaceres de la casa. Como ni ella ni Aziz sabían leer, debían recurrir a algunos compatriotas, muchos de los cuales tampoco sabían hacerlo. Aziz tardó meses en escribir a sus suegros, al morir Afife, temeroso de matarlos de dolor; no sabía cómo explicar esa muerte inesperada. Aguardó un largo tiempo, con la esperanza que alguien viajara a Palestina. El tiempo transcurría y parecía difícil que hubiera interesados, debido a que la guerra del 14 comprometía al Medio Oriente como una inmensa llamarada.

Abrumado por los remordimientos, y porque así se lo aconsejó la Nativa Guaraní, al fin escribió una extensa epístola a sus suegros, ayudado por un compatriota, donde les explicaba la muerte repentina de Afife, al dar a luz una hija; les decía que no había enviado antes la carta a causa del dolor, que por dos meses le había impedido el sueño; que cuando conseguía dormirse, de común soñaba insensateces de nunca acabar, como si fuese culpable de la muerte de su esposa. Meses después, recibió una carta de sus suegros, manchada de llantos, manoseada como si todo el pueblo en asamblea hubiese participado en la tarea de escribirla, donde le aconsejaban que se casara de nuevo, pues no estimaban recomendable criar cinco hijos sin la ayuda de una mujer sensata. Entre líneas le sugerían enviarle a una hermana de Afife para que cumpliera esos menesteres.

Al final, le decían sin tapujos que si deseaba aceptar el

ofrecimiento escribiera a la brevedad, para organizar el viaje de su cuñada. Aziz nunca más volvió a escribir a sus suegros; un raro pánico se apoderó de él. Afife aún vivía con demasiada fuerza en la intimidad de su casa, en los objetos que le habían pertenecido. Su voz suave le susurraba al oído cada noche, y durante las tardes, cuando se quedaba en el patio de la casa a reposar bajo la arboleda. La Nativa Guaraní se desplazaba en silencio y a menudo hacía callar a los niños pequeños para que no perturbaran la quietud del padre, sumergido en nostalgias después de haber atrapado el olor de los cedros.

Toda Cochabamba se estremeció por la muerte de Afife. El día de los funerales, el comercio de los árabes cerró, y en las puertas de sus tiendas, pusieron crespones negros. Mientras las mujeres permanecían silenciosas en la casa de Aziz, los hombres marcharon al cementerio a dejar los huesitos de la tierna Afife, amortajada como las campesinas de Palestina: su vestido largo color verde encendido, su pañuelo de seda en la cabeza, sus aretes de monedas de oro, un collar de trocitos de concha perla y un brazalete de bronce labrado. Iba descalza, pues era de mal agüero sepultarla con sus pequeños zapatos de raso bordado.

Durante una semana, Aziz recibió las condolencias, incluso de compatriotas venidos de otras latitudes, a quienes se les dejaba pernoctar en la misma casa. En las noches, bebían café amargo en tacitas y comían cordero preparado con pan mojado, arroz y fideos, como es tradición entre los árabes. Los hombres se reunían en una pieza a conversar en forma más bien ruidosa, mientras las mujeres se relegaban a un rincón apartado de la casa a rezar y hablar en sordina.

La Nativa Guaraní se vistió de negro y echó sobre su cabeza un grueso paño fúnebre. Durante meses mantuvo un silencio respetuoso, y apenas respondía cuando Aziz

le hacía preguntas. Al cumplir Afife un año de muerta, Yvotyropea se trasladó a la alcoba de Aziz, vacía como una casa en ruinas, luego que éste se lo propusiera. De lo contrario, habría continuado en su pieza del fondo de la casa, donde vivió el destierro amoroso desde el día en que llegaron a Cochabamba, procedentes de Paraguay.

Entre ella y Afife se había establecido una extraña relación. Infinidad de veces, la joven palestina le consultó sobre asuntos de rutina doméstica, aunque sabía cocinar, cuidar a sus hijos y desempeñar otros menesteres; con ello quería demostrarle que apreciaba su sabiduría primitiva y que no alimentaba animosidad alguna hacia ella, pese a saber el grado de intimidad existente entre Aziz y su concubina. Muchas veces siguió sus consejos acerca de las enfermedades de los críos: cómo disminuir la fiebre, atacar la estitiquez o las diarreas, curar las picaduras de insectos, aliviar la tos, componer una torcedura y desalojar los gusanos del vientre. Siempre la Nativa Guaraní conocía la hierba adecuada, y cuando no podía encontrarla, se sometía a regañadientes a los dictámenes del boticario. Hasta le discutía, y hubo ocasiones en que le demostró más de una equivocación al dar sus recetas.

Dos años antes de morir Afife, desesperados contingentes de palestinos, sirios y libaneses se vieron impelidos a salir de sus tierras, buscar refugio en regiones remotas, emigrar a países que jamás habían escuchado nombrar, ni siquiera a los hombres más sabios de sus pueblos. Muchos llegaron a Brasil por casualidad, otros a Argentina por informaciones fragmentarias; desde allí se desparramaron hacia Perú, Bolivia, Paraguay y Chile en busca de amigos y parientes, o impulsados por su afán de realizar hazañas, como esas hordas de aventureros que a comienzos del siglo XVI se dispersaron por toda América.

Entre los árabes venía un primo de Aziz, el joven Yubrail Magdalani, quien apareció de improviso en Cochabamba antes de la gran guerra, montado en un caballo enjuto de hechuras tristes. El jamelgo, apenas se detuvo en la plaza, cayó muerto de cansancio. La aparición inusitada de Yubrail Magdalani, así como la muerte súbita de su cabalgadura, hicieron pensar a muchos árabes que el hombre traía consigo todas las calamidades dejadas por ellos en sus lejanas tierras. Afife había soñado en esos días que un hombre de barba negra, ojos aceitunos enormes y tez blanca como la leche fresca, llegaba desde el oriente del país, empuñando una espada flamígera parecida a la de Boadbil, el último rey moro de Granada. Chafik que a esa hora jugaba acompañado de la Nativa Guaraní a atrapar una mariposa en la puerta de la tienda, se puso a llorar haciendo escándalo al ver cómo el caballo del recién llegado se desplomaba. Lo escuchó emitir un relincho conmovedor, mientras agitaba las patas, verdaderos remos, y luego de levantar repetidas veces la cabeza en un último esfuerzo por incorporarse, moría con el hocico entreabierto, guarnecido de saliva espumosa.

De todas las tiendas de la plaza se asomaron cabezas, rostros sorprendidos, miradas de pánico, pues Yubrail Magdalani lanzó una sucesión interminable de blasfemias en árabe al ver cómo su caballo de una y otra jornada se derrumbaba como si le hubiesen cortado la cabeza de cuajo. Aziz Magdalani se aproximó a ese forastero que hablaba en su propia lengua, para ofrecerle ayuda. Los hombres se miraron no más del tiempo que demora un sediento en beberse un vaso de agua y, al reconocerse, se abrazaron entre risas mezcladas de llantos.

Dentro de su equipaje reducido y pobre, Yubrail traía de obsequio para su primo un mesbaha de cuescos de aceituna —rosario para aquietar las tensiones— y un crucifijo de

madera de olivo enchapado en madreperla y, para Afife, un prendedor de minucioso tallado, una carta de sus padres y una fotografía de la familia.

Ella lloró sobre la fotografía hasta dejarla húmeda como pañuelo, mientras Yubrail Magdalani les leía la carta, donde le comunicaban a Afife que su abuelo paterno había muerto a causa de las heridas de bayoneta infligidas por soldados ingleses que buscaban en su casa a Odde, un hermano de Afife, a quien acusaban de haber arrojado piedras a un desfile militar. El mismo Odde veintitantos años después, sería uno de los instigadores de la gran huelga de 1936, que se prolongó por seis meses, en la cual los palestinos luchaban por su independencia, mientras los ingleses en forma clandestina introducían judíos a Tierra Santa.

Yubrail Magdalani llevó a Cochabamba el aliento de las peores calamidades: muertes sorprendidas, disputas entre hermanos y otros infortunios, al punto que por muchos años su nombre fue en la región sinónimo de desgracia. Al día siguiente de su arribo a Cochabamba, un palestino y un sirio disputaron por una nimiedad, y ambos terminaron en el hospital heridos a cuchilladas, aunque jamás habían usado armas blancas y se les conocía por su amor a la paz. Tres días después, a la hija de un vecino de Aziz Magdalani, Rafael Daud, comerciante del barrio árabe, la mordió en el tobillo una culebra azul. A la niña le hicieron sangrías y le aplicaron cataplasmas, pero igual murió al cabo de horas, hinchada como los que se ahogan en el mar. No bien había muerto la hija de Rafael Daud y los árabes se aprestaban para ir a dar el pésame, Afife se desvaneció al ver un enorme ratón de ojos verdes en la cocina, y por milagro no perdió al hijo que meses después iba a dar a luz.

Acaso lo peor de la sucesión de calamidades aconteció en el funeral, al que todos los árabes concurrieron para

despedir a la hija de Daud. Pese a las recomendaciones de Aziz, su primo Yubrail asistió, y ya nadie se sorprendió de que los caballos del carruaje fúnebre se encabritaran en el trayecto al cementerio y emprendieran una descontrolada carrera con el féretro. Aterrorizado por esa inusual conducta, el cochero se arrojó del pescante y se introdujo en la espesura de la selva, de donde jamás regresó.

Rafael Daud y tres amigos persiguieron a caballo el carruaje, y cuando lograron controlar a las bestias, descubrieron, para su desconsuelo, que el féretro había desaparecido. Aunque se revisó palmo a palmo el recorrido en toda su extensión, no fue posible hallarlo, ni el menor indicio de que se hubiese caído en alguna parte del camino. Los árabes viejos levantaron los brazos al cielo y pidieron clemencia a Dios por la presencia de Yubrail Magdalani, ese hombre que llegaba a Cochabamba para irradiar sobre todos su influencia maléfica.

Esa misma noche, Aziz suplicó a Yubrail Magdalani, quien vivía en su casa, que se marchara a otro pueblo; de lo contrario, la ira de los árabes podría caer sobre ambos. No bien amaneció, Yubrail Magdalani partió a caballo en dirección a Oruro, agobiado por las desgracias que habían acaecido en Cochabamba, ciudad a la cual no pensaba regresar jamás. “En Oruro, quizás la fortuna te acompañe”, le dijo Aziz, y le recomendó que fuese a ver a un pariente de ambos, que se había enriquecido haciendo uniformes para el ejército boliviano. Para felicidad de los árabes de Oruro, el joven extravió el camino, y en vez de llegar donde su pariente rico, lo hizo a un caserío alejado de las rutas conocidas. Allí se casó con una aborígen prolífera igual a coneja, pues le dio tantos hijos como los meses del año, tres de los cuales fueron a morir en la guerra del Chaco. Un día de otoño, después de almorzar, por haber calificado al

general Enrique Peñaranda de hijo de mala madre, Yubrail Magdalani fue asesinado de un escopetazo por su suegra, al parecer hija bastarda del militar.

“Esta va a ser una guerra de exterminio”, volvió a repetir Aziz, y se restregó los ojos. A menudo los hijos de Yubrail Magdalani lo iban a visitar para transmitirle saludos de su padre, quien se obstinaba en no volver a Cochabamba, y adquirir en su tienda artículos de bazar (los demás árabes no querían trato alguno con ellos) que a su vez vendían en los alrededores del caserío. En los últimos años, el lugar se había poblado de forasteros que buscaban oro, piedras preciosas, o que purgaban largos exilios.

Por unos instantes, Chafik salió a la calle y vio grupos de jóvenes enfervorizados que iban de un punto a otro, llamando a la juventud a ingresar al ejército. “A defender a Bolivia”, le gritó un amigo que en esos instantes pasaba frente a su casa y agitaba una bandera enorme de colores desteñidos.

A la mañana siguiente, en la plaza de Cochabamba se instalaron mesas de enrolamiento atendidas por militares. Al comienzo, los jóvenes se limitaban a hacer consultas y a merodear con timidez a cierta distancia de las mesas.

Después del mediodía, la actividad adquirió un ritmo intenso, momento en que la simiente de árabes nacidos en Bolivia se acercaron a inscribirse. Esa mañana, en la tienda de Aziz Magdalani se habían reunido los más viejos de la comunidad árabe a discutir si era bueno o no enviar a los hijos a la guerra. El debate adquirió por momentos una animación desconocida en las reuniones de los árabes; ni la discusión en torno a la necesidad de expulsar a Yubrail Magdalani de Cochabamba había producido tal alboroto. A los más viejos, que habían huido de Palestina a causa de la dominación turca y el despotismo británico, la guerra en

ciernes les producía la amargura del desencanto.

En una esquina de la tienda, Yvotyropea escuchaba a los viejos árabes hablar en su lengua. Vociferar; citar proverbios; lanzar maldiciones; referir historias verdaderas o inventadas; jurar por cualquier cosa; amenazar con marcharse de Bolivia a la brevedad; sugerir una donación en dinero al gobierno para que eximiera a sus hijos de ir a la guerra, o intentar comprar a algún general con ese mismo objetivo, o esconder a los jóvenes en los poblados próximos a las fronteras con Brasil.

Pese a que la mujer hablaba el árabe como novata, lo entendía casi a la perfección. Apenas Aziz se la llevó a vivir con él, empezó a hablarle en la lengua de los califas. Ella, agradecida le enseñó rudimentos de guaraní, aunque nunca Aziz logró dominar las claves de esa lengua. De allí que a menudo se entendían en una mezcla de árabe, castellano y guaraní chapuceado, sobre todo cuando deseaban comunicarse en secreto delante de personas extrañas. Desde pequeños, Chafik y sus hermanos se acostumbraron a escuchar el “castárabe” y el guaraní, en todas sus variaciones y elocuencias, lenguas que por su sonoridad y magia penetraron rápido a sus sentidos, y llevaron fantasía a su niñez.

Cuando las mujeres árabes se reunían a charlar, y mientras estuvo viva Afife, la Nativa Guaraní se mantenía distante de las tertulias, donde se bordaban manteles y sábanas, si bien aquéllas recurrían a menudo a sus buenos oficios de curandera. Al morir Afife, la Nativa Guaraní empezó a asistir a las reuniones, luego de que Aziz la llamó a compartir su alcoba y le rogó que se quedase para siempre. A las mujeres árabes, por principio, el cambio les produjo un evidente rechazo. Como la Nativa Guaraní sabía hablar el idioma de ellas, conocía al dedillo sus costumbres y

cocinaba de maravillas cualquier guiso árabe, después de un tiempo concluyeron por aceptarla.

Esa mañana, mientras la Nativa Guaraní permanecía en un rincón de la tienda, sus pensamientos volaron a Ibabobó, donde suponía que aún estaba su familia, acaso sus viejos padres, sentados a la entrada de la choza a la orilla del río, esperando alguna embarcación que les llevase de regreso a la hija ausente. Si Afife hubiese estado viva, de seguro habría permanecido en su mismo lugar, silenciosa, las manos cruzadas por delante del vientre abultado, acariciando al futuro hijo, pensando en sus padres, en su numerosa familia, ansiosa por retornar algún día a Palestina. No dudaba que Afife la habría llamado para preguntarle sobre la guerra y si ella permitiría a los jóvenes marchar al frente de batalla. La vio con claridad en el rincón opuesto, sentada en una silla de paja, la mirada suave y lánguida observando a Aziz, a ese hombre fogoso que le importaba un bledo compartir con otra, si de ese modo lo hacía feliz.

“Va a ser una guerra de nunca acabar”, le dijo a Aziz una tarde el profesor de la Universidad Mayor de San Simón, Gumercindo Serrano, quien a menudo lo iba a visitar a su tienda, deseoso de platicar con ese árabe aventurero, narrador infatigable, cuyas historias, dignas de ser oídas y escritas, estaban impregnadas de hechos sorprendentes.

Cuando aparecía Gumercindo Serrano en su negocio, Aziz Magdalani lo invitaba a beber en la trastienda una copita de árak o del licor que preparaba Yvotyropea. En esa ocasión los hombres se trenzaban en largas conversaciones, en las que cada cual trataba de lucirse con sus propias historias, muchas de las cuales pertenecían a otros, aunque en boca de Aziz y Gumercindo adquirían belleza suficiente, como para convertirse en prodigiosas.

Como el árak y el licor inventado por la Nativa Guaraní

poseían la virtud de soltar la lengua y abrir el apetito, los hombres hablaban por los codos y terminaban pidiendo de comer; solícita la mujer les ofrecía aceitunas, almendras saladas, higos y melocotones en almíbar, maní tostado y un sinnúmero de menudencias para picar: higaditos, contris, panitas sazonadas de diversas formas, donde el ají puesto con liberalidad les hacía brotar fuego por los ojos. A veces el entusiasmo los llevaba más allá de lo prudente en la hora; Chafík, Amín y Said advertían a su padre que había llegado hora de cerrar la tienda, pero él hacía un gesto con la mano y chasqueaba la lengua nunca quieta, para demostrar su rotunda disconformidad. Aún más, solicitaba a Gumercindo que se quedase otro rato, ya que debía narrarle la archiconocida historia de su viaje a América en la alfombra mágica. Como al final había que cerrar la tienda, los amigos se trasladaban al salón de la casa, donde las narraciones adquirían por ambos lados una remozada frescura e ingenio, como si se tratase de historias nuevas.

Entre desafíos, promesas de renovados encuentros, los hombres a menudo concluían los festejos al alba. En tal caso, la Nativa Guaraní se mantenía alerta en la cocina, por si Aziz deseaba ofrecerle a su amigo otras viandas. Achispado, el profesor abandonaba la casa de los Magdalani y por ritual se iba a sentar a la plaza, donde veía amanecer, como si se tratase de un hecho desconocido. A esa hora aparecían los barrenderos, las indias con sus críos atados a la espalda, camino a la feria de la ciudad, y más tarde los estudiantes, rumbo al liceo o a la universidad, a quienes se unía Gumercindo Serrano. Las predicciones del profesor acerca de la futura guerra del Chaco, expuestas en su propia cátedra o a quien quisiera escucharlo, le habían acarreado la tirria del jefe de la policía de Cochabamba, acostumbrado a ver traidores y enemigos de la patria hasta debajo de las

piedras.

“Han descubierto petróleo en el Chaco”, manifestó Gumercindo Serrano, atareado en descorchar una botella de árak para mezclar unas gotas del licor a un jarabe purpúreo recién puesto delante de sus ojos por Yvotyropea, cuya diligencia jamás mermaba. “Parecería estúpido brindar por la guerra, si nosotros somos pacifistas, o por el deseo de ver triunfar a nuestros ejércitos, si tu mujer es paraguaya”, continuó hablando el profesor, sin poder aún descorchar la botella, reacia a entregar el contenido de sus entrañas, y el aroma de un licor fabricado de acuerdo a misteriosas recetas transmitidas de generación en generación. “Si los gobiernos de Bolivia y Paraguay fueran sensatos, crearían una federación del Chaco para explotar las riquezas allí existentes”, concluyó de hablar Gumercindo Serrano, en el mismo instante en que el ruido del descorche le provocaba regocijo.

El jefe de la policía lo había citado esa mañana a su despacho para preguntarle si era cierto que en sus clases de historia en la universidad, había manifestado que el Chaco debería declararse una república independiente, para así evitar la guerra. “Nunca he dicho semejante estupidez”, aclaró el profesor, mientras veía cómo el jefe de policía abría un cajón de su escritorio para sacar un montón de hojas manuscritas. “¿Acaso puede negar lo que está escrito aquí? Estos papeles le pertenecen a usted y son sus apuntes de clases”. Gumercindo Serrano observó con desconfianza las hojas y negó que le pertenecieran. “Por esto, señor Serrano —y el policía agitó las hojas por encima de su cabeza—, usted podría ser detenido y juzgado por traición a la patria: le aconsejo que a partir de hoy cierre el hocico”.

Ni las advertencias de la policía ni las de sus amigos persuadieron a Gumercindo Serrano de quedarse callado.

Por el contrario, extremó sus críticas en la universidad, en reuniones de amigos e incluso mediante artículos publicados en cierta prensa, sosteniendo lo demencial que es la guerra. Poco a poco su nombre empezó a adquirir relevancia, a ser citados en foros sus pensamientos, al punto que el propio presidente de la República, Daniel Salamanca, lo invitó a que fuese a hablar con él a La Paz. Gumercindo Serrano volvió de la capital transformado en un pequeño héroe. Aziz Magdalani y la comunidad árabe lo invitaron a una cena en el club, para que explicara los entretelones de la eventual guerra, y si el presidente había acogido una sugerencia suya de firmar un tratado de paz perpetua con Paraguay o si, por el contrario, parecía inevitable llegar a las armas.

Cuando supo la Nativa Guaraní lo de la invitación de los árabes, su rostro se tupió de sombras, como si se hubiera hecho de noche sin nadie advertirlo. Silenciosa, no pudo refrenar el impulso de manifestar su contrariedad por ese hecho, la inconveniencia de que un grupo de extranjeros festejara a un hombre amenazado por sus ideas políticas. Aziz la besó en las mejillas, en la frente, y trató de aquietar esos malos pensamientos, de hacerle ver que Gumercindo Serrano era un viejo amigo, y la persona adecuada para orientar a los árabes sobre cuál debería ser su actitud en torno a la futura guerra.

Ella entonces recordó el día en que conoció a Aziz Magdalani por casualidad. “Ve a comprarle a ese buhonero —le dijo su madre— un espejo pequeño y agujas para coserte el vestido”. A la Nativa Guaraní le dio rubor acercarse al árabe, a ese hombre que agitaba sus brazos como las alas del picaflor y hablaba una lengua enredada. Mientras las demás personas le compraban, ella permanecía muy cerca, quietecita, aguardando el mejor momento para adquirir

sus agujas y el espejito, acaso esperando que el hombre quedase solo para atreverse. Alrededor de Aziz se había reunido una multitud ansiosa por mirar qué productos llevaba en la canoa, y todos se arremolinaban en torno a él, acosándolo a preguntas, muchas de las cuales el buhonero no sabía cómo responder, limitándose a reír, a mover la cabeza, a lanzar exclamaciones en árabe o cómicos ruidos onomatopéyicos.

Cuando la Nativa no pudo aguantar más, estiró su brazo y le indicó las agujas y después el espejo. Aziz advirtió el rubor en las mejillas de la guaraní, la luminosidad de sus ojos cargados de lágrimas, el temblor de su suave mano, el estremecimiento de sus pechos recién nacidos a la vida, la boca húmeda, que deseó besar en el acto; la cogió de la mano y le puso en la palma el espejito y las agujas. Atolondrada, corrió a su choza cercana; sentía sobre su piel cobriza el ardor de la mirada de ese extranjero parlanchín, amigo de gesticular, reírse porque todo le parecía gracioso, empequeñecer y abrir los ojos para expresar admiración, como si todas las cosas a su alrededor fuesen nuevas. Sintió el contacto entre suave y fuerte de sus dedos sobre la mano; después, el roce de ellos en la palma, y su aliento ácido, el aliento de quien ha bebido un sorbo de aguardiente o fumado un cigarro de hoja.

Mientras se miraba al espejito para comprobar si tenía buena luna, apareció en la puerta de la choza el buhonero con un trozo de tela multicolor bajo el brazo. En “castárabe”, más bien en árabe, le rogó que aceptara ese pequeño obsequio, pues se sentía deslumbrado por ella. La joven no necesitó entender o buscar una explicación a la súbita aparición del hombre, que deleitado, la observaba de los pies a la cabeza.

Confundida, le aclaró que no podía recibir nada de

un desconocido. Además, si su padre lo sorprendía ahí, podría regañarla. Aziz se encogía de hombros y hacía gestos graciosos para indicar que estaba en la luna, si bien comprendía a cabalidad cuanto se le explicaba. “No sé qué quiere decirme usted”, exclamaba en árabe, y su sonrisa se hacía cada vez más amplia. Sus ojos pasaban urgentes de la sorpresa a la timidez; había en ellos un embrujo desconocido, una manera graciosa de adecuarse a las circunstancias. Ella insistió en que se fuera, pues a cada minuto que transcurría aumentaban los peligros, pero Aziz no se movía un jeme. Aún lo veía parado a la entrada de su choza, erguido, dispuesto a enfrentarse a toda su familia, a los guaraníes vivos, a los por nacer y a los espíritus de quienes habían muerto.

54

En la tarde del día en que la colectividad árabe le ofrecía una manifestación al profesor Gumercindo Serrano, Chafik vio a Yvotyropea sentada en el comedor, sola, sumida en largas cavilaciones. La mirada fija en una ventana desde la cual se divisaba la plaza. Discreto, cerró la puerta para no perturbarla o quizá, sacarla de un momento de ensoñación. Enseguida se encaminó a su alcoba, donde permanecía su esposa Yamile que trataba de hacer dormir a Chucre y Bachir, quienes desde hacía rato disputaban la posesión de una almohada. Luego de despojarse de los zapatos y los calcetines, se tendió en la cama y se puso a contemplar los dedos de los pies, mientras los movía para recrearse.

“Ya es hora de prepararse, Yamile; mis padres desean llegar temprano al club árabe”. Ella lo hizo callar con un fuerte quitón, tal vez molesta por la insistencia de Chafik en llamar mamá a la Nativa Guaraní. “Ella no es tu madre; es cierto que te crió, pero no es tu madre”, le iba a decir tiempo después, cuando la Nativa Guaraní quería regresar a Ibabobó, para morir tranquila junto a los suyos, al no

poder separar de sus pensamientos las secuelas de la guerra del Chaco, la amargura de que su hijastro Amín, como boliviano, hubiese intervenido en una decena de acciones contra poblados paraguayos, donde la soldadesca exhibió una particular eficacia en el exterminio de sus habitantes. Para colmo, concluida la guerra, surgió la acusación del general boliviano Melchor García Ponce, —publicada en todos los diarios de Cochabamba—, de que Aziz Magdalani, en alianza con extranjeros y ayudados por su concubina paraguaya y el profesor Gumercindo Serrano, había establecido una red de espionaje para desarticular las defensas bolivianas.

Esa ruindad desembozada en contra de Aziz Magdalani comenzó a incubarse el mismo día en que los árabes de Cochabamba ofrecieron la cena a Gumercindo Serrano. Entre los invitados se hallaba Melchor García Ponce, a la sazón coronel, y al mando del regimiento estacionado en Cochabamba, quien alzó su copa en un momento de la manifestación para brindar por el profesor Gumercindo Serrano, “defensor irreductible de la nacionalidad, la justicia, la bandera y el escudo patrios”. Al finalizar su intervención, abrazó a Aziz Magdalani, sentado a su diestra, y besó en las mejillas a la Nativa Guaraní, para simbolizar la amistad entre los pueblos hermanos de Paraguay y Bolivia.

Desde hacía años, el coronel Melchor García Ponce anhelaba transformarse en el Ministro de la Guerra. Pero el presidente Daniel Salamanca, que lo consideraba un militarote estrecho de entendederas, amigo de batirse a duelo por cualquier causa, lo había desestimado, pese a que el coronel escribía todos los jueves una columna en el diario “La Trompeta”, donde exaltaba las bondades del régimen y las dotes de estadista del presidente.

A menudo pasaba por la tienda de Aziz a comprar telas

para su familia, ocasión en que se lamentaba de lo miserable de su sueldo, el cual apenas le alcanzaba para llenar la olla, y mostraba sus botas gastadas, los puños deshilachados de su casaca y los fondillos desteñidos de los pantalones. “Esta es una profesión para morirse de hambre, paisano”, le decía a Aziz Magdalani. El árabe movía la cabeza con muestras de sincera desazón, y lo acicateaba para que se llevase al fiado cuanto necesitaba. De tarde en tarde, el coronel cumplía con sus obligaciones comerciales, pero nunca en su totalidad; así, su deuda por telas y otros objetos en la tienda de los Magdalani subió como la espuma, y aunque hubiese querido pagar sus compromisos, no habría tenido los recursos adecuados, a no ser que hubiese dejado de comer durante meses.

Al concluir la cena, y mientras los comensales abandonaban la sede social, Melchor García Ponce retuvo por un brazo a Aziz Magdalani y le rogó que lo acompañara a un salón contiguo al comedor, pues deseaba hablarle en privado. “Acaso sea por la deuda de la tienda”, pensó el árabe, y lo siguió agitado por esa idea. “La guerra —le dijo de sopetón el militar— es un hecho indesmentible, mi querido amigo; es así cómo nuestro ejército debe prepararse con rapidez. Se me ocurre que usted podría transformarse en un buen proveedor de los uniformes y de las vituallas para el ejército. Claro, este asunto es algo secreto entre usted y yo, así que le ruego mantener la discreción y no comentarlo. Estudie usted las alternativas y el martes de la próxima semana lo paso a ver a su tienda, acompañado de un amigo de La Paz. Lo voy a hacer rico, Magdalani, como usted nunca se lo hubiese imaginado.”

Aunque Aziz quiso dormir, o por lo menos cerrar de mentira los ojos, no pudo; desde hacía rato la claridad exterior se filtraba por la ventana y violaba la intimidad de

su pieza. Junto a él, la Nativa Guaraní dormía a saltos; el insomnio de Aziz la había alcanzado y la perseguía como esos pececillos multicolores tras los mendrugos de pan que ella arrojaba en los remansos del río, adonde iba a bañarse durante las tardes. Percibía las inquietudes de Aziz como si se tratara de las propias. Observó el perfil del hombre, su boca entreabierta a punto de lanzar una exclamación atrapada en el fondo de su garganta. “Tengo miedo”, le dijo Aziz Magdalani a la mujer, y se restregó los ojos; le picaban, los sentía hinchados y le incomodaba parpadear. Sobre su frente sintió por un instante el contacto apaciguador de la mano de Yvotyropea.

Las palabras del coronel Melchor García Ponce asemejaban gritos, estampidos de cañones, porque apelaban a una flaqueza peor que las tentaciones de la carne; se le venían encima como un impulso de agobio; como una sensación de quemadura que se le metió en el cuero cabelludo, mientras un sudor de escalofrío le corcoveaba por el cuerpo. ¿Y si le pedía consejo al profesor Gumercindo Serrano? El acaso no iba a comprender las razones, los oscuros fundamentos que a veces mueven al hombre a enriquecerse a través de cualquier medio. Si no aprovechaba la coyuntura, concluiría sus días en su tienda de Cochabamba.

Se acordó de su tiempo triste de buhonero, de cuando sentía hambre y sus recursos apenas le permitían comer un trozo de pan recalentado, de cuando tenía que echarse a dormir donde lo sorprendía la noche, a riesgo de ser asaltado, y que más de una vez pudo morir si el azar no lo hubiese protegido. En mil ocasiones soportó las burlas de quienes lo llamaban en forma desdeñosa y se reían de sus vestimentas, de su manera embarullada de hablar. De súbito vio al coronel Melchor García Ponce a los pies de su catre,

armado de un sable portentoso, que blandía como si tratara de amedrentarlo. ¿O de verdad quería cortarle el pescuezo? “Deseo tu hermosa cabeza, Aziz Magdalani; los paraguayos pagarían por ella miles de guaraníes de oro”. Un escalofrío largo e intenso lo obligó a incorporarse; le castañeaban los dientes y la lengua con dificultad se escapaba de ser mordida.

Toda la noche estuvo en vela. Cuando el sol irrumpió desvergonzado en su pieza, la claridad se constituyó en un nuevo impedimento para pegar los ojos algunos minutos o separar de su cerebro el ofrecimiento del coronel, esa maldita idea que podría enriquecerlo de golpe. Volteó la cabeza y no encontró a la Nativa Guaraní. En ese sitio, la cama estaba helada, como si nunca hubiese dormido alguien allí. Al diablo tantas cavilaciones... ¿No será lo más sensato seguir como hasta ahora en Cochabamba, junto a los amigos de siempre?

Sin que mediara una razón valedera, se acordó de su primo Yubrail Magdalani, al cual no veía desde hacía años. El recuerdo de su funesto paso seguía fresco en las mentes de los viejos, quienes narraban las desgracias acaecidas a las generaciones jóvenes, como si fueran historias recientes. Cuando los hijos de Yubrail aparecían por Cochabamba, los árabes huían espantados, y desde lejos hacían figuras con las manos para aventar a los malos espíritus, ocultando presurosos a las mujeres casaderas, por temor a que se quedaran estériles.

Aziz, renuente a aceptar la condición de pájaro de mal agüero de su primo, atribuía todo a la casualidad. Recibía a sus sobrinos sin asustarse, e importándole un bledo contrariar a los árabes, quienes a menudo le advertían lo arriesgado que significaba cobijar esa amenaza en su hogar.

Tres días después, sin avisar a nadie, acompañado de

su hijo Amín, viajó en automóvil al caserío donde vivía Yubrail Magdalani. Sentado a la puerta de su tienda, bajo un toldo blanco, mientras se abanicaba con un trozo de cartón, el gafe Yubrail Magdalani parecía no aguardar a nadie; en su expresión no había el menor indicio de que se pudiera conmover por la aparición de persona alguna, aun si alguien se hubiese muerto a metros de él. Cuando el automóvil de Aziz se detuvo frente a su tienda, dejó de abanicarse y se rascó la barba entrecana, descuidada como sus vestimentas. Tardó unos momentos en reconocer a su primo, pero al identificarlo de un modo seguro, se levantó de su silla y con los brazos abiertos caminó a su encuentro. Detrás de él aparecieron su mujer y su numerosa prole, quienes atendían la tienda, donde se expendía de todo, como en un bazar de Oriente.

En medio de la calle polvorienta, se abrazaron los Magdalani, y ahí Aziz pudo conocer a la esposa de su primo, una mujer delgada y alta, cuyos rasgos indefinidos no permitían saber si se trataba de una nativa, o de otra raza; en todo caso tenía el cabello claro, la nariz fina y los labios delgados como el perfil de una hoja. Aziz la miró desde la coronilla hasta los zapatos y no pudo establecer su edad.

Como hacía un montón de años que los primos no se reunían, la conversación brotó ágil y salpicada de anécdotas, las cuales no estaban exentas de fantasía. Yubrail refirió a su primo Aziz que, apenas llegó al caserío, la buena suerte lo acompañó. De todas las chozas salieron a recibirlo, pues lo habían confundido con el nuevo profesor de la escuela, que venía a reemplazar al anterior, muerto de puro viejo hacía dos años. Como no lograban entenderse con él ni en castellano, ni en quechua ni en una mezcla de las dos lenguas, creyeron que las autoridades de La Paz habían extremado su celo al enviarles un profesor dotado de conocimientos que estaban

más allá de los habituales; o quizás el idioma en ese último tiempo había sufrido profundas transformaciones, sin ellos percatarse del cambio. Desde el primer día comenzaron a festejar a Yubrail Magdalani en cada una de las viviendas, construidas de barro y con techo de totora. Cada familia se esmeraba en sus atenciones al futuro profesor, por cuanto todos deseaban verlo vivo durante muchos años.

A los del caserío les importaba un bledo que el profesor no se supiera expresar en su idioma, pero sí que la escuela volviera a funcionar esa misma primavera. A Yubrail le resultó imposible explicar a esas buenas gentes que él era un buhonero, que sus aptitudes para desempeñarse como profesor distaban mucho de ser idóneas; los testarudos nativos no querían entender esos argumentos, y sin más lo llevaron a vivir donde lo había hecho su antecesor, una especie de fonda que ofrecía comida y alojamiento a los escasos viajeros que se aventuraban a pasar por esos lugares.

La dueña de la fonda, que a la postre se iba a transformar en su suegra, miró al recién llegado como quien observa un objeto al que es posible manipular al propio amaño, y de inmediato pensó casarlo con Trinidad, hija suya y de un mercachifle brasileño, que desapareció un día cualquiera sin dejar rastros. Todos creyeron que se lo había tragado la selva, aunque la verdad era otra. Se marchó en secreto a Oruro en busca de mejores horizontes, pues la dueña de la fonda lo maltrataba, le hacía escandalosas escenas de celos por el solo hecho de que al hombre se le ocurría mirar revistas donde aparecían mujeres algo ligeras de ropas; o lo dejaba sin comer porque el mercachifle para escapar de la presencia de su mujercita, salía a pasear a caballo por los alrededores del caserío y volvía lo más tarde posible.

A fin de no malquistarse con la aldea, Yubrail tuvo que

hacer de profesor, pues las autoridades de La Paz, sumidas en la inacción burocrática, no habían enviado a nadie; tampoco parecía que tuviesen intención de hacerlo. Al año de llegar al caserío, desposó a Trinidad, y tanto su mujer como su suegra se dieron maña para mantenerlo atado al lugar como un animal domesticado.

Yubrail Magdalani se aquietó, se diluyó en proyectos impracticables; sus alas, que lo habían llevado de uno a otro continente, se desplumaron, y ya no tuvo voluntad suficiente para calzarse de nuevo los zapatos de indomable andariego y continuar recorriendo la América del Sur. A la par que desempeñaba sus funciones de profesor, —nadie sabía cómo—, abrió una tienda junto a la fonda de su suegra, más por consejo de ésta que por deseo propio. Allí vendía baratijas, hierba mate, tabaco, agujas alemanas y prendas multicolores; y después de un tiempo, colchones y catres de hierro. Si aparecía un sediento, lo invitaba a beber a la trastienda, costumbre árabe que había visto en su primo Aziz, de quien se acordaba a menudo, sobre todo cuando las horas se deslizaban quietas, mientras él permanecía sentado a la entrada de su tienda. Ahí recibía el frescor de la tarde, escuchando el canto de las aves o de Trinidad, aficionada a tocar el piano de la fonda, el cual había llegado a ese sitio, distante de todas las rutas conocidas, a lomo de mula desde Oruro.

Al nacer su primer hijo, comprendió que su vida anclaba para siempre en ese caserío, de nombre Chuquisicamiña, vocablo que no podía pronunciar; entonces, no tuvo empacho y lo cambió por Trinidad, como un homenaje a su mujer. A veces, para espantar el tedio, salía a pasear a caballo por los alrededores de Chuquisicamiña o Trinidad, ocasión en que la tienda quedaba sola, lo que no impedía su funcionamiento, pues si los nativos necesitaban algo,

procedían a tomarlo y dejaban el dinero encima del mostrador. Nadie tenía intención de robar a Yubrail Magdalani y, hubo algunos que por exceso de pundonor, cortaban menos de un metro de tela, o pesaban menos de un kilo de azúcar, y pagaban el total.

“Mi vida ha sido quieta como un atardecer”, dijo Yubrail Magdalani a su primo, y le ofreció un vaso de aguardiente, destilado por él mismo en un alambique instalado en la fonda de su suegra. Aziz Magdalani olfateó el líquido y expresó su conformidad abriendo hasta el límite los ojos; luego bebió un sorbo. Trinidad, ayudada por su madre, preparaba un conejo picante cazado esa mañana por uno de sus hijos, ternera al jugo y quirquincho asado. Sin embargo, los primos comenzaron a hablar de que había olor a comida árabe.

Mientras comían a pierna suelta y el vino circulaba de las jarras a los vasos y de los vasos a las gargantas ansiosas, Aziz Magdalani refirió a su pariente el ofrecimiento que le había hecho el coronel Melchor García Ponce. Antes de responder, Yubrail Magdalani cogió un trozo de quirquincho del tamaño de un huevo y se lo echó a la boca; le dio cuatro mascadas, quizás cinco más y lo redujo a las proporciones adecuadas para hacerlo pasar por el esófago, haciendo el característico movimiento del pavo cuando engulle. Enseguida bebió a lo menos medio litro de vino para empujar la carne. En su mirada estaba impresa la quietud inalterable de la región, la cerrada soledad de un caserío perdido en la selva, cuyos únicos visitantes eran los viajeros que extraviaban el camino que unía a Oruro con Cochabamba.

Yubrail Magdalani preguntó a su primo si se podía confiar en el coronel García Ponce. Aziz se encogió de hombros e hizo un gesto de duda con la boca. “Es una proposición

tentadora —dijo Yubrail—; aunque la veo arriesgada. Claro; es una linda manera de hacer fortuna, siempre que la guerra dure y los amigos del coronel sean personas influyentes...” Se detuvo unos instantes para beber y luego prosiguió con una voz más fuerte: “Ahora es preciso establecer (y movía las manos para graficar las palabras) los mecanismos de la operación, elaborar al menos un documento para garantizar, se me ocurre, la seriedad del negocio; de lo contrario te podrías meter en un berenjenal”.

Acodado a la mesa, Aziz se limitaba a beber, y escuchar con disfrute, cuando no de los consejos, al menos del buen árabe que hablaba su primo, pues había estudiado en Jerusalén. En el otro extremo de la mesa, Amín y los hijos varones de Yubrail conversaban de mujeres; cada cual trataba de referir historias más asombrosas que las de los otros, poniendo énfasis en hacer resaltar su virilidad. Entre risas y explicaciones minuciosas sobre sus experiencias, bebían de preferencia jugos de frutas, a los que en forma disimulada agregaban unas gotitas de aguardiente. Por vivir en la ciudad, Amín se mostraba el más locuaz. Sus aventuras, narradas de un modo gracioso y por momentos dotadas de fantasía, calaban hondo en la imaginación de sus parientes, quienes pedían más detalles de cómo había actuado en uno y otro caso, y de los procedimientos que usaba para lograr éxitos tan rotundos. Amín se balanceaba en la silla y sonreía con malicia, disfrutando más de la expresión de sus parientes que del recuerdo de los lances amorosos.

En las ocasiones en que los hijos de Yubrail aparecían por Cochabamba, Amín se preocupaba de llevarlos a la calle Maceo, donde proliferaban los prostíbulos, o les presentaba a sus amigas, movido por la idea de parecer mundano. En Trinidad, los hijos de Yubrail perseguían a las indias jóvenes o a las sucesivas profesoras mestizas de la

única escuela, donde Yubrail había enseñado cuando llegó al lugar. Las aventuras de los jóvenes resultaban pobres en variedad, pero su candor e impericia las vestían de magia. Trinidad fruncía el ceño al observar las correrías de sus hijos, temerosa de que concluyeran uniéndose a indias o profesoras de razas impuras; soñaba casar a sus hijos con hijas de árabes de Cochabamba, aunque la asustaba el ostracismo al que éstos habían condenado a su familia.

A las tres de la madrugada, luego de haberse llenado la panza de viandas, Yubrail y Aziz se dieron las buenas noches. Hacía rato que los jóvenes se habían retirado a sus cuartos, cansados de narrar sus intimidades o ansiosos de soñarlas.

Aziz se acostó con la sensación de que a Yubrail le desagradaba la idea de que él se asociara con el coronel García Ponce. Acosado por la incertidumbre respecto al verdadero pensamiento de su primo, despertó cerca de las cinco. Sentía en su barriga una brasa, un fuego de crepitar airado. Se levantó para beber agua y salió al patio trasero, donde en la tarde había visto una noria. Estaba aún muy oscuro; casi no distinguía los objetos. Tropezó con tablas, maceteros y ollas vacías tronadas. Al fin dio con la noria, y mientras buscaba el cubo para lanzarlo al pozo, escuchó un murmullo de voces proveniente de una habitación anexa a la casa, que en realidad pertenecía a la fonda de doña Lorenza, madre de Trinidad. Sigiloso, se aproximó a una de las ventanas, que se encontraba abierta de par en par, y como quien busca un objeto perdido se asomó al interior con cierta cautela.

A un costado de la pieza se divisaba un camastro, y junto a éste, una especie de altar iluminado por velas a punto de extinguirse, en cuyo centro se destacaba una virgen negra de madera tallada, cubierta con un manto azul de terciopelo.

Arrodillada en posición orante, doña Lorenza balbucía palabras en lengua aborigen, mezcladas con otras de dudoso castellano, todas las cuales parecían estar destinadas a implorar ayuda a la virgen negra.

Cuando vio por primera vez a Aziz Magdalani, parado en la única y polvorienta calle del caserío, lo miró de un modo especial. Próxima a la edad de las abuelas, conservaba aún ciertos encantos que en épocas pretéritas le habían ayudado a atrapar al mercachifle brasileño. Y que después, como dueña de la fonda, le permitían algunas conquistas fugaces, consideradas escandalosas en las reducidas dimensiones de un poblado donde nadie, desde el día en que se levantó el primer rancho, se atrevía siquiera a mirar a alguien que no fuese su consorte. Rigiéndose por una elemental prudencia, echaba su anzuelo en forma exclusiva entre los forasteros —contrabandistas, inspectores del gobierno, viajeros extraviados— y a menudo se enredaba con cualquiera que acertara pasar por frente a su fonda, acuciada por las ansias incontenibles del amor.

Esa noche, durante la cena, donde narró más de una historia sobrenatural, se le metió entre ceja y ceja atraer al primo de su yerno celebrando un rito pagano en su propia habitación. Al levantarse de la mesa, le lanzó una mirada sugerente. Aziz no acusó la embestida, limitándose a entrelazar los dedos en una clara demostración de displicencia.

Ya no le dolió más el estómago a Aziz, y el fuego que creía tener dentro de sí se le transformó en una urgencia de amar sin límites. Doña Lorenza muy bien sabía que el árabe la escrutaba desde la ventana, pero simuló seguir enfrascada en sus invocaciones, como una manera de atraer al buhonero, a quien adivinaba curioso y dado a buscar el peligro en los lances del amor.

A diario se contemplaba desnuda en un espejo, alerta ante el surgimiento de las inevitables arrugas, estrías, ajamiento de la piel, pérdida de la lozanía, como el caso de esa maldita mancha que le empezó a aparecer en medio de los pechos. Al persistir la anomalía y hacerse más notoria, se refregó esa parte con leche agria de vicuña; igual, la ominosa señal continuaba extendiéndose, cual si fuera el anuncio de una enfermedad mortífera.

Como en el caserío no había médico ni practicante, ni siquiera un miserable aficionado a quien poder consultar, viajó a Cochabamba para ver a cuanto médico le recomendaron. La mancha que había comenzado siendo del tamaño de una uña, llegó a crecer hasta el de una hoja de parra.

Ningún médico de la ciudad pudo establecer las causas de la existencia de la mancha, ni predecir si iría en aumento o al cabo de un tiempo desaparecería. Como toda alteración cutánea, cambiaba de forma, tamaño y hasta de color; de allí que doña Lorenza concluyó por desestimarla.

Si Aziz hubiese sabido de la mancha, a lo sumo habría cerrado los ojos. Sin más, se introdujo en la alcoba por la ventana, porque adivinó que la mujer esperaba esa osadía. Doña Lorenza lo miró como si fuese algún personaje de sus desvaríos; y abrió los brazos para darle la bienvenida.

La experta Lorenza lo apretó contra su pecho, lo palpó de una manera deleitosa, y en un susurro otoñal le propuso que se la llevase a Cochabamba como querida. “La soledad me consume”, se quejó. Cualquier otro hombre de seguro se habría desanimado y huido a perderse. Aunque la mujer conservaba todavía rasgos de una belleza lejana, el tiempo había actuado sin darle tregua, de un modo riguroso; sus casi sesenta inviernos estaban señalados en cada parte de su cuerpo: ojeras, patas de gallo y bolsas carnosas en torno

a los ojos; bajo el vientre le habían aparecido pliegues; en los brazos y muslos, las carnes blancas temblaban como la leche cuajada.

En el ánimo de Aziz no existía ni por asomo la intención de regodearse o buscar imperfecciones; doña Lorenza se ofrecía en plenitud —igual lo hacía con todos sus ocasionales amantes— y él se propuso satisfacer sus ímpetus de mujer desdichada. Ella lanzó al aire tibio del amanecer una súplica amortiguada, de auténtica dicha, que, de haberla escuchado una persona inadvertida, habría imaginado que la mujer se lamentaba.

Si en esos instantes hubiese habido pájaros en el árbol que crecía frente a la ventana, de seguro se habrían alborotado. Mientras clareaba, Aziz y doña Lorenza hicieron sonar en plenitud los registros de su repertorio amoroso, como si intentaran, al igual que todos los amantes, llegar a escuchar la inasible música del cosmos.

Por aburridas noches iba a vivir en el recuerdo de Aziz el encuentro con doña Lorenza; si no hubiese sido por la guerra del Chaco, de vez en cuando habría regresado a Trinidad, caserío donde los límites de la imaginación no estaban fijados. Durante largas vigiliás, Yvotyropea sintió la lejanía de Aziz, aunque lo tenía junto a ella, pero no quiso indagar. Otra, abrumada por los celos, habría hecho lo contrario.

Aziz regresó a Cochabamba con más dudas y peores presagios que antes de partir. Al cabo de una semana apareció en su tienda el coronel Melchor García Ponce, acompañado de un hombre pequeño, regordete, de tez oscura y cabellos ralos, que parecía tener dientes postizos, pues a menudo apretaba la boca y desplazaba los labios hacia delante.

Saludó a Aziz con una venia y cerró los ojos, para controlar la lacrimosidad; luego se los limpió con un

pañuelo y volvió a hacer el gesto desagradable con la boca. Desde un rincón de la tienda, la Nativa Guaraní observaba a las visitas, analizando cada uno de sus movimientos. En la noche, le comentó a Aziz que el amigo del coronel parecía un hombre en extremo desconfiado, como rata de granero. “¿Qué te hizo pensar eso?” Ella dijo que el hombrecito movía los ojos hacia todas direcciones y miraba hacia atrás a menudo, como si temiese que alguien lo estuviera siguiendo. “Cierto”, y Aziz recordó cuando el coronel Melchor García Ponce le insistió una y otra vez a su acompañante en que la tienda de su amigo sería el sitio más seguro para reunirse a hablar de negocios.

Meses antes de estallar la guerra, Aziz empezó a proveer de uniformes a los regimientos estacionados en Cochabamba y Santa Cruz. Una vez a la semana el coronel Melchor García Ponce pasaba por la tienda de los Magdalani a revisar los libros de contabilidad y a retirar en billetes una suculenta cantidad de dinero, para depositarla a nombre de su mujer en el banco de Cochabamba. Cuando Aziz le entregaba los fajos de billetes, el coronel se pasaba la mano por la frente, se mordía los labios y procedía a contar el dinero con los dedos índice y pulgar, humedecidos en una esponjera. Al concluir, se bebía un trago de árak al seco y salía a todo escape. Ya no había tiempo para charlas amistosas, comerse un trozo de pollo picante o beberse un vaso de vino en la trastienda.

El coronel revisaba los libros de contabilidad sin hacer nunca reparos, ni siquiera consultas. Un día jueves en que Aziz estaba enfermo en cama, apareció en extremo irritado, hasta el punto de exigir a Chafik, en forma descomedida, que le mostrase los libros de inmediato, pues tenía prisa. En vez de entregarle los libros en la mano, Chafik los dejó caer sobre el escritorio en un acto de rebeldía, lo que el coronel

juzgó como una insolencia; y aproximó su mano al revólver colocado al cinto. Chafik se inquietó y, para evitar una reacción torpe del militar, le dijo que lo disculpara. Melchor García Ponce sonrió de un modo burlesco, mientras abría los libros. De seguro entendía apenas de números y menos de contabilidad, pero ese jueves parecía empeñado en agitar las cosas, en otorgar un cariz explosivo a la situación. Como nunca, examinó las cifras y las recorrió con su dedo índice hacia arriba y hacia abajo.

Al recoger su dinero, miró a Chafik como quien examina a un mendigo. “Vaya con el jovencito insolente; si no hubiese sido por la amistad con su padre, le doy su merecido”. Contra sus propios deseos, Chafik se enfureció y, cuando García Ponce se aprestaba a salir de la tienda, le cerró con temeridad el paso, como si lo fuese a increpar. De nuevo García Ponce dirigió su mano pendenciera hacia el revólver, pero ahora lo sacó a medias de la cartuchera, con el propósito inequívoco de usarlo. En ese momento, entró Said, y sin percatarse de nada, se acercó para saludarlo. Ello desconcertó a García Ponce, quien parecía dispuesto a salir de la tienda por encima del cadáver de Chafik. “Está bien, está bien”, farfulló, e hizo un rodeo para hallar su camino hacia la calle.

Antes de sentarse a comer, Chafik fue al dormitorio de su padre, a informarle de cuanto había sucedido. Junto al lecho del enfermo, la Nativa Guaraní le daba de beber una infusión de yerbas. Pero antes de que Chafik abriera la boca, Aziz le manifestó que sospechaba la razón de su visita, pues desde hacía tiempo había observado en el coronel García Ponce el ánimo de disputar, de crear motivos de discordia, movido por oscuros designios. “De seguro quiere una mayor participación en el negocio”, comentó Chafik, y ayudó a su madre adoptiva a acomodarle la almohada al enfermo.

Al imponerse años después Aziz, de que el general García Ponce lo difamaba a través del diario "La Trompeta", imputándole haber colaborado junto con la Nativa Guaraní y el profesor Gumercindo Serrano en una organización de espionaje, descubrió, lo disparatado de haberse asociado con un hombre estrecho de mollera. Y por falsa bravura a batirse en duelo, lances en los que despachó a tres militares y dos civiles. Al concluir la guerra, la amada esposa de Melchor García Ponce huyó a Argentina con su amante, llevándose todo el dinero que su fiel esposo le depositaba semana a semana en el banco. El general despertó un día sin mujer y sin dinero, y como el hombrecito de La Paz le exigía con rigurosa puntualidad su parte del negocio de los uniformes, no encontró más solución que fastidiar a Aziz Magdalani con desmedidos requerimientos, hasta que el árabe no pudo complacer las reiteradas demandas de dinero, que parecían no tener medida ni fin.

Una tarde, Melchor García Ponce solicitó a Aziz que le prestara 100.000 pesos. Había girado cheques por ese valor sin disponer de fondos. Aziz se negó de manera rotunda, pues la cantidad le parecía excesiva y, como la sociedad se había disuelto al concluir la guerra, no veía razones para ayudar a quien, tal vez, tenía más dinero que él. Quebrantado por su fracaso, urgido por sus acreedores y deudas de juego, García Ponce tuvo que reconocer que su amada esposa había volado junto con el dinero. "Yo tengo mis propios problemas", dijo Aziz, y despidió de su tienda al compungido militar.

Esa noche en que el profesor Gumercindo Serrano se presentó por sorpresa en casa de los Magdalani, Aziz comprendió que su vida y la de toda su familia se habían puesto bajo el signo del peligro. "Hay que huir esta misma noche", lo apremió el profesor. "Esta misma noche, esta

misma noche”, decía una y otra vez, a la par que ayudaba a llenar maletas. Para aumentar la confusión, Yamile lloraba; le parecía una insensatez huir, hacer caso a los consejos del profesor, un hombre de ideas estrafalarias y amigo de pronunciar discursos revolucionarios. “Es un asunto de vida o muerte”, le dijo Chafik, en un esfuerzo por convencerla de una vez. Ella se lamentaba de tener que deshacerse de sus zapatos y vestidos de fiesta, de todas aquellas cosas espléndidas que en más de siete años de casada había logrado acumular.

Ante sus ojos ofuscados, los fantasmas de la miseria y el hambre adquirieron consistencia real. ¿Abandonaría su mundo por huir de una amenaza imaginaria, sin más fundamento que suposiciones? “No me iré”, le gritó a Chafik, mientras abrazaba a sus hijos, que lloraban al ver disputar a su madre. Chafik trató de persuadirla mediante palabras mimosas. Le dijo que quizás podrían regresar a Cochabamba en unas semanas, cuando pasara el peligro. “¿Hay que hacerle caso a un profesor borracho y por añadidura mentiroso?”, clamaba ella, cerrada a todo argumento.

En medio del barullo, la incansable Yvotyropea se desplazaba en silencio de un punto a otro de la casa, escogiendo las cosas indispensables, viendo qué maletas llenar, atenta a las miradas de Aziz, por si necesitaba algo. Comprendía más que nadie la gravedad del momento, la urgencia de huir de Cochabamba, y luego hacia otro país. Acaso la vida de todos, a partir de ese instante, se transformaría en un eterno peregrinar. No hacía mucho que Aziz le había advertido que en breve deberían abandonar Cochabamba, pues vislumbraba que una desgracia se cernía sobre la familia. Nunca ella había visto en los ojos de Aziz una mayor zozobra, tras la cual intuyó la presencia de la

muerte.

Ella lo imaginó siempre soberbio ante las adversidades, despectivo ante el destino, violento ante las injusticias. Una tarde lo vio salir como un bólido de su tienda, metro en mano, a defender a un indio viejo que era castigado a fustazos por un blanco montado en un hermoso caballo, porque aquél interrumpía el paso de la bestia. Jamás se negó a darles una moneda a los mendigos que a diario alteraban con lamentos su tienda. “Son una verdadera plaga, papá”, se quejaba Chafík ante su progenitor por esa excesiva generosidad, próxima al despilfarro. Aziz respondía siempre con la misma frase: “No vaya a ser que algún día tengamos que pedir limosna, y nos la nieguen”. Luego se persignaba, aunque su devoción cristiana se situaba más cerca de lo formal, que de la autenticidad. Cuando la Nativa Guaraní le pedía que la acompañara los domingos a misa, él siempre encontraba un buen pretexto para escabullirse; esgrimía su condición de ortodoxo o sus obligaciones en la tienda, visitas a amigos, una charla matinal antes de almuerzo en el club, o algún asunto urgente, nunca definido.

La Nativa Guaraní se cubría la cabeza con una mantilla negra y, acompañada de Nadia y Jazmín, concurría a la primera misa, pues había que regresar temprano a casa a preparar el almuerzo para Aziz, quien no se sentaba a la mesa si la comida no estaba hecha por su mujer. Si Afife lo había conquistado por el estómago, Yvotyropea unía a ese encanto su dulzura erótica, que satisfacía las exigencias del árabe, acostumbrado a picotear gallinas de distintos plumajes. Esa noche, cuando la premura mordía el tiempo, la Nativa Guaraní acabó de conocer a Yamile. No se sorprendió de sus llantos, ni de su resistencia a partir de esa misma noche, ni de su excesiva preocupación por las cosas materiales, ni de su desprecio a los consejos de un hombre

sabio como lo era el profesor Gumercindo Serrano. Yamile insistía en quedarse, y si Chafik no hubiera cogido a los tres chiquillos del brazo para meterlos sin más en el camión, ella habría permanecido plantada en su alcoba, como si no supiese que los hombres del General Melchor García Ponce llegarían antes de la medianoche, para detener a toda la familia.

“No hay tiempo ni para despedidas”, urgió el profesor Serrano, mientras abrazaba a Aziz en la calle, cuando el árabe se aprestaba a subir al camión detrás de Soraya, la recién embarazada esposa de su hijo Amín, con quien éste se había casado no bien concluyó la guerra. “Y usted, profesor, ¿qué hará?”, indagó Aziz, abatido por la idea de separarse de quien le ayudaba a endulzar las tardes entre sorbo y sorbo de árak y cuanto licor inventaba la ingeniosa Yvotyropea. Gumercindo Serrano se gibó como si le hubiesen puesto sobre las espaldas un pesado fardo, o el destino de toda esa familia; levantó su mano y dijo: “No se preocupen por mí; sabré defenderme”.

Con lentitud el camión enfiló hacia el sur. La noche vestida de sombras parecía retener un grito, una blasfemia del cielo. A falta de lágrimas, Yamile gemía aburrida. Chafik le refería historias graciosas, ninguna de las cuales lograba hacerla variar de su desgano papel de llorona. A cada tumbo del camión lanzaba un lamento pequeño, suficiente como para que su esposo la pudiese escuchar.

Al cabo de cuatro horas de viaje entre tumbos y breves paradas, el camión se detuvo en un poblado, frente a una choza de cuyo interior salía la luz mineral de una lámpara a carburo. Las sombras de la noche cubrían los objetos, achataban las casuchas, contribuían a hacer de cuanto se lograba divisar una ondulante masa negra. Desde el interior de la vivienda apareció una mujer pequeña que sostenía la

lámpara. El conductor del camión la saludó y, luego de que conversaron de manera breve, la mujer se introdujo en la choza y el hombre regresó al vehículo. Un frío de cuchillo largo mordía las carnes expuestas a la intemperie. Antes de reiniciarse la marcha del camión, Yamile hizo descender a los niños para que orinaran. Sentada sobre mantas, junto a Soraya, la Nativa Guaraní contemplaba en silencio cuanto sucedía a su alrededor; de vez en cuando se sonaba con un pañuelo diminuto y en seguida se restregaba los ojos con el dorso de la mano.

Una y otra vez el ruinoso camión se salió de la ruta y si no hubiese sido por la destreza del conductor, habría volcado. De infinidad de baches y piedras descomunales estaba sembrado el camino, y lo hacían intransitable, sobre todo en esa noche agredida de negrura. Después de tres horas y más, cuando en el horizonte se perfilaba el crepúsculo, el día a punto de florecer, el camión volvió a detenerse en un caserío de apenas cinco viviendas destartaladas. En el frontis de una de ellas colgaba un trozo de latón enmohecido, donde se leía "Huari" pintado en letras negras, lo que podía ser el nombre del lugar, o el de la fonda que funcionaba allí.

Aziz ayudó a las mujeres a descender del camión, mientras Chafik, Said y Amín tomaban en brazos a los tres niños para introducirlos a la choza del letrero y sentarlos en bancas rústicas de madera de cedro, arrimadas contra las acitaras de adobe pintadas de blanco. Nadie hablaba, y cuando apareció una mujer que parecía ser la dueña de ese lugar, Yamile le rogó que trajera leche caliente para los niños. En silencio, los hombres se juntaron en un rincón para discutir el itinerario, pues a la luz del día aumentaba el riesgo de que el brazo largo del general Melchor García Ponce les diese alcance. Aún faltaba un buen trecho para

llegar a la frontera con Jujuy, donde el cruce clandestino sería más fácil para un grupo numeroso.

Quieta y taciturna, igual a un pájaro vespertino, la Nativa Guaraní se había sentado en la punta de la banca, sitio desde el cual miraba a sus anchas a los niños beber su leche; a Soraya, bella como una tarde otoñal; a Yamile observar desconfiada los vasos de greda y la leche —el color amarillento la aturdió de dudas—; a los hombres discutir si parecía mejor alcanzar la frontera chilena o la argentina. Por encima del hombro de Chafik, Aziz miró a la Nativa Guaraní y le sonrió. De haber estado Afife, le habría endilgado esas mismas muestras de afecto. En un momento de su vida no supo a cuál de las dos mujeres amaba más. Saltaba de uno a otro lecho como un macho insaciable. Ambas trataban de complacerlo, mimarlo, hacerle grata la vida; mientras una le daba hijos, la otra aquietaba su frenesí de trotamundos, sus ansias de romper con todo, de olvidarse de la familia, los huesos de los muertos, las tradiciones lejanas y próximas, y retornar a sus andanzas de buhonero impenitente.

Esa lejana noche, cuando Afife agonizaba, le cogió las manos a su marido, se las apretó, y en un susurro imperceptible para un oído distinto al de Aziz, le dijo: “Ahora puedes amar a la Nativa Guaraní si quieres”.

Al morir Afife, la Nativa Guaraní se encerró en la pieza del fondo a llorar hasta sentir escozor en los ojos, a rasguñarse la cara hasta sangrar, a gemir hasta que la garganta se le irritó. Y sólo renunció al luto el día en que Aziz le dijo que regresara a compartir su lecho. Estaba lejana la muerte de Afife, pero su presencia continuaba latente en la familia de los Magdalani, al punto que se hablaba de ella como si estuviese viva, desplazándose entre ellos, de la cocina a la tienda, para preguntarle a Aziz si deseaba comer berenjenas rellenas, hojitas de parra o costillar de cordero.

“Han transcurrido demasiados años”, pensó Aziz cuando su hijo Chafik le tocó el hombro para advertirle que el camión los esperaba.

Un sol espléndido los acogió no bien salieron de la choza para volver al camión estacionado a la vera del camino. El frío mordía con sus finos dientes de roedor. El ronquido acompasado del motor hería la soledad del caserío, quebraba la monotonía del silencio, alejaba a los pájaros y alborotaba a las llamas encerradas en los corrales de las chozas. A tumbos, el camión avanzó por un camino pedregoso, más bien una huella dispareja, apenas transitable; acaso su única bondad consistía en ser recto. Cuando Huari desapareció tragado por el horizonte, el camino mudó aprisa de color; y como si eso fuera la señal de una desgracia, el motor empezó a resoplar, a atascarse, a dar muestras de no querer seguir funcionando. De improviso se detuvo, no sin antes haber gemido; el chofer condujo la máquina a un costado del camino, adonde llegó a tirones.

Ahí cundió la desesperanza, mientras el chofer descendía acompañado de Amín y Aziz, para revisar el porfiado motor. Alerta a cualquier acontecimiento anormal, Yamile estiró el cuello para averiguar por qué se habían detenido en medio de esa soledad infinita. Al ver cómo desde el motor subía vapor en abundancia, se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar, a gritar que quería volver sin tardanza a Cochabamba acompañada de sus hijos, pues veía que una secuela de calamidades se iba a precipitar sobre ellos como una maldición. Sus lamentos se esparcían por esa vastedad sin fin, y retumbaban semejantes a truenos. Más de una vez Chafik trató en vano de calmarla. Yamile parecía dispuesta a bajarse del camión y echarse a caminar con sus hijos de regreso a Cochabamba, despreciando el sol, la soledad y sus peligros, la distancia de horas y horas que la separaba

de su ciudad adoptiva. Acaso en ese trance se lamentó por primera vez —se iba a lamentar muchas otras veces en su vida— de haberse casado con Chafik Magdalani.

Aunque Soraya también pudo expresar quejas, pues comenzó a sentir náuseas de recién embarazada, se mantuvo tranquila, dedicada a intercambiar miradas a la distancia con Amín, atareado en reparar el motor. Los jóvenes sonreían, y apoyados en el lenguaje mudo de las miradas, se declaraban su amor una y otra vez, como si hablarse les estuviese prohibido.

A tal punto llegó la escandalera producida por Yamile, que Aziz ordenó a su hijo que la hiciera callar, de lo contrario lo haría él. Abochornado por su debilidad y el inusual enojo de su padre, Chafik volvió a intentar lo que parecía imposible: calmar a Yamile. Fuese porque de repente el motor del camión comenzó de nuevo a funcionar, fuese porque Yamile se percató de su ridícula posición, dejó de gimotear; en seguida se cubrió con una manta y se acurrucó junto a sus hijos. Después de un rato, cuando el camión iba otra vez en marcha y el incidente de Yamile parecía olvidado, Chafik se le aproximó para expresarle en voz baja el disgusto ácido que le había producido su comportamiento. “Jamás sentí tanta vergüenza en mi vida”, recalcó, y se fue a sentar junto a Yvotyropea, que apoyó su cabeza en el hombro del joven.

Al mediodía volvió a detenerse el camión para permitir a la familia bajar a hacer sus necesidades, estirar las piernas y comer algo frugal. Yamile parecía más calmada, aunque sus tres pequeños hijos daban muestras de cansancio y malestar por un trayecto tan prolongado como penoso, y se preguntaban por qué no habían hecho ese viaje interminable en la alfombra mágica del abuelo.

Aziz y Amín se sentaron en una piedra, luego de ayudar

al chofer a revisar la máquina, para estudiar en el mapa de Bolivia si la dirección elegida era la correcta en un camino donde las indicaciones hechas en pedazos de latón, mojones postrados, apenas constituían señales imprecisas. Casi habían avanzado al tuntún en esas zonas donde extraviarse resultaba más fácil que seguir por el buen camino. A menudo el conductor reducía la marcha y miraba perplejo las señales abatidas, muchas de las cuales parecían estar allí desde cuando se hizo el lejano primer trazado de la ruta.

Como buen árabe nostálgico, Aziz miró en su rededor e imaginó hallarse en Palestina, aunque difería el paisaje. Dentro de unos años pensaba regresar a su tierra natal, millonario, acompañado de toda su familia, para radicarse en la misma casa de sus padres, o tal vez en una mejor. ¿Lo iba a aceptar el pueblo si llevaba a la Nativa Guaraní?

El conductor reinició la marcha hacia la frontera con Chile, luego de cerciorarse que seguía una ruta correcta, país adonde había decidido al final emigrar la familia Magdalani, tras haber soñado Aziz, al quedarse dormido por unos momentos, que el destino de ellos apuntaba hacia el poniente.

\*\*\*

Ningún árabe de Cochabamba se atrevía a reconocer las razones que habían tenido los Magdalani para huir durante la noche. Cuando en la mañana los comerciantes de la plaza vieron cerrada la tienda de Aziz, se intranquilizaron. Tres árabes, entre ellos Rafael Daud, cuya hija había muerto debido a la presencia en Cochabamba de Yubrail Magdalani, golpearon la puerta de la tienda para saber qué ocurría. Como nadie respondió a sus repetidas llamadas, se encaminaron al cuartel de policía a estampar una denuncia

por la eventual desgracia sobrevenida a toda la familia Magdalani.

Detrás de un escritorio pequeño montado sobre una tarima, un hombre enjuto, de tez brillante y oscura —vestía una camisa celeste y pantalones azules— miró a los árabes con la expresión cansada de quien está habituado a oír toda laya de calamidades. Cuando le dijeron que se trataba de la familia Magdalani, abrió la boca, pues reconoció el apellido de quienes tenían una de las mejores tiendas en la ciudad. “¿Y cómo es posible que pueda desaparecer tanta gente de una sola vez?”, apuntó el policía, escribano del cuartel. “Eso es en esencia lo que deseamos saber”, puntualizó otro de los árabes.

El escribano cogió una lapicera de palo manchada de tinta, miró la pluma como quien observa el ojo de una aguja, la untó en el tintero dos o tres veces, y se puso a escribir pausado sobre un libraco de hojas rayadas. Las palabras brotaban de la pluma como si fuese más importante la caligrafía que el contenido. De trecho en trecho miraba a los árabes y movía la cabeza, acaso para solicitar ayuda en la redacción. En las siete líneas que escribió, tardó a lo menos diez minutos. De veras parecía interesado en la desgracia de los Magdalani, pues al terminar quedó pensativo, acodado sobre el libraco. Cuando los árabes empezaban a impacientarse, les dijo: “¿Y si todos se quedaron dormidos?”

Al regresar los tres árabes a la plaza, encontraron una enorme multitud frente a la tienda de los Magdalani. A empujones se abrieron paso hasta llegar a la puerta de entrada, donde alguien había escrito con betún y en letras gruesas: “Los turcos traidores han huido al Paraguay”.

Anocheía cuando los hombres del general Melchor García Ponce derribaron la entrada de la tienda a hachazos, para permitirle a la multitud, aún reunida en la plaza,

saquearla a su antojo. Esa madrugada el propio General García Ponce, luego de acudir allí con una patrulla armada y comprobar la fuga de los Magdalani, se había quedado solo en el lugar, para elegir lo que más le agradaba. Registró palmo a palmo la casa en busca de joyas y dinero, pero a medida que avanzaba en su búsqueda frenética, fue comprobando que los Magdalani se habían llevado las cosas de mayor valor. Debió resignarse con los servicios de estaño, las copas de cristal, adornos, dos gobelinos de dudoso gusto, un reloj de pared, una victrola a cuerda e infinidad de baratijas que retiró en canastos desde la tienda, haciéndolos llevar a su casa por un par de indios. Luego de esa apropiación reparadora, no le importaba que la chusma disfrutara de los desperdicios del festín.

Asustados, los árabes del comercio se reunieron a la mañana siguiente en el club a analizar la situación. Amigos de hablar en voz alta, saludar a gritos, gesticular, expresar en forma desmedida sus sentimientos, reírse o llorar a toda orquesta, ese día aciago, no obstante, se les veía taciturnos, como si la desgracia hubiese caído sobre todos. En grupos pequeños empezaron a llegar al club, comentando lo del saqueo de la tienda de los Magdalani. A despecho del desconcierto y la amargura generalizados, los árabes de siempre jugaban al póquer desde hacía tres días seguidos con sus noches, sin levantarse de las sillas, ajenos a la tribulación de sus compatriotas.

Cuando apareció Rafael Daud, la concurrencia lo rodeó anhelante; todos deseaban inquirir detalles, saber el destino de la familia Magdalani; si era verdad que Aziz había sido asesinado por el general García Ponce y que Amín, en un acto de locura —pese a estar recién casado—, se había batido a duelo con el experimentado militar y le había metido una bala en la garganta, en justa compensación por

el asesinato de su padre.

Rafael Daud pedía calma, orden, a esa multitud de preguntones, cada vez más ansiosos por saber si alguno de los rumores que circulaban por Cochabamba tenía cierto grado de veracidad. “No lo sé, no lo sé”, repetía Rafael Daud, mientras intentaba seguir enhiesto ante los empujones, eludir el cerco que se estrechaba en torno a él, entender al menos una palabra de las miles que le lanzaban al rostro, como si lo quisieran injuriar. “No lo sé, no lo sé”, se excusaba, debido al acoso. Por momentos escuchaba un ruido ascendente y mareador, semejante al de aquella vez cuando la comunidad de árabes, hacía muchos años, le daba el pésame por la muerte de su hija.

Nadie se percató del instante en que el general García Ponce, vestido con uniforme de campaña, hizo su ingreso al club árabe, acompañado de un piquete de soldados premunidos de fusiles máuser, armas usadas en la reciente guerra. El grupo avanzó por entre la multitud hasta llegar a Rafael Daud, quien desde hacía rato parecía dispuesto a escapar por una ventana si continuaban hostigándolo. Un sudor helado se le descolgó desde la frente al ver al general y a los soldados, a no dudarlo ganosos de apresar a todos los árabes de Cochabamba. Sin mediar provocación alguna, Melchor García Ponce desenfundó su enorme pistola negra y, apuntando al pecho de Rafael Daud, lo miró a los ojos hasta llegar al fondo de su alma, donde creía se hallaba escrito el lugar donde se escondían los Magdalani. Después, el general —uno de los más expertos tiradores del ejército— levantó con lentitud su arma hasta apoyar la boca del cañón en la frente del aterrorizado árabe, quien desde que lo vio avanzar hacia él había comenzado a sentirse fiambre, tan frío como la nariz de un perro vago.

Un silencio de fosas marinas se extendió por el recinto

del club. En el rostro de los asistentes se instaló una sorpresa antigua, un temor viejo traído por muchos de los árabes desde ultramar, una angustia acumulada a través de las edades, una amargura lejana, que arrastraba todas las vejaciones sufridas por infinidad de años a manos de los imperios. “Si no me dicen dónde se ocultan los Magdalani, juro que le volaré los sesos a éste”, vociferó Melchor García Ponce, estimulado por la pasividad de quienes lo rodeaban. Una muerte más, pensó el general, no iba a molestar a nadie si con ello castigaba a una familia de traidores. “¿Y bien, carajos?”, gritó, al no observar reacción alguna en la multitud. Tampoco esta grosera pregunta fue satisfecha. Entonces hizo un gesto de ira que contrajo todos los músculos de su boca. ¿Y si mataba ahí mismo a Rafael Daud para cumplir su palabra de soldado? Quizá resultaba mejor llevarlo a la plaza y fusilarlo delante de todos. ¿O mejor retaba a duelo a alguno de esos infelices árabes? “Porque soy un militar generoso, voy a perdonarle la vida a este hombre si cualquiera de ustedes se bate a duelo conmigo”.

A Rafael Daud le volvió el alma al cuerpo. Aturdido, se limpió la frente con la manga de su camisa y se acercó a una silla próxima para sentarse. Le tiritaban las rodillas, le castañeteaban los dientes y le dolían las uñas, como si se las hubieran martillado. Nunca había sentido tal cúmulo de malestares en tan breve tiempo. Al levantar la cabeza, vio cómo le temblaba la mandíbula a García Ponce, quien se hallaba casi encima de él. Y cómo unas gotitas de sudor se le juntaban en la base del cuello, y se deslizaban por el pecho lampiño, tostado por la severidad del sol y el aire seco del salar de Uyuni, donde su regimiento acostumbraba a ejercitarse para la guerra.

“¿Acaso entre tanto turco carajo no hay nadie con agallas para batirse conmigo?”, gritó el general, hirviendo de

rabia; la saliva le corría en finos hilillos por las comisuras; entonces se la limpiaba con gestos mecánicos del dorso de la mano. Por el fondo de sus ojos cruzaba un viento ansioso de pependencias. Si ninguno de los presentes se atrevía, iba a escoger al azar a cualquiera de esos tristes árabes, muchos de los cuales ignoraban cómo se usaba un arma de fuego. De uno en uno empezó a examinar a los hombres, a su próximo candidato a la sepultura. Trataba de ubicar a quien pareciera más débil y torpe, pero, aún así, no iba a elegir a un viejo carcamal, para que no se dijese que él era abusivo. Si había que despachar a alguien, que éste al menos opusiera resistencia. Matar a un pobre infeliz hasta resultaría un acto pueril, indigno de un duelista experimentado.

Aterrorizados por esa verdadera rueda de la fortuna y de la muerte, algunos doblaban las rodillas para agacharse, deseosos de no ser advertidos. El general examinaba calmoso, yendo de uno a otro sitio, como si tratara de identificar a alguien. En su rostro se había instalado un ancho desdén.

Acaso aburrido de buscar y rebuscar a quien cuadrase mejor con sus propósitos, se detuvo frente a Felipe Suez —hermano de Soraya, la esposa de Amín Magdalani—, un árabe huesudo de frente amplia debido a una calvicie temprana; más bien era de elevada estatura —como la del general—, de brazos alargados como remos y manos descomunales. Melchor García Ponce le puso una mano en el hombro, indicio inconfundible de haber hecho una buena elección. “Parece torpe de movimientos”, pensó el militar, aunque, por la delgadez del hombre, le iba a costar más acertarle el tiro. Felipe Suez miró a su alrededor como quien se despide de este mundo y echó a andar detrás del general y delante de los soldados.

Ahí de espectadores, uno de los primos de Suez

comenzaron a lamentarse de antemano, seguros de que al día siguiente iban a asistir a un funeral y, para colmo, de un miembro de la familia. Uno de los soldados le metió en las costillas el fusil máuser, para obligarlo a caminar más aprisa. “A la plaza, a la plaza”, gritaba el general, saboreando de antemano su triunfo, pensando si la bala se la iba a meter en el pecho, en la cabeza o sólo en las piernas, para de ese modo amedrentar a los árabes. El último a quien había mandado a mejor vida fue un fanfarrón acostumbrado a pregonar por toda Cochabamba que se acostaba con Lily María, su hija regalona. A ese le alojó una bala en el bajo vientre, lo más cerca posible del sexo, movido por dos razones: o lo mataba o lo dejaba impotente de por vida. A Felipe Suez acaso le iba a dar un gran susto, un susto mayúsculo, para que se hiciera en los pantalones y sirviera de escarmiento a quienes ocultaban el paradero de los Magdalani. “A la plaza, a la plaza”, repitió el general, levantando su brazo como lo hacía para enfervorizar a sus hombres en los campos de batalla.

Algunos árabes, a gritos, le rogaban que tuviese piedad de Felipe Suez, de ese santo varón que nunca había cogido arma alguna, ni una escopeta para matar pajaritos, ni siquiera un arco y flechas para jugar cuando niño. “Es digno de ser canonizado —argumentaban— inofensivo como una paloma; piense en su pobre esposa e hijos”. Ante semejantes súplicas, García Ponce sonreía, sintiéndose dueño íntegro de esa situación; asimismo se mantenía inflexible en su ánimo de batirse a duelo, porque los códigos de los duelistas le impedían cambiar su decisión, máxime si la había tomado delante de sus soldados. “Señores, va a ser un duelo justo”, respondía una y otra vez a las consultas, levantando los brazos como quien saluda a una multitud de adeptos.

Ya en la plaza, el general la hizo despejar de vendedores de yerbas medicinales, de niñeras, de parejas de novios, de

indias descalzas sentadas en el suelo mientras tejían mantas; también ordenó a quienes tenían sus tiendas abiertas que las cerraran.

Cuando la plaza quedó despejada hasta de los mendigos de la catedral, en tanto a los pájaros se les veía picotear la tierra en busca de gusanos, o piar en los árboles, el general Melchor García Ponce ordenó a uno de sus soldados que fuese a buscar al regimiento, la cajuela donde guardaba las pistolas para batirse a duelo. Al oír esa orden, Felipe Suez comprendió que su vida duraría una media hora más a lo sumo. Ante la inminencia de su muerte, se acordó de su tierna hermana Soraya, quien le había prometido ponerle el nombre de Felipe a su primer hijo varón, mientras la nariz se le dilataba y los pómulos adquirían el brillo de la porcelana; una y otra vez se pasó las manos huesudas por la cabeza, donde las pelusillas blanquecinas del casco, parecían hebras de seda. Al menos, iba a morir por una causa justa, se consoló.

Cerca de él, Melchor García Ponce, de brazos cruzados, aguardaba el arribo de las pistolas. En su mirada, donde no podía haber bondad, se mezclaban el desprecio por la vida y la repulsa a toda idea distinta a las suyas. Para calmar su belicosidad, cuando no tenía a quien agredir, se daba puntapiés él mismo o se insultaba frente al gran espejo del salón de su casa. Odiaba la tolerancia, y en una ocasión en que un compañero de armas le confidenció su ateísmo —el general iba todos los domingos a misa—, no descansó hasta sacarlo de sus casillas con hostigamientos y bromas pesadas, al extremo de que el otro no halló más solución que, cierto día, abofetear a esa especie de ladilla fastidiosa delante de un grupo de oficiales jóvenes. A la sazón capitán, Melchor García Ponce juzgó la afrenta como un reto a duelo; pocas veces había sentido una satisfacción más dulce que en ese

momento; por primera vez tenía la posibilidad de enviar a los infiernos a un ateo. García Ponce mató a su oponente, convencido de haberle hecho un favor al cielo.

Cientos de mirones se habían estacionado detrás de las columnas de los portales añosos, de los quebrachos y robles cuya edad nadie podía precisar; de los postes de alumbrado público, o de cualquier parapeto capaz de protegerlos de las balas que se iban a disparar en el duelo. Muchas mujeres sacaron rosarios de entre los complicados pliegues de sus ropas y empezaron a clamar a los cielos piedad por Felipe Suez, a quien de antemano sabían muerto. A toda prisa llegó a la plaza una hermana de Suez y se lanzó a los pies del general García Ponce para pedirle clemencia, sollozando que Felipe era el único varón de la familia, el sostén de su esposa, chiquillos, una madre viuda y tres mujeres solteras sin esperanzas de encontrar marido.

Ensoberbecido por el poder que ejercía sobre esas pobres gentes, Melchor García Ponce miró a la mujer de soslayo, mientras torcía la boca como si fuese a lanzar un gargajo hacia el costado, y se separó un tanto de ella para evitar que le manchara las botas. Como la suplicante insistía y se alzaban voces de apoyo, el general levantó los brazos y dijo a voz en cuello: "Mi honor de soldado ha sido ofendido". Al convencerse la mujer de que el militar no suspendería el duelo, se arrojó a los brazos de Felipe, el cual se sorbía los mocos y se restregaba los ojos ante la inminencia de una muerte por lo demás estúpida.

Mientras los hermanos se consolaban, apareció el soldado con las pistolas dentro de una cajuela de jacarandá, forrada en su interior con terciopelo, y se las entregó al general. Como quien acepta un presente inestimable, Melchor García Ponce se inclinó a recibir la cajuela; por su rostro cruzaron oleadas de beneplácito. El mismo designó a los

padrinos de entre sus soldados y procedió a revisar las armas en presencia de éstos. Enseguida, los padrinos le mostraron las pistolas a Felipe Suez para que eligiera su arma, la cual de seguro ni siquiera lograría gatillar.

Todo estuvo a punto cuando las campanadas de la iglesia de los Sacramentinos anunciaban las doce y el sol derramaba rayos de sangre y muerte sobre la plaza. Ceremonioso, Melchor García Ponce cogió su pistola y caminó hacia el centro de la plaza delante de Felipe Suez. Las zancadas de sus negras botas, ominosa imagen de su absoluta superioridad militar, infundieron desfallecimiento en los ánimos. Aunque existía la remota posibilidad de que sucumbiera en el duelo, todos la descartaban como algo impensable. ¿Acaso iba a morir en un duelo vulgar quien luchó en la guerra del Chaco y participó en varias revoluciones cruentas?

Para hacer público su completo desprecio por la muerte, escupió al suelo; después miró hacia arriba, a la copa de un árbol frondoso, al escuchar el trino de un pájaro al cual quiso identificar, no porque tuviese predilección por el canto de las aves, sino debido a que en su casa tenía una enorme jaula con pájaros oriundos de la selva del Beni, y ese trino le pareció familiar. En el mismo instante en que levantaba la vista, el pájaro del trino abrió su esfínter anal y dejó caer una buena porción de estiércol en los ojos de Melchor García Ponce. Suceso que, si en un comienzo no fue advertido por la concurrencia, después de unos segundos provocó un estruendo de risas, cuando el afectado empezó a proferir obscenidades, a maldecir al plumífero, a restregarse los ojos y a pedir a gritos que lo auxiliaran, pues le había cagado los ojos. En la misma pileta de la plaza se lavó a furiosos manotazos, aunque los soldados insistían en llevárselo a la enfermería del regimiento, adonde por nada del mundo habría ido; lo consumía la vergüenza de esa humillación, la

mayor de su carrera, nada de pobre en episodios dignos de figurar en las tradiciones militares de su país.

A hurtadillas, Felipe Suez se escabulló del escenario del duelo. Aspiró el aire caliente del mediodía para recobrar el aliento, alejar los dolores y darse algún valor para huir a toda prisa de Cochabamba; no dudaba que el general lo buscaría para matarlo no bien recuperara la vista, duplicada su furia por el bochorno de la insospechada evacuación plumífera.

Alertada la policía acerca del duelo, llegó a la plaza cuando García Ponce socorrido por sus soldados se sentaba en el brocal de la pileta, y su asistente compraba al fiado colirio en la botica de la esquina, para que se pusiera unas gotitas. A la policía no le resultó grato informarle al general que los duelos estaban prohibidos en Bolivia desde que un periodista turno abatiera al coronel Floridor Gómez. Cualquiera otra cosa que se le hubiera dicho al general no le habría producido tanto escozor.

Aunque estaba medio ciego, insultó al jefe de policía de una manera humillante, y amenazó con retarlo a duelo.

El jefe de la policía, sin replicar nada, se marchó seguido de sus hombres. Mientras caminaba por la calle principal de Cochabamba rumbo a su cuartel, se iba mordiendo la lengua para aplacar su ira, porque en su boca se había agolpado una retahíla de palabrotas cargadas de las peores ofensas. Tarde o temprano ese general de pacotilla recibiría una sanción proporcionada al calibre de su insolencia.

Sin prisa comenzó a vaciarse la plaza de curiosos, a volver a la normalidad de siempre. Las indias retornaron junto a la pileta central, donde extendieron sus ponchos para sentarse sobre ellos, cruzarse de piernas, preparar sus husos y hacerlos girar. Uno tras otro los árabes del comercio abrieron sus tiendas, pese a la proximidad de la hora de

almuerzo. Ninguno de ellos lograba entender la pesadilla de esa mañana, y muchos se preguntaban si el general Melchor García Ponce había querido probar el valor de los árabes, o si todo se trataba de una mala broma. A más de alguno se le ocurrió ir a la casa de Felipe Suez —quien tenía una tienda de abarrotes a un costado de la plaza— para saber si él, su esposa, su madre o sus hermanas iban a abrir su comercio.

Al cumplirse una hora desde que se habían marchado el general y sus hombres, los árabes se reunieron de urgencia en la tienda de Rafael Daud, para conocer de él o de cualquier otro alguna versión fidedigna de lo ocurrido a la familia de Aziz Magdalani. Unos se encogían de hombros, otros movían la cabeza para expresar desconocimiento, los menos permanecían callados, a la espera de noticias deslumbrantes, pero éstas no pasaban de ser historias ya dichas, cuya reiteración empezaba a producir fastidio. “Una familia entera no puede desaparecer como si hubiese sido tragada por la tierra”, argumentó en su lengua natal un árabe pequeño y encorvado, en tanto se rascaba dudoso la coronilla.

Jadeante, a la carrera, por la falta de aliento, el hijo menor de Rafael Daud llegó a la tienda de su padre, para referirle que el profesor Gumercindo Serrano había sido detenido bajo el cargo de traición a la patria por los hombres del general Melchor García Ponce. Luego de la sorpresa inicial, del silencio que sobrevino ante esa mala noticia, los árabes se miraban como si no se conocieran. A no pocos se les oscureció el futuro; años de esfuerzo y privaciones se diluían como la sal en el agua, e iban a ser aventados como el salvado del trigo. Quizá, el general García Ponce se ensañaría contra ellos hasta que le diese hipo.

Después que el último árabe hizo abandono de la tienda de Rafael Daud, éste decidió cerrarla, sin poder alejar el

temor que durante la noche los hombres de García Ponce vinieran a saquearla. Oscurecía, aunque las sombras todavía no lograban envolver los objetos con su manto de quietud. En el momento en que Rafael Daud cerraba los candados de la tienda, de entre los árboles apareció un individuo corpulento, de andar pausado, sombrero alón, el cual se situó detrás del árabe, en una actitud inquietante. A Rafael Daud le dolió la espalda. Temía moverse, gritar o echar a correr; un peso enorme le aplastaba los hombros.

Tragó saliva, una y otra vez, en la creencia que aquello podría ayudarle a controlarse. Cuando el extraño le puso la mano en el hombro, experimentó un dolor desconocido, y lo miró impulsado por una reacción de terror. “¿Sí?”, se atrevió a decir, moviendo apenas los labios, quizás deseoso de no ser escuchado.

El hombre, cuyo propósito parecía ser el de atacar a Rafael Daud, sólo traía noticias de Aziz Magdalani y su familia. A no mediar contratiempos, debían estar a esa hora fuera del territorio de Bolivia.

Esa noche, cuando Aziz Magdalani y su familia cruzaban la frontera a pie para eludir la aduana y el control de la policía, las mujeres empezaron a llorar y los hombres se cubrieron la cara con las manos, en un esfuerzo para disimular el llanto. Habían ido dejando por el camino gran parte de su equipaje, como una embarcación a punto de zozobrar. Un frío lacerante los acompañaba desde hacía rato, y por momentos la marcha del grupo se hacía errática; los niños iban dormidos, arrebujados en gruesas mantas, en brazos de los mayores.

Dueña de un horizonte infinito e inalcanzable, la puna se extendía como un océano de sal. Si al cabo de una hora no llegaban al primer poblado chileno, quedarían cerradas las posibilidades de sobrevivir. De trecho en trecho se detenían

a descansar, beber agua desde una cantimplora y comer un trozo de pan con charqui. Al frente del grupo, Aziz caminaba a zancadas enormes y seguras de viejo buhonero. A veces se alejaba del resto, pero más bien lo hacía para infundir fervor, pues la muerte recorría su mismo sendero.

Algunos años después, Chafik iba a reconocer que en un momento tuvo la sensación de haberse perdido en medio de la puna, que caminaban en redondo, que jamás encontrarían caserío alguno y que esa aventura concluía ahí, con todos ellos muertos. Tal vez, pensó, habría sido preferible haber caído en las manos del general García Ponce, el cual por cierto los iba a perdonar a la larga. Yamile ya no lloraba; lo mejor era rezar, encomendarse a Dios, arrepentirse de los pecados y de las actitudes en contra de Yvotyropea, quien caminaba encorvada, a la zaga de Aziz, acostumbrada a esos menesteres desde pequeña, cuando debía acompañar a su madre a vender frijoles y maní al mercado del pueblo vecino.

Fue Said quien divisó a lo lejos una luz mortecina que podría significar la existencia de una vivienda. Aziz besó a sus nietos, abrazó una a una a las mujeres y palmoteó a sus hijos, como solía hacerlo cuando estaba jubiloso. Otra vez habían burlado a la muerte, pero ignoraban si la luz correspondía a una casa, se trataba de una visión o restos de una fogata abandonada. Al cabo de una caminata de media hora, los perfiles de una choza de adobes comenzaron a dibujarse en medio de la puna silenciosa. Casi a la carrera llegaron a la vivienda, donde un matrimonio de viejos, junto al fogón, bebía leche de burra en tazas de barro. Tan pronto como el viejo les hubo ofrecido hospitalidad, las mujeres se pusieron a sollozar.

Arrebujados en mantas hasta las orejas, los niños durmieron acurrucados unos contra otros. La Nativa

Guaraní los acarició en la cabeza después que se quedaron dormidos; amaba demasiado a sus nietos, por encima quizás de Yamile, cuya antipatía hacia la concubina de su suegro se manifestaba a diario hasta en los hechos minúsculos, sobre todo en sus ojos hostiles, donde no parecía haber un atisbo de ternura, pese ser buenos para llorar. Esa noche miró con dureza a la Nativa Guaraní; de una vez debía comprender que nunca la aceptaría como suegra.

Herida por esa hostilidad, Yvotyropea se alejó de los niños y en silencio se fue a acurrucar a un rincón, donde no incomodara a nadie. De pronto se sintió un estorbo, un objeto despreciable. A veces Chafik la abrazaba y la acariciaba como si fuese su verdadera madre, aunque delante de Yamile se abstenía, e incluso le hablaba con indiferencia. Cuando muchos años después Chucre se casó contra la voluntad de Chafik y Yamile, ésta pensó que en él se perpetuaba la influencia rebelde de la Nativa Guaraní, el espíritu indomable de su raza. Acaso, el deseo de la mujer, más allá de la muerte, de atribularla, como una manera de vengarse por todas las humillaciones recibidas a lo largo de su vida.

Hacinados en la pequeña choza, los Magdalani ignoraban si fuesen muchos o pocos los días que iban a permanecer atrapados en el salar del Huasco. En las mañanas, los hombres salían a inspeccionar los alrededores por si aparecía algún medio seguro que los pudiese sacar de allí. Las mujeres, en tanto atendían a los niños, y se preparaban a permanecer en la choza un largo tiempo. Yamile, menos gruñona, había al fin aceptado cualquier desenlace al observar cómo Yvotyropea y Soraya se resignaban al destino.

A la semana, cuando las esperanzas seguían el curso de la derrota y los Magdalani se aprestaban a pasar otra noche en el salar, sintieron el leve ruido del motor de un camión,

más bien una música celestial que alentaba sus espíritus abatidos.

\*\*\*

De madrugada, el camión de una compañía minera que hacía un viaje de rutina por el lugar, los condujo a Pica, y al cabo de dos días, hasta Iquique.

No bien arribaron al puerto, se fueron a hospedar a un hotel, mientras buscaban una casa adecuada para vivir e instalar una tienda. Aconsejado por árabes del comercio, Aziz adquirió un caserón en la calle Prat, pagándolo en monedas de oro; una reliquia de piezas inmensas, corredores interminables, patios provistos de jardines pletóricos de vegetación costera, árboles, caminillos en zigzag y vasijas descomunales donde se podía ocultar un adulto. Pese a estas bondades, la casa estaba deteriorada, olía a cosa rancia, por haber permanecido abandonada durante meses, después de morir la última sobreviviente de una numerosa familia que, por años, vivió sola, sumergida en sus mundos lejanos.

A lo menos tres meses tardaron los Magdalani en reparar la casa y acondicionarla como tienda. Hubo que limpiar, retirar los escombros, barrer las telarañas, preparar y colocar decenas de trampas para cazar ratones; cepillar el piso de tablas; reponer las tejas de barro cocido; desalojar las palomas que habían formado sus nidos incluso en el envigado de las habitaciones; parchar el papel mural; lavar los corredores; exterminar las chinches de los somieres mediante chorros de agua hirviente; raspar ollas, sartenes, teteras; arrojar cal al pozo negro ubicado al fondo de la casa. Abrir los colchones para escarmenar la lana y cambiar el cotí; lavar en fondos de cobre las colchas y frazadas y, como si esto fuese poco, desmalezar, podar, cortar árboles, cuya

frondosidad cubría las ventanas o dificultaba el tránsito en el gran patio interior.

Después de comenzar a funcionar la tienda, y a una semana de haber nacido Felipe, el primogénito de Amín y Soraya, Aziz reunió a la familia un domingo en el comedor. Ceremonioso, igual a un patriarca, mientras hacía correr entre sus dedos las cuentas del mesbaha, se sentó a la cabecera de la mesa como lo hacía siempre y ordenó a sus hijos que se emplazaran a sus costados por orden de edades, dejando a las mujeres a continuación.

Tras alzar la mano para pedir silencio, empezó a hablar de la conveniencia de hacer ahorros. Existía el riesgo de que los recursos se agotaran en uno o dos meses; el desenvolvimiento de la tienda iba a ser lento y trabajoso, pues las huelgas y el cierre de varias oficinas salitreras habían empobrecido a la ciudad. En el último tiempo llegaban desde Cochabamba noticias inquietantes, que hacían aparecer al general García Ponce como un revoltoso, decidido a marchar sobre La Paz y exigir al coronel David Toro, presidente de la República que renunciara en favor suyo, pues no entendía cómo un coronel podía estar por encima de un general.

Luego, pidió a las mujeres que entregaran sus joyas, incluso sus anillos de boda, para adquirir a precio vil ciertas mercaderías que le ofrecía un árabe llegado a Chile al concluir la guerra del 14. Sin chistar, Soraya se desprendió de una pulsera de oro obsequiada por su familia el día de su boda; en cambio, Yamile, como si le hubiesen dado un golpe en la nariz, soltó grandes lagrimones y se levantó en forma repentina de su asiento.

“Estas joyas son lo único que tengo”, se quejó a su marido esa noche, cuando Chafik quiso referirle una anécdota divertida, como una manera de calmarla. “Basta de privaciones y sacrificios”, decidió por último, y se volvió

hacia la pared mascullando palabras, mordiéndose los labios, cansada de arrastrar un sino cuajado de desventuras, cuyo inicio se remontaba al día en que surgió Farid, su primer novio, o a mucho antes, cuando su madre murió quemada al volcársele una paila de cera hirviendo. Si Farid no hubiese muerto asesinado, habría tenido un esposo médico, poseedor de modales finos; en cambio Chafik acostumbraba a escarbarse los dientes en la mesa después de comer, a hablar con la boca llena, a masticar como un burro y a hurgarse la nariz.

A veces ella despertaba en medio de la noche y lo veía dormir como si fuese un buey echado. Si al menos tuviese gusto por las expresiones del saber. Cuantas veces le habló en Cochabamba de ir al teatro o al cine (esa novedad que enloquecía la ciudad), él se excusaba: que el cansancio, que al día siguiente debía levantarse temprano, que la noche anterior no había dormido bien. A ella se le ocurrió un día comprar un libro de segunda mano en la plaza, y acaso para ofender a Chafik se lo mostró, jactándose que desde soltera amaba la lectura. Chafik cogió el libro y lo examinó durante largo rato como quien busca gazapos en el texto, y al cabo dijo que el autor Alcides Argüedas, era amigo suyo, y que en esa novela había incluido una anécdota que él le había narrado. Sorprendida, Yamile tragó una enorme bocanada de aire y en ese instante descubrió que su marido no parecía tan ignorante como ella lo imaginaba.

Reunidas las joyas familiares —Yamile tuvo al fin que doblegarse ante la autoridad de su suegro—, Aziz las llevó a un joyero de la plaza, quien las examinó con una lente puesta en su ojo; el hombre sufría de asma, tenía las manos regordetas y en el anular de la mano izquierda exhibía un anillo grueso de oro, realzado por un solitario color verde agua. Al cabo de un rato, se retiró la lente y se restregó el ojo

con el dorso de la mano. “Son buenas piezas, señor, pero en estos tiempos de crisis nadie daría un tercio de su valor real”. Si el joyero le hubiese dicho que las joyas eran falsas, no lo habría molestado tanto. “Entonces, ¿cuánto daría usted?”, indagó Aziz cruzándose de brazos. El asmático volvió a coger las joyas e hizo como si calculara su peso. “Digamos dos mil pesos, para ofrecer un precio decente”. “¿Dos mil pesos? Me parece una estafa; prefiero regalárselas al primer pordiosero que vea en la calle.”

Mientras miraba con dureza al asmático, escupió un gargajo solemne al piso y levantó los índices y meñiques hacia el cielo para maldecir al hombre. Luego recogió en silencio las joyas y apresurado salió a la calle. De pronto descubrió la fragilidad de sus esperanzas; las joyas de la familia, acumuladas durante años, no valían un comino. ¿Y si las ofrecía a otro joyero? De seguro, éste le iba a dar menos de dos mil pesos, cosa que no aceptaría aunque tuviese que comer piedras. ¿Comprar mercadería a un compatriota? Una vulgar mentira urdida con Chafik para no asustar a la familia. Apenas si la tienda vendía lo necesario para mantenerse en pie.

Abrumado por esos pensamientos se dirigió al muelle; un barco italiano ventrudo, enorme, permanecía anclado allí, meciéndose cadencioso, como si nunca se hubiera movido de ese lugar. Otras embarcaciones menores lo rodeaban, como crías ansiosas de mamar. Ese barco se parecía mucho al que lo trajera a América desde Palestina, cuando la hostilidad turca estaba a flor de piel, se manifestaba a gritos donde uno fuese. Su padre fue quien le habló de emigrar; de lo contrario, los turcos lo obligarían a incorporarse al ejército. ¿Adónde ir? Unos primos le hablaron de América, donde vivía un tío, y él, sin conocer más allá de las fronteras de su pueblo o del pueblo vecino, se entusiasmó.

“¿Dónde está América?”, le preguntó una de sus hermanas menores, y él sólo atinó a encogerse de hombros, a sonreír para disimular su ignorancia. Como la niña insistiese, indicó una dirección al azar, hacia el poniente, como si presintiera que en unos meses más hacia ese punto de la tierra se iba a dirigir. Igual a muchos emigrantes, se llevó los huesos y el alma a otro continente, historias para narrar bajo otros cielos, sus semillas para fecundar vientres lejanos, sus negras uñas de campesino y aprendiz de mercader, en cuyos ojos soñadores resplandecía el gozo por vivir.

De tanto deambular, llegó a una cantina enclavada en una calle angosta, en cuya fachada había un farol de pantalla blanca enlosada. Desde el interior llegaban voces agrias, blasfemias, ruido de vasos y botellas en una sinfonía de vidrio. Entraba, cuando sintió que alguien lo cogía por el antebrazo. “¿Y si en vez de beber me acompañas a mi casa?” La mujer le sonrió en una mezcla de deseo y avidez profesional, mostrando sus dientes pequeños. Vestía pollera alba, blusa azul escotada casi hasta el ombligo, zapatos de tacón, zarcillos de mostacilla y llevaba el pelo recogido en la nuca. A lo sumo tendría la edad de una joven casadera, aunque por los trajines de su oficio se veía otoñal. Pese a todo tenía colores vivos en la cara, donde los labios pintados al carmín invitaban a la sensualidad.

“¿Vienes o no a mi casa?” insistió, aproximándose a Aziz hasta casi rozarle el cuello con la boca. Al árabe un fuego descontrolado le subió desde los dedos de los pies hasta el pecho, en oleadas sucesivas. A tientas se metió la mano al bolsillo interior de su chaqueta, para sacar cualquier joya al azar, la primera que sus dedos lograran coger. “Es todo lo que tengo”, y le mostró la sortija que había usado Afife hasta su muerte. Aunque Aziz Magdalani quiso arrepentirse, no alcanzó a reaccionar. Sin titubear, la ramera cogió el anillo y

lo observó un buen rato antes de ponérselo, como si dudara de su valor. Después, se lo colocó en el anular izquierdo y alejó su mano para ver el efecto que producía.

Camaron breves cuerdas por calles empedradas y angostas, hasta llegar a una casucha de tablas, pintada de azul deslavado, cuya puerta de calle por milagro se sostenía en pie; estaba sujeta al marco por dos bisagras deformes, lo que le impedía cerrarse bien. "Este es mi palacio", dijo la ramera. Y con extrema delicadeza desató el cordel, que sujeto a un clavo servía de aldabilla.

Ante los ojos sorprendidos de Aziz, se abrió un mundo de miseria. En el suelo de tierra había restos de diarios, pedazos de cartón, una bacínica vieja que servía de maceta a un cacto; entre las paredes cruzaban cordeles, de los cuales pendían algunas prendas femeninas recién lavadas. Nadie parecía haber dentro de la casuca, impregnada de olor a cocinería. "Mi pieza es un poco más digna que esto", se excusó la ramera, y levantó una cortinilla de tela floreada para invitar a Aziz a que entrase.

Como le había advertido la mujer, en el cuarto se apreciaba cierto orden; el tufo a cocinería se había desvanecido, siendo reemplazado por un olor a pomadas, a colonia inglesa, acaso a jabón de lavar. En una esquina de la pieza estaba el camastro, casi a ras del piso de tablas. Aziz aceptó sentarse en una sillita, a insinuación de su anfitriona. ¿Cómo había sido su primera experiencia con una ramera? Apenas si llevaba una semana en América cuando unos amigos palestinos lo llevaron a un prostíbulo en Buenos Aires, donde se acostó con una mulata que dijo tener sangre europea; para probarlo, le mostró a Aziz una fotografía de un sujeto bien vestido, de cabellos lacios y barba abundante; se trataba de su padre europeo, aunque no supo aclarar de que país provenía.

A puras señas la fulana le explicaba sus parentescos (a veces con ayuda de dibujos), su cansancio de esa vida repugnante, las ganas de abandonar todo e irse a cualquier sitio, a la cresta del mundo o al mismísimo infierno, antes que continuar allí. En un momento Aziz la quiso convencer a que se uniesen (aún no podía reponerse de su fracaso sentimental en el barco), pues pensaba emigrar hacia Paraguay. Cuando le pidió a uno de sus amigos árabes, que hablaba castellano, que le hiciese esa proposición a la mujer, éste le dio un coscorrón y le preguntó si había enloquecido.

Cuando halló a la Nativa Guaraní, advirtió lo insensato que habría sido dejarse vencer por ese impulso, por un sentimiento de compasión hacia una mujer atosigada por una existencia gris, como sus inviernos de buhonero.

Aspiró hondo; continuaba sin comprender el propósito de la ramera al tenerlo sentado, mientras revisaba un pequeño ropero. Al terminar el registro, ella exteriorizó cierta desilusión. “Quería mostrarle un diploma que me dieron en el liceo por buena conducta, para que usted no piense que soy una cualquiera”. “No es necesario, señorita; usted parece una persona muy decente.” “¿Verdad que parezco decente?” Aziz se alzó de la silla y caminó al encuentro de la mujerzuela, cuya expresión revelaba cansancio, esa actitud de hastío propia de quien se ve forzado a cumplir a diario una labor rutinaria. Aziz quería ver en ella a Afife, a la Nativa Guaraní o a la joven griega del barco. Acaso deseaba idealizar ese acto carnal, retrotraerse al tiempo de sus primeras experiencias, a cuando no sabía cómo acariciar a una mujer. En cambio, la muchacha anhelaba mostrar sus notas de buena conducta, motivo por el cual le habían otorgado un diploma en el liceo.

Una línea divisoria, imperceptible, los separaba;

cada uno pretendía armar su mundo, crear sus zonas de intimidad por encima de lo carnal. El anillo de Afife lucía de maravillas en el dedo anular de la prostituta. Al morir su esposa, Aziz insistió en que la enterraran con el anillo, a lo que la Nativa Guaraní se opuso. “Es mejor que ese anillo te acompañe mientras vivas”, le dijo su concubina, y fue ella misma quien lo retiró del anular de la muerta, y se lo puso a Aziz en el meñique.

Desde entonces lo llevaba puesto, y en las oportunidades en que la tristeza dirigía su espíritu o debía resolver un asunto delicado, lo palpaba, lo hacía girar en el dedo o se lo sacaba y ponía una y otra vez, sin retirarlo por completo. Gustoso lo ofrecía cuando en familia jugaban al “sanille”, pues adivinaba de inmediato en cuál de las nueve tacitas puestas boca abajo en una bandeja se encontraba oculto. “¡Aquí está!”, exclamaba ufano, y todos juraban que, desde el más allá, Afife le había señalado la tacita precisa. Esa tarde de domingo, al solicitar a la familia que le entregara las joyas, él fue el primero en ofrecer su reloj de oro, su propio anillo y el de Afife, y los puso encima de la mesa.

Frente a Aziz, en el extremo opuesto, la Nativa Guaraní observaba en silencio ese rito doloroso, esa renuncia nacida de apremios verdaderos. Acostumbrada a compartir desde las cosas insignificantes hasta las de mayor gloria con un hombre a quien conocía al dedillo, se percató de cómo le temblaban, de manera casi imperceptible, la mano y el labio inferior.

“¿En que piensas?”, le preguntó la ramera cuando Aziz empequeñeció los ojos. Ambos parecían vigilarse. “No lo sé”, respondió sorprendido por la percepción que tenía la fulana de las cosas. “Estabas pensando en tu mujercita. ¿No es así?” “Es cierto”. Ahí entendió a cabalidad la mujer que el hombre no deseaba acceder a ella, ni siquiera permanecer

más en su cuarto desventurado, donde los olores tenían la particularidad de producir desánimo e invocar los recuerdos lejanos. Cuando Aziz se incorporaba, luego de manifestar su deseo de marcharse, ella le devolvió el anillo, pues había descubierto que esa joya tenía para su ocasional cliente un valor único, como si desprenderse de ella lo dejara vacío. “Quién sabe —manifestó Aziz— si es preferible que lo conserves tú; ese anillo me tiene atado a un recuerdo demasiado hostil”; y sin otras observaciones, se marchó cabizbajo.

De madrugada apareció Aziz en su casa. Desde su arribo a Iquique jamás había incurrido en semejante libertinaje, máxime si no disponía de dinero para holganzas o diversiones entre amigos. Sentada dentro de la cama, Yvotyropea lo vio entrar al dormitorio, sacarse los zapatos, la camisa, y en calzoncillos salir al patio, ansioso de sumergirse en una bañera enlozada, donde le gustaba retozar en las tardes, cuando el calor arreciaba y producía un placer meterse en el agua.

Ahí chapoteó durante unos minutos como si fuese un niño, aunque el hecho de haberse desprendido de la sortija de Afife de un modo tan frívolo, aún no conseguía explicárselo. “Quizás sean las iras del tiempo”, pensó Aziz, y envuelto en una toalla descomunal regresó a su alcoba. Porque deseaba sonarse, buscó un pañuelo en uno de sus bolsillos de su chaqueta y, ante su sorpresa, encontró ahí el anillo de Afife. Para atajar el llanto próximo, se puso a reír en forma desenfadada. La Nativa Guaraní nada dijo, al comprender que no parecía el momento de hacer indagaciones.

Toda la casa despertó ante las inusuales risotadas de Aziz, quien desde hacía meses sólo mostraba un ceño fastidiado. A menudo se irritaba por cualquier cosa, hasta el punto

de molestarse porque lo miraban. Silenciosa, adherida a las formas de su propio mundo, la Nativa Guaraní le daba de beber yerbas. Le frotaba el cuerpo con ungüentos, le preparaba baños de sales aromáticas, le aplicaba ventosas en la espalda y, como si todo ese alarde no fuera suficiente, lo amaba de una manera solemne, infiltrada de ritos vernáculos, hasta que el propio Aziz solicitaba tregua, cuando veía que sus bríos llegaban al límite o se desdibujaban; por algo comenzó a amar a Yvotyropea desde que la vio ese día junto a su canoa.

Al llegar Afife de Palestina, la Nativa Guaraní la imaginó soberbia, pero mientras transcurrían los días, descubrió en ella un raro encanto. A esa mujer —más bien una niña— que le arrebatava su amor, la veía demasiado frágil, hecha de huesitos tiernos. Un día se le ocurrió pensar que al parir el cuarto hijo iba a fallecer, puesto que su vientre no parecía dispuesto a resistir más embarazos. Al cumplirse su vaticinio, se asustó de sus facultades adivinatorias y, si por una parte observaba la tristeza de toda la familia, la angustia de Aziz al perder a su amada Afife, por otro lado se percatava de cómo la actitud nueva de Aziz le prodigaba esperanzas. ¿Volvería a ser la amada de antaño, por sobre la presencia fugaz de Afife?

Ese día en que la Nativa Guaraní regresó a la alcoba de Aziz a ocupar el lecho que le había pertenecido y que continuaba perteneciéndole por derecho propio, el árabe la volvió a amar como si no hubiesen transcurrido siete años de separación, de amor a escondidas; pero ambos supieron que Afife continuaría allí, como presencia vigilante, para perpetuar su condición de esposa verdadera.

Sentada en su cama, Yvotyropea siguió las evoluciones de Aziz cuando regresó del baño cubierto con una toalla descomunal, limpio, oloroso, radiante como novio. Y ella,

como novia, lo aguardaba ansiosa, recordando el día en que él la amó por vez primera. Mientras amanecía, lo vio lanzar la toalla lejos y aparecer en su desnudez magnífica, atlético pese a sus cincuenta y más años, años de beber y comer sin medida, de amar a cuanta mujer le gustaba, de encerrarse en la trastienda con amigos para alborotar su lengua de fabulador. Aziz era eso y más; ojalá sus hijos se le parecieran en esa manera de entender la vida, de gozarla de un modo noble.

Vio a Aziz aproximarse risueño, a punto; no supo cómo la desvistió del camisón por encima de la cabeza, la despeinó, la besó en la boca hasta quitarle la respiración; luego la palpó igual que si no conociera su cuerpo cobrizo, los recovecos y trampas, los lugares donde veía luminosidades, mientras ella gemía hasta agotársele la voz. De ese modo le agradaba que la amasen; se le desataba la imaginación. Incluso sentía aromas nuevos, sabores inesperados y veía objetos de colores imposibles, representados por pájaros de alas suaves que le rozaban el vientre. ¿Amó Aziz a Afife de la misma manera, o sólo se limitaba a los preámbulos convencionales, a las caricias de rigor? Afife estaba muerta; ¿de verdad lo estaba? ¿Por qué Aziz había guardado su anillo? A veces quería odiarla, destruir su imagen en el corazón de la familia, pero desechaba esa idea perversa al comprobar cómo la amaban y recordaban todos. Ya desnuda, se vio disminuida bajo el cuerpo del árabe, aplastada por su pecho plagado de vellos entrecanos y rizados, sus piernas de andariego batallador, sus brazos de prestidigitador que la enlazaban por todas partes.

Quizá en ese instante la imagen de Afife desapareció. Se habían herido demasiado para continuar amándose bajo la presencia celadora de una intrusa, que con sus huesitos frágiles y su mirada candorosa parecía estar allí para

protegerlos de sus propias acechanzas.

\*\*\*

Pese a los esfuerzos de Aziz y sus hijos por mantener la tienda en pie (las joyas de todas maneras fueron malvendidas), una sucesión de operaciones desafortunadas los obligó a recurrir a prestamistas, quienes empezaron a engullirlos exigiendo intereses descabellados, al punto que los Magdalani ofrecieron al fin entregar a sus acreedores la tienda a puertas cerradas. Habían luchado casi un año, y de pronto descubrían que nada les pertenecía, ni siquiera las ropas que llevaban puestas.

Esa noche en que la familia decidió no abrir la tienda al día siguiente y llamar a los acreedores, Yamile enrojeció como una jaiba cocida y empezó a temblar al verse pobre, arrojada a la calle, obligada a pedir limosna por la ciudad con sus hijos. “Ah, los desatinos de tu padre nos llevaron a esto; si no hubiese sido por él, viviríamos como reyes en Cochabamba; en cambio, ahora nos vamos a morir de hambre”, dijo mientras se acostaba, y Chafik mudo, la contemplaba desde un rincón del dormitorio, sentado en una silla, las piernas separadas y la cabeza ladeada como si se hubiese quedado dormido. “¡Qué será de nosotros mañana, Chafik; qué será de nosotros mañana!”, y se cubrió la cabeza con las sábanas. Atontado, Chafik trataba de ordenar sus pensamientos, de oponer algún recurso último, acaso una mentira para aquietarla. Cuando se le ocurrió una sandez y se la dijo, la mujer dormía.

Como él no podía dormir, salió al patio. Nunca se había percatado de lo hermosa que eran las noches iquiqueñas; el cielo mostraba una transparencia perfecta, las estrellas parecían trocitos de papel plateado prendidos con alfileres

sobre un muro azul. Aspiró a pleno pulmón para evitar el llanto. Una bocanada de aire salino le penetró de golpe a los pulmones, haciéndolo toser. Intranquilo, miró a su alrededor. Ni el menor ruido perturbaba la noche, la quietud incommovible del cielo. Escuchó a Yamile gritarle de nuevo: “¡Qué será de nosotros mañana, Chafik!” Una y otra vez la frase le martilló los oídos, como si alguien estuviese junto a él golpeando un yunque. “¡Irnos al carajo, pues, Yamile, al soberano carajo!”. Eso le diría.

Se encaminó resuelto a su dormitorio para cumplir ese propósito, pero al intentar abrir la puerta, descubrió que permanecía cerrada, anunciando un mal presagio. A él no le importaba dormir a la intemperie, donde lo pillara la noche, sobre la tierra o encima de una esterilla. “Me abres o echo abajo la puerta”, pensó bravear. Cuando se aprestaba a levantar los puños, vio que se abría lenta y la figura de la Nativa Guaraní se recortaba nítida en el marco. “Ella está muy triste, hijo; trata de ayudarla”. Chafik no supo qué responder. Sintió un raro dolor a la altura de los riñones. El disgusto se le transformó en rabia espesa, pero trató de disimular ante su madre adoptiva. ¿Por qué Yamile había decidido hacerle confidencias en la intimidad de su dormitorio a Yvotyropea, a esa mujer a la que despreciaba y de quien se burlaba debido al color de su piel?

Al ingresar a su dormitorio, oyó sollozos, aunque descubrió su falsedad. Conocía de sobra cuando Yamile lloraba de verdad, porque ahí sorbía mocos, parecía ahogarse y se negaba a hablar. Cuando eso acontecía, a él le agradaba forzarla a recrear el amor, para quebrarle sus manías. Se desvistió en silencio y se metió desnudo a la cama. Yamile, por unos instantes, se aquietó, queriendo fijarse mejor en las evoluciones de su marido. ¿Estaba desnudo o vestido con ese apestoso pijama que mil veces le escondió e intentó

quemarle? ¿O permanecía en calzoncillos? Como no observara ningún movimiento, volvió a sollozar de manera más ruidosa, a un punto tal que resultaba difícil conocer hacia donde apuntaba su estrategia. Pero esa noche, Chafik no quería averiguar nada del capricho femenino.

“Basta de triquiñuelas conmigo. Estoy aburrido. A partir de hoy, a la cresta tus maquinaciones”. Las palabras le quemaban la lengua. Sin embargo, se limitó a sobarle las piernas, levantarle el camisón y morderle el cuello. Yamile vio avanzar una aglomeración de nubes: las había rojas, azules, de colores difusos. Esos mismos colores los había visto cuando le refirieron cómo Farid había sido asesinado.

Un día, Farid y Yamile quedaron solos en la casita de una tía lejana de ambos, mujer soltera y de espíritu liberal, que los invitaba para que de vez en cuando pudiesen platicar en la intimidad, besarse y hacerse promesas de amor.

Sentados en un sofá, los jóvenes se escudriñaron como gallitos de pelea. De improviso, Farid la atrajo por los hombros y la besó hasta que Yamile empezó a ver nublado. Una semana después, Farid caía bajo una ráfaga de balas en la plaza de Cochabamba. “¡Ah, las nubes!”, exclamó para sí Yamile, y le permitió a Chafik satisfacer sus ganas, ¿o se trataba de Farid, el de los rulos sobre la frente, los ojos alborotados de pájaros alegres y en la boca las rebeldías de sus sueños? ¡Farid, Farid! Pero de él no quedaban sino los huesos enredados en su cabellera negra; los botones de su chaqueta, y jirones ensangrentados de su ropa oscura.

Al concluir ese mal encuentro de amor, Chafik se tumbó desanimado. Sin ganas de usar palabras de dulzura, acomodó la almohada, pero en vez de dormirse se puso a mirar las tablas machihembradas del cielo raso, cada nudo y rajadura de la madera. Uno de los nudos asemejaba el perfil burlesco de una bruja desdentada; de seguro se reía

de él. A pesar de ser el mayor de los hermanos, sospechaba que Aziz prefería a Said, a quien llamaba a menudo para formularle consultas o pedirle alguna opinión. “Yo soy el mayor de sus hijos”, le expuso en cierta ocasión a su padre, cuando éste le preguntó a Said, a la hora de sobremesa, si era partidario de permitirle al hijo de uno de sus compadres árabes visitar a Nadia. Aziz reaccionó dispuesto a abofetear al insolente, pero la Nativa Guaraní posó sin tardanza su mano conciliadora sobre el brazo del iracundo.

A veces se le ocurría a Chafik que Said miraba de un modo extraño a Yamile, quizás con un deseo clandestino. En una fiesta en Cochabamba, los vio muy animados; Yamile reía como nunca y se cubría la boca, como si las historias que le refería su cuñado fuesen impropias para ser escuchadas por una mujer. “¿Acaso encuentras gracioso a mi hermano Said?”, le preguntó al día siguiente en la tarde, cuando descansaban en el corredor sentados en sillas de totora. La ingenua Yamile le confidenció que Said a menudo le narraba historias divertidas, para alegrar un poco su monotonía pueblerina. Omitió decirle, sin embargo, lo que le confidenció Said: había sido él y no Chafik quien le narró a Alcides Argüedas la anécdota para su novela.

Desde ese día, Chafik empezó a alinear ideas estrafalarias. Al llegar a Chile, extremó sus cuidados, y se puso a espiar a Yamile. Cuantas veces debía ausentarse de la tienda, lo hacía temeroso, pensando que así allanaba entre su mujer y Said, un posible encuentro. Ese día en que Aziz pidió las joyas a la familia, vio cómo Said y Yamile se miraban. ¿Acaso compartían un secreto?

Al cabo de una hora de observar con insistencia el nudo en forma de bruja (¿o se trataba de la difunta madre de Yamile, que lo vigilaba?), se quedó dormido. En su fermentado sueño se sucedían escenas de infidelidad, donde veía cómo

su hermano poseía a Yamile y ésta se dejaba gustosa.

Despertó cuando una mosca insistía en posarse en sus labios, cosa que interpretaba en sueños como la intención de Yamile de besarlo delante de Said, para demostrar fidelidad de esposa. Una sensación de repugnancia le produjo la porfía de la mosca; se frotó los labios repetidas veces con el dorso de la mano y luego se los humedeció. ¿Hizo lo mismo al besar por primera vez a Yamile? No negaba que se casó movido por un raro capricho, quizás por la seducción que emanaba de esa mujer marcada por la fatalidad, como si la fatalidad lo fuese a proteger en el futuro.

Apenas nació Chucre, Yamile escribió a sus abuelos de Palestina, para rogarles que, llegada la fecha oportuna, le buscaran una novia entre la familia a su hijo primogénito, continuador directo de los Magdalani, el cual estaba llamado a ser un hombre próspero. Año tras año Yamile enviaba misivas a sus abuelos, y cuando murieron, a unas tías, recordándoles lo de la novia de Chucre y pidiéndoles también una para Bachir, el segundo de sus hijos.

Menos precavido que su esposa, Chafik estimaba prematuro hablar de novias para sus vástagos. Aún así, le seducía la idea, porque se repetía lo de su madre Afife, llegada a América cuando todavía era una adolescente, tierna como una caña verde. De ella tenía recuerdos un tanto vagos, aunque en todos la veía como una niña transparente, silenciosa, vestida con faldas largas y angostas, una blusa ceñida y el pelo negro, bien peinado, sujeto a la nuca.

Abrumado por una noche de sueños hostiles, se vistió despreciando la temprana hora; leves y tímidos rayos de sol aureolaban el perfil de la cordillera. En puntillas salió del cuarto y se encaminó al salón, situado junto al dormitorio de sus padres, donde se encerró bajo llave. Descorrió las pesadas cortinas y la luz cruda del exterior apenas si

iluminó la habitación. En el alféizar de la ventana había una victrola, adquirida por Aziz al mes de haber llegado al puerto de Iquique. Sus hijos y Yamile, se lo habían pedido, quienes en las tardes se reunían alrededor del aparato a escuchar música junto a los niños, reticentes a creer que desde el interior de la caja pudiesen salir melodías, aunque aceptaban la existencia de la alfombra mágica del abuelo, guardada en el entretecho de la tienda.

Chafik puso un disco al azar en la victrola, le dio cuerda y la hizo funcionar. Enseguida se encaminó a un armario de luna, de donde sacó una botella de árak para servirse un vaso hasta el mismo borde. Bebió un sorbo y empezó a caminar entre los muebles, mientras movía una mano al compás de la música. Después de un rato, ya había bebido lo suficiente como para embriagarse. Entonces se apoltronó en un sofá acogedor. Sentía la cabeza y los hombros pesados, el estómago transformado en una bola de fuego, los ojos encabritados, a punto de escapar de las cuencas, y un deseo urgente de ir a golpear a su hermano Said.

Sus sueños recientes parecían heridas purulentas, verdaderas quemaduras del alma. “Sólo se trata de sueños”, se repetía, pero no lograba aventar sus dudas, las evidencias para él demasiado claras de un entendimiento a hurtadillas entre Yamile y Said. ¿Quién le aseguraba que en esos mismos instantes Yamile no estaba en la habitación de Said? Sintió pavor de ese pensamiento, ganas imperiosas de ir a verificarlo. Una y otra vez trató de alzarse del sofá, sin conseguirlo. De un modo vertiginoso, el salón empezó a dar vueltas, a girar como un carrusel donde los caballitos, semejante a muebles, subían y bajaban al compás de la música. Junto a él, su padre lo sostenía para que no cayese. Amaba los caballitos, el agradable sube y baja, esa sensación de mareo, de girar y girar, mientras Afife y la Nativa Guaraní

lo aguardaban sentadas en una banca. A Chafik le gustaba montar un caballito de color rojo del carrusel anexo al circo de los hermanos Marianni, quienes aparecieron antes de la guerra en Cochabamba. Después de unos años, el circo se disolvió y el carrusel, como un símbolo reacio a sucumbir, quedó en La Paz, adonde Aziz prometió llevar a su primogénito en cualquiera de sus viajes; pero nunca cumplió el ofrecimiento.

Furiosos golpes en la puerta cortaron sus recuerdos nebulosos. A duras penas llegó hasta ella, haciendo parte del trayecto a gatas. Al abrir, vio en el vano a un hombre de estatura magnífica, acaso un gigante maligno de un cuento árabe, escapado de un ánfora donde había estado encerrado por siglos. ¿Se trataba de una ilusión? Aferrado con ambas manos al pomo, contemplaba alarmado a ese “efrit”, al parecer dispuesto a entrar al salón para cumplir quién sabe qué cometido. Trató de hilvanar unas palabras; no pudo. Sintió la lengua espesa y lerda, como quien trata de hablar con una papa en la boca. Aún más se descompuso ante esa limitación; nuevos fogonazos de rabia le subieron desde el estómago hasta el cerebro. Una sensación de vómito, como no la había experimentado desde el inicio de sus libaciones, lo obligó a tragar saliva para no arrojar una inmundicia a los mismos pies del “efrit”. Cuando sus ojos se adecuaron al cambio de intensidad de la luz, pudo reconocer a su padre, el cual parecía disfrutar de la escena. Aziz ingresó al salón empujando a Chafik, cuya humanidad maltrecha fue a dar al suelo. A gatas buscó una silla, pero las malditas huían, se escurrían de sus manos como el agua.

“¡Qué espectáculo!”, gritó Aziz en árabe. Sentado en el suelo, Chafik alzó la cabeza como si despertara, y volvió a dejarla caer. Quizá se trataba de la peor tranca de su vida, y para colmo, se mostraba en esa situación calamitosa delante

de quien siempre bebía con mesura en presencia de sus hijos. “Si Yvotyropea te ve en ese estado, se muere”, rugió Aziz, cuya indignación iba en aumento; luego empezó a golpear con su puño el respaldo de una silla hasta hacerla gemir. “A nuestra ruina se une ahora tu indolencia”. Y atrajo hacia su rostro las sombras de la tristeza.

La voz de Aziz le llegaba lejana, como si éste lo estuviese apostrofando desde la habitación vecina. ¿Cómo explicarle a su iracundo padre sus sospechas sobre las relaciones entre Said y Yamile? “Ella me engaña, papá”, dijo en “castárabe”, o quizás fue en un mal castellano, para que no se le entendiera. “¿Quién?”, bramó Aziz, acercándose a Chafik. “¿Quién te engaña?”, insistió, sin atreverse a pensar en Yamile, la única que podía en realidad hacerlo. “¿Quién podría ser, sino Yamile”, exclamó Chafik con voz pastosa, arrastrando las palabras. Aziz se sentó en la misma silla que había golpeado, flácido, atontado por una revelación que le parecía tan inventada como sus propias fantasías.

Imaginó a sus hijos de pequeños, cuando les contaba cuentos árabes y jugaban a las escondidas. Chafik corría de un modo gracioso, pues era gordito, y al caminar lo hacía bamboleándose. En cambio, Said daba unas zancadas enormes y se reía de su hermano por su dificultad para desplazarse. Acaso uno de los mayores sufrimientos de la vida de Aziz fue el de aquel día en que Chafik —aún niño— cayó desde el techo de la casa y quedó aturdido por unos minutos, al pretender lanzarse al vacío en la alfombra del salón, porque suponía que se trataba de la legendaria alfombra mágica de su padre. “¡Está muerto, está muerto!”, gritaba Aziz sin atreverse a tocarlo.

Hacía dos años que había fallecido Afife, así que esa nueva desgracia colmaba su infelicidad. En cuanto a Amín, solía jugar sólo con trompos, canicas o cualquier juguete.

A Said le gustaba dibujar sobre la tierra, en papeles o en los muros de las casas, animales semejantes al ave Roc, muchos de los cuales provenían de su propia invención. A lo mejor —pensaba Aziz— el niño se hacía artista, posibilidad que lo contrariaba un poco. Prefería ver a sus hijos dedicados a la actividad mercantil, a engrandecer su tradición de buhonero. A sus hijas las mimaba a diario, aunque prefería que la Nativa Guaraní se preocupara de enseñarles las labores de la casa. A menudo las hacía dormir, les contaba historias de gigantes malignos encerrados en botellas y de caballos que volaban, y les hablaba de Afife como si fuese más bien un personaje de ficción.

“¿Qué te hace pensar que Yamile te engaña?”, adujo Aziz, revolviéndose en la silla. “No lo sé, no lo sé”, replicó Chafik y balbucía, al descubrir en medio de la borrachera, la gravedad de sus imputaciones.

112

Confundido Aziz por la respuesta, se levantó para encaminarse a la ventana que daba a la calle. Se palpó el chaleco por costumbre, para sacar el reloj de oro, y recordó que hacía muchos días lo había vendido junto con las joyas de la familia. Ni reloj tenía para mirar la hora. Entonces la vio en la torre de la iglesia de Jesús Nazareno. Faltaban escasos minutos para las nueve, hora en que abría la tienda con la solemnidad de un buen mercader; pero a partir de ese momento, por acuerdo de la familia, iba a permanecer cerrada para que los acreedores no se lanzaran sobre ellos como aves de rapiña y se llevaran hasta los muebles de la casa. “Pueden acarrear lo que les plazca, desgraciados; ahí está el esfuerzo de años...” De a poco descubrió cuán frágil es la fortuna, el destino de las cosas, la misma vida.

“Papá, papá; ella y Said...” Chafik no pudo continuar, pues un acceso de tos le cortó la frase. Aziz se cogió la cabeza con ambas manos, temeroso de que se le fuera a

escapar. Todas las desdichas del mundo caían sobre ellos, como si el primo Yubrail hubiese pasado frente a su casa. Se puso a llorar, a golpearse la cabeza contra la pared, a lanzar groserías en castellano y árabe, a gritarle a su hijo le dijese que se trataba de una mentira. Esa misma actitud de desamparo iba a asumir Chafik y similares palabras diría al cabo de muchos años, cuando se enteró de que su hijo Chucre se había casado a escondidas.

Nunca había visto llorar a su padre de ese modo, ni cuando murió su madre. “Said... ¿dónde está el miserable de Said?”, gritó Aziz. “Y que también venga Yamile”, agregó, un poco más calmado, pues desde el bolsillo había sacado el mesbaha, haciendo circular las cuentas del rosario. Luego, se sentó hecho una piltrafa en la misma silla.

Silenciosa como una puesta de sol, la Nativa Guaraní entró al salón y se fue a sentar en un sitio apartado. Después de un rato, Aziz la descubrió y su furia comenzó a decrecer. Said y Yamile llegaron juntos al salón. Ambos se sorprendieron de ver allí a Aziz, a Yvotyropea y, sobre todo, a Chafik, por completo borracho, semiacostado en el sofá. Yamile pretendió acercarse a su marido para asistirlo, pero Aziz se lo impidió, sujetándola del brazo. Said se aproximó a su madrastra, deseoso de averiguar por qué había sido llamado con tanta urgencia. Ella nada dijo; más bien hizo un gesto de dolor, como si le hubiesen comunicado al oído alguna noticia desgraciada. ¿Habría muerto alguno de la familia? Así parecía, pues transcurrían los segundos y nadie hablaba. “Cierra la puerta”, ordenó al fin Aziz a Said.

Un nuevo silencio se adhirió a los objetos del salón, a las espesas cortinas desteñidas, a los muebles de gusto provinciano. Aziz volvió a mirar la hora en la torre de la iglesia: el reloj marcaba las 9.15, momento en que la Nativa Guaraní le llevaba una tacita de café a la tienda, la que bebía

afirmado en el mostrador.

Sin que nadie se enterara, Yvotyropea salió por el café para Aziz. Al regresar al salón, vio cómo éste increpaba a Said, el cual miraba a su padre sin entender un ápice. Por momentos el joven supuso que reprendía a Chafik con severidad, o a otra persona ausente, y que su padre se dirigía a él porque hablar con un borracho es como predicar en el desierto. Cuando Aziz le dijo “¿Hay o no relaciones entre tú y Yamile?”, Said retrocedió hasta golpearse la espalda en el sofá donde Chafik babeaba y movía la cabeza en círculos. Yamile trató de intervenir, colmada de furia, pero al intentar decir: “Esto es una infamia”, sintió la voz estrangulada y se tapó la boca con las manos, en un esfuerzo para no lanzar una grosería.

Aziz bebió un último sorbo de café y miró el sedimento en el fondo de la taza, por si había allí algún signo revelador. Su primo Yubrail le había enseñado a ver la suerte en los residuos del café, y esta vez le pareció entrever el desmoronamiento de su familia, su propia muerte, una interminable cadena de desgracias, cuyo inicio parecía encontrarse en la muerte de Afife. “¡Por favor, Afife, no te mueras!”, pero ella cerró los ojos a pausas, un rato después de haber parido a Jazmín. Quiso odiar a Jazmín; no obstante, mientras crecía, empezó a descubrirle encantos que no había visto en sus cuatro hijos anteriores. Desde el primer segundo de vida de la niña, la Nativa Guaraní la acogió en sus brazos, como si fuera hija propia. Al día siguiente divisó en la plaza del pueblo a una india de pechos magníficos y leche abundante, que daba de mamar a su crío, y le preguntó si quería ser nodriza. “Está bien”, dijo la interpelada, y sin cubrirse los pechos se encaminó a la tienda de los Magdalani.

“¿Qué hay entre tú y Yamile?”, insistió Aziz, abandonando la taza de café sobre una mesita y acercándose a Said.

Este retrocedió otro paso, en un intento de aproximarse a la puerta, por donde pensaba escapar si la situación empeoraba. “O me respondes o te parto la cabeza”, agregó Aziz, y levantó la mano. “No entiendo nada, papá; juro que no entiendo ni jota”. Aziz quiso tirarle una bofetada, pero dudó. ¿Y si la historia referida sólo se trataba de una confusión, de un desvarío de borracho?

Algo ausente Chafik del enfrentamiento entre Aziz y Said, escupió al suelo; filamentos de baba quedaron colgando de su barbilla, los que cortó de un golpe de mano. “Di la verdad, hermanito... ya todo me importa un bledo”. Resuelta, Yamile avanzó hacia Chafik y le gritó que si estaba loco, que los borrachos siempre hablan sandeces y que de una vez terminara con esa acusación descabellada. “Si usted es una mujer sensata, Yamile, le ruego que diga toda la verdad”, terció Aziz, más calmado. Yamile dejó caer los brazos; tenía los ojos desdibujados, la expresión de quien ha pasado una noche turbia. “¿De qué verdad me habla usted, tío?” Luego lloró hasta hipar.

Aziz quedó confundido; empezaba a percatarse de que sus sospechas o las de Chafik carecían de fundamento; que su hijo, en el colmo de la borrachera, había imaginado un adulterio tan estafalario como imposible; que Said continuaba siendo un joven tímido, respetuoso de la mujer de su hermano, y que Yamile, pese a su temperamento hostil, parecía una esposa tranquila, dedicada a los quehaceres de la casa; una cocinera de gusto exquisito, sobre todo cuando preparaba berenjenas rellenas con ajo. A veces no sabía si las delicias árabes ofrecidas en su mesa provenían de la Nativa o de Yamile, pues ambas mujeres se disputaban el estómago de Aziz; la concubina, para cebar el amor; la nuera, para congraciarse con su suegro.

“Volveremos a hablar después”, resolvió Aziz, y ordenó

que lo dejaran solo. Ayudado Chafik por Said y Yamile, salió del salón a la rastra; al final lo hizo la Nativa Guaraní, quien, cuando abandonaba la habitación, acarició las manos de Aziz para calmarlo. “¿Qué opinas tú, mujer?” le preguntó Aziz. Ella se acordó de los viejos consejos paternos y se tragó las opiniones, porque temía ofender.

Cerca de las doce, Amín fue por su padre al salón. A la entrada de la tienda se habían juntado los acreedores, para indagar por qué el comercio de los Magdalani permanecía cerrado. “Yo me enfrentaré a ellos”, dijo Aziz, y con ambas manos se arregló el pelo otoñal, una cabellera un tanto rala. Sintió como un mal anuncio las doce campanadas del reloj de la iglesia. ¿Qué iba a explicar a toda esa gente reunida frente a su tienda? Se miró a un enorme espejo veneciano que colgaba en diagonal de la pared, y se sorprendió al ver su figura empequeñecida, como si se hubiera encogido.

En Cochabamba él acostumbraba a prestar dinero a sus compatriotas, sin cobrarles intereses, aunque en ocasiones algunos le endilgaron por envidia condición de usurero. “Nadie puede clavar la rueda de la fortuna, señor Magdalani”, le advirtió cierta vez un compadre, abrumado por las deudas y porque Aziz se negó a facilitarle más dinero. Como ahora tenía que enfrentar a verdaderos prestamistas, se ajustó la corbata y se metió la camisa bajo el pantalón. Continuaba siendo el mismo Aziz Magdalani de las grandes jornadas, de aquellos días de verdadera gloria, cuando el coronel Melchor García Ponce le solicitó casi de rodillas una no despreciable cantidad de dinero para cubrir en un garito las pérdidas al póquer de tres días seguidos. “Si usted no me presta ese dinero, tendré que suicidarme”, le dijo el militar, y le cogió las manos para besárselas. Aziz las desvió hacia la caja de fondos, de donde retiró el fajo de billetes para el desdichado coronel.

Al enfrentarse Aziz a sus acreedores en la calle —los miró sin mostrar el menor abatimiento—, se hurgó los bolsillos para buscar el mesbeha y les dijo que los esperaba al día siguiente a las doce. El martes, minutos antes de la hora convenida, aparecieron los prestamistas. Aziz los hizo pasar al salón, les ofreció café y árak, y durante media hora hizo gala de sus dotes de narrador, contándoles anécdotas de su pasado de buhonero. Cuando llegó el momento de hablar de negocios, le quitó encanto a su lengua y soltó este ultimátum: “Señores, Aziz Magdalani pagará. O me conceden tiempo, o aquí están las llaves de mi negocio y de mi casa”. Su estrategia de viejo mercader desbarató la ofensiva organizada de antemano. Principiaron los conciliábulos, las consultas, aparecieron lápices y libretas, se sacaron urgentes cuentas. Al final, todos convinieron en esperar, y en que la palabra de Aziz Magdalani se transformaba en el documento de garantía más estimable.

A la hora de comida, Aziz informó a la familia de los nuevos plazos que le habían otorgado sus acreedores, y concluyó que, si bien constituía una victoria magra, al menos disponían de una nueva oportunidad para remontar. Aliviado de su borrachera, Chafik se disculpó ante su padre, y prometió no volver a beber como un carretonero. Amín, dedicado a pensar en su futuro hijo, soñaba con hacerle un bautizo inolvidable. Soraya lo tenía cogido de una mano y desde hacía rato le sonreía. Said, en cambio, habló de regresar a Bolivia, sin saber si el general Melchor García Ponce todavía representaba un peligro. “¿Ese es tu deseo, hijo?”, indagó Aziz, y se metió a la boca un trozo de cordero. “Sí, papá; creo que es lo más sensato”. La Nativa Guaraní se alzó de su puesto y fue a besar al hijo en la coronilla, mientras le ponía las manos en los hombros. Aziz prosiguió su comida en un silencio sospechoso, masticando más de lo

común los bocados, quizás para meditar sin prisa.

Todos dormían a la medianoche, menos Aziz. No lograba poner en orden su cabeza. Debido a que el contacto de las sábanas y de la almohada le resultaba intolerable, se levantó sigiloso para no despertar a la Nativa Guaraní. Sin saber qué hacer, caminó por la pieza y al final bebió un vaso de agua. Después salió al corredor. En la noche cálida el ruido monótono del mar le llegaba transformado, como la respiración pausada de alguien que va a fallecer. De súbito vio entrar al salón a una mujer en camisa de dormir. Aguardó un rato, y como no la viese salir, se encaminó hacia el salón para averiguar. La puerta se hallaba entreabierta, y la luz encendida, pero no había nadie dentro. Negándose a creer en apariciones, registró palmo a palmo el salón, incluso debajo de los muebles y dentro de ellos, por si la joven, movida por el deseo de fastidiar o hacerse la graciosa, se había ocultado allí.

A Aziz le asistía la seguridad que al salir de su pieza, el salón se encontraba cerrado y a oscuras, y que en realidad había visto entrar ahí a una persona. Abrumado, se sentó en el sofá; de pronto tuvo la sensación de estar acompañado. Aguzó el oído y cerró los ojos por un instante, para concentrarse mejor. Una suave brisa le rozó las orejas, la cabellera y la vellosidad del cuello, y se abandonó a esa experiencia que le producía cierta zozobra, pero una zozobra placentera.

Las manos de Yvotyropea se posaron desde atrás sobre sus hombros. “¿Qué hora es?”, preguntó Aziz, mientras ponía sus manos sobre las de ella. “Cerca de las cuatro de la madrugada”. Apoyándose un poco en el brazo de la mujer y en el mueble, se levantó como quien ignora si podrá caminar.

Afirmado en el hombro de la Nativa, llegó a la pieza.

No lograba alejar la visión de la mujer entrando al salón. Asustado de sus propias palabras, le refirió la escena a su concubina. Ella lo miró a los ojos. “Hoy es el cumpleaños de Afife”. Aziz se descompuso; de pie junto a la cama, no tenía voluntad ni para acostarse. ¿Cómo había olvidado esa fecha? Si hubiese llevado el anillo de la esposa muerta en su meñique, aquello no habría ocurrido. El cumpleaños de Afife se transformaba en un acontecimiento solemne; toda Cochabamba se enteraba, pues ese día las floristas de la ciudad convergían hacia el hogar de los Magdalani portando canastos y canastos de flores apenas amanecía. La casa se colmaba de perfume y color, y las mujeres alfombraban de flores las habitaciones, la acera, y por último hasta el tejado, para que cupiesen.

Al morir Afife, no hubo nadie en Cochabamba que no fuese a dejar una flor sobre su tumba. Abrazado a sus pequeños hijos, Aziz presenció la mayor romería realizada en la ciudad. Era el justo homenaje a la joven muerta. A aquella mujer que en la noche de Navidad ponía frente a la tienda, sobre una mesa engalanada, galletas de anís; pastelitos de sémola, churros en almíbar, jarabes de diferentes sabores, e invitaba a los niños que vendían diarios o lustraban zapatos en la plaza, a disfrutar, al menos un día en el año, de aquellas delicias árabes.

Aunque Aziz luchó contra el insomnio, no pudo quedarse dormido. Regresaba con sobresalto al pasado, recordando la primera vez que vio a Afife. Venía acompañada de una amiga de rostro desabrido, y él, como ignoraba cuál de las dos era su novia, se pasaba una y otra vez la mano por el rostro. Afife le sonrió de ese modo maravilloso como sabía hacerlo. A Aziz le dieron ganas de ponerse a bailar, de dar saltos, de gritar, de besarla en la boca ahí mismo, aunque los parientes de ella lo reprobaran. Apenas fueron siete años

de dicha, de una dicha desmesurada. Luego, la viudez y las insistencias de los parientes próximos y lejanos para que se volviera a casar. Optó por los designios del corazón, y al cabo de un tiempo prudente, le dijo a la Nativa Guaraní que su lecho y su corazón estaban vacíos.

A despecho de haber pasado una noche amarga como café de funeral, se levantó igual que todos los días, con esa disposición de triunfo que lo animaba siempre, incluso en momentos en que el mundo se le venía abajo. La Nativa Guaraní preparaba ya el desayuno, acostumbrada a servir deliciosos panes árabes con mahlib o zatar, que iba sacando del horno a medida que llegaban al comedor los miembros de la familia. El último en arribar era Aziz. A esa hora, bebía un café grande y untaba el pan árabe en las mermeladas; disfrutaba en plenitud de toda mesa bien servida, por mucho que la fortuna le fuese adversa. Ese día apareció en el comedor vestido de árabe, lo cual hacía sólo en las ocasiones más solemnes.

Cualquiera habría pensado que iba a una fiesta familiar o que celebraba su cumpleaños, pero su propósito apuntaba a otra cosa: quería solemnizar la reapertura de su tienda. El primer día que la inauguró en Iquique, invitó al cónsul de Bolivia, a las autoridades y a los más prósperos comerciantes de la ciudad. Fiel a las tradiciones, ofreció a sus convidados todo el embrujo de la comida árabe. Hasta los más duchos en deleites culinarios debieron admitir que las mujeres de los Magdalani poseían dones inestimables para la cocina, al saborear las invenciones de los milenios.

\*\*\*

Semanas después que la tienda volvió a animarse, Said regresó a Bolivia. La mañana de su partida, la familia

se reunió en el salón. Nadia y Jazmín se le colgaron del cuello y lloraron hasta que el propio Said les rogó que no entristecieran más aún ese momento, ese nuevo desgaje de los Magdalani. La Nativa Guaraní cogió a Said de las manos y un buen rato lo miró a los ojos, esos ojos negros y soñadores donde se reproducían las estrellas. Le sonrió al hijo, el que le decía mamá antigua, para diferenciarla de Afife, a quien llamaba mamá nueva. Muerta Afife, el niño suprimió el adjetivo al imponerse que su mamá nueva había viajado al cielo en la alfombra mágica.

Desde pequeño, dibujaba monos y les escribía leyendas. A sus hermanos los dibujaba montados sobre animales premunidos de alas, por ejemplo, la mítica ave Roc, como una manera de expresar su fervor por las cosas del cielo. A menudo, durante las noches, observaba las estrellas y con su dedo seguía la forma de las constelaciones, el paso de un cometa o de una estrella fugaz. Al cumplir quince años, en Cochabamba lo veían como un astrónomo de verdad; los curas del convento de Nuestra Señora de la Merced lo invitaban de continuo a mirar las estrellas en el telescopio del seminario.

A Aziz, mercader de inmutable tradición, esas andanzas de su hijo no le agradaban; veía las inclinaciones de Said como una insensata manera de consumir el tiempo. Los curas, en cambio, le exponían que el joven mostraba un claro talento para la ciencia de los astros. Tampoco le impresionó a Aziz que el padre Hilario, encargado del observatorio y principal defensor de Said, le dijese que los árabes habían brillado en la antigüedad por haber sido formidables astrónomos. A estas argumentaciones históricas, Aziz respondía que también los árabes habían descollado en el comercio y en todo cuanto concerniera a la actividad mercantil. Para desgracia de Said, el padre Hilario se murió,

y con él las actividades astronómicas del monasterio.

Dispuesto a alejarlo de su pasión por los astros, Aziz envió a Said al internado de los Salesianos de Oruro, no bien falleció el padre Hilario. Creía cortar de cuajo las inclinaciones del joven, como si en la ciudad adonde iba no existiese cielo, astros, ni la posibilidad de conseguir un telescopio. En Oruro, el joven logró interesar a más de un profesor en la investigación del firmamento. Así surgió en el colegio una incipiente sociedad astronómica; no había telescopio, pero igual miraban el cielo en las noches, cuando las estrellas les guiñaban el ojo. A causa de estos afanes por el más allá, Said entró en prolongadas ensoñaciones, al extremo que durante las horas de clases sólo pensaba en que llegase la noche, para mirar las estrellas. Avisado Aziz de la displicencia del joven hacia los estudios regulares, se lo trajo de regreso a Cochabamba, decidido a ejercer una mayor vigilancia sobre el rebelde y sus inclinaciones ajenas a la tradición de los Magdalani.

Cerrado el observatorio de los curas, Said no halló quien lo apoyara o al menos le facilitara un telescopio. Enfrentado a esa limitación, no tuvo otra ocurrencia que fabricar él mismo un instrumento que al menos se aproximara a las características de un modesto telescopio. De ahí empezó a recorrer las casas de antigüedades, a visitar las viejas iglesias y los mercados de ocasión, con la esperanza de ubicar las piezas adecuadas. En esta búsqueda de días y semanas, sólo consiguió reunir un tubo de bronce que bien pudo haber sido de un instrumento náutico, una lente trizada y espejos con inadecuada refracción. Sin él advertirlo, Aziz seguía de cerca sus pasos, y en más de una oportunidad se le adelantó para desbaratarle una posible transacción comercial que, de haber fructificado, habría dotado a Said de un espléndido telescopio, semejante a esos que proliferaban por Europa

en el siglo XVII.

Pese a tantas limitaciones, igual Said armó su telescopio con los elementos reunidos, pero al usarlo por primera vez descubrió defectos insalvables, y que a pesar del entusiasmo acumulado no iba a lograr ni la más infeliz de las observaciones. Un día, en el colmo de su decepción, destruyó el telescopio a golpes de martillo y arrojó el abollado tubo de bronce a la basura, adonde lo fue a rescatar Aziz, para observar el último vestigio de la pasión de su hijo, muerta a temprana edad.

Said no podía resignarse a la quietud espiritual, ni tampoco sumergirse como sus hermanos en las actividades de la tienda. Empezó a frecuentar los ateneos literarios y las salas de exposiciones. En un recital de poetas jóvenes conoció al novelista Alcides Argüedas, quien se sorprendió al descubrir las inclinaciones de Said hacia la astronomía y las disciplinas vinculadas al arte. Si bien uno era otoñal y el otro verde, lograron iniciar una amistad de entendimientos recíprocos. Said le ayudaba al escritor a vender sus libros en las ferias y, además, como estafetero de las encendidas cartas de amor que enviaba el novelista a sus numerosas novias de Cochabamba.

Un día lunes, Alcides Argüedas fue a la tienda de los Magdalani a preguntar por Said, pues necesitaba su ayuda. “Así que usted es el famoso novelista”, le dijo Chafik. “No tanto”, respondió Alcides Argüedas, esbozando una sonrisa. “¿Qué utilidad tiene eso de escribir, si todos los artistas terminan muertos de hambre?”, indagó Chafik. “Lo que sucede —respondió el escritor— es que incluso morir de hambre tiene su atractivo cuando se hace de agrado”.

Aziz, que escuchaba la conversación desde lejos, se aproximó al escritor a quien rogó le trajese todos los libros que había publicado en su vida, para comprárselos. “No

me avergüenza reconocer, don Alcides, que no sé leer, pero sus novelas me las leerán mis hijos”. Argüedas le extendió la mano al palestino, que la estrechó como quien sella un pacto. Argüedas quería ver en Aziz un personaje para su próxima novela, registrar en una obra literaria todas las singularidades de ese hombre a quien conocía al dedillo a través de Said Magdalani.

Por su parte, Aziz pretendía saber más del novelista al que tanto admiraba su hijo Said, al punto de pronosticar que Alcides Argüedas estaba llamado a convertirse en un escritor de primera magnitud. Emocionado, Aziz rogó a Argüedas que lo pasara a visitar cuando quisiera, pues deseaba darle a probar el licor de Yvotyropea, el árak y algunas delicadezas árabes, y narrarle sus peripecias de buhonero.

En una de esas tantas ocasiones en que llevó cartas de amor a las novias de Alcides Argüedas, Said conoció a la hija de una de éstas, con la cual mantuvo un oculto romance. De esa unión nacieron dos hijos varones, que permanecieron junto a su madre al huir Said y su familia a Chile. De los Magdalani, sólo la Nativa Guaraní conocía los detalles de esa historia de amor. Cuando supo que Said regresaba a Bolivia, no dudó que el joven deseaba ver a la amante y a sus hijos, para demostrarles que la separación había sido cosa del destino.

Esa mañana, cuando Yvotyropea se despedía de Said, a punto de regresar éste a Cochabamba, recordó el día en que el joven lloró sobre su regazo para contarle que iba a tener un hijo de una mujer algunos años mayor que él. Cualquiera otra se habría asustado, pero la Nativa Guaraní poseía la vieja serenidad de sus antepasados, extendidos desde las Antillas hasta la Argentina a través de los siglos, cuando el conquistador aún no manchaba su tierra y no

teña de sangre el horizonte para borrar las stirpes.

Mientras mantenía cogido de las manos a Said, la Nativa Guaraní volvió a sentir el amoroso desvelo de aquellos días en que ella trataba de enseñarle el uso de la macana o de las boleadoras, para que se defendiera llegado el caso, o pudiese cazar un conejo o voltear un caballo salvaje. Atento Aziz a esas enseñanzas, se maravillaba de los conocimientos de Yvotyropea, que había aprendido por sí misma el uso de aquellas armas cuando ella y su madre permanecían largas temporadas solas en Ibapobó, al emigrar los hombres de la familia a otros pueblos en busca de trabajo.

A los doce años, Said arrojaba las boleadoras sobre el blanco elegido a mayor distancia que el común de los adultos, destreza que colmaba de orgullo a su padre. Cazaba cuanto le placía, y llegó incluso una vez a voltear a un hombre que huía con un pavo robado. “Si el niño es diestro para lanzar las boleadoras adonde se le antoje —pensaba Aziz—, llegará el día en que nada le resulte imposible”. Algo de verdad hubo en el pronóstico, pues Said logró destacarse en su fugaz y truncada actividad como astrónomo, y también mereció alcanzar, pese a los obstáculos, el raro privilegio del amor.

Al igual que Chafik, aprendió a hablar guaraní junto con el árabe y el castellano, y usaba las tres lenguas en forma indiscriminada. En más de una ocasión habló delante de su padre con la Nativa Guaraní en el idioma de ella. Aquello, enfurecía a Aziz —pues entendía sólo a medias— hasta el punto de lanzar en árabe maldiciones y obscenidades que no figuraban en el repertorio de Said ni en el de Yvotyropea, menos aún en la literatura milenaria de sus antepasados.

Said inició sus relaciones de amor con Rogelia Vicente —ella en ese tiempo creía haberse quedado para vestir santos— un día en que, enviado por Alcides Argüedas,

llevó una encendida epístola a la madre viuda de aquélla. Como la madre de Rogelia estaba ausente de la ciudad y la joven ansiaba conocer detalles de los amoríos de su progenitora a través del emisario del escritor, rogó a Said que se quedase un instante. Lo hizo pasar al salón para someterlo a un interrogatorio del cual pensaba obtener alguna información acerca de las relaciones de su madre, doña Juliana de Vicente, con el insigne novelista. La joven preguntó a Said si él era pariente de Argüedas o un emisario pagado para realizar esa misión más bien propia de mujeres. “Ni lo uno ni lo otro” —respondió molesto Said—; lo hago por simple amistad con don Alcides”. Enseguida, agregó que se llamaba Said Magdalani y que su padre tenía una tienda en la plaza. “No me vayas a decir que tú eres el astrónomo”. “Así es”, replicó Said, y sonrió complacido.

Luego de esa revelación no esperada, a Rogelia le empezó a gustar Said; para retenerlo, le ofreció un sorbete de guindas y almendras saladas. No sabía cómo agradar a ese personaje dotado de la capacidad maravillosa de escudriñar las estrellas, todo el enigma sobrecogedor del cielo, ese mismo cielo que a ella le apasionaba contemplar a menudo. Al sorbete de guinda siguió una copita de licor, y ambos dejaron de preocuparse del tiempo y hablaron de infinidad de cosas, parloteo en el que las inclinaciones de astrónomo de Said, su gusto por la literatura y su pasión por otras disciplinas vinculadas al arte, tuvieron especial relevancia. A Rogelia Vicente se le ocurrió esa misma noche mirar el cielo para conocer el nombre y la configuración de ciertas constelaciones, y suplicó a Said se quedara hasta que oscureciera. Al llegar la noche, ambos salieron al patio, movidos por distintos propósitos. Said de veras quería mostrar sus conocimientos sobre los astros; Rogelia, jugar a cualquier cosa que le diera posibilidades de conquistar al

visitante. Parecía genuina su admiración por las cosas del cielo, pero mucho más su ansia de ser amada bajo el temblor de las estrellas, bajo esa cavidad negra resplandecida de puntitos luminosos que, desde las edades más remotas, ha asombrado y desconcertado al hombre.

Ambos se sentaron muy próximos en una banca del patio. La noche se les antojó cómplice, pues el aire estaba como nunca transparente, perfumado, y no había ni una sola nube dispuesta a impedir la observación. Ella estiró su brazo e indicó un lucero al azar, después otro y otro, a medida que Said satisfacía su curiosidad señalándole los nombres de las estrellas, sus características, sus fechas de descubrimiento, y si formaban parte de alguna constelación. Más y más se sorprendía Rogelia de la sabiduría del joven astrónomo, en ese tiempo algo alejado de su pasión debido a la muerte del cura Hilario. En un momento, Rogelia, acaso tocada por los asombros del conocimiento, acaso para avanzar en su propósito de conquista, le preguntó si él disponía en ese momento de un telescopio, pues quería mirar más de cerca toda esa maravilla celeste.

Said se sorprendió de la solicitud; estimó inconcebible llevar un telescopio encima del cuerpo, como si fuese un manajo de llaves. Ante su negativa, Rogelia se excusó; ella no pretendía transformarse en uno de esos sabios antiguos y no tan antiguos que habían destinado su existencia a desentrañar los misterios del universo; la exaltaba ese instante de posibilidades, en que la noche perforada de luz, inducía a mirar el cielo interior, las estrellas interiores. Vio en Said a un joven fogoso, dispuesto a calmarle las ansias irresistibles de amar sofocadas por su madre, doña Juliana Vicente, quien le aventaba los novios como si fuesen una peste, al suponer que éstos sólo trataban de engatusarla.

De tanto ayunar, Rogelia había acumulado demasiados

sueños de amor. Sólo una vez le habían propuesto iniciar un romance, pero ese lejano intento había quedado trunco al aparecer su madre en el salón, cuando la joven estaba a punto de acceder. A partir de ese día, su imaginación se desbandó; se representaba toda clases de escenas, desde las más candorosas hasta las más turbulentas. Para calmarse, recurría a las oraciones, a pensar en ejemplos piadosos, en su tiempo de niña cuando jugaba a las muñecas. Así, el gustillo a cuanto pudo ser y no fue la trastornaba, le hacía subir la fiebre, le desordenaba la vida, esa vida confinada bajo el férreo imperativo materno.

La sorpresiva aparición de Said en su casa la hizo recordar su aventura lejana, el día del éxtasis incluso por la irrupción de su madre. Sus ansias de ser amada habían llegado a un límite insostenible. La visita casual de Said la invadió de regocijo, hasta el extremo de creer que un hada madrina le enviaba a ese joven de mirada tierna, pelo ensortijado y ojos nostálgicos.

A los jóvenes se les iluminaron los deseos de tanto contemplar las estrellas. Pronto, las miradas hablaron a los sentimientos y, sin palabras, convinieron que había llegado la hora del verdadero amor. Abrasados en besos y caricias, decidieron descifrar la mayor incógnita de la vida, dejando a sus espaldas las estrellas y todas las constelaciones del cielo. A partir de ese día glorioso, Said empezó a perseguir a Alcides Argüedas para que lo enviara de nuevo a dejar cartas adonde las Vicente.

El escritor se extrañó del inusual interés del joven Magdalani para hacer de estafetero hacia una determinada dirección. La labor que cumplía su amigo se hallaba siempre al borde del riesgo y la sorpresa: en más de una ocasión habían ahuyentado a otros emisarios soltándoles perros bravos. Una vez el asunto estuvo a punto de transformarse

en un hecho de sangre, cuando al propio inventor de las temerarias epístolas lo persiguió a escopetazos por las calles de Cochabamba un furioso marido, nada adicto a las cartas de amor dirigidas a su esposa, por mucho que fuesen escritas por un insigne novelista. No tardó Alcides en descubrir la causa que movía a Said para querer ir justo donde las Vicente, y como admiraba la belleza y la alegría en sus formas más diversas, reanudó con doña Juliana Vicente la correspondencia un tanto acallada en los últimos tiempos, debido a que ambos habían iniciado amoríos en otras direcciones.

Así, portador de cartas escritas de puño y letra del novelista, Said pudo traspasar una y otra vez la puerta de las Vicente. Al cabo de unos meses, ya no necesitó misivas para ingresar a la casa de su amada. Saltaba tapias, se encaramaba por la techumbre como un felino en agosto, y discurría toda suerte de ingenios para llegar al lecho siempre florido y perfumado de Rogelia.

Cuatro meses de intimidades terminaron por preñar a Rogelia, una de las más dulces y recatadas jóvenes de la ciudad. Ella intentó ocultar su embarazo usando vestidos holgados y apretadas fajas; todo en vano, pues doña Juliana, al tercer mes descubrió la preñez más por instinto maternal que por las evidencias naturales. Al comienzo armó un escándalo mayúsculo y juró contratar a un matarife para castrar al violador, pero al fin recapacitó; mejor convenía ocultar el desvarío juvenil que atraer sobre su casa la deshonra. Rogelia, a partir de entonces y hasta que nació su hijo Miguel, permaneció enclaustrada, alejada de sus dos o tres amigas del vecindario, incluso de la parentela, la que a menudo suele ser el mejor portavoz de las intimidades y secretos familiares.

Cuando Rogelia iba a parir, doña Juliana de Vicente

fue a buscar a una comadrona vieja y casi ciega, y la llevó a su casa de la mano, no sin haberle dado tres o más vueltas a la manzana para despistarla antes de hacerla entrar. Mientras tanto, Rogelia permanecía con el rostro cubierto y las piernas separadas, pues el crío ya comenzaba a bajar por el cuello del útero. Junto a la parturienta se hallaba la nodriza que la había criado, la cual le sujetaba los brazos y de vez en cuando le levantaba la toalla que le cubría el rostro, para que pudiese respirar. A trastabillones ingresó la comadrona a la pieza donde estaba Rogelia, y si la viuda no la hubiese orientado, habría confundido a la nodriza con la parturienta, pues ambas yacían tendidas sobre la misma cama.

130 Para consuelo de las tres mujeres de la casa, la vieja comadrona cumplió a la perfección su cometido, así a tientas. Se guiaba por el tacto, por su maravillosa intuición. Al concluir el alumbramiento, la nodriza acompañó a la comadrona hasta su casa. Durante el trayecto le habló insensateces, que la parturienta, mujer de un conocido militar de Cochabamba, —cuya identidad tendría que proteger a toda costa—, había dado a luz un hijo fuera del matrimonio, pero como había notado una espléndida comprensión en la comadrona, le iba a revelar el nombre de la adúltera, siempre que jurara no decirlo jamás a nadie. La nodriza le dijo un nombre cualquiera y lo repitió varias veces a fin de grabarlo en la mente de la comadrona, quien movía la cabeza, encantada de conocer de primera agua un escándalo inédito entre los grupos de comadres que ella frecuentaba.

Alejado Said por doña Juliana Vicente —al fin Rogelia reveló el nombre del amante—, el joven trató en vano de introducirse de nuevo al hogar de las mujeres, para conocer a su hijo recién nacido y ofrecerle a su madre el ajuar, tejido

por la propia Nativa Guaraní en muchas y tediosas tardes, sentada en un rincón de la tienda. A Aziz le dio un raro pálpito verla el primer día dedicada a ese menester, pero ella le manifestó que el ajuar le había sido solicitado como donativo, para rifarlo en una fiesta de caridad. Ante esa explicación, el árabe no volvió a preguntar más estimando noble el destino de las mantillas, culeros, gorros, baberos y zapatitos de lana que la diligente Nativa Guaraní tejía a diario.

Sin poder visitar a Rogelia y al niño, Said deambulaba cariacontecido por los alrededores de la casa de las Vicente. Ni siquiera la nodriza de Rogelia quiso franquearle la entrada en las ocasiones en que golpeó ansioso la puerta, luego de ver que doña Juliana Vicente salía de compras a la plaza, o a rezar alguna novena en la iglesia. Pese a sus súplicas y a mostrar arrepentimiento por su desliz amoroso, la nodriza le cerraba la puerta en las narices, e incluso dejó de abrirle cuando las visitas empezaron a ser majaderas. Cuantas veces llevó el ajuar para el niño, la nodriza se lo lanzó por la cara en una demostración inequívoca de que ni ella ni nadie de la casa querían nada de ese joven fastidioso. “Uno de estos días echaré la puerta abajo”, amenazaba Said, pero sus baladronadas no eran sino palabras de resentimiento.

En esos días, Alcides Argüedas le presentó a Emiliano Ortiz, un poeta joven de Oruro, quien desde hacía años huía de la policía debido a su permanente vinculación con los mineros de su ciudad. A quienes reunía en los centros laborales para agitarlos mediante sus poemas revolucionarios, donde se pedía la cabeza de Simón Patiño y de los embajadores de Inglaterra y Estados Unidos. El poeta, hijo de una aimará y de un inmigrante español—asesinado por orden del general Blanco Galindo, porque desnudaba las intrigas palaciegas del militar en un diario

de Santa Cruz—, tenía los modales de un joven aristócrata. Despreciaba por igual a los políticos y a los militares, a quienes acusaba de ser los causantes de los males endémicos de Bolivia.

Mientras intervenía en pequeños grupos se expresaba de una manera suave, casi dulce, como si todo cuanto decía fuese un largo poema de amor. Jamás soltaba una palabra que se pudiera calificar de impropia para un auditorio femenino. Para muchos, sin embargo, se trataba de un perfecto simulador, un farsante de feria, pues cuando se subía a un escenario para recitar sus poemas a los mineros se transfiguraba, su voz adquiría la potencia del trueno y en sus ojos —por lo general mansos— aparecía el encono de los milenios, la ira por su condición de mestizo, sus iluminadas certidumbres de profeta de los injuriados de la tierra.

Al conocerse Said Magdalani y Emiliano Ortiz, sintieron que nacía entre ellos una limpia amistad. A partir de ese día empezaron a frecuentar juntos los ateneos, a visitar los barrios pobres de Cochabamba, y a asistir a los mítines. Said admiraba en Emiliano la impetuosidad que a él le faltaba para enfrentar las situaciones adversas y a su pasmosa facilidad para expresarse. Emiliano apreciaba en Said su manera particular de sentir la vida y soñarla a través de la contemplación del cielo, la seriedad de sus ideas, la romántica ingenuidad de su actitud hacia las mujeres.

“Si de verdad amas a Rogelia, ráptala”, le dijo en una ocasión Emiliano a Said, mientras regresaban de un mitin organizado por la confederación campesina. Said se detuvo alélado en medio de la calle. Muchas veces había pensado en esa posibilidad, pero no sabía cómo actuar. Temía fracasar, hacer el ridículo. ¿Quién le aseguraba que Rogelia iba a aceptar la idea de huir con un niño recién nacido?

“No lo pienses más, róbatela”, insistió el poeta, agitando los brazos de la misma manera que lo hacía cuando recitaba sus poemas.

Cabizbajo, Said reanudó la marcha comido de dudas, atemorizado por la proposición. ¿Adónde iría a vivir con Rogelia y su hijo? Llevarlos a su casa constituía la solución más irracional de todas. Ni siquiera quería imaginarse la cara de su padre, de sus hermanos y de la propia Yvotyropea, aunque ésta al fin aceptaría. Pero Aziz acaso se negaría a todo, trataría a la joven de mujerzuela, y hasta resultaba atendible que lo expulsara a él mismo del hogar, sin importarle un bledo el niño ni la opinión de la Nativa Guaraní.

Como Said nada respondió a la sugerencia de Emiliano Ortiz, el poeta hizo una mueca de desagrado; luego golpeó el hombro de su amigo y le dijo que se olvidara. Un rato después llegaron a la plaza, donde se despidieron, no sin antes haber manifestado Emiliano que esa noche pensaba viajar en secreto a Oruro para visitar a su madre, pues había sabido que estaba enferma. Said lo abrazó frente a la tienda de la familia y le encareció que tuviese prudencia. A esa hora, Aziz y Chafik cumplían el sagrado rito de cerrar la tienda, así que ambos presenciaron la despedida.

“¿Quién es?”, le preguntó Aziz a Said cuando éste llegó ante él. “Un amigo de don Alcides Argüedas, papá”. Al instante Aziz percibió que su hijo eludía revelar la identidad de su acompañante, e insistió en que le dijese el nombre. Said hizo un movimiento de hombros para indicar que lo había olvidado, pero Aziz reiteró su requerimiento, mientras sus ojos despedían una luz amenazante. “Es un profesor, papá; creo que vive en La Paz”. Levantando los brazos, Aziz agrió el rostro. “¿Me tomas por imbécil? ¿Acaso no se trata de un revoltoso, de un revolucionario que anda por ahí promoviendo desórdenes entre el campesinado y que

habla de cortarles la cabeza a los ricos?” E hizo una pausa, respirando con furia. “No quiero verte nunca más con ese sujeto”, remachó, y se introdujo al comedor, donde el olor a berenjena con arroz, ajo y cebolla que provenía de la cocina le trastornó los sentidos y concluyó por hacerle olvidar su disgusto.

En un momento de la comida, Said pensó asumir la defensa del poeta, pero no tuvo la osadía de interrumpir la conversación entre su padre y Chafik, que hablaban de peripecias comerciales. De vez en cuando intervenía Amín, quien engullía rápido para salir cuanto antes a jugar billar al club árabe. Tragó el último bocado de berenjena, bebió un sorbo de vino y lanzó la silla hacia atrás para desembarazarse del asiento, como si se tratara de un objeto incómodo. “No has comido tu postre de leche nevada”, le advirtió la Nativa; pero Amín no quería acercarse a sus labios si ello le impedía llegar a tiempo donde sus amigos. Al cabo de unos minutos, Chafik se excusó y se levantó de la mesa, pues debía revisar la correspondencia.

Yvotyropea se había retirado a la cocina a lavar la loza, para luego allegarse al cuarto de sus hijas, quienes desde hacía rato la llamaban. Frente a frente, Aziz y Said quedaron solos en el comedor. No era usual esa circunstancia, pero ese día todo contribuyó a que se produjese de un modo fortuito. Aziz bebía su taza de café y disfrutaba de la infusión, en vez de reanudar el diálogo con Said acerca de la amistad de éste con el poeta. Cuando Said intentó levantarse, le hizo un gesto para que se quedara. De mala gana, el joven volvió a sentarse, aunque se hundió en la silla para demostrar su disconformidad.

Minutos después, cuando el silencio árido se manifestaba, Aziz alejó la taza de café y aproximó un vasito de árak. Al segundo sorbo miró de reojo a Said y le sonrió. “Ese poeta,

hijo, tiene mala reputación. Ayer no más, en el club árabe, Rafael Daud contaba que lo había visto reunido con los huelguistas del correo en la plaza y que le escuchó clarito decir que bastaba de robos a los trabajadores, que la única solución apuntaba a tomarse el correo por la fuerza. Un hombre que usa un lenguaje así no puede ser poeta, menos una persona sensata”.

Said se sintió abrumado por las opiniones de su padre; sabía que todo cuanto se decía sobre Emiliano Ortiz estaba dominado por el signo de la exageración. Había visto a su amigo alimentarse con un trozo de pan a la hora de almuerzo, lavarse los calzoncillos y la camisa en una pileta pública, dormir en las plazas. Pese a ello, vestía de una manera digna, como si alguien estuviese preocupado de lavarle y plancharle las prendas íntimas todos los días, lustrarle los zapatos, asearle el cabello y recortarle la barba. “Se comenta —prosiguió Aziz—, que usa un nombre falso, pues la policía lo busca por haber incendiado el Banco de Oruro”. “¿Quién comenta eso, papá?” Aziz bebió el último sorbo de árak y luego, mientras se limpiaba la boca con la servilleta, bajó la voz y dijo: “Los paisanos del club árabe”.

Una semana después, a la entrada de la Universidad Mayor de San Simón, Said encontró por casualidad a Emiliano Ortiz, en medio de un grupo de estudiantes. El poeta, apenas divisó a Said, le hizo una seña, indicándole que aguardara. Minutos después, caminaban por la calle Guzmán Quitón hacia el centro de la ciudad. Emiliano le reveló a su amigo que su madre había muerto hacía un mes, y que le dolía no haber podido asistir al entierro.

Semejante a un mal presagio, se encapotó el cielo. Presurosos, Emiliano y Said tuvieron que guarecerse por unos instantes en un portal, para escapar de la repentina lluvia. “Así es de efímera nuestra vida”, señaló el poeta,

mientras veía llover apoyado de espaldas contra la pared. Said lo observó de perfil, quizás con ganas de advertirle que su vida peligraba. “En unos días más tendré que viajar a Sucre, a apoyar la huelga de la Universidad de San Francisco Javier”. Esa noticia alegró a Said. Mientras mucho antes su amigo abandonara Cochabamba, mejor. Ya lo veía apresado a raíz de alguna delación, y si ésta provenía de uno de los miembros del club árabe, su dolor sería más amargo.

Cerca de la plaza, Said rogó a Emiliano que se separaran, pues temía que los árabes los viesan juntos. “¿Algo anda mal?”, indagó el poeta, abrochándose la vieja y gastada camisa. Said se puso colorado, le ardía la cara, igual que si se la hubiese lavado con salmuera. Intentó responder, pero no consiguió encontrar las palabras adecuadas. Estuvo a punto de decir una insensatez, algo así como: “A nuestro padre no le gustan los mestizos”; aunque detuvo la ofensa justo en los labios. Al advertir Emiliano las dificultades para expresarse de Said, se alejó hacia el poniente. De vez en cuando miraba hacia atrás, porque creía que su amigo se hallaba enfermo y de un instante a otro podía necesitar ayuda. Al llegar a la esquina de Sucre con Nuestra Señora del Rosario, donde está la iglesia del mismo nombre, tres sujetos fornidos lo interceptaron. “¡Ah, ese traidor de...!”, alcanzó a gritar Emiliano antes de que los fulanos se arrojaran sobre él, lo esposaran y le cubrieran la cabeza con una capucha negra; en seguida lo introdujeron a un Ford sedán que aguardaba con el motor en marcha y, presurosos, enfilaron hacia el sur por Las Heroínas.

Días después, el poeta fue encontrado muerto bajo el puente que hay a la salida de Cochabamba, camino a Sucre. Le habían reventado los testículos, el cráneo, y quemado el cuerpo con cigarrillos. Fue Alcides Argüedas quien debió reconocerlo en la morgue. El novelista lloró sobre el cadáver

y confirmó que se trataba de Emiliano Ortiz, porque los poetas mueren con una expresión dulce en el rostro, a pesar de que el joven había sido torturado.

Said se encerró en su pieza y no hizo más que llorar, lanzar blasfemias y lamentarse por no haber acompañado ese día otro trecho a su amigo. No se le ocurría pensar que en tal caso él habría sido una segunda víctima. Reiteradas veces la Nativa Guaraní golpeó esa noche a su puerta, llamándolo a comer. Él insistió en mantenerse aislado de todos, para tragar en silencio su dolor.

Sin lograr ver a Rogelia ni al niño, y con un amigo muerto, vagaba por las calles de Cochabamba a horas indeterminadas, luego de ayudar en la tienda. Cierta vez que deambulaba por la plaza, cogido por la idea de hablarle a su padre de su relación con Rogelia, —aunque el temor lo paralizaba—, se sobresaltó al sentir que le tiraban la manga de la camisa. Un indiecito pequeño, hostilizado por varias moscas, cuyos ojos estaban húmedos, al parecer debido a un llanto reciente, le dijo en su lengua enrevesada que Aziz Magdalani lo llamaba.

Apoyadas ambas manos en el mostrador, Aziz hablaba con la madre de Rogelia. Al ver a la viuda, Said intentó huir, pero ya lo había divisado su padre, quien le hizo una seña para que se aproximara, aunque el joven prefirió permanecer a cierta distancia. “Doña Juliana ha venido a reclamar por tu conducta. Dice que tú a menudo merodeas por los alrededores de su casa y que ella ignora las razones. ¿Qué hay de verdad en esto?” Said sintió bailar el piso bajo sus pies. Pero en su temor se clavaba el desconcierto. Por una parte, Juliana no lo delataba como seductor de su hija y padre del niño; por otra, lo acusaba de rondar su casa con desconocidas intenciones. Nunca había visto una mirada tan burlona como la de doña Juliana de Vicente. ¿Se trataba de

una trampa? Ya veía surgir de cualquier rincón de la tienda a Rogelia con el hijo en brazos, llorosa, clamando justicia para ella y su vástago. Una sucesión de escenas contrapuestas pasaba a toda velocidad por su cabeza. A pasos tímidos se aproximó a su padre y a doña Juliana, como si eso le sirviese para improvisar alguna salida decorosa.

Mientras la mujer lo recorría con su inquietante mirada, Said sudaba, sentía pinchazos en las rodillas y un peso abrumador en los hombros, como si transportara un saco de adoquines. ¿Después de ese examen prolijo la mujer lo iba a delatar? “Es un malentendido; yo sólo paseo por la ciudad”, logró articular Said. Cruzando sus brazos fuertes y velludos, Aziz hizo una mueca de disgusto, como si hubiera probado una comida asquerosa; luego, miró a doña Juliana de Vicente, para observar su reacción. En los ojos de la mujer aún permanecía la mirada burlona, que se transformó en iracunda, al increpar con dureza a Said. “¿Usted me toma por tonta, jovencito? No quiero verlo nunca más cerca de mi casa, ni siquiera en varias cuadras a la redonda”.

Comprendiendo el riesgo de discutir con la madre de Rogelia, Said prefirió callar. Su orgullo de vieja estirpe, y el punto de dignidad donde se apoyan las decisiones, parecían aplastados. Aun si doña Juliana lo hubiese insultado con las peores groserías, no se habría atrevido a replicar. Estaba avergonzado como nunca, más por la presencia de esa mujer, que por cuanto pudiese hacer su padre si descubría sus andanzas. Cerca de ellos, Amín y Chafik permanecían atentos a la conversación, mientras fingían revisar las mercaderías de la tienda. La Nativa Guaraní entraba y salía, por si su presencia tenía alguna utilidad; temía algún estallido de Aziz, porque estaba en entredicho el honor de uno de sus hijos varones.

No bien doña Juliana de Vicente se hubo marchado,

Aziz le hizo una seña a Said y ambos se encaminaron hacia la trastienda. Aziz lo invitó a que se sentara frente a él y, contra su costumbre, le preguntó si deseaba beber una copita de árak. Said advirtió la cercanía de la tormenta y empezó a buscar réplicas urgentes, sin saber cuál iba a ser el tenor de las preguntas, aunque las presumía todas orientadas a saber porqué rondaba la casa de las Vicente. Apenas vio su copa llena, la cogió rápido y bebió un buen sorbo. Como no tenía costumbre, sintió el fuego veloz de la imprudencia en su esófago; y en los ojos, una danza de lágrimas. Aziz no le quitaba la vista, y sonrió de un modo maligno al percatarse de las dificultades en que se debatía el bisoño.

Como viejos amigos, bebieron y comieron, despreciando el tiempo, el barullo de la tienda, la agitación de la plaza en esa mañana de sábado. De pronto, Aziz le preguntó si estaba enamorado de la madre o de la hija. Said hizo un gesto de sorpresa, como cuando encontraba una estrella desconocida y corría a informárselo al cura Hilario. Mientras se echaba a la boca un trozo de coliflor encurtida, movió la cabeza para negar ambas suposiciones. Una y otra vez Aziz se pasó el índice por las fosas nasales, y le refirió a su hijo que a doña Juliana la conocía desde cuando la mujer era joven y se paseaba por la plaza de Cochabamba a la salida de misa, ansiosa de encontrar novio. Como había decidido casarse antes de cumplir los veintiuno, edad que le parecía extrema, lo hizo al fin con Servando Bermejo, un militar afrolado, de modales aprendidos en libros de urbanidad y que caminaba con las piernas muy juntas dando saltitos, como si tuviese urgencia de ir a sentarse al retrete. Un día el militar ayudó a Juliana a cruzar la calle; entonces la joven se prendó de ese héroe de novela decimonónica que la protegía de ser atropellada por algún carruaje. Se casaron tres meses después, cuando Juliana ya tenía dos de embarazo.

Transcurridas unas semanas, Servando Bermejo fue enviado a cargo de veinte hombres a sofocar una rebelión a un remoto pueblito cerca de la frontera con Brasil, sitio desde el cual ni él ni nadie iba a regresar. Tenidos por muertos o desaparecidos, la acongojada mujer obtuvo tras cinco años de golpear las puertas del Ministerio de la Guerra, una alicaída pensión de gracia, insuficiente para vivir con dignidad ella y su pequeña hija. Viuda y pletórica de bríos, no se iba a consolar así no más; volvió a frecuentar la plaza de Cochabamba, por si aparecía otro militar o cualquiera dispuesto a compartir su cama marchita de tedio por la falta de actividad.

Un día domingo, de tanto dar vueltas por la plaza, se quebró el tacón de un zapato; avergonzada por el percance, se sentó en un banco junto a un caballero cincuentón, quien se ofreció gustoso a abrirle la zapatería de la que era dueño, para obsequiarle un par de zapatos a esa joven primorosa. Doña Juliana no tuvo más opción que aceptar, de lo contrario habría tenido que irse renqueando a su hogar, cosa inaceptable en una viuda de guerra. Esa misma tarde don Horacio Vicente la invitó a almorzar al club español, donde él acostumbraba a consumir el ocio. Durante cuatro meses se vieron a diario. Como los encuentros hacían progresar día a día el entusiasmo, decidieron casarse, pese a que Juliana habría aguardado un año más, por si Servando Bermejo estaba vivo y se le ocurría aparecer por sorpresa en su casa de Cochabamba.

A partir de los cinco años de edad, Rogelia vivió amparada por su nuevo padre, quien la quería y mimaba como si fuese una hija de su simiente. Al fin le dio su apellido, al descubrir amargado que, pese a sus meritorios esfuerzos, no lograba preñar a su joven esposa. “Deben ser los años”, se consolaba el hijo de inmigrante español; pero

no cesaba en sus intentos nocturnos, y a veces matinales y vespertinos, de acuerdo a los consejos de amigos del club español. Tanto cabalgó sin estribos ni montura, se maceró con penitencias, se tonificó sin límites, que en dos años envejeció más de diez, al extremo de que muchos, cuando veían a la pareja pasear por la calle, suponían que se trataba de un abuelo en compañía de su nieta. Horacio Vicente, que no quería morir tragado por una mujer joven, apaciguó sus ímpetus, el vendaval incontenible heredado de su padre peninsular, y entró en un resignado climaterio.

Como viese doña Juliana al fogoso hijo de inmigrante tranquilizado, mientras ella tenía aún cuerda para rato, emprendió la búsqueda del sustituto; no tardó en hallarlo en el robusto dependiente de la zapatería de su esposo, quien le probaba calzado tras calzado cuando el auténtico zapatero levantaba las manos en señal de estar impedido.

Todo marchó a pedir de boca hasta que Horacio Vicente sorprendió a su adorada mujercita y a su dependiente enredados en las sábanas, luego de llegar por sorpresa desde La Paz, adonde había ido a conocer al embajador de España, porque tenía sus mismos apellidos. A puntapiés bajó a ambos del lecho cómplice, y si no hubiese sido por las súplicas de Juliana, los habría matado con un cuchillo para despostar que vio sobre la mesa del comedor. Esa misma noche, mientras el dependiente huía de Cochabamba, se dirigió a la zapatería y le prendió fuego, después de haberse encerrado en su interior.

Viuda por segunda vez, Juliana de Vicente se preguntó qué podía hacer para conjurar el infortunio que la perseguía desde que conoció al militar. “No hay que echarse a morir”, se dijo a los seis meses de haber enviudado. Se quitó el luto de espanto y retornó a la plaza, donde había conocido al militar y al comerciante en zapatos, por si encontraba un

hombre menos desafortunado que sus dos difuntos maridos. Paseó y paseó en vano mañanas enteras; sentía cómo los hombres la rehuían, a la vez que la miraban con doloroso deseo, pero no se atrevían a hablarle: ella representaba la fatalidad de la viudez.

Un día conoció a Alcides Argüedas en la librería "Cervantes" de la calle Sucre, mientras el escritor miraba libros y ella compraba una novela cualquiera para espantar el tedio que desde hacía tiempo la estaba consumiendo. Alcides Argüedas se maravilló de la belleza y languidez de la joven viuda, y le ofreció orientarla en sus futuras lecturas, ya que la mujer había adquirido una novelita de un tal José Éddola, autor frívolo y aburrido, el menos indicado para resolver su mal. A partir de ese día, el novelista empezó a cortejarla, a escribirle cartas de amor, cuyo estilo y contenido superaban todo cuanto doña Juliana había leído y escuchado a lo largo de su pueblerina existencia.

Nada sabía el joven Magdalani de la vida de doña Juliana de Vicente, así que al oír de boca de su padre su verdadera historia, comprendió por qué la mujer protegía con tanto fervor a su hija. "Es justo", pensó Said; a partir de ese día se propuso reparar el daño infligido a las Vicente. Decidió casarse con Rogelia a la brevedad, aunque sabía que su familia, y su padre en particular, se iban a oponer a ultranza.

Ese domingo en la noche, después de cenar, le confió a la Nativa Guaraní su propósito; la mujer inclinó la cabeza y se le ensombrecieron los ojos. Así permaneció largos instantes, hasta que Said le acarició la cabeza y la besó en la frente. Ella parecía atrapada en redes sutiles, temerosa de lo que podría acontecer si Said cumplía sus intenciones. "Aziz se va a morir de pena; por favor, hijo, no mates a tu padre".

Tiempo después, Said logró introducirse a la casa de

Rogelia, un día en que doña Juliana debió ir a Potosí a los funerales de una prima. En ese encuentro se dijeron de todo, se recriminaron, se insultaron, se culparon de cuanto había sucedido, se besaron hasta herirse la boca, hasta extraviar los sentidos, y después de eso, se desnudaron aprisa y, sobre la alfombra del cuarto, que no era la alfombra mágica de Aziz, se amaron como lo habían hecho el primer día.

Desvanecidos cuatro meses, doña Juliana descubrió que Rogelia de nuevo estaba embarazada. Quiso morirse, pero juzgó inoportuno hacerlo en momentos tan dramáticos. ¿Y cuál es ahora el nombre del miserable? Cuando su hija le dijo que se trataba del mismo Said Magdalani, la mujer enrojeció, dominada por una ira en progresión. Después razonó que al menos su hija yacía con un solo hombre, lo que hacía menos oprobioso ese segundo desliz. “¡Ah, ese Magdalani!”, se lamentó doña Juliana, mientras se golpeaba la frente con el puño cerrado. Se prometió darle un atroz castigo: Contratar a un grupo de facinerosos para que lo castraran, le cercenaran los dedos, le marcaran el rostro hasta que nadie lo pudiese reconocer. Al concluir estas amenazas desproporcionadas, sintió miedo de sí misma; ella amaba la paz, a pesar de haber estado casada unos meses con un militar que a menudo le hablaba de la guerra. Y se arrepintió de haber imaginado toda esa suerte de represalias.

Ajeno a los pensamientos que provocaba, Said tomaba muy tranquilo desayuno en el comedor el mismo día y a la misma hora en que doña Juliana de Vicente barajaba violencias en su contra y al fin decidía calmarse, pues aún continuaba siendo devota, pese a sus contrariedades amorosas y vaivenes financieros.

El joven saboreaba un mamul cuando arribó al comedor su padre, y al cabo de un minuto Chafik, el cual parecía dispuesto a iniciar la jornada con una serie de actos

desagradables. Apenas se sentó junto a Said, le golpeó las costillas con el codo, pues quería endilgarle un chisme. Como Said mostrara apatía, le retiró la taza de leche de enfrente y se la puso en el otro extremo de la mesa, lejos del alcance de su mano. No satisfecho, le distanció la panera justo cuando Said trataba de coger un trozo de pan. Contrariado, Said le lanzó un insulto en árabe, ante lo cual Chafik alzó los brazos al cielo, como quien implora la clemencia divina. “Por favor, Señor, sálvanos de este terrible comunista, amigo de los revoltosos de la ciudad...” Cuando Said aprontaba una sarta de palabrotas en las tres lenguas que conocía, Aziz los hizo callar, porque en sus ojos de árabe soñador se habían alojado los desencantos antiguos.

Esa noche, mientras Aziz se desvestía en presencia de la Nativa, la escena de la disputa entre sus hijos empezó a tomar en su mente un sentido inquietante. ¿Said, comunista? ¿Quién lo había inducido a abrazar esa doctrina maldita? El culpable quizás había sido ese poeta de mirada insistente, orejudo y, por añadidura, mestizo, a quien, —para su felicidad— no veía desde hacía tiempo.

No lograba apartar de sí el recuerdo de aquel día en que, estando a punto de cerrar, unos indios desarrapados, de mirada extraviada como si viniesen de un país de sombras, irrumpieron en su tienda para rogarle de rodillas que los ocultara por unos momentos, pues de lo contrario podrían ser asesinados. Su primer impulso fue desalojar a los intrusos, que más parecían menesterosos que perseguidos políticos; en esos días se había desatado una violenta cacería de campesinos pobres, pues una veintena de ellos asaltó unos almacenes de comestibles en los alrededores de Cochabamba, impulsados por un hambre antigua. De pronto se vio, metro en mano y con la frase: “Fuera de aquí, desgraciados” a flor de labios; sin embargo, recordó que él

mismo había sido perseguido por la policía de Paraguay y otras cuya nacionalidad ignoraba, por haber intentado sublevar a los habitantes de un pueblo fronterizo para que robaran comestibles; se estaban muriendo de hambre, de enfermedades contagiosas, picados por bichos ponzoñosos en medio de la miseria.

“Está bien, está bien; ocúltense debajo del mostrador”. No hacía un minuto que los indios se habían metido en su escondrijo cuando irrumpió en la tienda un individuo rechoncho y vulgar, seguido de tres sujetos de ojos sanguinarios. “Paisano ¿ha visto usted por aquí un grupo de indios del carajo, asaltantes de varios almacenes?” Aziz se sobresaltó al darse cuenta que quizá los indios podían hacer lo mismo con él, apenas se marcharan los policías, incluso matar a toda su familia y violar a las mujeres. “¿Indios? Vaya usted al mercado y verá miles de ellos; a mi tienda no entra gente sucia”. El hombre se rascó la nariz con el índice y, después de mirarse la punta del dedo por si tenía ahí una costra, hizo un puchero. Sus acompañantes se aproximaron a él, acaso para recibir órdenes, aquellas de “Registren todo”, pero el sujeto estaba más preocupado de la herida que se había hecho en la nariz.

Una vez que se fueron los policías y luego de esperar un tiempo prudente, Magdalani hizo salir a los indios y ordenó a sus hijos cerrar la tienda. Esa noche, después de la comida, a la hora de sobremesa, Chafik le dijo a su padre que quizás habría sido preferible haber entregado a los indios, por ser delincuentes, flojos y borrachos de la puta madre, con la única preocupación de mascar coca todo el día. “La Nativa Guaraní, mi Yvotyropea también es india”, le respondió Aziz, sin importarle que la mujer estuviese ahí. “Ella es nuestra madre”, se atrevió a replicar Chafik, azorado como un niño.

¿Said, comunista? La idea trastornaba a Aziz, le producía ira contra sí mismo por haberle permitido amistades ajenas a los árabes, estudiar en un colegio liberal, aficionarse a la astronomía y, como si esto fuese poco, frecuentar ateneos literarios, donde a no dudarlo corrompían la mente y ponían patas arriba el orden natural que regía el universo.

Atenta a su terco desvelo, la Nativa Guaraní le empezó a acariciar los cabellos, a palparle la frente donde se anidaban las fábulas. Poco a poco Aziz se fue calmando, hasta responder a esas muestras de amor. Se abrazaron y, al comunicarse calor, encontraron la clave de los sueños por los cuales habían caminado desde que se conocieron a la orilla del río Paraguay. Después vino la laxitud, el sosiego de los pensamientos que surgen sin demasiada exigencia de ser cumplidos. Aziz se quedó dormido cara a la ventana, por donde veía las estrellas titilar, como si fuesen luciérnagas. Acaso en ese instante se acercó a las razones íntimas por las cuales su hijo Said se apasionaba por la astronomía.

También esa noche Said estuvo contemplando el firmamento, y recordó el día en que le solicitó permiso a su padre para ir a ver un eclipse de sol al hemisferio norte en compañía del cura Hilario. Aziz se negó, considerando la idea descabellada. Aunque él mismo, cuando sus hijos eran pequeños, les refirió en más de una ocasión que, mientras vivía en Palestina, había viajado en la alfombra mágica a Persia a ver un eclipse de luna, acompañado de un primo aventurero.

Esa noche de recuerdos, Said abrazó la almohada para imaginarse unido a Rogelia, pegado a su vientre, a su matriz gloriosa donde habían florecido sus hijos, a sus pechos semejantes a cúpulas bizantinas, al perfume de su entorno, a la curvatura de sus nalgas suaves y duras como las de una adolescente; adherido a su cuello, próximo a su

boca jugosa, a sus ojos acostumbrados a soñar historias imposibles, como esa vez que ella lo imaginó surcando los cielos vestido de árabe, montado en un caballo alado, veloz como la luz. “¿Verdad que nada nos separará?”, insistía Rogelia. Un tiempo después, Said marchaba a la guerra del Chaco y, cuando hubo concluido, ella no alcanzó siquiera a repetir la misma frase apasionada; ya su amado había huido a Chile.

\*\*\*

Por más de una semana, desde el día en que Said regresó a Cochabamba, Aziz soñó cada noche con el hijo distante. En todos los sueños lo veía muerto o agonizando, luego de ser agredido por una turba donde había soldados, civiles vestidos en forma estrafalaria e indios con sus atuendos de guerra. A menudo despertaba sudoroso, agitado por esas visiones indeseables. En más de una ocasión la Nativa Guaraní lo escuchó hablar dormido, decir palabrotas mezcladas con frases de advertencia a su hijo; entonces le palpaba la frente y lograba calmarlo. Como viese que continuaba atado a sus pesadillas, le dio a beber antes de acostarse sus aguas milagrosas, en las que mezclaba una variedad increíble de yerbas, unas conocidas y otras no, esperanzada en aquietar su sueño.

Un domingo en la tarde, luego de Aziz almorzar arroz con pollo y fideos —plato que observó preparar a Yvotyropea detalle por detalle, permitiéndose sugerir alternativas culinarias más por entrometido que por conocedor—, se acostó a dormir la siesta. Ese domingo se había levantado más temprano que nunca para hacer el inventario de la tienda, y habiendo tragado en forma desmedida, se durmió en segundos. De inmediato comenzó a soñar lo de

costumbre, a presenciar la agonía de Said, quien tenía en el muslo una herida profunda, sobre la cual se veía un insecto negro, reluciente, de patas enormes, que caminaba entre la sangre oscura. Su primera reacción fue matar aquella alimaña; en tal caso agarró un palo y comenzó a darle golpes furibundos. Pese a ello, el insecto seguía vivo, moviéndose como si se encontrara en su elemento natural. Después hizo una antorcha, con la cual pretendió quemarlo, esfuerzo que también resultó fallido. El repugnante bicho parecía indestructible, pleno de artimañas para sobrevivir al fuego, a los golpes o a cualquier otro procedimiento destinado a exterminarlo.

Al despertar, estaba cogido de los barrotes del respaldo del catre; la Nativa Guaraní permanecía sentada a los pies de la cama, silenciosa, mordida de malos presagios ante los gemidos de angustia que por mucho rato había proferido Aziz, tratando de arrancar los barrotes como si intentara utilizarlos para agredir a alguien. Amorosa, le enjugó el rostro, le ordenó el cabello y lo besó en los ojos, acaso la mayor de las demostraciones de amor hacia el ser querido entre los árabes, según le había explicado su amante. Agobiado Aziz por el sueño, y luego de referírselo a la Nativa Guaraní para que se lo interpretara, trató en vano de responder a las muestras de ternura; no disponía de voluntad ni de ánimo; estaba como disociado de la realidad. Trató de erguirse, pero un dolor agudo en la espalda lo hizo desistir.

“Vendrán días negros, aunque después asomará el sol”, sentenció la Yvotyropea, mientras cubría el pecho de su amado y le preguntaba al oído si deseaba que le preparase una ambrosía. El hizo un gesto vago y volteó la cabeza. Como nunca el perfume alado del atardecer le hizo recordar otras fragancias. A los pies de la ventana de su alcoba, la Nativa Guaraní había plantado crisantemos, amapolas,

cardos negros y otras flores aromáticas, para alejar el olor a humedad y encierro de la casa. Quizás si el aire surcado de aromas fue en definitiva lo que más contribuyó a aquietar a Aziz, a convencerlo que estaba despierto, distante de sus malditos sueños, de las imágenes que, por horas, lo habían perseguido sin darle tregua.

Desde hacía dos días el mar corcoveaba; olas como montañas golpeaban las naves, las pequeñas embarcaciones, muchas de las cuales parecían juguetitos de papel encumbrados en sus crestas. Un rumor a océano violento llegaba desde el poniente, mezclado con olores salinos, a algas que cubrían extensas zonas de la playa, a estrellas de mar, a medusas cuyos restos gelatinosos y transparentes los hijos de Chafik decían que eran babas de las ballenas de los cuentos árabes. Aun así, la noche caminaba tranquila, como si ella y el mar estuviesen divorciados.

Aziz aspiró con fuerza y a sus pulmones llegó la violencia de un aire entre salino y perfumado; una y otra vez la escena de la despedida de Said —el instante de los abrazos, el llanto de sus hijas Nadia y Jazmín, la expresión amorosa de su nuera Soraya, la frialdad de Yamile y la entereza de la Nativa Guaraní— lo empujaba a repasar cada momento de ese día triste. En imágenes superpuestas, evocó su propia partida del puerto de Haifa, el momento en que tuvo la sensación que no iba a regresar jamás a Palestina. Mientras el barco se alejaba y la ciudad empezaba a convertirse en un punto lejano, borroso, más y más se le estrechaba la garganta, obstruida de sollozos inconclusos. Sobre la cubierta los emigrantes permanecían quietos, sin ganas siquiera de hablar, sabiendo que a partir de ese día entraban en lo desconocido, que podían morir de enfermedades extrañas o de nostalgia, y que ese percance no iba a conmover a nadie.

Antes de subir al barco, se le acercó una campesina gorda acompañada de un niño ojeroso, de aspecto ladino, para rogarle que cuidara de él durante la travesía, hasta llegar al puerto de Buenos Aires, donde lo aguardaba un tío; después que Aziz hubo accedido de mala gana, la mujer le entregó una carta, le besó las manos hasta dejarle impregnado su aliento, y le prometió rezar cada día por la ventura de ambos.

Durante los primeros días de viaje, el niño Indraues, permaneció junto a Magdalani, a quien empezó a llamar tío. Si éste iba al excusado, lo seguía como un perrito faldero; lo mismo hacía si se le ocurría a Aziz echarse a dormir a horas desusadas, o si subía a cubierta para contemplar el mar y entregarse a las nostalgias del emigrante. La presencia del niño, su afán de seguirlo hasta los lugares más inauditos, molestaban a Aziz. Pero Indraues imaginativo y juguetón, sabía escabullirse a la cocina para pedir o hurtar comida, e ingeniárselas para buscar donde dormir mejor; así, su protector terminó por convencerse que resultaba preferible tenerlo como aliado. Indraues proveyó a Aziz de mantas extras para cubrirse en las noches, de raciones dobles de alimento e incluso de exquisiteces reservadas a los pasajeros de primera clase, de cuyas mejores sobras comían los de segunda, destinándose a los de tercera las sobras finales, muchas de las cuales parecían repugnantes desperdicios.

Un domingo, de madrugada, el barco atracó en El Pireo; subieron allí infinidad de pasajeros, entre ellos una veintena de familias griegas, cuyo destino final se llamaba Brasil, o cualquier otro país donde fuesen aceptados. Magdalani, que desde hacía tiempo dormía en el interior de un bote salvavidas siempre que podía burlar la vigilancia de los marineros, despertó al escuchar cómo los griegos se desparramaban asustados por cubierta, sin saber dónde

colocar sus míseros hatos. Desde temprano, Indraues permanecía en cubierta, vigilando los movimientos del barco y de su tripulación, empeñada en aproximar la nave al muelle.

Entre los nuevos pasajeros vio a niños de su edad, taciturnos, a quienes contemplaba de un modo displicente, para informarles que él tenía atributos de experto por la sola circunstancia de llevar unos días más en el barco. Queriendo burlarse de los recién llegados, empezó a insultarlos en su lengua materna, a mover sus brazos como señalándoles hacia dónde debían dirigirse. Algunos griegos, los más viejos, le mostraban los puños y amenazaban con zurrarlo, pues muchos sabían las expresiones árabes de la baja jerga, bien conocidas en todas las costas del Mediterráneo.

Indraues decidió no seguir arriesgando el pellejo, la posibilidad de una golpiza, y como deseaba advertir a su tío Aziz de la presencia de los griegos en el barco, se encaminó al bote salvavidas donde por lo común dormía su protector. Allí lo encontró sentado, afirmada la espalda al vientre de la embarcación, ambas manos puestas sobre la rodilla de la pierna izquierda, que mantenía encogidas, dedicado a presenciar cómo se desparramaban por cubierta los griegos y en particular las jóvenes de dientes reidores y ojos redondos como la luna. A las más agraciadas, las piropeaba en árabe, pero como ninguna entendía qué les quería decir, levantaban los brazos y movían las manos como abanicos. A punto Aziz de renunciar a su propósito, una joven de ojos fulgurantes le agradeció en árabe y, para alegrarlo más, le sonrió. A Aziz se le iluminó el alma. Sin tardanza, la siguió, mientras le hablaba de una y otra cosa, preguntándole si de verdad sabía el árabe. En un árabe enrevesado, la joven le explicó que lo había aprendido gracias a una cuñada nacida en Siria. Eso fue todo, pues una mujer vieja, de rostro agrio

semejante al de un fiscal ulceroso, que acompañaba a la joven, le hizo hostiles ademanes a Aziz para que se alejara, al tiempo que recriminaba a aquélla.

De malas ganas, Magdalani obedeció; Indraues, ahí cerca, aproximó risa a sus labios, al observar el fiasco de su protector. Luego, poniendo los ojos en blanco, alzó sus manos extendidas a la altura del corazón y empezó a recitar un poema de amor de Omar Khayyam que le habían enseñado en una escuela de misioneros alemanes. Ni se percató cuando tuvo a Aziz encima de él, gritándole injurias, amenazándolo con propinarle unas buenas patadas en el trasero. Para defenderse, Indraues sólo atinaba a levantar los brazos y a retroceder, hasta que tropezó y cayó de espaldas.

El resto del día, aunque Aziz buscó a su pequeño amigo por todos los lugares que más frecuentaba, no lo halló. Preguntó a otros emigrantes y nadie supo darle una información, ni siquiera aproximada. En la cocina, donde Indraues ayudaba a mondar papas, recoger la basura y limpiar las ollas, todos manifestaron no haberlo visto a la hora de almuerzo, ocasión en que el niño realizaba su mayor actividad del día. “Quizá esté enfermo” sugirió un cocinero barrigón de nacionalidad egipcia, a la par que revolvía en un fondo tan grande como él, una sopa de verduras que olía a repollo avinagrado, o bien se trataba de las sobras del día anterior. Daba lo mismo, pues nunca las sopas habían sido mejores, o al menos, tolerables para el estómago de un inmigrante. Otro cocinero de ojos legañosos, que arrastraba una pierna al caminar, dijo que Indraues acostumbraba a ir a las salas de máquinas, ya que le apasionaba presenciar el enjambre de piezas, de formas incomprensibles, empeñadas en generar un movimiento colosal en medio del vapor y el sudor de los hombres.

Ni en las salas de máquinas, ni menos dentro de los botes

salvavidas, ni siquiera sobre cubierta, ni en ninguna parte, Aziz encontró a Indraues. “Se lo tragó el mar”, supuso, y su conducta destemplada de la mañana le pesó como la losa de una tumba, al extremo de sentir dolor de cabeza, ganas de ir a hablarle al capitán para que hiciera registrar el barco. Unos emigrantes árabes que tocaban laúd y cantaban sumidos en nostalgias, persuadieron a Magdalani de la necesidad de suspender esa búsqueda; para ellos, Indraues se había ocultado, o había logrado burlar la vigilancia e ingresado a la primera clase, deseoso de observar ese mundo de inaccesibles privilegios. Aziz se sentó junto a los músicos y se abandonó al transcurso de las horas, a la noche cálida del mar Egeo, mientras contemplaba el cielo quieto y se dejaba tentar por continuos sorbos de árak, que le ofrecían sus compatriotas en una botella que pasaba de mano en mano.

Cerca de la medianoche, luego de beber sucesivas porciones de árak, de comer aceitunas y queso árabe, se retiró para ir a dormir, pues el cansancio y el alcohol le impedían continuar disfrutando de la música y de la generosidad de sus compatriotas. De pronto, entre un grupo de personas, divisó a Indraues y corrió hacia él con pasos inseguros, mientras lo llamaba aumentando cada vez el volumen de su voz. Al llegar, sintió una fría decepción; se trataba de un niño muy parecido a Indraues, quien se rió de Aziz al ver que se tambaleaba. Desencantado, se sentó encima de unos bultos cubiertos con lonas; le dolía la cabeza, como si se la hubiese golpeado en una de las tantas vigas de hierro que sobresalían en los pasillos.

El pitazo agudo del barco lo sobresaltó. Comenzaban a avanzar por entre el archipiélago de las Cíclades, rumbo al sudoeste. A babor y estribor, las islas parecían cetáceos oscuros detenidos a la espera del amanecer para iniciar un viaje interminable hacia otros océanos. ¿Quién las

habitaba? A veces la luz de un faro o de una fogata señalaba la existencia de ojos que seguían el rumbo del barco en medio de la noche. Aziz imaginaba dioses condenados a vivir por toda una eternidad en las atalayas, ruinas erigidas sobre ruinas, columnas descabezadas, templos derruidos en medio de parajes desolados, monumentos funerarios coronando los picos más elevados de las islas.

Si el barco se hubiese partido en dos, al chocar contra un arrecife, ni siquiera se habría movido; estaba cautivado por la visión de ese mundo fantasmagórico. Una estrella fugaz cruzó por delante y se hundió en el mar, como si fuera una señal destinada a darle orientación a la nave, cuyo andar perezoso y en sordina exasperaba, pues había riesgo de que embistiera uno de los innumerables roqueríos que circundaban las islas.

A veces el silencio del barco lo interrumpía el canto de los árabes, la sonoridad de sus tamboriles y del laúd, y algunas voces tímidas de los griegos que habían recién embarcado, quienes también deseaban manifestar su permanente nostalgia, desesperanza o lo que fuese, a través de la música.

Empezó a hacerse fría y húmeda la noche, a medida que avanzaba. El cielo había perdido su transparencia, si bien todavía las estrellas derramaban una luminosidad tenue. Un olor salino inundaba la superficie del barco, las extensas bodegas donde pernoctaban los emigrantes de tercera. Desde la primera clase venía un vals interpretado por violines y piano, mezclado con risas y cantos embriagadores. En El Pireo habían embarcado los franceses, italianos y españoles, que regresaban a sus países de origen luego de haber estado en Grecia de vacaciones. Antes, el barco había recogido en el puerto de Haifa a más de un centenar de emigrantes árabes, jóvenes campesinos analfabetos dispuestos a ir a cualquier

sitio para huir de la dominación otomana. Eso había decidido a Aziz Magdalani, el mismo día en que cumplió la edad para ingresar al ejército turco, invasor de su país. Su familia, numerosa como un panal de abejas, se deslomó para reunirle el dinero del viaje y una cantidad suficiente para subsistir algunos días en Buenos Aires, si no localizaba al tío que había prometido ayudarle. “Haré cualquier cosa”, le dijo a su madre cuando la mujer le entregó de sus propios ahorros cuanto poseía: dos sudadas libras esterlinas.

El frío y la humedad obligaron a Aziz a cobijarse dentro del bote salvavidas, que desde los primeros días del viaje se había transformado en su lugar predilecto para dormir; detestaba las oscuras bodegas de tercera clase, donde el hacinamiento, la fetidez, el llanto de los niños, el chillido de las ratas empecinadas en disputarse los restos de comida, constituían un ultraje para quien deseara dormir con alguna dignidad.

Cerca de las ocho de la mañana despertó sobresaltado, pues el bote se mecía como si alguien estuviera empeñado en descolgarlo de los ganchos que lo sostenían, para echarlo al mar. Se incorporó aprisa, y al asomarse vio cómo Indraues y dos pillastres árabes de su misma edad, movían el bote salvavidas mediante un cordel amarrado a su timón. De un salto abandonó el bote y se precipitó sobre Indraues para propinarle unas palmadas amistosas en las nalgas. Al abrazarse descubrieron, sin necesidad de palabras, la conveniencia de excluir en el futuro las rencillas.

A la hora de almuerzo, Aziz comió una generosa ración de pollo arvejado, una manzana asada y bebió un vaso de vino grueso bastante ácido. Junto a él, Indraues devoraba manjares parecidos; todo ello obsequiado por los cocineros, en recompensa por la dedicación del muchacho a la cocina. Habitado a las faenas más diversas, a cosechar aceitunas,

tomates y vides, Indraues desde pequeño —había quedado huérfano al morir sus padres a causa de una peste—, ayudaba en los quehaceres domésticos en casa de una tía, y cuando creció, a trabajar la tierra. Un día, su tutora recibió una carta de un hermano que vivía en Argentina; en ella le solicitaba que le mandase al pequeño a América, ya que disponía de buenos recursos y deseaba adoptarlo como hijo para que le ayudara en el comercio. De su matrimonio había tenido sólo hijas y no pretendía continuar preñando a su esposa, al parecer renuente a darle un varón.

“América”, dijo Indraues, y fue a preguntarle a quien había sido su profesor en los escasos meses que estuvo en la escuela, por ese lugar que se llamaba así. El profesor, un misionero alemán de barbas blancas y abundantes como la maleza, de ojos cansados de tanto leer y estudiar, le mostró un atlas. Con su dedo rugoso y encogido le fue señalando los grandes contornos de América, de uno a otro polo, sus islas adyacentes, cada país pintado de un tono distinto, lo que hizo suponer al niño que se debía al color cambiante de la tierra.

En la tarde, el barco comenzó a cabecear con tanta violencia que las náuseas y mareos se apoderaron de los pasajeros novatos. A Aziz, desde el mediodía, la idea de abordar a la joven griega no le daba tregua, quitándole todo deseo de reunirse con sus compatriotas para escuchar sentado a la turca a los músicos, mientras hacían sonar el tamboril y el laúd y cantaban a la patria que se alejaba. ¿Acaso no tenía una pizca de talento como para elaborar un ardid que le permitiese acercarse a la muchacha? ¿Cómo burlar la vigilancia de la cancerbera? Al día siguiente en la mañana, para su desconsuelo, vio a la joven y a la vieja entrar al baño justo cuando él intentaba aproximarse a las mujeres para ofrecerles toda su ayuda —pensaba decirles—

en ese medio tan hostil como resultaba ser un barco de emigrantes. Molesto por el contratiempo y la postergación de su discurso, se dirigió a la cocina a buscar a Indraues —desde muy temprano dedicado a pelar papas—, a quien pretendía utilizar en su aproximación amorosa.

A Indraues el plan ideado por Aziz no lo sedujo. Como trataba de agradar a su tío putativo en todo lo que le proponía, accedió. Ni siquiera se inmutó ante las reprimendas que recibió de los cocineros, al ver éstos cómo su mejor pinche abandonaba la causa de la cocina por otra de dudosa ejecución. “Cuando salgan del baño las griegas —le había dicho Aziz—, tú te haces el enfermo; te aprietas el vientre con las dos manos y caminas en dirección a la vieja, que a no dudarlo te socorrerá; ahí yo trataré de alejar a la joven para proponerle una cita”. Indraues hizo una mueca que tanto podía significar desaprobación como que ya fingía estar enfermo del vientre; luego se lo apretó con ambas manos, se dobló en dos y empezó a gemir. Resultó ser un simulador tan consumado, que Magdalani pensó que de veras tenía dolor de barriga, y se acercó para indagar si se trataba de un ensayo o era cierto su malestar. “Me muero”, le dijo Indraues, con voz angustiada, capaz de conmover a un torturador. Aziz lo sujetó por la cintura desde atrás y trató de enderezarlo, instante en que el niño dio un brinco y salió disparado en dirección a los baños.

Al ver la vieja griega cómo Indraues avanzaba hacia ella doblado en dos, corrió a su encuentro y lo asistió como pudo; el niño daba pasos vacilantes de enfermo. “Me muero”, se lamentaba con voz agónica y ponía los ojos en blanco, todo lo cual concluyó por desesperar a la vieja. “Sobrina, ve a buscar ayuda”, urgió a su protegida, quien miraba desde cerca la escena.

A prudente distancia, Aziz se percató de la orden y sin

titubear se unió a la joven griega. Mientras caminaban a toda prisa en dirección a la enfermería, él le proponía que se juntaran una noche cualquiera para charlar, pues la soledad lo tenía muy triste, al punto que se le habían acabado el apetito y las ganas de continuar el viaje. “¿No le parece —replicó ella en un árabe primario—, que es el momento más inoportuno para hacer citas?” Aziz la detuvo por un brazo y en forma atropellada le explicó lo del ardid fraguado para engañar a la guardiana. La joven hizo amago de huir, aunque al ver brillar en los ojos del árabe las promesas de un cuento oriental, la decisión temeraria de conquistar su trofeo por encima de cualquier impedimento, atrajo rubor a su mirada. “¿Le parece bien esta noche aquí mismo, después que mi tía se duerma?”

Al percatarse Indraues que Aziz desde lejos hacía una seña, empezó a dar muestras de mejoría y manifestó a quienes lo rodeaban, entre los cuales había árabes de miradas lánguidas, que los dolores se le habían ido.

“¿Te sientes bien, hijo?”, preguntó la vieja, en cuyo regazo descansaba la cabeza del niño. Indraues la miró sin entender nada, aunque sabía decir “sí” y “no” en griego. Se puso de pie, ayudado por algunos mirones y caminó como quien acaba de levantarse de la cama, luego de padecer una enfermedad a las articulaciones.

Ahí la vieja empezó a inquietarse por la joven, a buscarla con su mirada de guardiana infatigable, por encima de las cabezas de los curiosos. Al verla aparecer, corrió hacia ella, como si la breve separación entre ambas hubiese sido una advertencia del destino.

Apenas oscureció, Aziz se encaminó hacia el sitio convenido para el encuentro. Desde mucho antes, Indraues había estado vigilando a la pareja de mujeres griegas y nada advirtió de anormal, hasta que las vio desaparecer rumbo

a las bodegas. “No hay contratiempos”, le fue a advertir a Aziz, quien se había vestido como para un día de fiesta, cortado las uñas toscas y enlutadas, bañado y perfumado con una colonia fina tomada en préstamo por Indraues de un camarote de primera clase; lustrado los zapatos burdos de doble suela, zurcido el cuello de la mejor de sus tres camisas y lavado los calzoncillos menos feos, que puso a secar en la cocina junto a una de las marmitas.

Aburrido porque la hora avanzaba y la joven no aparecía por ninguna parte, Aziz caminó a lo largo del pasillo para conjurar el cansancio, el hormigueo de las piernas, el sinsabor que le producía la espera, el fracaso inevitable que vislumbraba próximo. Sus experiencias con mujeres no pasaban de dos ocasiones en su pueblo natal y una tercera en Jerusalén, donde confundió a una prostituta inglesa con una señorita. Se aprontaba a marcharse, cuando del fondo del pasillo vio venir a la joven griega, con un andar tan rápido que parecía a punto de emprender vuelo. Se cogieron de las manos, se miraron por tiempo interminable a los ojos y después se abrazaron de compromiso; como en ambos latía una soledad atrasada, la inseguridad se transformó en audacia, y se apretaron hasta que les crujieron los huesos, deslizando de vez en cuando palabras de amor tímido. Así permanecieron por horas, hasta que la noche los obligó a separarse, luego de comprometerse a un reencuentro.

La noche siguiente les fue más propicia. Se encontraron como amantes vueltos a reunir luego de una separación impuesta, se prodigaron frases de amor en sus propias lenguas, dijeron haber sido destinados el uno para el otro desde el mismo día en que abandonaron el vientre materno. Abrazados en un nudo, se encaminaron hacia el bote que ocupaba Magdalani y se introdujeron bajo la lona, como si tuvieran la fantástica idea de emprender un viaje a

través de todos los océanos. En la oscuridad cómplice, se palparon con el asombro de quienes descubren cosas y ansían interiorizarse de sus secretos, averiguar la intimidad de su estructura, recorrer la suavidad o aspereza de sus superficies. Una y otra vez se prodigaron, asistidos por esa facultad maravillosa que tienen los sentidos de reconocerse y explorar sin horizontes las sorpresas de los cuerpos preparados al amor.

Amanecía cuando la joven griega se liberó de los brazos de Aziz. Una sola noche de amor había abierto su imaginación a un mundo inesperado, tan distante de sus pretensiones de campesina, acostumbrada a pastorear ovejas. “¿Regresarás otra noche?”, preguntó Aziz, embargado por dulces ansias, cuando la muchacha se aprestaba a marchar. Ella le dijo algo al oído en griego, suave y misterioso, que le generó dudas al hombre. Luego le tradujo sus palabras: a partir de ese día compartirían todas las noches, hasta que el destino dijese lo contrario. Minutos después que se hubo marchado la joven, Aziz salió del bote salvavidas a respirar el aire helado del amanecer, a mirar el perfil del continente europeo, semejante al lomo de un animal prehistórico.

“Ni siquiera sé tu nombre”, se quejó Aziz a la joven griega la tercera noche, cuando volvieron a encontrarse en el mismo sitio de la víspera. “Alejandra, María, Penélope, Helena, cualquiera de estos nombres, o el que más te agrade”. “¿Temes revelarme el verdadero?” Ella rió como si jugara a ocultar secretos. “Pero si éstos son mis nombres”. Indeciso, Aziz se golpeó repetidas veces la frente con los nudillos de su mano áspera. Al azar eligió Penélope, nombre que su nieto Bachir, al cabo de los años, pondría a una de sus hijas. Penélope abrió tamaños ojos y lanzó una exclamación. Ese era el nombre de su mayor agrado, y el que menos gustaba a su familia, pero su padre, admirador de las hazañas de

Ulises, insistió en ponérselo, contrariando la opinión de todos y del propio cura de la aldea, quien aseguraba que no parecía el nombre más adecuado para una ortodoxa. Entusiasmada, Penélope le habló a Aziz de los personajes mitológicos de la *Ilíada* y la *Odisea*, elogiando la fidelidad conyugal y el trabajo de nunca acabar de su homónima. Al preguntarle Aziz los motivos de su viaje a Brasil, ella prefirió callar, como si el silencio la eximiera de decir la verdad.

Dentro del bote salvavidas, Aziz insistió. Y Penélope, al contacto del hombre, embriagada por sus caricias, por las frases ardientes que le decía al oído, no pudo negarse más. Iba a casarse con un compatriota, Ulises Papadópulos, veintitantos años mayor que ella, a quien conocía por una borrosa fotografía tomada cuando el hombre tenía 25 años. Como la familia de ella se balanceaba en la pobreza, lo sensato apuntaba a casarla con ese griego rico de ultramar, dueño de cafetales próximos a Río de Janeiro. “Hay una feliz coincidencia: Penélope va al encuentro de Ulises”, comentó Aziz para sedarla. Penélope respondió que esa feliz coincidencia formaba parte de un suceso desgraciado. A través de habladurías había sabido que Ulises Papadópulos utilizaba esclavos en los cafetales; que se emborrachaba los fines de semana en los prostíbulos de Río de Janeiro; que recreaba la avaricia; que tenía a su merced a una docena de mestizas, las cuales le habían dado igual cantidad de hijos, y que en una reyerta entre cafetaleros por la posesión de unas tierras, le habían vaciado un ojo.

“¡Es a ti a quien amo!”; gimió Penélope entre sollozos. Él la hizo callar y para agradecerla le refirió la historia de Scherezada, la joven que cada noche escapaba de ser muerta por su vengativo esposo. Años después, cuando Afife llegó a Paraguay desde Palestina para casarse con él, Aziz creyó por un momento fugaz ver en su novia a Penélope, la dulce joven

griega, que aburrida de yacer con un hombre despreciable y tuerto, había huido para unirse a su antiguo amante.

A golpes de ola contra la proa del barco avanzaba la noche. Acurrucados dentro del bote, Aziz y Penélope volvieron a amarse con la intensidad de sus vidas florecientes, más inclinados a los sueños que a la realidad. Se palparon como si nunca lo hubiesen hecho, hablaron largo, cada uno en su propia lengua milenaria, ansiosos por descubrir las ideas justas, el mayor frenesí para transmitirse todo, en un esfuerzo casi desesperado. Ella, como la legendaria Scherezada, quería disponer de mil y una noches de amor.

Hablar de su futuro parecía algo sin sentido ante esa unión tan frágil, cercada por designios hostiles, aunque se entregaron a soñarlo, a imaginar que podrían escapar juntos, en España o en otro país. “Sería una locura, sería una locura”, repetía Penélope, asustada por el vértigo de ideas surgidas al ritmo de los pálpitos del corazón. Una y otra vez Aziz le proponía al oído cambiar el curso de sus vidas, de entregarse a las temeridades, hasta llegar al exterminio. “Es demasiado para mí; está de por medio el honor de la familia”, concluyó por decir Penélope.

Pese al celo de la tía por custodiar a Penélope, la joven noche a noche lograba escapar, después de asegurarse que la vieja dormía como una diligente ama de llaves que ha asegurado todos los cerrojos; entonces, simulaba ir a los retretes, pero sin dilación se encaminaba a reunirse con Aziz —en busca de otras historias de Scherezada—, quien ya no la esperaba en el pasillo de siempre, sino dentro del bote salvavidas. A tal punto llegaba el arrebató de sus relaciones, que más de una vez creyeron inventar nuevas formas de amarse.

En Barcelona habrían desembarcado para quedarse a vivir allí, si la tía de Penélope, mujer desconfiada hasta con

sus propios compatriotas, no hubiese cogido a su sobrina de un brazo apenas el barco atracó en el muelle, para obligarla a bajar a las bodegas donde dormían las mujeres; no deseaba que la vieses los españoles, por temor a que la asediaran con ese modo festivo y entrador que los caracteriza. Resignada, Penélope se dejó conducir, mientras miraba pesarosa las cúpulas de esa ciudad tantas veces soñada como tierra prometida de su libertad. Al entrar a la bodega, odió ese destino que la ataba al tuerto Ulises, cuya avaricia había llegado al colmo de insistir en que su novia viajara en tercera clase, pues convenía hacer economías para la vejez.

Acompañado de Indraues, Aziz buscó a Penélope hasta en los sitios más inverosímiles del barco. Como no la halló, pensó con amargura que la joven había desistido, juzgando un desatino unirse a un hombre tan pobre como ella; de seguro había optado al fin por el tuerto Ulises y su fortuna, sabiendo que lo iba a sobrevivir para disfrutar de esas riquezas hasta el fin de sus días. Si al menos hubiese acudido un instante para comunicarle cara a cara su renuncia. Necesitaba verla, escuchar de sus propios labios, mirándola a los ojos, las palabras de la desoladora verdad. Un ciego instinto le decía que aún podía darle vuelta todo, volver a encender los sueños en el corazón de su amada y arrebatársela al designio que soplaba sobre su vida.

Esa noche, horas después de que el barco se hubo alejado de Barcelona —ya la ciudad no era nada, ni una mancha en el horizonte, ni un vestigio luminoso—, Aziz consiguió, por espacio de cinco minutos apenas, ver a Penélope mientras la joven aguardaba a la tía, a quien el médico examinaba. La vieja permanecía en vela debido a un súbito malestar gástrico, sobrevenido después del almuerzo. Cuantas veces había ido a los retretes se había hecho acompañar por Penélope, asqueada ésta de oler y escuchar la copiosa

y nada musical diarrea de la tía, sus exclamaciones de dolor y sus maldiciones griegas contra el cocinero del barco, a quien culpaba de su percance líquido. La mujer caminaba encogida, apretando las nalgas, y la maldita diarrea le continuaba invariable, sin mostrar indicios de ceder, pese a haberse sometido a dieta no bien sintió el primer malestar, y bebido un agua de yerbas hediondas y pegajosas suministradas por una paisana.

Como los amantes logran interpretar los gestos, por nimios que sean, Aziz y Penélope convinieron a puras señas encontrarse esa misma noche en el lugar acostumbrado, aunque la tía continuara atormentada por la diarrea. Una noche sin verse, olerse, tocarse hasta la saciedad, constituía una prueba que ni uno ni otro estaba preparado para asumir en ésta, su primera experiencia del amor. Esa noche como nunca se estremeció el bote salvavidas. Aziz y Penélope lo hicieron crujir hasta arrancarle sonoridades de borrasca, como si ambos estuviesen navegando en medio de las tormentas del Cabo de Hornos. No naufragaron debido a la pericia de Magdalani, quien supo conducir la nave por rutas más seguras, apoyado en sus numerosas cartas de navegación. Luminosa como novia, la noche asistía —muda y discreta— al feliz reencuentro.

A lo lejos, en el vientre del barco, se escuchaba cantar a los árabes acompañados de laúd y tamboril, mientras los griegos bailaban al son de sus flautas de pan. En la cubierta superior, las risas y la melodía de un vals vienés perturbaban los recuerdos de los emigrantes, adheridos a las viejas nostalgias de la tierra lejana, a las novias que pronto los seguirían, a los muertos de todas las épocas.

Ocultos dentro del bote salvavidas, los amantes, olvidados de recriminaciones, vivían horas de unción, de recuperados goces. El barco enfilaba rumbo al estrecho

de Gibraltar, por donde miles de navegantes más audaces que ellos habían cruzado en embarcaciones tan frágiles como sus esperanzas. Se apagó la noche y sus estrellas y en el oriente se alzó el sol envuelto en su ropaje de llamas. Penélope despertó sobresaltada. Acomodó sus vestidos, su peinado, y rauda salió del improvisado lecho, como quien va tras la cola de la noche mil uno.

Rodeada de mujeres griegas, envueltas en túnicas oscuras, y sentada en la litera, la tía de Penélope mostraba en el rostro congestionado la expresión de un dolor lejano. Apenas vio aparecer a su sobrina, empezó a llorar, a mesarse los cabellos y a arañarse el rostro, como si sufriese un picor irresistible. Cualquiera habría pensado que se lamentaba por la muerte de toda su familia. Sus paisanas le decían que tuviese calma, pues Penélope ya estaba allí, para felicidad de todos. Este argumento, en vez de calmarla, le producía mayor exaltación; se volvía a tirar los cabellos y se incrustaba las uñas en la cara hasta producirse arañazos de verdad. Al aproximarse Penélope al grupo, una de las griegas le manifestó que su tía ya no tenía diarrea, pero que al despertar y ver que su sobrina no dormía al lado suyo, pensó lo peor. “Ah —repetía una y otra vez—, esto ha sido obra de los españoles, que la han raptado, o quizás se trata de esos árabes malditos que tocan el laúd y el tamboril”.

Adoptando la expresión de una virgen bizantina, Penélope llegó al lado de su tía, quien la estrechó en convulso abrazo. “¿Verdad que nada te ha sucedido, hijita?”, y palpaba el rostro amado de la sobrina, los cabellos un tanto desparramados, le miraba las manos para cerciorarse que no estuviesen heridas. “¿Verdad que ningún canalla te ha tocado?” La joven movió la cabeza en señal negativa, gesto que le provocó a la tía un nuevo llanto, un largo llanto de felicidad. “¿Y dónde estuviste?” Penélope abrió sus ojos

inocentes como el cielo: “Subí a cubierta a tomar el frescor del crepúsculo”. Las mujeres griegas se habían retirado con prudencia y desde lejos se esforzaban por escuchar las preguntas y descargos.

Cuando almorzaban, la tía le puso a Penélope la mano sobre el brazo, en una demostración de ternura; deseaba parecer comprensiva, si bien su propósito era otro. “¿A qué se debe que esta mañana tenías el cabello y las ropas desordenados? ¿Acaso había demasiado viento sobre cubierta?” Penélope retiró con brusquedad el brazo y endureció los ojos como diamantes negros. “Si usted desconfía de mí, es mejor que me regrese a Grecia”.

La vieja sintió heladas las plantas de los pies y gotitas de sudor donde no se lo habría imaginado. Como su ánimo apuntaba a averiguar por lo bajo, se excusó y adujo que ella jamás había dudado de su sobrina, pero como el barco estaba lleno de malandrines, temía lo peor. “Lo sé”, respondió Penélope, y dejando inconcluso su almuerzo, se ausentó de los comedores. La vieja la imitó sin tardanza.

Esa y las dos noches siguientes, Aziz y Penélope no pudieron libar el amor. Ella se sentía vigilada de un modo más severo, y si bien la tía se quedaba dormida como una marmota vieja, la joven temía que se despertara en el curso de la noche y no la encontrara en la litera. A su vez, Magdalani se reunía con sus compatriotas en las noches para entregarse a ruidosas fiestas. “Un amor se olvida con otro amor”, le aconsejó un palestino de Nablus, que tocaba el laúd y tenía un proverbio para todo. “A mí —continuó— se me murió la novia cuando faltaba una semana para casarnos, y como los preparativos de la boda estaban listos, me desposé con su hermana menor. Ahora me voy a América sin ella y si allá encuentro otra mujer de mi agrado, no titubearé en amarla mientras mi esposa esté ausente”.

Estas observaciones desenfadadas le produjeron a Aziz un mayor desasosiego, y consideró la posibilidad de encarar su revés sentimental de una manera distinta, aunque para ello tuviera que enfrentar a la tía de Penélope. “Sabe, señora, yo amo a su sobrina desde el primer día que la vi”. Quizá esas palabras no parecían las más acertadas; temía que la vieja se riera de sus pretensiones. “¿Piensa usted que ella va a preferir a un muerto de hambre en lugar de un acaudalado cafetalero como don Ulises?” “Sabe, señora, yo amo a su sobrina por sobre todas las cosas de la vida; juro trabajar hasta reventarme los pulmones para darle una vida digna”. “¿Una vida digna? A ella, joven, la esperan días de prosperidad”.

Por encima de sus bolsillos cosidos para evitar robos, Aziz palpó las miserables libras esterlinas juntadas por los suyos a costa de privaciones, con las cuales podría vivir unas semanas entregado al ocio; entonces, su impetuosidad se le cayó al suelo. Se miró los zapatos hechos a mano por un miembro de la familia, quien optó por la resistencia en desmedro de la elegancia, pues un emigrante necesitaba suelas capaces de aguantar el lodo y las peores inclemencias, y no babuchas de leyendas.

En las cartas que enviaban a Palestina los primeros emigrantes, decían que en muchos lugares de América llovía todo el año, al punto que se vivía largas temporadas con el agua hasta la cintura. Sus zapatos gruesos y toscos, engrasados para durar años, constituían un cruel símbolo de su precaria condición. Sus pantalones de tela burda habían sido reforzados por su madre en las costuras y en los fondillos. Todas sus prendas mostraban el elemental zurcido de la pobreza. Años después, cuando la prosperidad le permitió cambiar su indumentaria por otra menos rústica, guardó la antigua en un baúl por largo tiempo, hasta que

Afife lo persuadió de la conveniencia de quemar esos tristes recuerdos.

Pasado cuatro días, Penélope se zafó de la vigilancia de la tía, menos suspicaz al observar cómo su sobrina trataba de agradarle en todo. Tal vez, pensaba la mujer, había extremado su celo en cuidar a una joven recatada. La principal causa de sus temores se llama don Ulises, quien había estipulado en sus cartas que deseaba una doncella a toda prueba, trabajadora y piadosa como para vestir hábitos, de seguro aburrido de vivir entre mujeres sanguijuelas.

Esa ocasión en que Penélope logró reunirse otra vez con Aziz, llovía desde temprano. Pese a que los amantes trataron de capear la lluvia en los pasillos, pronto quedaron mojados como si se hubiesen caído al mar. A causa del frío y el hambre de largas jornadas, se introdujeron en el bote salvavidas. Allí se acomodaron en silencio, escuchando el ruido amortiguado de las gotas de agua que caían sobre la lona, al gemido del viento, la sonajera de los botes en constante vaivén y de los cabos sueltos que golpeaban sobre la cubierta.

De debajo de uno de los asientos, Aziz sacó un envoltorio donde guardaba un trozo de pan, salame y otros comestibles que su amigo Indraues le había suministrado. La joven estaba tan hambrienta que en no más de cinco minutos engulló buena parte de la merienda. Su amado Ulises ni siquiera le había enviado algún dinero para alimentos extras. Cuando se decidió el viaje, lo poco reunido por la familia en semanas de trabajo y ahorro sólo alcanzó para comprarle modestas ropas, un par de pendientes pequeños, un collar de abalorios verdes y un anillo provisto de una perla, encontrada en una ostra por uno de sus hermanos. Ulises exigió fotografías de la joven, de cuerpo entero, de perfil y de frente; que se le informara la edad, color del

cabello, ojos, piel, si sabía leer y escribir, y una carta del cura del pueblo en la que certificara el credo ortodoxo de la joven y la honorabilidad de la familia, aunque conocía al padre de la muchacha.

Aún llovía cuando los amantes abandonaron el bote salvavidas; las gotas de agua caían sobre la pareja como agujas luminosas de cristal. Uno que otro relámpago lejano manchaba el cielo de luz cruda, como aquella que acaso tuvieron los amaneceres cuando la presencia del hombre sobre la tierra aún parecía incierta. Escondiéndose a trechos de la lluvia y las miradas indiscretas, se encaminaron hacia las bodegas. Nuevos relámpagos rasgaban el cielo en toda su amplitud. Un tanto agitado, el mar cambiaba de color, pasando del azul al negro, del verde al amarillo. Aziz y Penélope se miraron una y otra vez, tras pasados por la lluvia sin gárgolas por donde fluir. Ignoraban si al día siguiente se iban a amar o no, si les sería posible verse a partir de ese momento. Para su desconsuelo, veían cómo los puentes del amor que habían levantado para cruzar al futuro, estaban a punto de ceder.

Tres días antes el barco había dejado atrás el estrecho de Gibraltar. Los horizontes circundantes empezaron a ser líneas tenues donde el cielo y el mar se juntaban en armonía. Los pasajeros, desde cubierta o asomados a los ojos de buey, contemplaban la aparición del océano Atlántico, por cuyas aguas iban a navegar durante fastidiosas semanas. No más islas, puertos, roqueríos desafiantes y acantilados donde las gaviotas formaban sus nidos acogedores. Como un esfínter, el estrecho de Gibraltar cerraba la entrada al Mediterráneo o se abría para expulsar naves silenciosas. Hasta los navegantes más intrépidos de todas las épocas habían sentido miedo al dejar tras de sí el enhiesto peñón, bajo cuya sombra cruzaran los árabes para conquistar

España. Un oído sensible habría escuchado las arengas de los invasores, el ruido de sus alfanjes veloces, el relincho de los caballos al pisar las playas de la península al grito de “Alá es Alá y Mahoma es su profeta”. Pero de eso no quedaba sino el recuerdo escrito en las paredes de las mezquitas y los palacios de los califas.

Asomados a un ojo de buey, Aziz e Indraues se deslumbraron al observar cómo el sol, por delante del barco, penetraba en el mar en un acto de amor solemne. Muchas otras veces iban a presenciar, a partir de ese día, la audacia del sol para jugar a las escondidas.

Custodiada por su tía, Penélope también disfrutaba del crepúsculo, aunque su crepúsculo matinal se llamaba Aziz. ¿Debía continuar amándolo, o la sensatez aconsejaba romper? Si en un comienzo aceptó viajar a Brasil para casarse con un hombre al cual no conocía, ahora se perfilaba el necesario arrepentimiento. Decidió intentar la aventura ante los apremios familiares, pues así ellos tendrían una boca menos que alimentar. ¿Y si Ulises rechazaba a su amada y lejana Penélope y la enviaba de vuelta a Grecia? Había dejado de ser virgen y, a no dudarlo, Ulises esperaba una mujer virtuosa, dispuesta a atenderlo, a prepararle comidas griegas, a cuidarlo cuando estuviese enfermo, a yacer con él cuantas veces lo deseara, sin importarle un bledo que estuviese impedida. Su misión consistía en agradar a quien había emigrado a Brasil hacía más de veinte años, harto de trabajar de cargador en el puerto del Pireo. En más de una ocasión, Ulises se había sacado la camisa delante de sus amigos brasileños, para mostrarles la hendidura que le había dejado en el hombro izquierdo la infinidad de sacos cargados en la juventud. “Todo cuanto poseo —repetía, girando el torso desnudo— se lo debo a esta hendidura”.

Aunque Ulises hablaba el griego de los puertos, no lo

sabía leer ni escribir; por eso le envió a su novia una carta en portugués —lengua que había aprendido a escribir con cierta fluidez, forzado por las necesidades de su actividad comercial—, en la que le declaraba su amor, un amor apasionado y hasta extravagante, propio de quien conoce a una mujer en la intimidad y no a través de fotografías. Penélope albergó sentimientos de primeriza —pensó en un Ulises digno de ser correspondido— al escuchar en Atenas la traducción hecha por un funcionario del consulado brasileño, adonde fue con sus padres a retirar la carta y los pasajes en tercera clase.

Al aparecer Aziz en su vida, despertó de un sueño mal parido. Había madurado ilusiones desmedidas acerca de un personaje rodeado de sirvientes rastreros, de riquezas guardadas hasta en los pilares del catre, de mujeres dispuestas a todo, con tal que el cafetalero les diese de comer. Pese a todo, su matrimonio era un contrato de conveniencia, fraguado por su padre, que había conocido a Ulises Papadópulos hacía tres años, cuando éste visitó Grecia para vender su producción de café. “Hay un amigo que vive en América —le había manifestado su padre luego de recibir una carta desde Brasil—; está interesado en desposar a una joven griega. Yo y tu madre hemos pensado que podrías ser tú o una de tus hermanas”.

A Penélope no le incomodó la idea de casarse con un extraño y viajar a un mundo desconocido, porque así lo estipulaban las tradiciones. Nunca, desde que nació —excepto un día en que viajó a un pueblo vecino para que el médico le examinara una herida rebelde en la pierna—, había salido del caserío donde vivía con su numerosa familia. Su cuñada árabe le habló de América como si fuese una solución mágica a todas las desesperanzas, pues unos parientes suyos habían emigrado hacía años para irse a

instalar a la Argentina, de donde algunos habían pasado a Chile.

No fue difícil dar con una tía dispuesta a acompañar a Penélope en el viaje; se le informó que podía —si lo deseaba— quedarse para trabajar en casa de Ulises, puesto que el cafetalero quería, fuera de una esposa ejemplar, un ama de llaves de su propia nacionalidad.

Aziz y Penélope activaron sus encuentros nocturnos. Como si el mar fuera infinito, los días transcurrían sin divisarse más que agua ondulante. El Atlántico abierto como un bostezo, los hacía tocar los confines de la soledad. Aires de tristeza soplaban cuando los amantes se preguntaban si estaba lejano o próximo el día en que aparecieran las costas de Brasil. A no dudarlo, Ulises, sentado en un elegante coche rodeado de lacayos vestidos con librea, estaría esperando a su prometida en el muelle, mientras fumaba un habano o se escarbaba la dentadura con un mondadientes de marfil. Vestido de blanco, incluidos los zapatos y la ropa interior, iba a alzar jubiloso el sombrero alón al ver a su novia, quien, para ser reconocida, llevaría en la cabeza un pañuelo floreado, en vez del negro que acostumbraban a usar las jóvenes griegas, y un vistoso collar de abalorios verdes.

Mirar el horizonte se convirtió para los jóvenes en un ansia deslucida. Cada día las costas inevitables de América se aproximaban más y más, como la noche derrotando al crepúsculo. Fue Indraues quien una tarde le dijo a Aziz que en la cocina comentaban que llevaban dos días de atraso y que, en cinco días avistarían las costas de Brasil. Magdalani no quiso creer en esa brevedad maligna, y empezó a insultar al niño, a acusarlo de mentiroso, a gritarle que todo aquello no era sino una fábula creada por él, pues estaba celoso de sus relaciones con Penélope. Indraues se rió de buenas ganas, creyendo que su amigo bromeaba, y concluyó por

echarse a llorar al percatarse que Aziz no fingía, pues en sus ojos ardía una furia descontrolada, como si se le hubiese dicho que su madre había sido una mujerzuela.

Cumplidos cinco días, el horizonte empezó a mostrar una sinuosidad, el perfil tenue de las costas; a medida que se aproximaban, surgieron formas de árboles gigantes en medio de una vegetación devoradora, acantilados y aves acuáticas, cuyos graznidos parecían más bien señales hostiles. Atardecía cuando el barco enfiló hacia el puerto de Río de Janeiro, en cuyo muelle se agitaba una multitud vociferante, en su mayoría hombres vestidos de blanco y con sombreros alones de paja.

Apenas Aziz y Penélope divisaron las costas del Brasil, ya no quisieron separarse, aunque la tía de la joven empezó a buscarla con el afán febril de quien ha perdido una sortija de oro. Todo parecía haber concluido de una manera disparatada, pues ninguno de los amantes sabía cómo afrontar ese momento desolador.

Se miraron desde el fondo de su pena, incapaces de expresar palabras de consuelo. Penélope cogió de las manos a Aziz y las arrastró hacia su vientre. “Aquí dentro hay algo tuyo; aquí, aquí”, y su voz se fue haciendo más y más inaudible, hasta transformarse en un susurro. Aziz sintió la misma helada impotencia, el mismo golpe de abismo en el pecho que muchos años después iba a experimentar al morir Afife.

“Aquí, aquí”, repetía la joven, mientras se acercaba su tía, en cuyo rostro parecían anidarse las furias de todas las tragedias griegas escritas y por escribirse. Cogió sin miramientos a Penélope de un brazo y se la llevó lejos. Sobre cubierta crecía la agitación del desembarco, estallaban exclamaciones en un tumulto de lenguas extranjeras. Sólo parecía común el llanto de los niños y el afán de las mujeres

por acicalarse. Pese a que la tía le había encasquetado a Penélope un pañuelo de colores en la cabeza, para que Ulises la reconociera, Aziz no logró verla más. Junto a él, Indraues lo miraba en silencio, asomándose por primera vez a las lágrimas adultas.

Los emigrantes que concluían allí la travesía desembarcaban en tropel, mientras en el muelle se agitaban cientos de pañuelos albos como una bandada de garzas. Magdalani corrió hasta situarse en la parte más próxima al muelle; tampoco desde allí logró divisar a Penélope; la joven y su tía se habían extraviado entre la multitud alborotada. “Adiós, Penélope”, dijo, rindiéndose a su desgracia, y se aferró a la borda para no caer. “Adiós, Afife”, iba a decir cuando todos fueran más viejos, sintiendo que ambos dolores se asemejaban demasiado.

Se sobresaltó al escuchar el pitazo agudo de un barco fondeado en el puerto de Iquique. Había dormido más de lo sensato. Por la ventana de su dormitorio se filtraba el olor salino, mezclado al de las flores. Desde hacía bastante, Yvotyropea, sentada a los pies de la cama, lo observaba en silencio. Una y más veces Aziz se restregó los ojos, hasta causarse dolor; deseaba saber si la presencia de la mujer formaba parte de la prolongación de un sueño antiguo. A sus sueños lejanos se unía este otro. Por momentos pensó que tal vez quien estaba junto a él podría ser producto de sus ficciones, de las fábulas que solía inventar, y no una persona real. Aunque estaba despierto, no lograba compenetrarse bien del tiempo, de si ese entorno correspondía a su casa de Iquique, a la de Cochabamba, u otra; si la Nativa Guaraní o Yvotyropea, o pétalos de flor era en realidad ella, o si se trataba de Afife. ¿Y por qué no de Penélope, que al final había decidido enredarse a su existencia?

El ruido próximo del tic tac de un reloj de pared lo

introdujo en el compás del tiempo, a sopesar el ritmo de su respiración, a valorar los segundos en su vida y no despreciarlos, por breves que fuesen. ¿Cómo olvidar aquella vez cuando tuvo que viajar a Oruro por una semana a comprar telas para su tienda, ocasión en que se presentó en su casa de Cochabamba un hombre a preguntar por él, pues traía un recado verbal? Apenas la Nativa Guaraní lo vio, supuso que se trataba del hermano menor de Aziz por el parecido. Admiró su tez aceituna, sus ojos enormes guarnecidos por pestañas largas; el cabello ensortijado que parecía rechazar todo peine por lo rebelde. Se expresaba en el castellano fronterizo de Bolivia y Brasil. Dijo ser de Corumbá, donde dirigía la explotación de una mina de manganeso y que su madre viuda, antes de morir de viruela, le había rogado buscarse en Argentina, o donde fuera, a un hombre que se llamaba Aziz Magdalani y le dijese: “Yo soy el hijo de Penélope y he venido a conocer a mi padre”.

A su regreso, Aziz esperó en vano la reaparición del joven de los cabellos ensortijados. Sus sueños a partir de aquel tiempo, empezaron a ser también habitados por ese hijo bastardo, venido del pretérito nunca dormido en la memoria.

\*\*\*

Una mañana, al retirar Chafik la correspondencia del correo, encontró junto a varias cartas comerciales, una de su hermano Said procedente de Bolivia, dirigida a su padre. Mientras regresaba por la calle Thompson, evitando el calor a una hora en que los rayos caían sobre los transeúntes casi en una vertical perfecta, pensaba si era o no legítimo abrirla utilizando el vapor de la tetera; ignoraba si su padre, después de hacerla leer en privado, iba a informar a la familia

sobre el contenido. Antes de ingresar a la tienda, la ocultó doblada en uno de los bolsillos traseros del pantalón.

Apoyado en el mostrador, Aziz ostentaba una profusión de pelos en los brazos descubiertos y en el pecho, por entre la abertura de la camisa. Parecía desazonado por la lenta recuperación económica de la tienda; había llegado al extremo de salir a la calle para invitar a entrar a los transeúntes, pero la gente se mostraba reacia. Por otra parte, los prestamistas volvían a acosarlo, le hacían nuevas exigencias y parecían dispuestos a hundirlo. Y como si esos agobios fueran pocos, a menudo Chafik lo importunaba con la proposición de abrir otra tienda, de artículos para el hogar, que él mismo administraría. La idea surgió de Yamile, quien, apenas llegaron a Iquique, empezó a hostigar a su marido para que se independizara. Abrumado por tan variados requerimientos, Aziz se encerraba en sus mundos lejanos. Regresaba al tiempo en que la fortuna le sonreía y sus hijos pequeños se le subían a la cabeza, le tiraban el pelo y le pedían que les contara el cuento de la alfombra mágica, y que después la sacara del entretecho de la tienda para llevarlos a volar por los alrededores de la ciudad. ¿Podía olvidar acaso la amargura que le produjo el día en que nació Amín, al descubrir la partera que el bebé tenía el pie derecho doblado, semejante al de un equino?

Cuando ninguna curandera nativa logró enderezarle el pie, lo llevaron donde un componedor de huesos, quien recetó masajes diarios de aceites aromáticos y un unguento inventado por él mismo, de intolerable fetidez. Afife, Yvotyropea y Aziz se turnaban para masajearle el pie a Amín, sin importarles que el olor del unguento les hiciera desfallecer el alma y les dejaran las manos nauseabundas, como si hubiesen manipulado excrementos. Pero cuando el niño decidió dar los primeros pasos, ya el pie mostraba su

posición natural. Aziz invitó a los árabes del comercio a una fiesta de tres días y le obsequió al componedor de huesos un crucifijo de concha perla y madera de olivo, además de haberle pagado espléndidos honorarios.

Apenas vio entrar a su hijo Chafik, le preguntó si en la correspondencia venía alguna carta de Said, pues hacía meses que el joven no escribía ni una línea. Chafik titubeó, quiso entregársela, pero al fin hizo un rodeo por la tienda, hasta ubicarse al lado de su padre y le mostró una de las cartas comerciales para distraerlo; como el árabe no sabía leer, miraba sin emoción la correspondencia. Chafik las abrió, las desdobló y fue poniéndolas una encima de otra. “¿Alguna novedad?”, indagó Aziz, metiéndose una mano al bolsillo para rascarse el muslo. “Sólo facturas por pagar, papá”.

Mientras se apaciguaba con el mesbaha, Aziz sintió unas ganas irresistibles de coger ese montón de papeles y hacerlos añicos, para sentirse libre de sus compromisos mercantiles. Aun cuando sus recursos económicos actuales se empinaban por sobre los de sus tiempos de buhonero, añoraba esa época vertiginosa, tantas veces marcada por situaciones increíbles. Si no había qué comer, se aguantaba no más; nada de rezongar o proferir maldiciones. Hubo días en que apenas probó un trozo de pan y bebió un café amargo; también los hubo en que comió hasta reventar, hasta que el estómago se le transformaba en una bola de fuego; entonces eructaba y se alivianaba el vientre de gases, sin importarle un rábano donde estuviese; en cambio, a partir del momento en que comenzó a prosperar, debió disimular regüeldos y bostezos, amén de aguantarse las ventosidades. Al amparo del dinero, sus manos se pusieron suaves, tan suaves y pulcras como las de una mujer ociosa, cuya única preocupación es acicalarse a toda hora. Se

empezó a arreglar las uñas, aunque a la Nativa Guaraní no le agradaba esa costumbre propia de holgazanes.

Al ver a su padre meditabundo, Chafik se escabulló hacia la cocina, donde Yvotyropea preparaba el almuerzo desde muy temprano. Para justificar su presencia allí, la besó en la frente y le rogó que pusiera a calentar agua en la tetera; la necesitaba para volverse a afeitar alrededor del bigote, pues en la mañana le había quedado disparate. La Nativa Guaraní puso la tetera en el fuego y continuó sus quehaceres culinarios. Chafik se puso a observar a su madre putativa, esa mujer a la que —pese a ser india—, amaba como a una madre de verdad. No entendía porqué se mantenía fiel al hombre que la había despreciado al llegar Afife desde Palestina, ni tampoco su decisión de continuar viviendo en la misma casa del amante a la sombra de su esposa legítima. Desde niño lo acosaba la misma duda: ¿era hijo de Afife o de la Nativa Guaraní? Quién sabe si ésta, a pesar de su aparente infecundidad, estaba embarazada de él uno o dos meses antes de que Aziz se casara con Afife; y como había que resolver el embrollo de alguna manera sensata, apenas nació se lo entregaron a Afife, inscribiéndolo como primer hijo del matrimonio.

Esa idea lo atormentaba; incontables veces se quedó mirando a sus hermanos más allá de una simple observación, para buscar las semejanzas físicas. Un día, por casualidad, le miró las manos a la Nativa Guaraní, mientras servía en la mesa una fuente de zapallitos rellenos y pudo advertir que se parecían demasiado a las suyas, sobre todo en los pulgares, dedos que ambos podían doblar sin esfuerzo hacia atrás, formando un arco. Esa curiosa particularidad no la observó en ninguno de sus otros hermanos aquel día y los siguientes, cuando los desafiaba a doblar el pulgar como lo hacía él. De sólo ver a la Nativa Guaraní sentía

un raro estremecimiento. Acaso, el asunto de los dedos no constituía sino una coincidencia, pensó el día en que, al tomarle la mano a su novia Yamile, descubrió que tenía los pulgares algo arqueados. Se tranquilizó lo suficiente como para no continuar atormentándose. Cuando Yamile, a una pregunta suya, respondió que ella no conocía a otras personas que pudieran doblar hacia atrás el pulgar como él lo hacía, sintió una repentina acidez. “Lo mío apenas es un remedo en comparación con tu enorme facilidad para doblarlo”. ¿Y si Yamile, a la vuelta de los años, descubría la similitud de los pulgares de él con los de Yvotyropea?

Se asustó al oír el ruido de la tapa de la tetera, que bailaba de un modo gracioso. “Tu agua ya está hervida”, le advirtió la Nativa Guaraní, inclinada sobre una olla. Chafik retiró la tetera y se marchó al baño a toda prisa, donde se encerró bajo llave. Sin tardanza pasó el cierre engomado de la carta por el vaho del pico de la tetera. Sentía húmeda la piel y el corazón atolondrado, como si toda la familia estuviese espíandolo junto a la puerta del baño. Retiró la carta del sobre y la desplegó, mientras el ritmo de su corazón se aceleraba hasta producirle ahogo. A medida que la iba leyendo le aumentaban los palpitos, la ansiedad por conocer de un tirón su contenido; de allí que omitió leer muchos párrafos dominado por una impaciencia infantil.

En la carta, Said refería a su padre las novedades de Cochabamba, las peripecias sufridas al comienzo para escapar del general García Ponce. Este, seducido por militares oportunistas, había intentado dar un golpe de Estado, acción que terminó en el más ruidoso de los fiascos en la historia de Bolivia y con los golphistas en la cárcel, sitio donde moriría el belicoso general al cabo de los años, asesinado a puntapiés por sus compinches. Le contaba que había iniciado, en sociedad con doña Juliana de Vicente,

la explotación de un criadero de chinchillas. Asimismo, le hablaba de sus amigos del club árabe, a quienes visitaba en sus casas; del profesor Gumercindo Serrano, el cual se había entregado de una manera desenfrenada e irresponsable al alcohol, después de ser expulsado de la universidad; era lastimoso verlo en la plaza, mal vestido y barbón, dirigiendo apasionados discursos a los mendigos. Al final, le decía que había logrado una enorme tranquilidad junto a la familia de doña Juliana Vicente, aunque no aclaraba la causa.

Por segunda vez leyó la carta, tratando de captar todos los párrafos, pero se sintió defraudado, pues había supuesto que su hermano haría alguna referencia a Yamile. No dudaba que Said la había amado de algún modo; si no se hubiese marchado a Cochabamba, tal vez él y Yamile habrían llegado a cierta intimidad. ¿Y si rompía la carta? La introdujo en el sobre y se sentó en la letrina, no porque no tuviese ganas de usarla sino para meditar la idea. Y si no hubiesen golpeado de manera insistente a la puerta, se habría quedado allí por horas. Ocultó la carta en el bolsillo trasero del pantalón y se aproximó a la puerta; al abrirla, se encontró con Yamile, ansiosa por ocupar el retrete.

Chafik regresó a la tienda, donde su padre y Amín atendían afanosos a dos mujeres que desde hacía rato regateaban por unas telas floreadas de algodón, desparramadas sobre el mostrador; los árabes disfrutaban de su arte mercantil, cuyo verdadero embrujo consistía en ir rebajando tramo a tramo el precio de la mercadería hasta llegar a su justo valor. Aziz miró enojado a Chafik, pues se había ausentado demasiado tiempo sin una justificación valedera, mientras él y Amín lidiaban con varias clientes.

En los instantes en que se cerraba la tienda para ir a almorzar, Chafik introdujo los dedos en el bolsillo trasero del pantalón para cerciorarse que aún tenía la carta, y sintió

un largo escalofrío al descubrir su ausencia. ¿Acaso la había perdido? A toda prisa corrió hasta el baño, donde estaba su padre lavándose las manos, tarea que cumplía de un modo parsimonioso, casi placentero, pues se echaba una y otra vez jabón en las manos y se las frotaba para sacar abundante espuma, como si ello le hiciese recordar la escena de alguna de sus historias vividas.

“Pasa, pasa, hijo; ¿qué haces ahí parado?” Chafik vaciló unos instantes; enseguida ingresó al baño y se ubicó detrás de su padre, aguardando a que concluyera de asearse, aunque miraba el piso con disimulo por si veía el maldito papel. Al salir Aziz, se encerró dispuesto a registrar palmo a palmo el recinto; si la carta la había encontrado Yamile, quedaría como un imbécil ante ella. ¿Y si al sentarse en el retrete la carta se hubiese caído dentro? No, eso no era posible, pues cuando se sentó allí la tenía en las manos. Desesperado, levantó toallas, bacinicas, movió un pisito y un canasto de mimbre con ropa sucia, sin hallar nada.

No habiendo más que registrar, concluyó que Yamile había dado con la carta. Seguro de su presunción, se encaminó al dormitorio matrimonial, al fondo de la casa, donde Yamile peinaba a Chucre mientras Bachir aguardaba, puesto que a Aziz le agradaba ver a sus nietos muy pulcros cuando se sentaban a la mesa.

Para justificar su presencia allí, se recostó en la cama simulando cansancio, y se quejó de dolor de espaldas. Yamile lo observó sin emoción por unos pocos segundos; luego hizo un gesto compasivo. “Termino de peinar a los niños y te acompaño al comedor”. Chafik dijo: “Está bien”, y se restregó los ojos con el dorso de las manos. ¿Cómo hablarle de la carta sin traicionarse? Si ella la había encontrado, no dudaba que ya conocía el contenido, al ver que la carta provenía de Bolivia.

A fin de cuentas, el asunto no tenía nada grave, pero ¿cómo explicar las razones que tuvo para abrir una carta dirigida a su padre y leerla en secreto? Quizá Yamile aceptaría una explicación vaga, aunque las cartas anteriores de Said habían sido leídas en presencia de la familia a la hora de comida, cuando la Nativa Guaraní servía el café y Aziz lo saboreaba acompañado de una copita de árak. ¿Por qué esta última carta aparecía abierta, tirada en el baño? ¿Y si se olvidaba de ella y todo lo dejaba al azar, a que el destino urdiese el desenlace?

Sintió un repentino alivio, pero cuando Yamile, a boca de jarro, le preguntó si su dolor de espaldas se debía a algún esfuerzo exagerado o se trataba de una antigua dolencia, temió que su mujer, amiga de las simulaciones, estuviese de jugarreta. Con cautela, le replicó que en la tienda había hecho un movimiento demasiado brusco. Yamile se miró al espejo —había terminado de peinar a los niños, quienes se habían marchado al comedor— e hizo una serie de muecas, que podían interpretarse como de disgusto. “Me estoy llenando de arrugas”. Aunque Chafik no lo creía, se incorporó lo suficiente como para observar en el espejo a su mujer; sólo vio las arrugas normales, las patas de gallo e imperfecciones propias de la piel a esa edad. “Estás joven y bella como nunca”, afirmó, buscando halagarla con una lisonja rara en él. “Si es así, habla con tu papá y exígele tu parte en la sociedad; ya es hora de independizarnos”.

A Chafik le dieron ganas de arrojarle la palmatoria por la cabeza, o el primer objeto al alcance de su mano. “¿Acaso ignoras que la tienda no vale nada?” “Sí, pero tus hermanos gastan a manos llenas; Amín y su mujercita Soraya no se pierden ninguna película y Nadia y Jazmín no paran de comprarse ropas caras”. Chafik se alzó para darle una bofetada, pero se detuvo al verla altiva, dispuesta a

defenderse. En los ojos de la mujer había un resplandor de madrugada, de iras acumuladas a través de los años.

Se miraron como si entre ambos hubiese viejas rencillas sin resolver. “No tienes agallas para nada, Chafik; siempre andas agarrado a las pretinas de tu papá y a las polleras de la india”. A Chafik se le descompuso el día; y aún cuando trató de detener su mano endurecida como una herradura, la disparó en un movimiento sorpresivo para alcanzar el rostro de Yamile, quien cayó encima de la cama dando chillidos tan exagerados, que parecía que le estuviesen propinando latigazos. Chafik temblaba mientras aparecían nuevos nubarrones de tempestad. El infeliz momento vivido hacía unos segundos, se le antojó un mal sueño. La acusación que le endilgaba su mujer —quizás la peor humillación recibida por él desde que se hizo hombre—, le ardía en el pecho como una herida causada por perdigones.

Al concluir de chillar, Yamile se examinó el ojo que le palpitaba y lo notó hinchado; después estiró el cuello para mirarse en el espejo del peinador. Se asustó al ver su estado calamitoso. A la rastra llegó hasta el lavabo, cogió una toalla, la humedeció y se la puso como compresa en el ojo maltrecho. Casi no sentía dolor; su mente estaba sumida en el estupor del ultraje sufrido. Había hablado al azar, soltando una de esas frases que se sitúan más cerca de la espontaneidad que de la reflexión. “Todos estos Magdalani son unos salvajes”, le había advertido uno de sus hermanos, cuando Yamile dudaba en aceptar a Chafik. “Hay tantos otros árabes y tú te fijas en ése; ¿no ves que tiene ojos de loco?” Ella se reía de las ocurrencias de su hermano y para tranquilizarlo, le decía que Chafik era amigo de personas importantes, que no le gustaban los juegos de azar, que bebía en forma moderada y trabajaba, codo a codo, junto a la familia.

“¿Y ahora cómo me voy a presentar así en el comedor?” Su queja lastimosa movía a compasión; pensaba que el cardenal le iba a quedar por mucho tiempo, obligándola a usar gafas oscuras o a permanecer encerrada en su pieza. A Chafik le empezó a decrecer la furia; recordó los momentos gratos de su relación matrimonial, el día en que nació Chucre; y Aziz, al convertirse en abuelo, de pura felicidad, hizo venir de La Paz al cantante árabe Eduardo Dabura, para que en la fiesta de bautizo les interpretara canciones de la patria lejana. Tres días cantó Eduardo Dabura, mientras los árabes amigos de los Magdalani bailaban, comían, bebían árak y narraban historias prodigiosas. Este recuerdo radiante, pese a los momentos agrios, que habían sido muchos, estaba impreso en su memoria.

En el momento en que su hermana Nadia llamaba a voz en cuello: “A almorzar, está servido”, se acercó a Yamile por detrás para abrazarla. Ella lo rechazó, como quien espanta una mosca hostigosa; aún mantenía la toalla en su ojo amoratado. “Perdona”, se excusó Chafik. Ella volvió a gemir, más para impresionar que a causa de un auténtico dolor. Volvió a mirarse en el espejo y su desconsuelo fue enorme; el agua helada había contribuido a marcar aún más el morado intenso alrededor del ojo.

Chafik se resignó a ir solo al comedor, donde estaba toda la familia ya frente a los platos de sopa de lentejas. Se sentó en silencio a la diestra de su padre, quien en ese instante echaba mendrugos de pan a la sopa. “¿Y Yamile?” “Ella no se siente bien, papá”. Aziz arrojó el último mendrugo de pan a la sopa y después la revolvió despacio con la cuchara. Transcurridos unos segundos, alzó una enorme cucharada y, antes de introducírsela en la boca, dijo que Said había escrito desde Cochabamba y que, como de costumbre, la carta iba a ser leída a la hora de comida. Chafik estuvo a

punto de volcar la alcuza de plaqué con el codo.

Durante el almuerzo, al mutismo de Chafik opuso Aziz su locuacidad de siempre, refiriendo algunas de sus aventuras de buhonero, muchas de las cuales pecaban de exageradas y hasta de imposibles. Cometía el error de ir aumentando su espectacularidad, hasta el extremo de asegurar que los hombres que lo habían asaltado para robarle en Asunción eran doce, y no los nueve de la narración del mes anterior, o los seis de hacía más tiempo, y que los había repelido a patadas y golpes de puño. Como refería tantas y diferentes historias a la vez, olvidaba coordinarlas o al menos sujetarse a ciertos hechos verídicos; así, éstas adquirirían apariencia de fábula, lo que movía a sus hijos a sospechar que nada de cuanto narraba o había narrado parecía cierto, y que todas sus historias las sacaba de cuentos árabes.

Acaso la historia del jabalí movía a los jóvenes Magdalani a pensar que su padre fabulaba. La primera vez que Aziz narró a sus pequeños hijos la historia, les contó que, en compañía de cuatro amigos, había cazado un hermoso jabalí joven, y que mientras los otros dormían, él lo asaba a fuego lento, atravesado por un palo introducido por el hocico y sacado por el ano. Cuando el asado estuvo a punto, como cualquier cocinero amante de su oficio, probó un trocito, y hallándolo excelente, probó otro y otro, hasta engullirse la mitad del jabalí. Al despertar sus amigos, trataron de golpearlo por glotón; entonces él les suplicó que, si lo hacían, respetasen al menos su barriga hinchada.

Tiempo después, los amigos sumaban siete y la comilona de medio jabalí se había transformado en la de uno entero. Amante de las matemáticas, Said hizo cálculos sobre el peso del jabalí y concluyó que, por muy hambriento que hubiese estado su padre, no habría podido, él solo, comerse tal cantidad de kilos de carne. Pero si Aziz refería el cuento

de la alfombra mágica, los niños creían a pie juntillas todos sus pormenores, y no entendían por qué su progenitor se obstinaba en ocultarla en el entretecho de la tienda, en vez de usarla para salir a pasear.

En cuanto terminó de comer el postre —un panqueque de nuez— Chafik salió del comedor, eludiendo la sobremesa, y se dirigió a grandes zancadas a su dormitorio. Sentada en el borde de la cama, Yamile miraba la fotografía de sus padres, tomada en Cochabamba, en el estudio de don José Christian Páez, meses antes que su madre muriera quemada. Chucre y Bachir jugaban ya en el patio a hacer casitas de barro, y Miriam dormía siesta en su cuna provista de capota, desde donde colgaba un mosquitero. “Si mi mamá estuviera viva, le escribiría una carta para contarle tus excesos”, se quejó la mujer, sin levantar la vista de la fotografía. “¿Mis excesos?” balbuceó Chafik en voz baja, por temor a despertar a Miriam. Luego salió del dormitorio y, como un león de circo, empezó a caminar por el corredor de un extremo a otro, mientras farfullaba, empuñaba las manos y golpeaba los pilares de madera que sostenían el tejado.

Aburrido de caminar, decidió salir a la calle, donde encontró por casualidad a Zangezur Melkonian, un armenio nacido en Siria, de su misma edad, algo rubio, a quien había conocido en el club radical. Ambos se abrazaron en mitad de la calzada, mientras los automóviles hacían sonar sus bocinas estridentes para advertirles que se subieran a la acera. “Está bien; está bien”, gritaban los amigos, yendo de un extremo a otro de la calle, al tiempo que insultaban de palabra a los conductores y hacían gestos obscenos con las manos. Al fin, decidieron irse a beber una cerveza a la taberna de Gustavo Becerra, un viejo anarquista.

Cada dos o tres meses, Zangezur Melkonian aparecía por

Iquique en automóvil, para ofrecer artículos de mercería de una compañía inglesa. Durante dos días visitaba a sus clientes, y al tercero regresaba a Antofagasta, en su Lincoln sedán de color negro, de líneas estrambóticas, comprado al cónsul general de Inglaterra; vehículo ostentoso, provisto de tres corridas de asientos, plagado de perillas, y que apenas arribaba a Iquique producía una conmoción enorme, sobre todo en los niños, quienes lo flanqueaban no bien hacía su ingreso triunfal a la ciudad.

Al ver Gustavo Becerra aproximarse a Chafik y Zangezur, empezó a limpiar dos vasos descomunales. A un gesto de Chafik, el cantinero los llenó de cerveza y, enseguida, provisto de una espátula de madera, quitó la espuma que sobresalía de sus bordes. En su rostro sanguíneo se pintaba una expresión de gozo. Cada vez que servía un vaso de cerveza creía transmitir a sus parroquianos la experiencia de sus muchos años de tabernero, profesión que adoptó después de huir de entre los miles de muertos hacinados en la Escuela Santa María de Iquique, donde hombres y niños fueron ametrallados por un destacamento del Ejército.

Reacio a narrar esa lejana experiencia, Gustavo Becerra solía referir detalles del hecho al armenio, quien, a su vez, le hablaba de cómo su familia había logrado escapar de las matanzas practicadas contra sus compatriotas por los turcos otomanos. Chafik, por su parte, les contaba anécdotas de la guerra del Chaco; aunque su participación en ese conflicto había sido más bien breve, corrió el riesgo de morir de gangrena, de hambre o picado por bichos ponzoñosos, lo mismo que sus hermanos. Aun cuando Chafik compartía los juicios de su amigo armenio y los del anarquista en su condena moral de la guerra, rechazaba de plano los conceptos políticos de Gustavo Becerra, quien propugnaba la libertad absoluta del individuo y la supresión de toda

autoridad constituida. Cuando el anarquista hablaba de hacer la revolución para cambiar de raíz las estructuras sociales del país, Chafik amenazaba marcharse de la taberna, pues él admiraba la manera cómo estaba organizada la república de Chile.

Luego de apurar Chafik y Zangezur más rápido que de costumbre las generosas cervezas, urgidos por un calor que achicharraba, Gustavo Becerra informó que en la radio se había transmitido la noticia de que en Santiago, el gobierno de Alessandri había matado a un grupo de estudiantes, en las escalinatas del Seguro Obligatorio. Zangezur Melkonian dejó el vaso sobre el mostrador, se limpió la boca repetidas veces y exclamó: “Eso, de ser cierto, es muy grave”. Chafik, en cambio, mantuvo en reserva sus opiniones. “¿A usted no le merece ningún juicio esa matanza?”, le preguntó Gustavo Becerra. Chafik dio un pequeño respingo al ser interrumpido. “La verdad, no he pensado en ello; habría que esperar.” “¿Esperar qué?”, insistió el anarquista, arrugando la cara. “Esperar nuevas informaciones”. “No me parece eso necesario para emitir un juicio, aunque sea tentativo, señor Magdalani”. “No olvide, Becerra, que soy extranjero...” “Extranjero, es cierto. De haber estado aquí don Aziz, habría hecho pedazos las sillas y mesas de pura indignación”.

Como viese el armenio que la discusión podía ensombrecer el día, cogió a Chafik de un brazo y se lo llevó fuera de la taberna. Un enjambre de curiosos miraba el Lincoln de Zangezur Melkonian, estacionado en la plaza. Recién lavado, el automóvil relucía como un sol matinal, ostentando sus perillas, parachoques y llantas cromados, el tapiz de felpa azul, los vidrios tan limpios que parecían no existir. Para calmar a su amigo, Zangezur lo invitó a dar una vuelta en automóvil.

Al acomodarse Chafik en el asiento delantero del Lincoln, sintió un raro placer, ganas irresistibles de sacar la cabeza por la ventanilla, de ponerse a gritar, de mover los brazos para que todo Iquique lo viese dentro del lujoso vehículo. Un rapaz de aspecto triste le había abierto la portezuela, y Chafik deseoso de mostrar generosidad, le dio como propina un billete de cinco pesos. El niño, al ver esa cantidad de dinero que a no dudarlo, jamás había tenido en sus manos, la rechazó, creyendo que se trataba de un billete falso. Con un gesto displicente, Chafik recogió el billete y se lo cambió por una moneda de veinte centavos. Al rapaz se le iluminó el rostro; con ese dinero podía comprar un helado doble de canela.

Mientras Melkonian se acomodaba y hacía funcionar el vehículo, a su alrededor seguían aglomerándose más y más curiosos, al punto que al poner en movimiento el Lincoln, debió hacerlo con excesiva lentitud, para no atropellar a nadie. Ni una novia al caerse a la salida de la iglesia habría concitado mayor asombro.

Concluida media hora, luego de recorrer toda la avenida Costanera, Zangezur Melkonian se introdujo por la calle Vivar, donde dijo que vivía Isidora Gómez, una comadre suya, a quien le traía un obsequio. En la quinta cuadra, entre las calles Orella y Riquelme, detuvo el Lincoln frente a una casa de aspecto acogedor e hizo sonar la bocina en forma intermitente, como si se tratase de una seña convenida de antemano. Antes de un minuto se abrió la puerta de calle y apareció Isidora Gómez, una mujer algo madura, delgada, de rostro alegre y ojos vivaces como los de un pájaro. “Aquí me quedo a dormir a veces, cuando vengo a Iquique”, advirtió el armenio, confesión que sorprendió a Chafik, pues suponía que su amigo se hospedaba en el hotel de la plaza. “Pasen, pasen”, les dijo Isidora Gómez. Zangezur

Melkonian cogió una maleta enorme, donde llevaba su ropa y las muestras de los artículos de mercería. La mujer se impacientaba, hacía melindres, abría aún más los ojos de pájaro, respiraba hondo, se componía el cabello teñido de color castaño, la falda de percal y la blusa, de escote amplio como su sonrisa.

Isidora Gómez y Zangezur Melkonian se abrazaron hasta casi mezclar sus alientos. Más de cerca, Chafik pudo apreciar la hermosura de la comadre de Zangezur, a causa de las generosidades de su cuerpo armonioso, nada maltratado por la edad. Tenía dientes parejos y blancos como el nimbo que en esos instantes cruzaba el cielo.

Hija de un funcionario de correos y una mujercita amante de cultivar geranios, a temprana edad se transformó en la concubina, y después en esposa de un boticario solterón, bastante mayor que ella, quien se dejó arrastrar por los encantos de la jovencita; a cada momento se ausentaba presuroso de la botica para ir a acariciarla, yacer con ella o sobajearla detrás de las puertas, conducta temeraria que al cabo de tres años le produjo un primer infarto al corazón, y a los cinco el definitivo, que lo llevó al panteón familiar a una edad todavía en sazón para amar. Sola y sin hijos, henchida de deseos inconclusos, Isidora trató de hallar consuelo en la lectura, en la atención de la farmacia y en obras de caridad. Sólo frecuentaba la botica, la iglesia y a dos o tres amigas —también, como ella, inclinadas a ayudar al prójimo—, no dispuesta a ceder a los asedios de una docena de hombres que la perseguían día y noche, como una perrería en celo.

Al cumplirse el tercer aniversario de la muerte del farmacéutico, decidió, luego de reiteradas súplicas de sus amigas, asistir a una fiesta organizada por la municipalidad, con el objetivo de reunir fondos para la Navidad de los niños pobres. Como parecía ser la más bella de Iquique y

disponía de ingresos estables, los hombres pululaban a su alrededor como moscas encima de un pastel. Esa misma noche un teniente de carabineros que a menudo iba a la botica a comprar analgésicos sólo para verla, le propuso matrimonio. Isidora se resistió un tiempo, para no parecer impaciente, pues el uniformado era de su agrado. Por dieciocho años iban a vivir felices, ella dedicada a atender la botica, él, a su profesión, hasta que el teniente, a la sazón mayor, murió al beber por error un sorbo de estriknina, confundiendo el alcaloide con un jarabe para la tos.

Esta segunda viudez, ahora con dos hijos adolescentes, le repuso las sombras del pasado. Pese a todo, se rehizo cuando apareció el armenio en su vida, cierto día en que éste fue a la botica a comprar tintura de yodo y algodón para curarse una herida en el dedo.

Chafik conocía de vista a Isidora Gómez; al tenerla tan cerca y sentir su aliento perfumado —la mujer mascaba pastillas aromáticas—, su mirada que parecía solicitar un beso urgente, sintió ardor en un sitio que no pudo precisar. Una hembra así trastornaba a cualquiera. “¿Verdad que mi comadre es un sueño?”, le dijo el armenio a Chafik, en un momento en que la anfitriona se había ausentado del salón para ir a buscar refrescos. Chafik ensayó un “sí” subterráneo, que resultó casi inaudible.

“Usted es hijo de don Aziz Magdalani, ¿verdad?”, preguntó la viuda a Chafik, sirviendo una bebida espumosa de color carmesí. El aludido sólo atinó a mover la cabeza, mientras recibía el vaso y veía plantados ante sus ojos, como un desafío, las piernas y pechos altivos de la Gómez, que lo miraba como si se tratara de un novato. “Podrían quedarse a tomar el té”, insinuó la mujer al escuchar que daban las cuatro de la tarde en el reloj de pared del salón. “Debo visitar a dos o tres clientes, querida comadre, y regreso...”

regresamos, ¿no es así, Chafik?”

Al despedirse, Chafik creyó sentir que Isidora le apretaba la mano de un modo sugerente, y ese gesto, real o imaginario, aumentó su turbación.

Zangezur Melkonian llevó a su maltrecho amigo en el Lincoln hasta la tienda y se marchó. A esa hora, Aziz y Amín, no teniendo a quien atender, —pues el calor aturdía—, revisaban papeles comerciales. “Ese armenio parece ser un hombre muy rico; nadie en Iquique tiene un automóvil como el suyo”, comentó Amín, dirigiéndose tanto a su padre como a su hermano. “A veces las apariencias engañan, hijo”, aclaró Aziz, más interesado en revisar los números que en acoger sus apreciaciones. Aun cuando oficiaba de analfabeto, manejaba la aritmética con una facilidad prodigiosa, y realizaba cálculos mentales más rápidos que los que hacían sus hijos sobre el papel. “Invítalo a comer esta noche —ordenó Aziz—, me gustaría hablar con él de negocios”. “Lo intentaré”, respondió Chafik, dudando que el armenio aceptase; en la casa de la viuda lo aguardaban con otra clase de cena.

Alrededor de las seis de la tarde, Zangezur Melkonian pasó por Chafik, quien se había puesto sus ropas más elegantes para la segunda visita. Aún descompuesta, Yamile nada dijo cuando vio a su marido cambiarse, peinarse e incluso emparejarse el bigote con las tijeras. Su ojo en tinta ya no le dolía, pero lo tenía sensible al tacto. Para impresionar a Chafik, se abrazó a Miriam y se dedicó a acariciarle los rizos negros y brillosos, la carita sorprendida. Esa escena, muchas veces representada, enfureció a Chafik; la sabía falsa, destinada a enternecerlo, a enrostrarle culpas, a disuadirlo de su intención de salir. Al abandonar la pieza, escuchó un sollozo.

Pasadas las seis, el Lincoln se detuvo frente a la casa de

Isidora Gómez, alerta a la llegada de sus invitados, pues apenas lo hicieron abrió la puerta. Vestía un traje largo de batista blanca, ceñido, escotado lo suficiente para que sus mamas, semejantes a cúpulas de templos bizantinos, se ofrecieran a la imaginación. Se había recogido el pelo en un moño sobre la nuca; así exaltaba aún más sus ojos de pájaro escrutador, la forma de su boca pintada de rojo intenso, la mandíbula inferior de encantadora redondez, las cejas arqueadas en interrogante de mujer ducha en lances de amor. Olía a manzana, quizá a flores silvestres, acaso a ese perfume íntimo y natural que suelen tener las doncellas recién bañadas.

“¡Ah! —le dijo Isidora a Chafik cuando lo tuvo cerca— usted luce joven y muy apuesto”. Esa frase turbó a Chafik; sintió escozor en el rostro y calientes las orejas. Se repuso, al ver cómo el armenio abrazaba a la boticaria y le decía algo al oído.

Ausentes de la casa, los hijos de Isidora atendían la farmacia, a una cuadra de allí. La viuda sirvió a los visitantes una copita de licor, echando mano a una botella guardada en un mueble de aspecto destartado, hasta ruinoso. Chafik bebió un sorbo; se trataba de un enguindado cuyo aroma y sabor invitaban a la repetición, pero al concluir la copa, rechazó el intento de Isidora de volvérsela a llenar. Menos inclinado a los formalismos, Zangezur Melkonian aceptó gustoso una segunda copita, la que bebió a sorbos, exaltando la calidad del licor, pues muy bien sabía que la viuda era la autora de esa pícara ambrosía.

Sentado frente a Isidora, Chafik no lograba disimular su turbación, cada vez que la mujer se inclinaba y le mostraba las mamas elocuentes, coronadas de embrujo. Empezaba a sospechar que ella oficiaba en su exclusivo beneficio todo un rito de sutiles pero certeras estimulaciones, aunque al

finalizar el día iba a preferir al armenio.

Ducho en materias de amor, Zangezour Melkonian se percató al vuelo de los propósitos de su comadre y de la conmoción de Chafik, pese a su estudiada impassibilidad. Si bien todo se desenvolvía ajustado a sus conjeturas, se sorprendió al sentir que en su ánimo se agitaban la duda y un confuso despecho. Sin embargo, debía disimular y aceptar que esa incipiente relación siguiese el curso de lo razonable. En más de dos años de relación con la boticaria, había accedido a todos los embrujos que ella le brindaba sin límites, no bien aparecía por Iquique. Ahora, antes del cercano hastío, llegaba el tiempo de iniciar una discreta retirada, de irse a libar en otro pistilo menos explorado. Y, como buen amator, había encontrado en Antofagasta, hacía unos meses, quien le endulzara las horas cuando las tardes se le antojaban interminables. Si Isidora se entregaba a los caprichos de una nueva aventura, la despedida sería sin reproches. Nada de enconos ni de esas amarguras ocultas que suele dejar detrás de sí el amor truncado.

A la hora del té, mientras Zangezour refería un percance que le ocurriera en el camino de Antofagasta a Iquique —habría volcado si el automóvil no hubiese tenido frenos especiales—, Chafik miraba embelesado a la viuda, como un primerizo. Cuantas veces Isidora le habló: sírvase esto, aquello, o ¿desea otra taza de chocolate?, respondía con monosílabos, dando la impresión de no estar a gusto, o de encontrarse maniatado por una sumisa timidez. De pronto, no supo cómo, sintió por debajo de la mesa el leve roce de las piernas de la mujer. ¿Se trataba de un contacto casual, o la viuda se aventuraba por caminos desusados? Para evitar un bochorno, en el supuesto que el roce hubiese sido fortuito, se acomodó en su silla, separándose un poco de su anfitriona.

Isidora hizo algunos movimientos para servir a sus invitados y avanzó su silla como quien ejecuta un acto inconsciente. De nuevo sintió Chafik el roce estremecedor, que ahora se prolongó por largos instantes, provocándole sucesivas oleadas de azoramiento. A una hora prudente —ya estaba de regreso en el salón y bebían enguindado—, Chafik expresó sus deseos de marcharse. Minutos antes habían llegado los dos hijos de Isidora Gómez desde la botica, y luego de saludar se habían retirado a sus alcobas; estaban habituados a la presencia de amigos de su madre en la casa, así que para ellos no constituyó novedad ver a Chafik y al armenio, a quien saludaron de un modo muy familiar.

Hasta la misma puerta de calle acompañó la boticaria a Chafik, mientras Zangezour Melkonian se dedicaba a hojear algunos de los libros dispuestos en la estantería del salón, en los cuales la viuda solía aliviar sus tedios provincianos. Al estrecharse las manos, Chafik volvió a sentir el calor de su sangre acelerada por secretos anhelos. “¿Podré visitarla uno de estos días?”, indagó, con voz cuyo temblor no pudo controlar. Sabedora que el hombre le iba a hacer una proposición de esa naturaleza, Isidora asumió una calculada expresión de asombro, aunque en sus labios ya tenía la respuesta: “Me sorprende usted, Chafik. No olvide que el pueblo tiene la lengua afilada y ambos deberíamos temerla; pero si usted desea frecuentar la farmacia como cliente que, además, me brinda su amistad, será bienvenido”.

Chafik regresó casi a la carrera a su casa, entrando justo cuando Amín, al concluir la cena, leía a la familia la carta de Said. Sentada entre Jazmín y Nadia, Yamile parecía abatida; para explicar lo de su ojo amoratado, refirió que se había golpeado en un cajón de la cómoda al tratar de recoger una pulsera del suelo; pero al repetir la historia a

sus cuñadas, la cómoda se había transformado en velador y la pulsera en ropas sucias. Apenas la vio Aziz, adivinó los verdaderos motivos del percance. Ahí se acordó del día en que Chafik —tenía a la sazón doce años— llegó de la escuela rasguñado y con un ojo tumefacto. Dijo haberse golpeado en la puerta de la sala de clases y que un compañero, al tratar de sostenerlo, le había arañado la cara por casualidad. “Está bien”, dijo Aziz, para no mortificar con más preguntas.

Una semana después, de nuevo regresó su hijo arañado y ahora con el otro ojo en tinta. Explicó que se había caído en el patio, mientras jugaba al caballito de bronce. Esa misma noche Aziz lo llamó a su pieza antes de acostarse, para exigirle delante de la Nativa que confesara la verdad de lo ocurrido. Chafik juró y volvió a jurar que todo cuanto había dicho era cierto. “Basta de mentiras”, exclamó Aziz en árabe, levantando la voz y el dedo índice. Al sentirse acorralado, Chafik se aproximó a su madrastra; ella alargó los brazos, y entonces se sintió protegido, a resguardo de las reprimendas paternas. “Me trataron de ‘turco’, papá, y no pude aguantar el insulto”. Aziz dulcificó el rostro y lo tomó por los hombros. “Hiciste bien, hijo”, y citó un proverbio árabe, complacido por la actitud de Chafik, la cual comparó a su época de buhonero, cuando debía a menudo darse de puñetazos para responder a las burlas de quienes se reían de él, o lo golpeaban, al oírlo hablar en “castárabe”.

Para no interrumpir la lectura, Chafik se quedó de pie detrás de Yamile; la mujer lo miró de reojo, como quien atisba a su verdugo. Si ella hubiese tenido más coraje, le habría lanzado al rostro agua del vaso que sostenía. Sobre sí sentía la mirada de cada uno de los miembros de la familia, su expresión de duda en relación con su ojo amoratado; nadie había creído su explicación infantil.

Al concluir la lectura de la carta, Amín se la entregó

a su padre, quien se miraba las manos. Aziz introdujo la misiva en el sobre y dio unos golpecitos en la mesa con los nudillos para imponer silencio, ya que todos, menos Chafik y Yamile, habían empezado a comentarla de viva voz. Aziz se pasó las manos reiteradas veces por la cara, como si tuviese telarañas o un ejército de hormigas corriendo de un lado para otro; hacía ese gesto cada vez que no sabía cómo empezar un discurso. Hasta cuando iniciaba sus conquistas amorosas utilizaba ese recurso pueril. “Me da coraje”, le había explicado a Yvotyropea, a pétalos de flor, semanas después de haberla conocido. Ella lo comprobó el día en que llegó Afife desde Palestina; antes de hablarle una sola palabra a su novia, Aziz se pasó las manos tantas veces por la cara que cualquiera habría pensado que se la deseaba borrar.

“Como no me gustan los rodeos, iré derecho al grano”, dijo al fin Aziz. “Deseo saber quién de ustedes abrió esta carta (le dio tres golpecitos con el dedo índice), sin mi consentimiento”. Yamile entreabrió los labios e hilos de saliva quedaron adheridos a ellos. Nadia y Jazmín se miraron por encima de Yamile, y se llevaron las manos a la boca en señal de estupor, pues sabían cuán grave resultaba violar la correspondencia dirigida a su padre. Soraya, dedicada a jugar con la mano de Amín y a hacerle demostraciones secretas de amor —ambos se comportaban aún como novios—, interrumpió sus caricias. “¿Y bien?”, insistió Aziz, al no recibir respuesta.

A Chafik le dieron ganas de salir a la carrera rumbo al baño, pero al ver la mirada fría de su padre, sus ojos acusadores, esa manera de ladear la cabeza cuando apremiaba a alguien exigiéndole una respuesta urgente, no pudo resistir el aldabazo de su conciencia ennegrecida, y levantó a medias el dedo índice. Por unos segundos cerró

los ojos, en un necio intento de escapar a la reprimenda, sin valor para enfrentar la expresión de asombro estampada en todos los rostros, y la ira de Yamile, quien volteó la cabeza para escudriñar de arriba abajo a su marido. Si lo hubiesen sorprendido en flagrante adulterio o en cualquier otra actitud vergonzosa, no se habría sentido tan desgraciado. A su estómago ulceroso cayó gota a gota un sabor quemante como el del jengibre.

“La verdad, papá, es que la abrí porque estaba ansioso por saber noticias de Said”, se disculpó, afirmado al respaldo de la silla donde permanecía sentada su mujer. Aziz enderezó la cabeza invadida de fábulas y proverbios, al mismo tiempo que golpeaba la carta con sus dedos en forma escalonada. Pudo avergonzar al hijo; sin embargo, desistió, no queriendo herirlo delante de la familia, en particular de Yamile, quien podría sentirse autorizada después para sobrepasar la autoridad marital. “Está bien, está bien; que no suceda otra vez”, habló de un modo conciliatorio. La Nativa Guaraní le apretó la mano que tenía puesta sobre la rodilla por debajo de la mesa, y Aziz recordó las muchas ocasiones en que ella, con ese mismo gesto, le había demostrado su apoyo en la adversidad.

Aziz, que ya había bebido su copita de árak y el café, se levantó de la mesa para irse a acostar; en ese momento sintió un súbito mareo, al punto que si no se hubiera afirmado en la mesa, habría caído al suelo. Yvotyropea lo alcanzó a sujetar por la cintura, mientras Amín y Soraya corrían a ayudar. Chafik no atinó a nada; estaba como adormecido, sin una pizca de voluntad para recurrir en auxilio de alguien. Nadia y Jazmín iban de un sitio a otro, preguntando casi a gritos si había que llamar al médico. Más molesta por la acción de Chafik, que preocupada por el repentino malestar de su suegro, Yamile recordaba sus tiempos de soltera.

“Es mejor llamar al médico”, sugirió Amín, al observar que su padre, aún de pie, mantenía los ojos cerrados y nada respondía a las muchas veces que la Nativa Guaraní le preguntó si se sentía mal. “No es nada, no es nada”, dijo al fin, y volvió a sentarse a la cabecera de la mesa. “Vamos a llamar al médico”, le susurró al oído Yvotyropea, de un modo tierno para que Aziz aceptara sin chistar; de no ser así, se iba a enfurecer, a gritar que sólo sufría un simple vahído y que todos exageraban, porque siempre tenían la mente puesta en las desgracias.

Al mirar Aziz a la Nativa Guaraní, descubrió en sus ojos la misma tristeza que vio en el ya lejano día en que llevó a Afife a su casa. En esa mirada antigua como en la de ahora, estaba resumido el acatamiento a su condición de mujer apegada a las tradiciones. Afife, no lo dudaba, le habría dicho lo mismo, usando idéntico tono dulce de voz. Para demostrar que se encontraba bien, intentó alzarse de la silla, pero una nueva sensación de desvanecimiento se lo impidió. “Descanse un rato, papá, y luego lo llevaremos a la cama”, dijo Chafik, aproximándose. Aziz levantó la cabeza y aspiró una bocanada inmensa de aire, tratando de recuperar el dominio de su cuerpo, al sentir fofo el cuello y blandas las extremidades. ¿Se trataba de su fin, o sólo de una advertencia severa, el aviso que suele enviar la muerte a quien tiene ya sentenciado? Miró a su alrededor, y la ausencia de Said le dolió como si el hijo estuviese muerto. ¿Volvería a ver a su pequeño Said, que se extasiaba mirando las noches en procura de mundos lejanos? De sus cinco hijos siempre fue el más rebelde, el único soñador, pero, aún así, lo amaba porque veía en él una inquebrantable disposición a rechazar las injusticias, una prolongación de él mismo en aquella época de triste buhonero, o cuando vivía en Palestina bajo la dominación turca.

Llevado Aziz a su cama, lo venció un sueño urgente. Despertó cerca de la medianoche, al sentir que alguien le descubría el pecho como quien busca una cicatriz antigua, para ponerle ahí un objeto helado. Yvotyropea lo miraba con ojos dóciles. Se tranquilizó, aunque el hombre que estaba casi encima de él (quizás se trataba del médico), parecía dispuesto a alterar su sueño. “Es el médico, querido”, le advirtió la Nativa Guaraní, acercándose a su oído. Sólo entonces Aziz aceptó que el extraño le recorriera con su estetoscopio el pecho, la espalda, y le diese golpecitos con los dedos en el vientre.

Jamás había confiado en matasanos o curanderos, aunque en una ocasión recurrió a un hechicero guaraní, cuando le aparecieron verrugas en las manos. Si su padre estaba congestionado, iba donde el barbero del pueblo, quien le provocaba una sangría cortándole el lóbulo de la oreja. En una oportunidad vio cómo un tío se quemaba él mismo los brazos con fuego, para aliviarse de un dolor a los huesos.

Al concluir el examen de Aziz, el médico llamó aparte a la Nativa Guaraní. Ambos conversaron varios minutos, mientras el enfermo, de cara a la ventana entreabierta, se deleitaba con la noche y trataba de distinguir los aromas a flores que de manera intermitente penetraban a la habitación. “Vendré en dos días más a verlo”, concluyó el doctor. Antes de marcharse escribió en un papel la receta y se la entregó a la mujer. Aziz movió la cabeza para desaprobador todo aquello; él estaba más sano que nunca, se defendió; un vahído le parecía asunto corriente, nada digno de producir alarma; todos los de su familia exageraban, con el único propósito de quitarle el consumo de café, de árak, del cigarrillo que se fumaba después de las comidas, o las pitadas en el narguile, cuando trataba de impresionar a sus invitados.

Cerca de las seis de la mañana —Yvotyropea ya se había levantado— Aziz quiso ir al baño a orinar y no pudo; a tientas buscó la bacinica debajo del catre, pero no la halló; quizás la confabulación familiar se extendía al hecho de haberle escondido el orinal; y como su apremio se hizo incontenible, se orinó en la cama. Al sentir la tibieza húmeda de sus propios meados, experiencia genuina de la niñez, se asustó. El inesperado contratiempo lo impulsó a imaginar cosas estrafalarias: que de verdad estaba enfermo de cuidado, que el orinarse despierto en la cama constituía un antecedente grave. “Parezco un bebé”, se lamentó, mientras intentaba alejarse del sector mojado del lecho.

A duras penas ocupó el sitio seco, ya helado, donde hacía algunos minutos estuviera la Nativa Guaraní. No acostumbraba a desplazarse hacia ese territorio, puesto que él prefería atraer a la mujer hacia el suyo cuando deseaba amarla o hacerle confidencias. Desde ese punto la pieza parecía distinta; al alejarse de la ventana, disminuía la porción de cielo y ya no lograba ver las plantas del jardín, parte de la noria y el fondo de la casa. De un modo casual descubrió lo diferente que resultaba un sitio visto desde otro ángulo, como si alguien hubiese cambiado de emplazamiento los objetos de la pieza, poniendo allá lo que estaba aquí y viceversa. La presencia de Yvotyropea lo sacó de sus reflexiones. Sin notarlo, había ingresado a la habitación con una bandeja donde llevaba el desayuno. Aziz hizo un ademán de hastío a su amada pétalos de flor, que podía significar “no deseo tomar nada”, o “quiero estar solo”.

La Nativa Guaraní dejó el desayuno sobre el velador y salió en puntillas de la pieza, aunque por el fuerte olor a orina adivinó el percance que había ocurrido, pero comprendió lo bueno que era silenciarlo. Cerca de las nueve de la mañana,

Chafik se encaminó a la botica de Isidora Gómez para hacer despachar la receta que llevaba en el bolsillo. Dudaba de encontrar a la mujer en su negocio a esa hora, más propicia para que su amigo Zangezur Melkonian le refiriera sus propias historias del oriente. La viuda ya estaba allí junto a sus dos hijos, atareados en ordenar las estanterías.

“¿Quién está enfermo?”, indagó Isidora al ver la receta. Chafik, luego de mirarla a los ojos de pájaro —esos ojos donde se agolpaban los secretos y deseos insatisfechos—, estuvo en un tris de decirle que él padecía del corazón por causa de ella; pero estimando que tal atrevimiento podía perjudicar sus acciones futuras, dijo la verdad. Isidora Gómez levantó las cejas, sorprendida por la noticia, y en silencio despachó la receta.

Al salir a la calle, Chafik vio el Lincoln de Zangezur Melkonian aproximarse con lentitud hacia la botica.

\*\*\*

Diez días estuvo Aziz metido en la cama, por orden del médico. Ese tiempo fue para él una interminable tortura; se quejaba de la aspereza de las sábanas; de la suciedad de la colcha; de lo blando de la almohada. No soportaba el ruido exterior, el bullicio alborotado de sus nietos, los ladridos de los perros propios y ajenos, el pitazo lejano de los barcos, la rebujina de las olas durante la noche, que parecía arbitraria en medio del silencio. “Esos ruidos me van a matar”, repetía, a punto de saltar de la cama y sacudirse esa pasividad propia de viejos mercaderes. “Mujer, mujer —gritaba para alertar a todos, no bien despertados en las mañanas—, o me cambian de cama o tendré que irme a dormir al muelle”. La Nativa Guaraní y sus hijas Nadia y Jazmín corrían solícitas, pendientes de atender al vuelo a Aziz, cuyas manías de lecho

proliferaban como plantas tropicales. “¿Y dónde se han ido a meter Chafik y Amín?”, indagaba a todas horas, molesto porque sus hijos varones no pasaban a cada instante por su pieza para hacerle consultas, o a contarle las novedades del comercio.

No bien se cerraba la tienda al atardecer, aparecía el médico cargando su maletín negro y sus aires de predicador puritano, cosa que enardecía a Aziz; el facultativo investigaba con circunspecta minuciosidad todo cuanto había hecho el enfermo durante el día; cómo habían sido las deposiciones, el color de la orina, los sólidos y líquidos que había ingerido y otras intimidades, para en seguida amonestarlo o instruirlo como a un penitente. Al quinto día de postración, Aziz quería ya enviar al mismísimo demonio a ese sabiondo entrometido.

“Doctor, no soy un ignorante”, le dijo al médico un día en que éste le pidió que leyera el diario para examinarle la vista. Aziz se limitó a mover la cabeza al enfrentar el texto con sus ojos incultos, las letras (distinguía unas cuantas) ordenadas en largas e interminables líneas. “Disculpe, no sé leer”, dijo al fin, luego de intentar reconocer algunas letras, sobre todo las vocales; años atrás, había tratado de aprendérselas, estimulado por su hija Nadia, quien en ese tiempo, hacía lo mismo en un silabario. “No sé si es bueno aprender a leer y escribir a esta edad, se defendía Aziz, convencido que su mundo de analfabeto poseía una dimensión más perceptiva y penetrante, pues lo obligaba a observar mejor cuanto lo rodeaba. Tenía una memoria visual y auditiva prodigiosa; en menos de un mes de habérselo propuesto, conocía todas las calles de Iquique por su nombre y le bastaba oír el de una persona y verla una vez para no olvidarlo. A menudo sus hijos recurrían a él para que les resolviera una operación matemática; restaba, sumaba, multiplicaba y dividía

valiéndose de cálculos mentales de su exclusiva invención.

Cierta vez apareció un chino en su tienda, dueño de la carnicería “La Flor del Barrio”, portando un ábaco ennegrecido por el sebo, y lo desafió a probar quien obtenía con más rapidez el resultado de una multiplicación de dos cifras, propuesta por cualquiera de las personas que pasaban por la calle. Le habían informado que el “turco” Magdalani tenía una máquina de calcular en la cabeza. Aziz se perturbó al ver el bastidor rectangular y las cuentas ensartadas en diez varillas paralelas, instrumento con el cual pretendía humillarlo el temerario chino. Ante la alharaca callejera desplegada por el carnicero, empezó a reunirse gente a la puerta de la tienda de los Magdalani, sin entender Aziz si el chino quería demostrar las bondades de su ábaco, hacer propaganda a su carnicería o sostener un duelo leal. “Está bien”, replicó Aziz, al ver el amontonamiento de curiosos que pujaban para presenciar la contienda.

El chino y el árabe tuvieron que subirse encima del mostrador, atendiendo a las exigencias de los concurrentes que presenciaban el singular desafío. Alguien levantó un dedo y preguntó si podía proponer una multiplicación simple para iniciar el enfrentamiento. “Sea”, dijo el chino, y acomodó el ábaco. Aziz cerró los ojos, para concentrarse mejor. “¿Cuánto es 18 por 35?” Antes de mover el chino la segunda cuenta, Aziz interrumpió su cálculo: “630”. “Correcto”, gritó segundos después un hombre que por iniciativa propia había hecho los cálculos con lápiz y papel. “¿Y cuánto es —dijo una mujer gordita y sonrosada— 44 por 88?” Al mover el chino la tercera cuenta de su ábaco, ya Aziz tenía el resultado en la punta de la lengua. “3.872”. “Correcto”, volvió a gritar el mismo hombre, ante el asombro de la concurrencia y la desesperación del chino, quien estaba a punto de convencerse de las limitaciones del

ábaco, o de que el árabe poseía facultades inauditas entre el género humano.

Este acontecimiento lo cubrió de fama. A partir de aquel día, los niños de las escuelas pasaban por su tienda a rogarle que los ayudase a hacer las tareas de aritmética. Detrás del mostrador, los miraba enternecido y accedía a sus ruegos, aunque no con demasiada liberalidad, pues temía que se engolosinaran y por ende dejaran de interesarse por los estudios matemáticos. Otros no tan niños también le hacían consultas, llevándole sus libros de contabilidad, o bien, sus sucias libretas de almacén donde aparecían anotadas sus compras, para que les dijese si las cuentas estaban bien o no.

“Mañana, don Aziz, se puede levantar”. Le dijo una tarde el médico, en cuanto le examinó la espalda y el pecho, el fondo de los ojos y la orina, depositada en una botellita de las muchas que guardaba Nadia en el cuarto de los trastos viejos, donde la niña creía que tenía encerrados a los genios malignos de los cuentos árabes. Para celebrar la mejoría de Aziz, la Nativa Guaraní le preparó una comida especial —ensalada de pepinos con laban, pollo relleno y guiso de berenjenas—; aunque ni por asomo debían usarse la sal y las materias grasas.

“O usted, don Aziz, se atiene a la dieta prescrita, o muy pronto le cantaremos el réquiem”, sentenció el médico, a la par que levantaba el índice y lo sacudía amenazante. A Aziz esa última tiranía lo enfureció. ¿Acaso iba a terminar sus días transformado en un infeliz asceta? Nunca había amado la virtud de la templanza. ¿Por qué ahora, cuando la existencia iba cuesta arriba, debía privarse de sus encantos y pequeños placeres, a cambio de unos miserables años más de vida?

Cierta noche —meses antes de emigrar— soñó que

diezmaba una columna de soldados turcos montados en caballos alados de color azul, revoleando un alfanje de brillo generoso, que tenía el mágico poder de cercenarles el cuello a los jinetes al despedir un haz enceguecedor de luz plateada. “Ve a consultar al descifrador de sueños”, le aconsejó su padre, tan pronto como Aziz le hubo referido su visión nocturna. Ese mismo día, el joven se dirigió a la casa del augur, a quien los del pueblo tenían por infalible. El hombre —se trataba de un viejo ciego como la codicia—, tomó de las manos a Aziz, y entre muchas otras cosas le dijo que pronto viajaría hasta más allá de los grandes mares —de donde no iba a retornar—, que enviudaría y un varón de su simiente traicionaría su estirpe.

A la semana de haber sanado, Aziz consideró cumplido el plazo prescrito por el médico, y quebró su régimen, si bien ya antes, a escondidas, le ponía sal a los guisos y se ocultaba para beber árak, café, y darle unas chupaditas al narguile. Sabedora Yvotyropea de tales infracciones, fingía ignorarlas. ¿Cómo privar de esos mínimos agrados al hombre a quien amaba por encima de su vida? Poco a poco fue cediendo a su recuperada voracidad, prodigándole una a una las delicias de su infinita repostería. Ahí aparecieron las castañas e higos bañados en almíbar; las galletas crujientes; el perfume de la harina tostada; el cardamomo para el café; de las especias traídas de regiones remotas, entre ellas el anís y la vainilla, cuyo olor le trastornaba los sentidos al viejo buhonero y le regocijaba la imaginación, al recordar que habían sido los mercaderes árabes quienes las habían introducido en Europa.

Una mañana, luego de engullir un contundente desayuno, salió a eructar al patio. Aunque sentía una enorme pesadez en el estómago, tuvo ánimo para hacer una caminata hasta el fondo de la casa. En ese sitio sus nietos

Chucré, Bachir, Miriam y el pequeño Felipe, único hijo de Amín y Soraya, solían frecuentar para construir palacios de barro provistos de almenas y cúpulas, donde vivían rodeados de sus concubinas los viejos califas de las historias que les narraban sus abuelos. A los niños, los cuentos de Las Mil y Una Noches les quitaban el sueño, les desenfrenaban la imaginación, entonces se quedaban tardes enteras absortos en sus fantasías constructoras, descuidando las tareas de la escuela.

A Yamile le desagradaba que en las noches sus hijos se fueran a instalar en la cocina a escuchar, de labios de la Nativa Guaraní, esas narraciones perturbadoras; le inquietaba el ascendiente que la concubina de su suegro ejercía sobre los niños, quienes la llamaban “mamá de la cocina” y a ella, “mamá” a secas. “¿No sería mejor que a tu madrastra— le proponía a menudo Yamile a Chafik— le dijese nana, o por último señora?” “Ella no es mi madrastra”, se defendía Chafik, y agregaba que si los niños querían decirle “mamá de la cocina” le parecía justo, lo menos que se merece esa mujer sacrificada.

Durante varios minutos Aziz estuvo contemplando los palacios orientales de sus nietos, construcciones rebuscadas en las que se advertía más el capricho infantil que el conocimiento acerca de su verdadera arquitectura. Pese a ello, las miniaturas cautivaban por la profusión de adornos y la diversidad de materiales empleados; cuanto objeto encontraban en sus correrías, lo incorporaban a la construcción; así, había botellas por columnas, latas vacías de conservas simulando almenas o alminares, palitos de fósforos por rejas; con los pedazos de género que recogían de la tienda habían confeccionado las banderas, los pendones y el vestuario de los personajes, cuyos esqueletos estaban hechos de alambre.

Al contemplar el alarde imaginativo de sus nietos, Aziz no pudo retener una exclamación de asombro; ellos, sin conocer los países árabes, habían recreado el mundo lejano de sus antepasados, las exuberancias de su arquitectura sensual, el colorido vestuario de príncipes y mercaderes, toda la atmósfera de encantamiento y misterio del oriente. Cualquiera se habría maravillado al ver esas diminutas reproducciones, las cuales parecía que de súbito podían adquirir el tamaño normal, al más leve soplo o al menor gesto de la mano.

Nadia se sorprendió al presenciar, en los instantes en que se asomaba por una ventana de la pieza de los trastos viejos —examinaba su colección de botellas, en las cuales permanecían encerrados los genios malignos—, cómo su padre hacía una serie de gestos con las manos. En tanto, soplaba una y otra vez sobre las construcciones de barro, mientras salmodiaba palabras en árabe en voz alta, muchas de las cuales resultaban nuevas para ella. ¿Acaso bromeaba, o se trataba de una manera de hacer magia para librarse de su enfermedad, de los espíritus malignos que se la habían provocado? En tal caso, se quedó unos instantes más para atisbar mejor la rara conducta de su progenitor. ¿Y si el exceso de cama le había dañado la cabeza, como le había acontecido hacía un año al vecino de enfrente? Temerosa que su padre la descubriese en actitud de acechanza, se ocultó invadida de malos presagios. ¿Y si llamaba a la Nativa Guaraní, para que con sus propios ojos se impusiera de lo que sucedía? Se encaminó hacia la cocina, donde encontró a su madrastra dedicada a lavar tripas de cordero.

En exceso concentrada en su labor culinaria, Yvotyropea atendió a medias la información de Nadia, quien le insistía en que su padre necesitaba guardar cama por un tiempo más. “¿Quién?”, dijo la Nativa Guaraní, cuyos ojos aún

conservaban la vivacidad de aquellos lejanos días en que Aziz le propuso vivir juntos en la canoa donde él transportaba sus chucherías y cuanta prenda de vestir solicitaban las mozas de Irapobó. Ella miró al extraño que le hacía ese ofrecimiento desusado, ofensivo para una virgen, en un castellano enrevesado y hasta cómico, y se sonrojó como la pulpa de una sandía. “En otra oportunidad, paisano”, se atrevió a responder al cabo de unos minutos, cuando el buhonero le mostraba unos espejitos montados en láminas de cobre para que la joven contemplara allí su belleza.

Cumplido un mes, regresó Aziz, más locuaz e insolente aún, y dispuesto a cualquier cosa si la Nativa Guaraní se negaba a acompañarlo. “He navegado el Paraguay desde Corrientes hasta aquí para mirar tu carita de luna y saber si te marcharás conmigo”. “¿Y si me niego?”, se atrevió ella, casi sin poder sujetar en su pecho el corazón atolondrado, que se le escapaba por los ojos y le hacía temblar las manos, como si estuviese frente a un genio de la noche. No supo cómo se embarcó esa tarde, cuando el cielo parecía estar en llamas.

“¿Quién está enfermo?”, repitió Yvotyropea, mientras ponía las tripas de cordero en un cedazo para que destilaran. “Acabo de ver a mi papá en el fondo del patio haciendo unos gestos muy extraños; movía las manos y soplabá; parece que tiene delirio, mamá”. La Nativa Guaraní sonrió de un modo dulce, lo mismo que si escuchara los secretos que le decía Aziz al oído. “Para él, hijita, eso es un juego”.

Poco después apareció Aziz en la cocina, seguido por Chafik. Discutían quién de ellos iría a la botica a comprar los medicamentos y quién abriría la tienda, puesto que ambos deseaban salir a dar un paseo. Al fin Chafik argumentó que el medicamento que requería su padre sólo podía encontrarse en una farmacia lejana a la casa, y que la

caminata le iba a producir una fatiga innecesaria en vez de recrearlo. Aunque Aziz quería darse una vuelta por la ciudad para descubrirle nuevas atracciones, aceptó a regañadientes los razonamientos de su hijo, si bien por instinto se negaba a aceptar cualquier consejo que proviniese de algún miembro de la familia.

Vencida la resistencia de su padre, Chafik salió a escape rumbo a la botica de Isidora Gómez, a quien había divisado un domingo en la plaza acompañada de sus hijos. En esa ocasión le hizo desde lejos una venia ceremoniosa; pretendía despertar su admiración haciendo gala de refinados modales. Mientras caminaba, sentía crecer el fuego de sus ansias de macho, ganas irresistibles de correr al encuentro de la viuda, quien una noche se le presentó en sueños ataviada con ropas negras y perfumadas, como si recién se hubiera cubierto, luego de darse un baño reparador.

Durante el trayecto discurría que, si Zangezour Melkonian vivía en otra ciudad, y por añadidura estaba casado, no tenía razones de peso para enojarse por las relaciones que a espaldas suyas Isidora y él pudieran establecer, a modo de escapar de la monotonía pueblerina. Sus únicos pasatiempos eran ir al club radical a jugar un rato a las cartas, o de escapadita a beberse unos tragos al bar de Gustavo Becerra. Cada dos o tres meses llevaba a Yamile al cine, si se exhibía alguna película de Ronald Colman, pues a la mujer le encantaba el actor inglés, a quien consideraba parecido a su novio Farid.

Llegó a la farmacia cuando un dependiente ayudaba a Isidora a abrir los candados de la puerta de madera de dos hojas, y retirar el rótulo donde se señalaba el horario de atención. “Tan temprano por aquí”, le dijo Isidora, alargándole la mano, una mano suave, débil como pájaro herido, que Chafik apenas le apretó. “Vengo por

medicamentos para mi padre”, se excusó y avanzó dos pasos para situarse casi encima de la mujer. “¿Trajo usted la receta?” Chafik empezó a buscarla en los bolsillos del pantalón, de la chaqueta, y en otros lugares inapropiados para guardar un papel.

Se palpaba el cuerpo desde el pecho hasta las rodillas, molesto por haber olvidado algo tan importante. “Llame por teléfono a su casa; quizá la receta esté allá”. Refunfuñando, cogió el auricular e hizo girar la manivela con todos sus ímpetus, hasta sentir dolor en los dedos. Un minuto después logró comunicarse con su padre, quien envió a Amín a la botica portando la receta. Al ver Amín a Isidora, captó al vuelo que su hermano estaba chalado por ella; los ojos de Chafik navegaban en medio de una tempestad marina, y su expresión de embobamiento resultaba casi risible.

Mientras regresaban a la tienda, Chafik le preguntó a su hermano, aunque sabía que sólo pensaba en la dulce Soraya, si le había gustado Isidora Gómez, y si sería capaz de cercenarse el dedo meñique por amarla una noche. “Puede que esa mujer valga más que un dedo, pero yo no sacrificaría ni una uña”, aseguró Amín.

Lo que omitió decir Chafik a su hermano fue que, antes que éste llegara, había acordado reunirse esa misma noche con la viuda en su casa, a eso de las diez. Zafarse de Yamile no parecía asunto difícil; más temía a su padre y a la Nativa Guaraní. Aziz se enfurecía cada vez que lo veía ir a jugar a las cartas al club, y su madrastra fruncía el ceño, pues luego del club los amigos lo arrastraban a los prostíbulos del puerto. “Uno de estos días —recriminaba Aziz— vas a perder hasta la camisa, y no tendremos cómo pagar”. Chafik se defendía argumentando que jugaba cantidades ínfimas, sólo para distraerse; al fin y al cabo se sentía hombre, y eso de permanecer todas las noches en casa es propio de maricas.

“No trabajo todo el día —machacaba—, para quedarme a ver cómo zurcen calcetines las mujeres”.

Esa noche, después de comer, acompañó a Yamile hasta el dormitorio. Esta parecía haberse percatado de su exaltación, aunque nada dijo. Minutos después, ella misma le sugirió que fuese al club, porque lo veía tenso; se paseaba por la habitación, cogiendo objetos y volviendo a dejarlos en su lugar. “No había pensado ir al club, pero me servirá para calmar los nervios”, dijo, y se despidió con un gesto. Pasó en puntillas ante la puerta del dormitorio de sus padres. A zancadas devoró la distancia entre su casa y la de la viuda, haciendo los últimos metros a la carrera. Debió aguardar unos minutos en la entrada, pues el corazón le batía a rebato en el pecho. A esa hora la calle estaba casi desierta; sólo se veía pasar algunas parejas abrazadas, rumbo al puerto. Una de éstas se afirmó en la pared de la casa de enfrente, y se dedicaron a besarse. Esto animó a Chafik a golpear la puerta, si bien en forma discreta. De nuevo se le agitó el corazón, al escuchar leves pasos en el interior.

Deslumbrante como nunca, la viuda parecía una pintura al óleo metida en el marco espléndido de la puerta. Chafik se turbó. Ella, con un gesto cordial y de mejor anfitriona, se hizo a un lado para allanarle el ingreso a la casa. No hubo necesidad de palabras; la elocuencia del silencio servía de maravillas para producir la intimidad oportuna. Al aproximarse Chafik a Isidora, lo envolvió un perfume suave a jazmín, que ella ponía en el agua de la bañera, junto con sales aromáticas, cuando se bañaba en las tardes, luego de permanecer en la botica expuesta a los olores de infinidad de medicamentos pestilentes. Como una manera de agradar a la mujer, aspiró el aire a su alrededor e hizo un gesto como si estuviese ebrio. Ella lo cogió de la mano y lo arrastró hasta una salita contigua.

En la penumbra de la habitación, Chafik se dejó conducir hacia unos cojines de plumas dispersos en el suelo, donde por último se sentaron. Junto a la pareja había una mesita en la que se apreciaban numerosos entremeses puestos en platillos, dos vasos, jarras con ambrosía y un licor de naranjas mandarinas, inventado por el difunto boticario una tarde otoñal, para deslumbrar a su concubina.

Se sentaron muy juntos. Isidora estiró su brazo albo para coger una aceituna y ponerla en los labios del hombre; después fue una almendra salada, luego un trozo de queso de cabra, pepinillos encurtidos, y así, hasta llegar al licor de mandarinas y por último, a las ambrosías. A través de la ventana entornada se filtraba el aire marino, creando atmósferas secretas.

¿Será el momento de besarla?, se planteó Chafik cuando ella, como por azar, le rozó con la nariz la mejilla. Primero le deslizó el brazo por la cintura y la atrajo con suavidad hacia sí. Acaso lo aconsejable era decirle un secreto al oído, aproximarse a su cuello desnudo de joyas y recorrerlo con el roce tenue de sus labios húmedos de licor. Eso y más aceptó Isidora, que aguardaba ansiosa, pero contenida, los desbordes de su nuevo amante. Al encontrar Chafik el camino expedito, sin prisa alcanzó sus labios con los suyos para beber allí el licor de la sorpresa.

Afuera el tiempo se deslizaba quedo. No, no (unos nones largos y suaves como susurros), repetía la Gómez, porque decir sí, sí, sugería descender a los niveles de una entrega vulgar, sin los pudores y resistencias propios de toda mujer educada, bajo las normas del decoro. No, no, insistió por última vez, ya que Chafik tuvo la habilidad como para cambiar el significado de esas negativas, transformándolas en dulce capitulación a sus irresistibles asaltos. Mientras la acariciaba con manos que ardían, le desabrochó cuanto

botón y hebilla le impedía transitar por otras calles secretas.

Todo parecía a punto. ¿Deberían amarse ahí, o la prudencia aconsejaba buscar las formas tradicionales del lecho? Trataba de dilucidarlo justo cuando Isidora se desprendió de él para ir a esconderse detrás de un biombo. Ante esa rareza, Chafik no sabía si perseguirla o aguardar lo que sucedería. Al fin decidió ir hasta donde se ocultaba la viuda, al ocurrírsele que quizás deseaba añadir nuevos atractivos a ese prólogo que ambos habían decidido recorrer sin prisa.

Encogida detrás del biombo cómplice, la Gómez se había desembarazado de todo cuanto cubría su última intimidad, anhelante por concluir esa aventura de una manera gloriosa. Al ver a Chafik, empezó a musitar su condición de niña, una niña ingenua y tonta, desprovista de toda experiencia en asuntos de amor.

Chafik se sacó las ropas a tirones; cuando arrojaba al aire la última prenda y tendía sus manos para atrapar ese cuerpo trémulo de promesas, Isidora corrió dando saltitos de liebre hacia los cojines, donde se dejó caer con arrullos de tórtola persuadida. Detrás se precipitó Chafik, y ambos lucharon unos segundos, hasta cruzar por fin los umbrales del placer.

Cerca de las tres de la madrugada, Chafik abandonó la casa de Isidora, deseoso de regresar en breve. ¿Con todos jugaba la viuda a las escondidas, a hacerse la ingenua? ¿O se le había ocurrido actuar así esa noche, por puro capricho? Cuando se despedían, ella le rogó que perdonara sus torpezas, todo cuanto lo hubiese contrariado. Nada se dijeron de un nuevo encuentro, pero entendieron que habría otros muchos.

Para no llegar de inmediato a casa, se detuvo unos

instantes en el club radical. Allí bebió una cerveza, mientras observaba a un grupo de amigos jugar al poker. Pasadas las cuatro, se desvestía junto a su lecho; al sacarse la camisa, las escenas de su reciente encuentro con Isidora se le representaron como si las viviese de nuevo. Yamile roncaba y parecía una cosa remota, inapropiada para servir de sustituta a la viuda. Se olfateó los brazos para sentir el aroma secreto de Isidora. ¿Había cumplido con eficiencia su primera noche de amante, llevando a la mujer más allá de las emociones a las que estaba acostumbrada?

Yamile dijo algo en sueños y metió la cabeza debajo de la almohada. Al pasarse Chafik la mano por el pecho, descubrió un cabello largo, suave como una hebra de seda; la presencia de Isidora estaba adherida a su cuerpo, disuelta en el aire de la habitación. Aunque el cansancio lo vencía, no lograba asir los tenues hilos del sueño. Fragmentos de situaciones inconclusas iban y venían en su pensamiento, impidiéndole tranquilizarse, o al menos mantener la cabeza en una misma posición en la almohada; la sentía dura en ciertas partes, demasiado blanda en otras. ¿Quién le había cambiado el relleno? De tanto buscar el sitio preciso para acomodar la cabeza, lo atrapó al fin, cuando parecía condenado a pasarse la noche en vela.

Despertó alrededor de las nueve. Sobre el velador encontró una bandeja con un vaso de leche fría, pan, mermelada y frutas; se quedó mirando el desayuno, y recordó las exquisiteces que le había ofrecido Isidora. De nuevo la magia de su cuerpo oloroso le penetraba los sentidos; estaba embriagado. Cogió el vaso de leche y, luego de examinarlo como a un cuerpo extraño, lo abandonó; el calor le había producido repugnancia. Ya se acercaba la hora de levantarse y se vistió sin prisa, como si fuese domingo.

En la tienda, durante toda la jornada, hizo su trabajo

a medias. De trecho en trecho se sentaba en una silla, no tardando en dar cabezadas, de las que se recuperaba sobresaltado. De reojo, Aziz lo miraba y movía la cabeza; seguro que la partida de cartas en el club radical había rematado en algún burdel del puerto. Pero ¿acaso no se manifestaban allí los viejos impulsos de su propia sangre, las impenitentes ansias de mujer de su juventud? Aunque un verdadero hombre no debía acostumbrarse a ir con prostitutas. Y esa parecía una de las debilidades de Chafik.

Esa noche, durante la sobremesa, momento en que se trataban los asuntos familiares, Aziz, luego de servirse el café, dijo que hacía dos días lo había visitado Marcos Kirfe, en una misión exploratoria, para comunicarle que su hijo Ismael deseaba casarse ese año con Nadia. Marcos Kirfe, palestino como ellos, y acaso el hombre más rico de Iquique, había huido a Chile hacía catorce años desde Honduras, cansado de vivir las zozobras de las guerras civiles, después de amasar una gran fortuna. En más de una ocasión Chafik había invitado a casa a Ismael, con quien solía jugar a las cartas en el club radical y de vez en cuando incursionar en prostíbulos. Se decía de él que mantenía a tres queridas, pero eso constituía una redonda exageración; el joven sólo estaba enredado con Rosalía Muñoz, la hija de un funcionario de la Caja de Ahorros.

Un tanto adormilado, Chafik dio un salto al escuchar la noticia; era casi un oprobio que su compañero de juergas, mujeriego por añadidura, proyectase desposar a su hermana. “Papá, no me parece un buen marido para Nadia”, dijo, mientras se secaba las manos en la servilleta. Nadia se puso a gimotear y a sonarse, para hacer más dramático su repudio a ese modo de descalificar a su pretendiente, a quien veía a escondidas. “¿Así hablas de tu amigo? ¿Acaso no fuiste tú quién lo trajo a casa?”, sollozó, a punto de abandonar el

comedor. Confundido por semejante argumento, Chafik inclinó la cabeza por unos segundos y replicó que, si bien consideraba a Ismael como su amigo, no por ello podía aceptarlo de inmediato en calidad de futuro cuñado; en todo caso, sería prudente esperar un tiempo, agregó, al descubrir que sus objeciones no encontraban apoyo alguno, pese a que todos conocían las andanzas de Ismael.

Cuando Aziz se acostaba, le dijo a la Nativa Guaraní un proverbio árabe sobre la conveniencia de desconfiar de los hombres santurriones, incapaces de matar una mosca o quebrar un huevo. “Prefiero los libertinos, mujer; en cuanto a Ismael, apenas se case se va a aquietar”.

A comienzos de 1939, mientras el vapor de bandera italiana “Giuseppe Verdi” permanecía anclado en el puerto de Iquique, Ismael Kirfe y Nadia Magdalani se casaron según el rito ortodoxo en la casa del novio. Asistieron a la boda por lo menos trescientos invitados, entre ellos el intendente de la provincia, el alcalde de la ciudad, comerciantes prósperos y todos los árabes, muchos de los cuales vestían sus túnicas, babuchas y turbantes luminosos. Como Ismael era el primogénito, Marcos Kirfe quiso ofrecer una fiesta de campanillas. Hizo traer de Santiago los trajes de los novios en enormes cajas, al cura ortodoxo y al cantante judío, nacido en Siria, Azur Chamy, acompañado de seis músicos, quienes llegaron procedentes de Valparaíso en el vapor italiano, que debió alterar su ruta para que desembarcaran los 85 invitados santiaguinos y de otras regiones del sur.

Tres días con sus noches duró la fiesta matrimonial, que conmocionó a la tranquila ciudad. Azur Chamy arrancó a su laúd vertiginoso, apoyado por la sonoridad opaca del tubbale, la agudeza del argul, la generosidad melódica del canún, el quejumbroso violín, el golpeteo acompasado de la pandereta y el deleitoso chubbabe, las melodías agridulces

de su tierra. La orquesta árabe, al decir de los invitados, hizo bailar hasta a los tullidos de nacimiento.

Durante todo ese tiempo estuvo reunida frente a la casa de los Kirfe una turba de curiosos, a los que se les servía de comer y beber sin límite; de esta manera, el opulento comerciante les manifestaba su reconocimiento por haber llegado hasta allí para avivar a los novios. Los canastillos de flores cubrían los patios y hasta el techo de la casa, pues no había ya sitio donde dejarlos. En cuanto a los regalos, debido a su gran diversidad, deslumbraron a todos. Acaso los que produjeron mayor conmoción fueron una enorme radio Telefunken y un refrigerador, artefactos casi desconocidos en Iquique, obsequiados a los novios por una familia palestina de Santiago, que los llevó al norte en el "Giuseppe Verdi".

218

Una semana antes de la boda, Marcos Kirfe envió a uno de sus hijos a recorrer en camión la provincia de Tarapacá, para comprar corderos, gallinas, cabritos, berenjenas y hortalizas exóticas, pues deseaba ofrecer a sus invitados toda la magia y sensualidad de la cocina árabe. Previsor, alquiló el mejor hotel de Iquique para alojar allí a sus invitados de fuera de la ciudad; pero debido a la capacidad insuficiente del establecimiento, hizo colocar en el suelo de las habitaciones de su casa todos los colchones y frazadas disponibles de su tienda. Durante las tres noches que duró la fiesta durmieron allí treinta y cuatro personas, incluyendo al cura ortodoxo y al cantante judío. Los acomodó en su pieza, por deferencia, aun cuando el cantante apenas pegó el ojo en esas tres noches, debido a los ronquidos del cura ortodoxo, cuyas barbas frondosas y blancas se estremecían en su pecho, mientras resoplaba como una locomotora a todo vapor.

En la madrugada del sábado, segundo día de la fiesta,

embarcaron los novios en el buque italiano rumbo a Honduras, invitados a pasar tres meses de luna de miel en ese país por un hermano de Marcos Kirfe, dueño de una hacienda bananera.

Si bien Chafik hasta última hora se había mostrado renuente al matrimonio, al fin aceptó. Y como una manera de expresar su regocijo, verdadero o falso, le solicitó a un amigo aviador que el día de la boda escribiese en el cielo de Iquique: “Felicidades Ismael y Nadia”, con el humo de su aeroplano. Días antes del himeneo, en una de sus regulares visitas a Isidora Gómez, ésta le refirió en carácter confidencial, que Marcos Kirfe había estado rescatando en secreto una serie de pagarés de Aziz, para destruirlos.

Concluidas las fiestas, una vez que la tranquilidad regresó a Iquique, Chafik contó una noche a su padre, en la soledad de la sobremesa, la confidencia de la Gómez, si bien la atribuyó a un amigo del club. Aziz levantó la cabeza —en esos instantes bebía café—, y a sus ojos allegó lágrimas de varón agradecido.

\*\*\*

Una mañana, Aziz Magdalani bebía su café de costumbre en la tienda, sentado en una silla al final del mostrador, cuando escuchó en la calle el bullicio de un gallinero a la hora del antojo del gallo. “Quizás se trate de un incendio”, pensó, y le dijo a Amín que se asomara. Junto a la tienda de los Magdalani la gente se aglomeraba alrededor de un niño que vendía diarios, disputándose los ejemplares. A duras penas, Amín logró hacerse de uno, y entró en la tienda con el diario desplegado, el cual, en grandes titulares, informaba de la invasión de Polonia por los ejércitos del Tercer Reich. “Otra guerra”, se acongojó Aziz, al escuchar de boca de

su hijo la escueta noticia. Como si el tiempo no hubiese avanzado, recordó el comienzo de la guerra del Chaco, cuando uno de sus hijos entró alborotado a la tienda para contar a gritos que había estallado la guerra con Paraguay.

Sobrecogido por la noticia, bebió en ceñudo silencio los restos del café. No hacía una semana que su hija Nadia, ya de regreso de Honduras, le había anunciado que estaba encinta. La Nativa Guaraní le palpó el vientre y aun cuando se trataba de un embarazo prematuro, se atrevió a pronosticar que Nadia tendría un varón. Marcos Kirfe había prometido que si eso ocurría haría otra gran fiesta para celebrar el nacimiento de su primer nieto. De nuevo pensaba traer a Iquique al cura ortodoxo, al cantante Azur Chamy y su orquesta, e invitar a los mismos personajes que habían asistido al matrimonio.

Feliz por la predicción de Yvotyropea, Nadia empezó a tejer un ajuar de color celeste, y se mostró complacida cuando su cuñada Soraya prometió bordarle las sábanas de la cuna.

“Otra guerra”, pensó Aziz Magdalani, y sintió deseos de salir a caminar. Cuando comenzaba a alzarse de la silla, sonó el teléfono, que fue atendido por Chafik. “Papá, es don Marcos Kirfe”. Más asustado aún que Aziz por la noticia, Kirfe le manifestó a su consuegro que esa guerra iba a causar un grave daño a su negocio, pues no veía cómo podían continuar llegando las mercancías de ultramar. “Aziz, véngase a tomar café conmigo”, dijo al final.

En la tienda de Marcos Kirfe reinaba gran confusión, porque estaba en la misma plaza, junto al diario “Cavanca”, adonde llegaba cada vez más gente para adquirir el diario, o leer las noticias en una pizarra gigante apoyada en uno de los ventanales del edificio. Aziz se detuvo frente a la pizarra, donde aparecían anunciados con tiza blanca los principales

sucesos acaecidos en el Viejo Mundo durante las últimas horas. Desde el interior surgieron un joven con una escala de tijera, que instaló ante la pizarra, y un hombre de gafas y cabellera revuelta, con muchos pelos que le caían sobre los ojos, quien se subió a borrarla, para escribir nuevas noticias de la incipiente guerra. En segundos, la acera y la calzada se llenaron de curiosos que seguían alélados, al ritmo de lo escrito por el hombre de las gafas, las reacciones de las potencias europeas.

Sin entender ni jota de los signos que anotaba el escriba, Aziz se puso a observar el movimiento de su mano empolvada de tiza y sus esfuerzos por mantener el equilibrio arriba de la escala, mientras leía las noticias en un trozo de papel y las traspasaba a la pizarra. Aburrido de esa contemplación que no le proporcionaba pista alguna para descifrar aquellos trazos, se aproximó a un joven de tez oscura y ojos brillantes para escucharlo, pues leía a tranco lento las noticias en voz baja.

Quienes estaban más lejos, en medio de la calle, pugnaban por colocarse donde pudieran leer con cierta facilidad. Aziz estiraba el cogote para mirar por encima de las cabezas, por si veía a algún conocido. Después de algunos minutos decidió ingresar a la tienda de Marcos Kirfe, bloqueada por mirones que luego de leer las noticias formaban corrillos para discutirlos. Como pudo, se hizo el hueco justo entre los acalorados polemistas y se introdujo en el local, donde Marcos Kirfe, sentado en el mostrador, levantaba y bajaba las piernas de manera alternada, acaso para evitar que se le adormeciesen. No bien apareció Aziz, se bajó del mostrador para ir a recibir a su consuegro en la misma entrada, con los brazos en alto. “Es una tragedia, Aziz; una tragedia enorme. No sé si esta guerra va a ser nuestra ruina”, le dijo en árabe. Lo cogió enseguida de un brazo y lo llevó a su

oficina, donde su hijo Ismael revisaba papeles archivados en una carpeta. El joven se levantó con presteza para saludar a su suegro. “Tráenos café, hijo”, le pidió Marcos, mientras con un gesto le indicaba a Aziz que se sentara.

Acodados en el escritorio, frente a frente, los árabes se miraron en silencio. Parecía no haber palabras que pudieran aliviar esa hora ingrata. Kirfe se puso de pronto a golpear la superficie del escritorio con la punta del dedo índice. “Va a ser una guerra larga, compadre”. Analfabeto en su propia lengua, —había aprendido a leer y escribir en castellano al cabo de dos años de haber llegado a Honduras—, acostumbraba, sin embargo, a leer cuanto libro caía en sus manos, prestado o adquirido en la librería que había al frente de su tienda.

Aziz miró el suelo, donde no existía ni el menor indicio que le permitiera encontrar una respuesta a la afirmación de su paisano. Hacía ocho años que su amigo Gumercindo Serrano le había dicho en Cochabamba, al iniciarse la guerra del Chaco, que esa guerra iba a ser larga y encarnizada, y así había ocurrido. Tanto Marcos Kirfe como el profesor Gumercindo Serrano se destacaban por ser educados; él, en cambio, se limitaba a escuchar las opiniones, a disimular su condición de analfabeto a través de fábulas reiteradas y malabarismos matemáticos, destrezas que trataba de exhibir a cada momento, sobre todo cuando se sentía en desventaja y los apremios de la realidad no le permitían entregarse a las ensoñaciones.

Meditabundos, bebieron café, y luego, árak, para estimular el apetito, pues se aproximaba la hora de almuerzo. Marcos ordenó al segundo de sus hijos que fuese hasta la casa en automóvil. “Avisa a tu madre que iré a almorzar con mi compadre Aziz”.

Poco después, achispados, se dirigieron a almorzar a

pie, no sin antes mirar la pizarra del diario “Cavanca”; las noticias continuaban siendo las mismas de hacía un rato, y casi todos los curiosos se habían retirado, de seguro para aquietar el hambre. “A lo mejor ya terminó la guerra, o nunca la hubo” dijo Marcos Kirfe, secándose las narices y la frente con un pañuelo blanco que usaba de adorno en la chaqueta. Aunque parecía una observación frívola, soltada para levantar el ánimo, los hombres se miraron, quizás tocados por esa posibilidad nada de irreal. Quién sabe si todo cuanto dicen los diarios y la pizarra no es sino una broma, una ilusión diluida en las ilusiones de siempre. ¿La guerra? Parecía un desvarío imposible, en ese mediodía manchado de sol y pájaros trinantes.

Entre chanzas continuaron el camino, hasta llegar a la casa del anfitrión. Antes de entrar, Marcos se aproximó a Aziz y le dijo al oído que esa noche u otra cualquiera podrían ir de parranda a un lugar discreto, a fin de festejar su próxima condición de abuelos. “¿O no compadre?” Turbado por esa proposición inesperada, pues mantenía una amistad seria y formal con su consuegro, Aziz movió la cabeza como si quisiese responder algo ambiguo, entre un sí y un no. “¿Y bien?”, inquirió Marcos Kirfe, mientras se rascaba la nariz grande y aguileña, un tanto colorada. Aziz no sabía cómo zafarse; buscando una evasiva, contestó que quizás no era mala idea, aunque le parecía mejor dejar la diversión para unos días más.

Durante el almuerzo sólo se habló de guerras. Los hombres llevaban la voz cantante; las mujeres, por prudencia, se limitaban a escuchar, y apenas intervenían cuando se las invitaba a opinar. Marcos, acaso el más locuaz de todos, habló de su vida en Honduras, donde se acostaba apenas oscurecía para ponerse a salvo de los golpes de Estado y las guerras civiles que llevaban al poder a sucesivas facciones

militares, por lo menos una vez cada año. “En cierta ocasión —dijo muy serio—, mientras permanecía en mi tienda, comenzó una guerra civil, no sé cuál de ellas, justo cuando había decidido cerrar para ir a almorzar. Antes de hacerlo, entró a la carrera un hombre que llevaba clavado en la espalda un puñal, quien me suplicó se lo sacara sin tardanza, pues quería continuar luchando en las calles en favor de su general predilecto. Un año después, en circunstancias parecidas, vi a un zambo andrajoso, montado en una jaca a punto de caer extenuada al suelo, entrar en mi tienda para comprar balas, las que empezaban a escasear, pues al cabo de tres días seguidos de guerra ninguno de los dos bandos parecía alzarse con la victoria, pese a lo encarnizado de la lucha”.

Rieron de buenas ganas, aunque Kirfe mantenía una seriedad de narrador convencido de la autenticidad de sus historias.

Sentado junto a Nadia, Ismael le rogó a su padre que le contara a Aziz Magdalani la más fantástica de sus anécdotas, aquella del hombre que perdiera el brazo de un machetazo. “Sí, sí”, dijo con viveza Marcos Kirfe, arreglándose los bigotes como si ello le fuese a ayudar en su narración. “Esta sí que es historia digna de ser contada muchas veces, querido compadre”. Y miró a Aziz de una manera particular, como se hace con quien parece dudar de cuanto se le dice. “En otra guerra civil, de las acaecidas por los años veinte —sangrienta como todas—, se luchó durante semanas en las calles, y los muertos fueron tantos, que los recogían en carretas. A mí me gustaba en esa época presenciar las guerras civiles; cerraba temprano mi tienda y subía al techo para seguir su desarrollo, sobre todo el de aquélla, pues me parecía la más brutal y prolongada de todas. Recuerdo como si fuera hoy a un gigantón magro, de mirar frío, que machete en mano

partía en dos a sus adversarios de un certero tajo. Uno de éstos logró escapar vivo de ese verdugo fenomenal, quien sólo consiguió cercenarle un brazo. Sin alterarse, el trunco recogió su miembro cortado y lo alzó por sobre su cabeza para manifestar a gritos su adhesión irrestricta al general por el cual combatía”.

A la hora de la sobremesa, del café y del árak, Marcos refirió otras historias por igual fantasiosas, que hacían reír a sus hijos hasta dolerles la barriga; en cambio a Aziz le producía asombro y sospecha de estar ante un fabulador tan imaginativo como él mismo.

Marcos y Aziz regresaron a pie a sus tiendas, muertos de ganas de echarse una siesta, pues habían comido y bebido sin tregua. Antes de marcharse a su negocio, Aziz se quedó mirando largo rato la pizarra del diario “Cavanca”, des poblado a esas horas de mirones. El interés por la lejana guerra empezaba a transformarse en un hecho doméstico. Sin prisa se fue caminando por la calle Tarapacá, a la par que recordaba las historias de Marcos Kirfe; se preguntaba si eran más sabrosas y originales que las suyas. De trecho en trecho se detenía para mirar las casas, las calles empedradas, los transeúntes, todo ese mundo circundante que de súbito se le aparecía de un modo novedoso.

Tal vez nunca antes había sentido mayor preocupación por observar esa ciudad de adopción adonde había llegado con su familia por casualidad. Su propia vida estaba teñida por una sucesión interminable de acontecimientos fortuitos, en los que el azar tenía un enorme significado. De no haber sido por la Nativa Guaraní, acaso su existencia no tendría sentido. Ella, obstinada en sus silencios, soportaba su humor disparejo, enturbiado de enojos pequeños y grandes, sus salidas de madre, sus gustos desmesurados, sus exabruptos propios de hombres vulgares; pero él

despreciaba la vulgaridad, aunque estuviese disimulada bajo costosos ropajes. Acaso la Nativa Guaraní demostró más que nunca su capacidad de tolerancia y renunciación al llegar Afife desde Palestina. ¿Venía esa niña frágil, tímida como un animalito recién nacido, a destruir su paciente colmena, a usurpar cada uno de los espacios que Aziz y ella habían logrado crear en años de un concubinato, no perturbado por las dudas del amor?

“¿Quién es ella?”, preguntó Afife a Aziz, después de una semana, pese a que sabía de sobra las razones de la presencia de esa mujer en la casa. Aziz no supo dar una respuesta que deslindara con nitidez los territorios en confusión. Sólo con el correr del tiempo, a la luz de las cavilaciones, comprendió Afife que la existencia de la Nativa Guaraní, —quien estaba recién embarazada de Chafik por esos días— no constituía una amenaza. No bien nació Chafik, las dos mujeres se esmeraron en criarlo, como si fuese de ambas. Durante esa época Afife esperaba a Said, hecho que contribuyó a disipar la atmósfera enrarecida, que por momentos pudo descalabrar el matrimonio de Aziz con Afife, o inducir a la Nativa Guaraní a marcharse para siempre a Ibabobó.

Llegó Aziz a la tienda, pasadas las cuatro. Chafik y Amín discutían airados sobre la guerra, olvidados de la presencia de dos mujeres que habían entrado a comprar telas. “Esta es la tienda de Aziz Magdalani y no permito que mis hijos la deshonren ofendiendo a los clientes”, les dijo después de la comida. “Tienes razón, hemos sido unos estúpidos”, reconoció Amín, aceptando la reprimenda. En cambio, Chafik no hizo amago de excusarse. “Parece que a ti no te afecta nada”, se indignó Aziz, al ver la expresión de Chafik, ajena al malestar paterno. La noche se gestaba agria, cargada de sobresaltos acumulados por años. Chafik se levantó urgido de la mesa, para mostrar su enfado ante

la imposibilidad de responder con palabras irrespetuosas. Había visto en los ojos de Yamile el desdén por su falta de coraje, por su incapacidad de intentar siquiera una mínima defensa. “¿Adónde crees que vas tú?” irrumpió Aziz, como si gritara en su canoa ofreciendo baratijas.

De pie, apoyado en el respaldo de la silla, Chafik no sabía si volverse a sentar o salir del comedor. Se sintió ridículo, expuesto a las miradas de todos, en especial a la de Yamile que veía cómo lo aplastaban.

Al observar a Chafik ante ese tribunal hostil, se apoderó de Yamile una extraña apatía; en otras ocasiones había sido ligera de lágrimas, sensible a la menor disputa; ahora descubrió que tenía duros y fríos los ojos, como los guijarros de un aljibe. Quizás había llorado mucho durante toda su vida, al punto de acabársele las lágrimas. Meses antes de casarse, una tía de su madre, tenida por sabia dentro de la comunidad de los árabes, le dijo que los hombres se enternecen con las primeras lágrimas de las mujeres y se enfadan con las últimas. De allí que sugería dosificarlas, usarlas en exacta medida, jamás en exceso. Empezaba a descubrir, después de tantos años, la validez del consejo de su tía, quien había contribuido a su educación al morir quemada su madre.

En jaque ante un auditorio que le manifestaba su muda reprobación, Chafik agachó al fin la cabeza para ser uncido a la autoridad paterna, mientras se mordía los labios. Sus manos amasaban el respaldo de la silla, como si se tratara de un objeto indócil de modelar. Si Yvotyropea no hubiese ido por más café con cardamomo para Aziz, el silencio del comedor habría prolongado por tiempo indefinido la inmovilidad de Chafik. Sin abrir la boca, salió a continuación de su madre. Poco después Yamile lo siguió, cuando la conversación se reanudaba en el comedor

al referir Amín que había visto en el muelle un inusual movimiento de barcos de diversas nacionalidades.

No bien llegó la Nativa Guaraní desde la cocina trayendo más café, Aziz lo bebió de un sorbo y enseguida salió hacia el corredor que conducía a la puerta de calle. Estuvo unos instantes detenido allí, sin saber si dirigirse a su dormitorio o salir a dar un paseo.

Metidos los dedos en un bolsillo del chaleco, jugaba con la leontina de su nuevo reloj de oro —en reemplazo del mesbaha, porque ignoraba dónde lo había dejado— adquirido una semana antes del matrimonio de su hija Nadia, por insinuación de la familia. ¿Adónde ir? El altercado con Chafik le había producido un raro malestar estomacal, parecido al preámbulo de un vómito. “Saldré a dar una vuelta por la plaza”, le dijo a la Nativa, que en esos instantes llevaba a la cocina tazas y copas en una bandeja. Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. Hacía tiempo que no observaba en Aziz un comportamiento igual. Lo veía demasiado sensible a los hechos familiares, aunque éstos no fuesen relevantes, ni siquiera dignos de ser considerados. Si sus hijos Chafik y Amín discutían en la tienda, se debía a que llevaban en la sangre la misma vehemencia del padre, y no porque quisieran desprestigiar el negocio. Habría bastado una reprimenda suave al pasar, y todo habría concluido de manera armoniosa.

Yvotyropea, pétalos de flor, atesoraba en su corazón aborígen el día en que nació Chafik. ¿Cómo olvidar ese acontecimiento feliz, acaecido en presencia de Afife, que hizo de comadrona? Después, ambas criaron a Chafik y Said sin hacer distinciones; a los dos los llamaban hijos, los hacían dormir juntos y les daban de mamar de cualquiera de sus pechos generosos.

Ese día en que las mujeres decidieron irse a sacar juntas

una fotografía a los estudios de los hermanos Barrera —Afife deseaba enviarla a sus padres a Palestina, al cabo de meses de casada— Aziz quiso morir de felicidad. Dedujo que a partir de ese instante, ellas habían entendido que convenía más estar ligadas, en vez de disputar por un mismo territorio que podían perder si extremaban su belicosidad. En un comienzo, la Nativa Guaraní temió exponer a Chafik al amor de Afife. Sobrellevaba en silencio su condición de madre natural, de concubina relegada al fondo de la casa; nadie vio su llanto, escondido en ese rincón de exilios, cuando aceptó que Aziz lo inscribiera en el Registro Civil como hijo del matrimonio, para evitarle así, al correr de los años, un eterno baldón.

Una y mil veces la Nativa Guaraní se había preguntado si no sería mejor revelarle a Chafik la verdad, aunque ella, Aziz y Afife habían jurado guardar el secreto hasta más allá de la muerte. A veces, cuando Chafik permanecía a solas con ella, Yvotyropea observaba en sus ojos las ansias de interrogarla, de sacarse del alma esa enconada astilla que lo atormentaba desde hacía años; pero nunca parecía tener el coraje de dar el paso indispensable.

Desde la puerta de calle, antes de salir, Aziz lanzó una mirada hacia el interior, movido por la vieja costumbre de cerciorarse de cuanto sucedía en la casa. Habría querido ver a Chafik para decirle que olvidara esa noche turbia, o quizás invitarlo a beber un trago al club radical. ¿Y si en cambio iba donde Marcos Kirfe, para que le endulzara la noche con sus historias? Como si esa idea le hubiese sacado borrascas del alma, se encaminó a la casa de su consuegro.

Pocas veces había visto una noche tan quieta. Aun cuando el puerto desbordaba de barcos, todos permanecían callados, sumidos en el letargo de una primavera que se anticipaba violenta en la lejanía y tranquila en el contorno

provinciano. Hasta las luces mortecinas de los faroles parecían extinguirse. Al cruzar la plaza en dirección a la casa de Kirfe, las sombras alquitranadas de los árboles se le antojaron un ejército de lastimosos mendigos de pie, con la mano extendida en solicitud de ayuda. Si uno de ellos se hubiese puesto en movimiento para atacarlo, no se habría sorprendido. Ya nada lo sobrecogía; aproximarse otra vez a la muerte como un juego divertido, necesario para capturar las variaciones de la vida. Se había acostumbrado a la idea de la muerte luego de una existencia de sobresaltos. ¿Cuántas veces pudo morir? No lo sabía, o acaso había olvidado los desfiladeros en que la casualidad, esa fuerza misteriosa que a menudo gobierna el destino de las cosas, le había salvado el pellejo.

Al ver Marcos Kirfe a Aziz, absorto en pensamientos desgarrados mientras permanecía inmóvil ante la puerta de su casa — como quien descansa después de consumir un día de buhonero — lo invitó a entrar para irse a beber un árak al salón. Por largo rato ambos se quedaron sumergidos en sus propias meditaciones, sin apuro de alterar esa situación. Locuaz como buen buhonero, Marcos Kirfe pensaba en las anécdotas que contaría, inventadas o no, de su personaje favorito, el general Prudencio Torres. Lo veía montado a caballo, vestido con un uniforme impropio para guerrear, pues tenía los pantalones estrechos, la casaca abarrotada de charreteras, condecoraciones, bolsillos y botones dorados.

Para crear la atmósfera adecuada, puso en la victrola un disco de Azur Chamy, grabado en Buenos Aires hacía dos años. Cogiendo una copa llena de árak, propuso brindar por la vida, la mutua amistad, las satisfacciones cotidianas, tan fáciles de alterarse por hechos baladíes. “Esto es la vida, querido compadre; me cago en las guerras, sean de éste o del otro lado. Estoy harto de batallas y revoluciones.

¡Quién sabe si de haber seguido en Honduras, hoy sería el hombre más acaudalado de todo el país! Bastaba abrazar la causa de los victoriosos, del general Prudencio Torres. Me han dicho que ahora es dueño de los ferrocarriles y de ocho haciendas bananeras, muchas de las cuales son tan enormes que traspasan las fronteras y se introducen en los países vecinos. Vive en un palacio íntegro de mármol, rodeado de guardias armados, sirvientes europeos, cocineros franceses, prostitutas sacadas de la realeza europea —ésa que perdió sus coronas después de la guerra mundial— perros de caza, caballos árabes, aves exóticas metidas en alcahaces grandes como esta casa. Y como si todo eso fuese una bagatela para el miserable, disfruta de la compañía de dos jovencitos; lo que usted oye, querido Aziz: de dos muchachos blancos como la leche, rubios, quienes cada semana lo recrean con una versión distinta de cómo deben ser las relaciones torcidas”.

Al concluir su historia, Marcos Kirfe hizo sonar una campanilla, pues deseaba probar algunos postres. Azur Chamy, con su voz cálida de falsete, deleitaba a los amigos y les hacía recordar la lejana época de su llegada a América en barco. Aziz se estremeció al escuchar a Azur Chamy cantar en árabe: “Oh, mi amada, tu recuerdo me persigue hasta hoy, aunque hace muchos años nuestro idilio se interrumpió; tú venías destinada a otro hombre de esta tierra...” Inclinado sobre la victrola, observaba girar el disco, mientras apretaba los labios hasta casi producirse dolor. Azur Chamy hizo sonar su laúd y agregó: “Oh, mi amada ¿dónde estás ahora? Ya se han marchitado las flores de nuestros sueños y no sé en brazos de qué extraño estás. Tú venías destinada a otro hombre de esta tierra...”

La nostalgia del tiempo ido melló el espíritu de Aziz; y arrió a sus labios, una y otra vez, la copa alada del licor,

capaz de adormecer el pretérito. Así las horas se deslizaron quedas, mezclando el presente adverso y un pasado que se negaba a sucumbir.

Más allá de la medianoche, cuando las historias de Marcos Kirfe ya no parecían endulzarle el corazón de buhonero nostálgico, decidió marcharse. Marcos Kirfe hizo llamar a su chofer y le ordenó preparar el automóvil, un Buick sedán negro, adquirido días antes del matrimonio de su hijo para que los novios, en traje nupcial, recorrieran la ciudad después del matrimonio.

“Ha sido una noche estupenda”, comentó Marcos Kirfe al subir al automóvil en pos de Aziz. Acomodados en el asiento trasero, cerraron los ojos cuando el chofer puso en movimiento el vehículo, que avanzó retraído por la calle desierta, para no perturbar a los pasajeros. Transcurridos unos minutos, el automóvil se detuvo frente a la casa de Aziz Magdalani, cuyo frontis ostentaba el nombre de la tienda, pintado sobre un bastidor de latón. Aziz despertó sobresaltado, pero al mirar por la ventanilla se tranquilizó: ahí estaba su casa, su tienda, su familia, aunque faltaba su hijo Said, quien ya no escribía con la frecuencia del principio. “Eso es un buen augurio”, le decía Amín, pensando que quienes escriben demasiadas cartas es porque disponen de mucho tiempo o no tienen nada que hacer. Ante esa argumentación más bien subjetiva, Aziz se resignaba, al punto de replicar lo mismo cuando alguien de la familia le preguntaba por Said.

Al marcharse el automóvil, Aziz se quedó parado en la acera, sin deseos de entrar a su casa. El hedor a tabaco y alcohol lo envolvía como si emanara de su propia piel. Aspiró una bocanada enorme de aire y la retuvo, acaso dispuesto a lograr cierta intimidad con la noche, las estrellas desparramadas en la bóveda celeste, la quietud

de esa hora apenas conmovida por el lejano murmullo del mar, semejante al que mecía el barco cuando metido en el bote salvavidas amaba a Penélope. ¿Habría ella logrado amar a su Ulises tuerto, hinchado de avaricia? ¿De verdad había fallecido, igual que Afife, herida por recuerdos que la perseguían como lamentos de estirpes muertas?

Ausente Afife, pensó volver a Palestina; pero los días se estiraban y el tiempo adquiriría dimensiones borrosas; sin alardes, la Nativa Guaraní empezó a iluminar otra vez los espacios, cada rincón de la casa, el dormitorio que había cedido por años, igual a un pájaro arrojado a picotazos del nido, y que de pronto recuperaba. ¿Acaso podía Aziz regresar al mundo de sus antepasados con cinco hijos y una concubina india? Afife habría dicho no; en sueños lo conminaba a permanecer en Bolivia, entregarle la crianza de los niños a Yvotyropea y compartir con ella su lecho. Muerta y todo, continuaba rondando en la vida de Aziz, alojada en sus sueños imposibles.

De su bolsillo sacó el llavero, eligió la llave adecuada y la introdujo en la cerradura. Trató de moverla a izquierda y derecha pero no pudo hacerla girar. Sorprendido, la retiró para examinarla; se trataba de una llave equivocada, aun cuando no supo determinar a qué correspondía. Probó una segunda llave, a todas luces la correcta; para su desencanto, tampoco logró hacer girar el cilindro. ¿Estaba demasiado achispado, o la embriaguez de los recuerdos lo había inducido a un nuevo error? “Calma”, razonó, e introdujo una tercera llave. Antes de hacerla girar, miró hacia atrás; le había parecido sentir la presencia de alguien que lo espiaba. Al ver la calle solitaria, movió cauteloso la llave, como si fuese a abrir una puerta que le franquearía el acceso a un lugar secreto, erizado de riesgos, como le ocurriera al temerario Alí Babá cuando se enfrentó solo a la cueva de los

cuarenta ladrones.

Cuando la puerta se abrió por completo y pudo mirar hacia el interior, divisó al fondo del largo corredor, junto a la cocina, a una mujer delgada, vestida de camisón blanco, cruzar rauda hacia los dormitorios. Pensó que alguna de las mujeres de la casa había ido a la cocina a buscar algo de comer o de beber, pero aquella fugaz visión no se parecía a Jazmín, ni a Yamile, ni a Soraya, menos a la Nativa Guaraní. Al descartarlas, lo atravesó la súbita certidumbre de que esa aparición correspondía a una muerta. ¿Afife, Penélope, o alguno de quién se había olvidado? Sobrecogido, se quedó unos minutos junto a la puerta, por si volvía a ver a ese espectro trasgresor de la noche. Y como nada sucediese, resolvió irse a acostar.

Para no despertar a Yvotyropea, pétalos de flor, se desvistió como un amante furtivo. Demoró más de lo acostumbrado en desnudarse; se sacaba cada prenda como si ejecutara un raro ritual, desconocido para él. Al meterse sigiloso en la cama, vio que la Nativa Guaraní despertaba. “¿Sabes? —dijo ella— acabo de soñar con Afife; nunca la había visto más hermosa y gentil, pero mostraba en su rostro una preocupación enorme. Aunque no me atrevo a descifrarlo, no parece un buen sueño”. Aziz sintió campanadas distantes. ¿Había venido Afife a anunciar una desgracia al interior de la familia?

\*\*\*

Meses después de haber llegado los Magdalani a Chile, Said y Amín conocieron en el club radical al doctor Efraín Valverde; en esa época la intranquilidad social del país se manifestaba en huelgas y protestas callejeras. Acusado de revoltoso, Efraín Valverde, radical desde la universidad,

cuando tenía veinte años, a los treinta y tres fue a dar con sus huesos en la cárcel, sitio donde empezó a escribir contra el gobierno virulentos artículos que le publicaba un diario clandestino de Iquique dirigido por obreros, hijos y parientes de trabajadores del salitre que habían muerto masacrados en la Escuela Santa María. Luego de seis meses de confinamiento, Efraín Valverde logró huir de la cárcel y se ocultó en una oficina salitrera abandonada, al norte de Iquique. Desde ahí continuó su lucha contra el gobierno de Alessandri, hasta que el propio presidente le concedió la amnistía, pues uno de sus hijos intercedió por su amigo y rival en amores, quien le disputaba las novias, mientras ambos estudiaban en la universidad.

Apenas Said conoció a Efraín Valverde sintió por él una simpatía análoga a la experimentada cuando su amigo Alcides Argüedas le presentó al poeta Emiliano Ortiz. Al doctor Valverde le agradaron esos jóvenes bolivianos que, acosados por los vaivenes políticos, habían tenido que huir de su país. Cuando se enteró que Amín había sido combatiente en la guerra del Chaco, le propuso que escribiera esas experiencias para publicarlas en el diario radical "La Pampa", donde él colaboraba. Amín se asustó de la invitación, hecha delante de Said, pues no sabía cómo referir los hechos sin dejarse llevar por tentaciones de patriotería.

Al cabo de una semana, Amín llevó el primer artículo a Efraín Valverde. Cuando concluyó su lectura, el doctor se mostró encantado y hasta sorprendido, pues el trabajo de Amín Magdalani le pareció notable. "Usted, Amín, tiene pasta de periodista. De no existir contratiempos, esta crónica aparecerá el domingo. Por ahora, sería aconsejable usar seudónimo". Ahí, Amín reconoció que su hermano Said había contribuido a la redacción del artículo, y que

Soraya los había animado.

Ese domingo, Chafik, luego de desayunar en la cama, cogió el diario (lo compraba los domingos para complacer a Yamile, porque ese día publicaba el horóscopo) y empezó a hojearlo en actitud displicente; lejos de preocuparle las noticias, estaba interesado en hallar el horóscopo para leérselo a su esposa, sentada frente al peinador como una actriz a punto de salir a escena. “Cáncer. Amor: susceptibilidad, cuidado con sus reacciones, pueden ofender. Dinero: imponga su voluntad si conviene a todos. Trabajo: no es algo que le guste por ahora. Salud: repose, le conviene. Futuro: insólito”. Al oír su horóscopo, Yamile volteó malhumorada la cabeza, porque Chafik había recalcado los puntos que la afectaban. A menudo él la acusaba de abúlica, de mantenerse ajena a los problemas que afligían a la familia; ella parecía vivir en el limbo, distante de este mundo, más preocupada de acicalarse y pedir dinero para comprar ropas —muchas de las cuales ni siquiera se ponía—, que del destino de la tienda.

“Nunca hubo para mí un horóscopo más malo”, exclamó la mujer, que se arrancaba con unas pinzas los pelos de entre las cejas. Chafik iba a decirle que si no se apresuraba llegaría atrasada a misa, cuando vio el artículo de sus hermanos, cuyo título habría llamado la atención a cualquiera que hubiese participado en la guerra del Chaco. “Guerra del Chaco: un conflicto cruel e innecesario”. Al concluir de leerlo, arrojó el diario al suelo, por cuanto el autor aseguraba que “el calor tropical, la sed, las enfermedades y la falta de víveres causaron más víctimas que las armas de los soldados”, como si entre líneas quisiera decir que ambos ejércitos no habían tenido un desempeño meritorio. “Esto es una infamia”, exclamó, cruzándose de brazos, y luego añadió que el tal autor merecía ser demandado por falsear la historia de un

modo tan grosero.

Preocupada por su acicalamiento, Yamile entendió a medias o no comprendió las causas de la ira de su marido. Al rezongar Chafik: “Cualquiera escribe una estupidez y se la publican”, Yamile terminaba de arrancarse los pelos de las cejas y se frotaba con una mota de algodón empapada en alcohol la zona depilada. “¿De quién hablas?”, inquirió sin interés, de espaldas a su marido. Metido en su propia ofuscación, Chafik no respondió.

Yamile arrojó la mota de algodón dentro de un frasco y miró a Chafik a través del espejo. En los ojos del hombre se agitaban las burbujas de una rabia fermentada en rencores. “Si fueras de vez en cuando a misa, te ayudaría a alejar la ira de tus pensamientos”, dijo la mujer. “¿Olvidas que nuestra familia— retrucó Chafik —es ortodoxa como la tuya? Mal podría asistir a una iglesia distinta; ¿o me vas a obligar a ir a la católica?” Es mejor que no vayas a ninguna parte. De seguro los santos huirían a perderse si te ven en misa”.

La disputa fue interrumpida por la aparición de Nadia y Jazmín, que venían a buscar a su cuñada. Cubiertas con mantillas negras, las tres se encaminaron a la iglesia. A esa misma hora Said y Amín se dirigían a casa del doctor Efraín Valverde para agradecerle la publicación del artículo.

Aburrido de permanecer en cama, Chafik decidió ir a la tienda a revisar papeles y a responder algunas cartas de proveedores de Santiago. Su reciente discusión con Yamile le había agriado el día. Nada lo enardecía más que verla hablar las mismas cosas de siempre, reírse sin ganas, llorar por motivos nimios, hacer burla de la Nativa Guaraní y abrazarse a los niños cuando se sentía criticada y no sabía qué responder. “No parece una mujer sensata”, le dijo Aziz cuando él le habló de desposarla. A Aziz le desagradó que Yamile, el día en que Chafik la llevó por primera vez

a su casa acompañada de un hermano, se lanzara a hablar por los codos de cualquier asunto, en particular acerca de negocios.

Si su hermana Nadia, de regreso de la iglesia, no le hubiese advertido que el almuerzo estaba listo, se habría quedado hasta tarde en la tienda, metido entre papeles. Al llegar al comedor, la familia estaba sentada frente a los platos vacíos, pues la Nativa aún no traía las bolitas de kubbe en caldo de laban, comida que hacía suspirar a Aziz por el olor a menta y leche agria. No bien se acomodó Chafik, apareció la Nativa Guaraní con una sopera de loza de la cual asomaba el mango del cucharón de plaqué. Aziz hizo un gesto de alabanza y todos se dispusieron a disfrutar de ese almuerzo generoso, que parecía encaminado a sellar la unión familiar.

Mientras Aziz alzaba la cuchara para echarse una bolita de kubbe a la boca, preguntó si había alguna novedad. Sentado junto a él, Chafik hizo un movimiento afirmativo de cabeza y dijo que en el diario “La Pampa” de ese domingo venía un artículo mentiroso acerca de la guerra del Chaco. “¿Contiene acaso alguna alusión a nuestra familia?”, inquirió Aziz, después de haber bebido dos sorbos de vino. “Nada de eso, papá; el asunto es otro”, replicó Chafik, mientras despedazaba un trozo de pan en mendrugos para arrojarlos a la sopa. A Yamile le irritaba esa costumbre de su marido y como una manera de expresar su desagrado, le dio un brusco golpe en el codo; al sentir esa señal, Chafik supuso que estaba molesta por su alusión al artículo. “¿Y cuál es tu inquietud, entonces?”, indagó Aziz, poniendo los codos sobre la mesa. Chafik no sabía si proseguir el diálogo o darlo por concluido para contentar a Yamile. “¿Y bien?”, insistió Aziz, ante el repentino silencio de su hijo.

Chafik callaba; aquel golpe en el codo adquiriría en su

ánimo dimensiones de ominosa advertencia. Ya veía a Yamile levantarse de la mesa, si él continuaba hablando sobre el artículo. Sintió la boca seca, la mandíbula inferior rígida como un trozo de metal, hormigas sobre su piel. Algo parecido experimentaba de pequeño cuando su padre lo amonestaba por haber hecho alguna maldad, como aquella vez —tendría a lo sumo siete años— en que se le ocurrió cortarle el pelo a Amín con las tijeras de la tienda. Afife, encinta de Jazmín, creyó que su hijo sufría una enfermedad incurable al verle la cabeza transformada en un torbellino, con picotazos por aquí y por allá. Si no hubiese sido por la Nativa Guaraní, que descubrió la fechoría, se habría rasgado las vestiduras de su embarazo.

Aziz terminó por impacientarse por el mutismo de su hijo. A la espera de la respuesta de Chafik, el resto de la familia permanecía callado, haciendo sonar apenas los cubiertos sobre los platos para levantar la comida. “¿Vas a aclarar o no el asunto?”, insistió Aziz, con manifiesto enfado. Chafik empezó a sudar; miró de reojo a Yamile, inclinada sobre el plato, al parecer abstraída en contar las bolitas de kubbe que había en el caldo.

“Quizás se trate de uno de esos tantos artículos que publican los diarios para aumentar su venta”, intervino Said. Todos respiraron aliviados. Hasta Yamile soltó el aire de sus pulmones y le sonrió a su cuñado a través de la mesa. Amín, que se había estado mordiendo los labios desde que Chafik empezara a hablar sobre el artículo, desvió la atención hacia otras noticias del diario.

En la tarde, Chafik y Yamile salieron a dar una vuelta por la plaza. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Al pasar frente al cine, se detuvieron unos instantes para mirar los afiches de la película “Sucedió una noche”, que se exhibía ese día, donde Clark Gable se erguía como el

galán indiscutido, amado por todas las jovencitas y las no tan jovencitas de América y Europa. Entre las personas que hacían cola frente a la boletería para adquirir las entradas, divisaron a Ismael Kirfe, quien, del brazo de Rosalía Muñoz, esperaba su turno. Chafik lo saludó con un seco movimiento de cabeza, mientras cogía a Yamile del brazo para obligarla a continuar el camino. “¿Acaso no es Ismael Kirfe?”, indagó Yamile. “Así es”. “¿Y ése no tiene vergüenza de andar acompañado de esa mujerzuela?” “Es asunto suyo”, contestó Chafik, convencido que sus palabras tenían un sentido profético.

Fue quizá el encuentro con Ismael Kirfe lo que impulsó a Chafik y Yamile a postergar su disputa para otro día. “¿A tanto llega su descaro —pensó Yamile— que se exhibe en las puertas del cine del brazo de su amante?” No podía negar que el joven tenía agallas, el suficiente coraje para enfrentarse a la maledicencia. Bien recordaba el lejano día en que una tía vieja, hermana de su madre, le contó que el tal Farid tenía tantas y tan variadas amantes que a veces ni siquiera se podía sostener en pie. “Las ojeras le cubren toda la cara”, aseguró. Para Yamile, las ojeras de Farid constituían un atractivo, demostraban que era un hombre dedicado a la lectura, a meditar y estudiar hasta de amanecida, y no un vividor consumido por sus andanzas. “Ese subversivo no es para tí”, le machacaba la tía, al enterarse que el joven Farid participaba en las protestas universitarias, apoyaba las huelgas de los mineros y se trezaba a golpes con la policía. “Hay otros árabes más dignos”, insistía la vieja, y le enumeraba a lo menos una docena de ellos, incluídos los hijos de Aziz Magdalani, quizás una de las más honorables familias de la ciudad, según la mujer.

Yamile se aferraba a la idea de casarse algún día con Farid. Pero Farid había muerto en la plaza de Cochabamba,

y su otro novio no regresó nunca de la selva. Entonces, sólo quedó Chafik.

Al entrar Chafik y Yamile en la casa, vieron a Amín y Said reunidos con Aziz en el salón. Los tres hablaban del artículo del diario “La Pampa”, de una manera amistosa. “No tiene nada de terrible ese artículo de la guerra del Chaco, hijo —manifestó Aziz dirigiéndose a su hijo mayor—; hasta me parece bastante bueno”. “Otra vez el maldito tema”, pensó Chafik con intenso disgusto y miró de reojo a Yamile. “Tengo que terminar con esto de una vez por todas”. Se encogió de hombros, fingiendo displicencia. “Puede ser —replicó—; pero ya vendrán otros que quizás sean más insidiosos”. Y cogiendo del brazo a Yamile se la llevó fuera de la habitación.

Aziz, Said y Amín siguieron hablando del artículo hasta que oscureció. Los dos hermanos lo aprobaban de un modo discreto, para evitar sospechas, aunque a veces el calor de la conversación los impulsaba a mostrarse en demasía partidarios de su contenido. La Nativa Guaraní les sirvió café, acompañado de panecillos dulces, galletas de anís con almíbar, pastelitos de sémola y bizcochos de vainilla. Después de saborear esas invenciones, que siempre parecían obsequiar el embrujo de un sabor nuevo, Aziz apoyó el codo en el brazo del sofá y la cara en la palma de la mano, deseoso de recordar ante sus hijos sus primeros tiempos en América, desde que llegara a la casa del tío de Buenos Aires.

“Hay buenas posibilidades para los jóvenes en Paraguay”, le había dicho su tío, ignorando Aziz si éste quería deshacerse así del sobrino lejano, verlo en un lugar tan remoto como el parentesco en vez de tenerlo consigo por unos meses mientras buscaba trabajo, como lo había prometido en reiteradas cartas a los padres del joven. El día en que

apareció Aziz en la casa de su tío, lo hizo acompañado de Indraues (nadie esperaba al niño en el puerto); su pariente se molestó: desde Palestina le habían hablado de cobijar a una persona y no a dos. Si bien Aziz le explicó lo ocurrido al niño, el tío no quiso creer la historia, aduciendo que ya varias veces lo habían engañado con cuentos similares.

Desilusionado de tan poco hospitalario pariente, Aziz dejó su casa y se refugió con Indraues en un destartalado albergue del puerto. Tres días después lograron dar con el tío del muchacho, quien tenía una tienda en una zona donde proliferaban los negocios de árabes y judíos. Al ver a Aziz, el árabe pensó casarlo con una de sus hijas, pero el eventual marido supo escabullirse, más seducido por las aventuras que le prometían otros jóvenes inmigrantes si los acompañaba a recorrer algunas regiones donde habían logrado rápidas ganancias, que dispuesto a entregar la oreja en la edad dorada.

Meses más tarde, al presentársele a Aziz las primeras dificultades en su viaje a Paraguay, pensó si no habría sido más sensato haberse casado con alguna de las hijas del tío de Indraues. Ese día en que lo picó una araña en el tobillo y estuvo durante dos noches delirando, tendido en un inmundo camastro, las ventajas de la ciudad se le antojaron un paraíso perdido por su estupidez. Quién sabe si en esos mismos instantes estaría bebiendo y comiendo a lo príncipe, en vez de tener las piernas hinchadas y manchado de rojo el cuerpo, devorado por una fiebre que subía de los cuarenta grados.

Asistido por un curandero que vivía junto al Paraná, logró salir con vida, aunque todo indicaba que se iba a morir de hinchazón generalizada, como los cadáveres de las reses que flotan sobre las aguas de los ríos. Ya a salvo del envenenamiento, deploró haber pensado, en un momento

de debilidad, en ese matrimonio de conveniencia; lo llamaba un horizonte de aventuras que a partir de ese día se le brindaría más y más pasmoso. De un modo fugaz, volvió a acordarse de Buenos Aires; veía sus calles amplias, luminosas, el movimiento de los automóviles y de los carruajes tirados por caballos enjaezados, donde él podría ir vestido con atuendos de gran señor, acompañado de su esposa.

Con los ojos entrecerrados, Aziz seguía desgranando sus remembranzas. Said y Amín se miraban, pensando en qué momento su padre alzaría el vuelo hacia las fábulas. Aziz amaba lo extraordinario; todo cuanto estuviese impregnado de misterio o de rareza lo incorporaba tarde o temprano a su repertorio y se lo apropiaba de una manera desvergonzada, aunque para él legítima. Hasta el anecdotario fatídico de su primo Yubrail Magdalani lo refería a veces como si fuese él mismo el protagonista, sin importarle echarse encima tan peligrosa fama de cenizo. “¿Todo eso le ha sucedido a usted?”, indagaban los sorprendidos oyentes. Cuando ya fueron mayores, sus hijos lo miraban con cierta sospecha cada vez que se lanzaba a escarbar el pasado, pero de tanto oír lo mismo, concluían por aceptar como ciertas algunas de sus historias.

Por segunda vez apareció en el salón la Nativa Guaraní, para avisarles que la comida estaba lista. Los hombres se trasladaron al comedor, donde los otros miembros de la familia ocupaban ya sus puestos.

Mientras masticaba, Aziz preguntó si alguno de sus hijos conocía al doctor Efraín Valverde, pues uno de los árabes del barrio del puerto le había dicho que si en las próximas elecciones presidenciales triunfaba el candidato radical, de seguro le darían algún cargo importante en el gobierno.

Amín y Said intercambiaron miradas dudosas, y en el

momento en que uno de ellos iba a responder, se les adelantó Chafik para decir que ese médico estaba vinculado a los huelguistas del salitre y a cuanto desorden tenía lugar en la ciudad o en las minas. “Cuando hace su aparición en el club radical, las personas decentes se retiran”, concluyó. “No es así”, intervino Said, sin alzar la voz.

“¿Y cómo es, entonces?”, indagó Aziz, removiéndose en la silla. “La verdad, papá, es que se trata de un hombre distinguido e inteligente; hasta sus adversarios políticos se expresan bien de él”. “Eso mismo me han dicho a mí”, corroboró Aziz. En ese momento entró Yvotyropea, llevando en una fuente de loza, rellenos de berenjenas. Todos hicieron cumplido honor al sabroso plato y la conversación se redujo al mínimo hasta la hora del café, ritual propicio para volver a soltar las lenguas. Aziz insistió en seguir hablando acerca del doctor Valverde. La personalidad del médico, aun sin conocerlo, le provocaba el extraño presentimiento de que allí había alguien destinado en breve a alcanzar la cima. ¿Y si le proponía a Said que lo invitase un domingo a almorzar? Cuando lo manifestó, Chafik hizo un gesto de aprobación.

A las dos semanas, apareció en casa de los Magdalani el doctor Efraín Valverde, acompañado de su mujer, una profesora de escuela primaria. No bien Aziz lo escuchó decir “buenas tardes” y sintió el franco apretón de su mano, experimentó simpatía por ese hombre de mirada firme, que se presentaba en su casa vestido con sencillez provinciana. Nadia y Jazmín se alborotaron al verlo; les encantó su manera calmada y llana de expresarse, la naturalidad de sus modales, su facilidad asombrosa para saltar de un tema a otro. A Soraya le agradó su modo de reflexionar sin prisa ante las muchas preguntas que le formulaban.

La esposa del médico, habló en forma prudente; se

interesó por Chucre, Bachir y Miriam, indagando a qué escuela iban, y por el pequeño Felipe, todavía en edad de permanecer en casa. Si bien no podía afirmarse que poseyera encantos físicos, la Nativa Guaraní la encontró hermosa; y aún más cuando la profesora le dijo que los nietos se le parecían a ella por su modo recatado.

En el otro extremo de la mesa, Efraín Valverde hablaba con los hombres de política. La conversación se iba haciendo más y más animada, pues se tocaban los temas al desnudo y todos intervenían. Chafik apenas si lo hacía, pendiente de las argumentaciones del médico. Al comienzo quiso reírse de él, hacerle preguntas capciosas para llevarlo a un terreno donde entrara en contradicciones, pero su hostilidad, poco a poco, empezó a transformarse en admiración; de continuo movía la cabeza para aprobar sus palabras. “Es un hombre extraordinario”, les diría después a Said y Amín.

El doctor refirió ser amigo de muchos árabes de Iquique, a quienes había conocido en el club radical. “Si hasta he aprendido algunas palabras en árabe”, confidenció, y las dijo una a una, lo que provocó risas, pues su pronunciación en extremo deficiente, resultaba hasta cómica. “De seguro le han enseñado también groserías”, intervino Aziz, mientras le llenaba la copa de vino. “Desde luego; eso fue lo primero que aprendí, aunque no es del caso decir las esta noche. Sí debo reconocer que las obscenidades en árabe son más sabrosas que en castellano”. Nuevas risas obligaron a las mujeres a detener su plática. Descendió un silencio nocturno, como si el comedor se hubiera quedado en una penumbra de comensales. Fue Aziz quien reinició la conversación, al preguntarle al doctor si creía en la posibilidad de que un radical fuese el próximo Presidente de Chile.

Efraín Valverde separó la copa de vino de sus labios y miró su contenido. “Es posible, es posible”, dijo, en tanto

hacía girar la copa sujeta por el pie. “¿Y quién será el candidato?” siguió Aziz, mordido por la curiosidad. “Está por verse, señor Magdalani”. “Se comenta —insistió Aziz— que usted podría ser ministro si ganan los radicales”. Efraín Valverde abrió los ojos un tanto adormilados y ladeó la cabeza como si alguien junto a él le quisiera cuchichear un secreto. Había dejado de hacer girar la copa. “Nada de eso, por favor; la gente tiene mucha imaginación; de pronto saldrán colgándome una embajada. Yo sólo deseo continuar en el ejercicio de mi profesión, aquí en Iquique”. Del entusiasmo, Aziz pasó al desencanto, al observar el desinterés del médico por lograr ascensos políticos, o al menos ciertas prebendas, si triunfaba su partido. A Chafík, en cambio, le gustó lo expresado por Efraín Valverde, sin saber la causa. Unos días después, al sentir un malestar en las vías urinarias, no demoró en ir a consultar a ese hombre que lo había impresionado por encima de todo razonamiento.

Cerca de la medianoche los hombres pasaron al salón, dejando a las mujeres en el comedor, enfrascadas en temas domésticos, aunque la profesora los tocaba por encima, como algo superfluo, preocupada de abordar otros asuntos. Yamile le preguntó si eso de enseñar en la escuela lo mismo durante años no la aburría. Con viveza, la maestra replicó que hacerlo constituía un aliciente, una permanente renovación, y que, por el contrario, reenseñar una misma materia se asemejaba a volver a criar a un hijo.

Nadia y Jazmín (sobre todo Jazmín), estimaron válido el argumento de la profesora. Al concluir en Conchabamba sus estudios secundarios, las jóvenes habían solicitado a su padre, a través de Chafík primero y luego de la Nativa Guaraní, que les permitiese seguir alguna especialidad pedagógica. Aziz se opuso, invariable en la tozudez de siempre; para él, las mujeres debían completar su educación en la casa,

bajo la tutela de sus padres. De lo contrario, parecía difícil que hubiese hombres dispuestos a casarse con ellas. “Yo no sé leer ni escribir, y me defiendo muy bien”, argumentaba, poniendo cara de pícaro. Nadia y Jazmín no disponían de razonamientos adecuados para cambiar el criterio paterno. “¿Acaso no he sido bastante magnánimo al aceptar que estudiaran hasta terminar las humanidades?”

La guerra del Chaco, fue al postre el mayor impedimento que hallaron las hermanas Magdalani a sus aspiraciones de continuar sus estudios. Al marcharse Chafik, Amín y Said al frente en fechas distintas, ellas tuvieron que ayudar en la tienda y en instituciones de beneficencia, socorriendo a los heridos y huérfanos de guerra, que se contaban por miles. Concluida la guerra, ni Nadia ni Jazmín tuvieron ánimo para insistir en su vieja aspiración. De tarde en tarde hablaban con nostalgia de su época de estudiantes, rememorando una y otra vez el episodio del misterioso admirador que tuvo Nadia en el último año de colegio.

Cuando salían de clases, a menudo las esperaba en la acera de enfrente un joven delgado, de mirada melancólica, algunos años mayor que ellas, de cabellos lacios, que las seguía hasta su casa a prudente distancia, sin otra demostración de sus intenciones que mirar a Nadia con insistente fijeza. Al ingresar ellas a la casa a través de la tienda, el admirador continuaba su camino sin detenerse ni mirar hacia atrás. A veces el joven se ausentaba por una semana y más; sin embargo, reaparecía y volvía a apostarse frente al colegio de las Magdalani para aguardarlas.

El último día de clases, apareció con un ramo de flores. Nadia se puso blanca como la tiza, y si Jazmín no le hubiese dado golpecitos en la cara, se desmaya. El joven de la mirada melancólica las siguió a la misma distancia de siempre. Las hermanas Magdalani miraban hacia atrás,

se reían y avanzaban más lentas que de costumbre, para animar al admirador a acercarse y entregar las flores a Nadia: un manojo de rosas rojas, envueltas en papel de seda. Pese a todas esas señales, la timidez del joven parecía inflexible, pues insistía en mantener la misma distancia de otras jornadas, fingiendo no advertir la variedad de manifestaciones que hacían las Magdalani. Al llegar las jóvenes a la tienda, vieron desencantadas cómo el admirador de Nadia proseguía su camino sin siquiera mirarlas. Unos metros más allá, arrojaría las rosas rojas a una pileta de la plaza y nunca más volvería a aparecer.

Años después, cuando Ismael Kirfe empezó a cotejar a Nadia, ésta le dijo a su hermana que veía un gran parecido a su pretendiente con el joven de Cochabamba, el de las rosas rojas. “¿Y si se tratara de la misma persona?”, se atrevió a sugerir Nadia. “Pero si los Kirfe jamás han estado en Bolivia”, se asombró Jazmín. “Eso no importa, hermanita; si no se trataba de Ismael en carne y hueso, quizás fuese su espíritu que viajaba hasta allá, para darme un anticipo de su amor”.

Cerca de las dos de la madrugada, pese a que el doctor mantenía en vilo a su auditorio con una conversación chispeante, manifestó que debían retirarse, en atención a lo avanzado de la hora. Aziz protestó, mientras lo sujetaba de un brazo, rogándole que se quedara más tiempo —aunque no tuvo fortuna—, pues aún no le contaba la anécdota de su primo Yubrail Magdalani, cuando apareció montado en su moribundo jamelgo en la plaza de Cochabamba.

\*\*\*

Tras dos años, en una lucha política reñida, donde la oligarquía no trepidó en desplegar sus estandartes de

miedo, el candidato radical Pedro Aguirre Cerda triunfó en las elecciones presidenciales. “Es más malo que bueno para nosotros”, comentó Chafik ese lunes a la hora de almuerzo, luego de haber leído el diario, donde aparecía la fotografía del vencedor, rodeado por una multitud de enfervorizados partidarios.

Sentada junto a su marido, Yamile dijo una maldición en árabe, de ésas con las que se ofende a toda la familia. Después, sólo se escuchó el sorbeteo tenue de Aziz al beber su café y la insistencia majadera de Chucre en golpear su plato con la cuchara, pues se negaba una y otra vez a tomar su sopa que, según él, tenía gusto a ajo. Yamile le lanzaba miradas furiosas y mediante gestos le advertía que comiera, de lo contrario no tendría postre. “Ese niño está muy mal enseñado”, dijo Aziz cuando el silencio se endurecía. “Ahora —Chafik retomaba su idea— si Aguirre Cerda no se rodea de buenos colaboradores, va a fracasar”. Frente a él, Amín hizo un gesto de desaprobación. “El tratará de estructurar una política adecuada a las necesidades del país. Lo demás son comentarios ociosos”. A pesar de estar tranquilo por haber comido bien, Chafik agrió el rostro como si un inesperado dolor de estómago le hubiese descompuesto la digestión. “Tú no sabes nada — exclamo—. ¿Acaso olvidas la voracidad de los políticos? En un mes se van a robar toda la plata si les dejan las manos libres”.

Un nuevo silencio le permitió a Chucre hacerse notar otra vez; insistía en golpear con su cuchara el plato lleno y hacer muecas de repugnancia. “Si no te tomas la sopa —le advirtió Yamile— te quedarás sin postre y encerrado toda la tarde en tu pieza”. El niño se encogió de hombros para expresar su indiferencia ante la amenaza. Discreta, Yvotyropea se levantó de su asiento y se acercó a Chucre, para preguntarle si deseaba comer algo distinto. “No lo malcríes,

mujer”, intervino Aziz, apenas alzando la voz. “Si la abuela no puede regalinear a sus nietos, ¿quién, entonces?”, replicó la Nativa Guaraní, retirándole el plato de sopa, frío como la mirada de Yamile, puesto que ésta se sintió humillada por esa india que se permitía llamar “nietos” a sus hijos. ¡Es el colmo!, habría gritado, pero la mano conciliadora de Chafik, puesta sobre la suya, la contuvo; temblaba como la llama de una vela sorprendida por el viento.

“Anoche hubo fiesta hasta tarde en el club radical —contó Amin—. Este triunfo, el doctor Valverde, lo habría disfrutado como nadie. ¡Quién sabe si las nuevas autoridades de gobierno investigarán más a fondo su muerte! Para mí, el doctor fue asesinado y luego arrojado al mar”.

Chafik retiró su mano puesta encima de la de Yamile, para rascarse la mejilla. “No es una teoría nueva —expuso—; eso mismo dijeron los diarios opositores al gobierno. Hasta se quiso vincular al intendente de la provincia con esa muerte casual”. En ese instante Yvotyropea traía desde la cocina un plato de arroz con carne, que puso delante de Chucre. Al niño se le iluminó la cara. Ya no fue necesario decirle que comiera.

No del todo calmada, Yamile observaba a su hijo, ese mismo hijo que trece años después acabaría de una plumada con las tradiciones de la raza. Ya entonces su suegro había muerto; de haber sabido que su nieto mayor se casaba a escondidas con una mujer que no era árabe, se le hubiese destrozado el corazón. “Al menos mi papá —gritaba Chafik en esa ocasión— está muerto. Este es el día más negro de nuestra familia, el más negro”, repetía entre obscenidades en castellano, árabe y guaraní, mientras se golpeaba la cabeza contra el escritorio. Yamile, en cambio, no hizo gesto alguno para exteriorizar su amargura cuando Chafik

le confirmó lo del matrimonio de Chucre. “A partir de hoy —sentenció— tenemos sólo un hijo”.

Si Yamile hubiese sospechado siquiera que con el tiempo Chucre, ya hombre, se iba a casar contra la voluntad familiar, no lo habría mimado tanto. De alguna manera se sentiría culpable de ese contubernio matrimonial, de esa unión bastarda, por haberle aceptado cuando niño toda clase de travesuras y después, de joven, sus calaveradas, que a ella misma le infundían zozobra. Temía que si lo privaba de hacerlas se transformara en un faldero, quizás en un pusilánime. En muchas ocasiones lo protegió de la ira de Chafik cuando éste lo increpaba porque el hijo derrochaba en forma temeraria en los hipódromos, en el casino de Viña del Mar, con amigos sanguijuelas, con niñas casquivanas en fiestas de todo un día. “Así no se hacen los hombres”, rugía Chafik, si bien no le desagradaban del todo las andanzas de Chucre; le disgustaba su desenfreno juvenil, el exceso de gastos, el desinterés de su hijo por casarse.

Al terminar de comer su arroz con carne, Chucre levantó la vista del plato para observar la reacción de su progenitora. Se cruzaron miradas y el niño quiso sonreír, demostrarle que no amparaba rencor alguno; pero vio en sus ojos altaneros ese mismo frío distante que en ciertas noches de invierno se le colaba por la ventana, como un claro desprecio. Un frío idéntico al que, años más tarde, volvería a sentir a través de los mismos ojos de su madre cuando llevó a su hijo Jorge, de poco más de un año, para que lo conociera.

Ni siquiera Yamile miró al hijo ni al nieto. Su mirada pétrea estaba puesta sobre un libro que leía, hojeaba o le servía para explicar su desamor. Una, dos, tres veces Chucre trató en vano de quebrar la indiferencia materna mediante súplicas, ruegos desmedidos, hasta el extremo de arrodillarse ante ella, como última alternativa. “Mamá, mamá —gritó

ante el evidente desdén— ambos somos Magdalani, sangre de tu sangre”. Yamile humedeció impertérrita su dedo índice para volver la hoja del libro, como si estuviese sola en la habitación, una salita pequeña, vidriada y muy luminosa, donde en las tardes se sentaba a tejer, jugar al solitario o leer libros que le proporcionaba su hijo Bachir de su biblioteca, adquirida por metros lineales.

Al marcharse el humillado Chucre, Yamile cerró por unos instantes el libro —una novela de muchas páginas plagada de enredos sentimentales—, para meditar acerca de la reciente visita de su hijo. Si se había casado contra la voluntad de la familia, que reventara solo.

“Hay demasiados puntos oscuros en la muerte de Valverde. Si Said no se hubiese marchado a Bolivia, quizás habría iniciado por su cuenta una investigación del homicidio”, continuó Amín. “No fue un homicidio. Eso ya está comprobado de manera rotunda; así que habría que hablar de accidente o suicidio”, replicó Chafik, disgustado por el afán de su hermano de vincular al gobierno de la época con la muerte de Valverde.

“¿Entonces ahora se trata de suicidio?, ironizó Amín. Con tal liviandad de argumentos llegaremos a la conclusión de que el doctor murió de gripe, o que el cadáver encontrado en la playa no correspondía al suyo, sino al de un navegante solitario traído quién sabe de dónde por la corriente de Humboldt”.

Chucre miraba a su abuela, dedicada a escuchar, como a su tía Soraya, quien solía enseñarle juegos de prestidigitación. Y a su madre, cuya expresión fría incluso había atemorizado a Bachir y Miriam, quienes tragaban su comida sin la más leve manifestación de desagrado, aunque la sopa en verdad tenía un excesivo sabor a ajo, condimento que a los tres niños les producía repulsión.

Empeñado Aziz en aquietar la discusión entre Amín y Chafik, dijo un proverbio árabe: “Si disputar con tu hermano te encoleriza ¿cómo sería si lo hicieras con un extraño?” Luego insistió en que se hablara mejor acerca del futuro de la familia bajo un gobierno donde habría radicales, comunistas y socialistas, estos últimos partidarios de la redistribución de los ingresos en favor de los obreros industriales. Cogido por sorpresa, Chafik no atinó a desmentir o ratificar lo que decía su padre en relación a las proposiciones socialistas, aunque la mención de la palabra “socialista” le producía malestar. De sólo escucharla le venían los malos presagios.

Ese día en que conoció al profesor Gumercindo Serrano en Cochabamba, no dudó que se enfrentaba a un sustentador de las ideas socialistas más radicales, al escuchar de su boca críticas amargas a aquellos países que de alguna manera auspiciaban la guerra del Chaco, para luego cosechar en beneficio propio. Y ese Emiliano Ortiz, poeta, según se decía por ahí, amigo de su hermano Said, ¿no propiciaba por su parte la reforma agraria, la destrucción del Estado burgués (¿qué era el Estado burgués?) y otras medidas que él entendía a medias o nada? Ese poeta propugnaba ideas disociadoras, conducentes a la destrucción y al caos. Más de una vez debió enfrentarse a Said, porque su hermano insistía en apoyarlo. “¿Me puedes decir en qué trabaja ese holgazán?” Said defendía al poeta a ultranza, al punto de asegurar que se trataba de uno de los hombres más inteligentes que había conocido, tanto como Alcides Argüedas o el cura Hilario, su amigo astrónomo.

“Si los socialistas dominan al Presidente Aguirre Cerda, —sentenció Chafik— este país se va a hundir”. Yamile se cubrió la boca con ambas manos y emitió un gemido, como si hubiese visto a su madre arder. ¿Qué sería de la

familia Magdalani si esa turba de locos dominaba a ese hombre de aspecto bondadoso y mirada tierna que en incontables ocasiones había visto retratado en los diarios, revistas y afiches pegados en los muros de la ciudad? El día en que apareció Aguirre Cerda por Iquique, para alentar su campaña presidencial, ella trató de ir acompañada de Soraya a una concentración política en la plaza, deseosa de conocer de cerca a quien podría ser, al cabo de meses, presidente del país. Preocupado, Chafik las desalentó, argumentando su condición de extranjeras y que la plaza se iba a repletar de obreros, estibadores, en fin, gente de baja estofa, concertada para cometer desórdenes. Al morir el presidente en 1941, luego de haber gobernado tres años, Yamile fue a la iglesia a rezar por el alma de ese hombre bueno. “A no dudarlo —le dijo en esa ocasión a Chafik— Aguirre Cerda murió de pena”.

Después de beber y fumar un cigarrillo “Cabañas”, Aziz se dirigió a su dormitorio para dormir una siesta hasta las cuatro de la tarde, hora en que reabría la tienda. Amín y Chafik se quedaron solos en el comedor, enzarzados en una discusión de nunca acabar.

Esa tarde Chafik parecía amoscado, acaso porque en la mañana había entrado a la tienda a comprar un metro veinte de casineta para hacerse un pantalón, un hombre vestido con uniforme de ferroviario que se negaba a pagar el precio por estimarlo excesivo. Como Chafik no quiso cobrarle menos, luego de un regateo de buen mercader, el ferroviario se molestó, y mientras decía “ya se van a acabar los comerciantes ladrones”, caminó en dirección a la salida haciendo gestos groseros con las manos. Aziz sólo se percató del hecho —en esos instantes atendía a una mujer—, cuando el iracundo cliente estaba ya en la calle; de lo contrario, habría respondido a los insultos o perseguido

al ofensor para que le explicara su proceder. Cierta vez, en Cochabamba, se trenzó a puñetazos en medio de la tienda con un hombre porque éste le dijo “turco de mierda”, al expresarse Aziz de manera desdeñosa de la Junta Militar que en ese tiempo gobernaba el país. “No debió usted hacer eso, papá”, le manifestó Chafik; temía que el sujeto, luego de haber recibido unos buenos golpes en la cara, denunciara a su padre por injuriar a la autoridad. El desconocido no lo hizo, pero por mucho tiempo los Magdalani vivieron aterrorizados, hasta que la Junta Militar del general Blanco Galindo fue sustituida por el gobierno de Daniel Salamanca.

Cerca de las cinco de la tarde, como Aziz continuara durmiendo, la Nativa Guaraní lo fue a despertar de su siesta. A esa hora se había colmado la tienda de un público ansioso por adquirir telas; muchos deseaban lucir ropas nuevas para festejar la elección de Aguirre Cerda; los menos, vestir luto solemne a causa de la derrota de Gustavo Ross, el representante de la oligarquía. Mientras los unos reían hasta dolerles la quijada de tanto agitarla, los otros apretaban los dientes y nada decían, mudos de desazón e incertidumbre al vislumbrar que en breve los pobres de la ciudad podrían caer sobre ellos como una plaga bíblica. Meses antes de la elección, los diarios de la oligarquía habían empezado a esparcir el temor de que, si triunfaba Aguirre Cerda, se iba a desatar el caos al son de comunistas y socialistas, dispuestos a arrasar el país hasta sus cimientos.

“De no creerlo”, dijo Aziz Magdalani al ingresar a la tienda. Por lo menos veinticinco personas se arrebataban las piezas de tela, llegando muchos a comprar lo primero que veían ante el riesgo de quedarse con las manos vacías. “Si esto continúa —pensó— nos vamos a enriquecer de lo lindo”. ¿La gente adquiriría telas por temor a que se acabaran

o de veras existía el propósito de festejar con flamantes atuendos el triunfo del candidato del Frente Popular?

Entre los compradores divisó a la viuda del doctor Efraín Valverde, vestida de negro, pese a que su esposo había muerto hacía más de un año. “Señora Valverde —le gritó—, venga usted por acá para atenderla”. Ella hizo un gesto de sorpresa, luego de agrado, y se aproximó al mostrador donde estaba Aziz Magdalani, risueño, rebosando una energía propia del mejor de los mercaderes al ofrecer sus productos. La profesora eligió unos pedazos de casinete, con los cuales pensaba hacerles pantalones a sus hijos pequeños. Al momento de pagar, Aziz no quiso aceptar el dinero. Como ella insistiese, él le recordó que el difunto Efraín Valverde a menudo se negaba a recibir honorarios por sus atenciones médicas, sobre todo cuando se trataba de amigos.

Desarmada por ese argumento sencillo, la profesora no sabía si aceptar el obsequio o rechazarlo, si bien desde la muerte de su esposo se debatía en una precariedad económica de constantes apremios. El vestido negro de viuda que llevaba, a no dudarlo, se trataba del más decoroso de los tres que disponía. Aziz insistió al observar la vacilación de la mujer; veía cómo luchaban en ella el impulso de un digno orgullo y las urgencias de la pobreza. Al final aceptó, y cabizbaja salió de la tienda, mientras apretaba el paquete bajo el brazo.

“Ha sido un día agotador”, comentó Chafik a la hora de cenar. A continuación se dirigió a su padre para indagar si la viuda del doctor Valverde había llevado las telas al fiado, porque él no la había visto pagarlas. “Se las obsequié”, replicó Aziz, alzando un tanto la voz, deseoso de aplastar en embrión cualquiera crítica. “Si es una fresca, papá —argumentó después de un momento Chafik—, regresará en unos días a comprar más telas, por si usted se las vuelve

a regalar”. “Son los riesgos de la generosidad”, replicó Aziz, molesto por los juicios de su hijo mayor. Notaba en él un desmedido celo comercial, cierta rigidez para tratar a los clientes, fuesen amigos o no, una manera demasiado fría de manipular las sutilezas del arte de los mercaderes. Tal vez le faltaba la habilidad del buhonero, que a veces debía gastar hasta una hora y más de parloteo en convencer a un cliente para que le comprara un espejito o baratijas de ínfima calidad, sabiendo que después de eso podría venderle lo que quisiera.

La Nativa Guaraní sonreía cuando Aziz se ponía a enseñar a sus hijos los secretos del buen tendero, evocando las argucias que había empleado el árabe con ella en Imapobó. Aún guardaba en sus retinas los colores de los géneros que le ofrecía el hombre, el brillo turbador de los espejitos, las horquillas, los collares de pedrerías, toda esa suerte de objetos mágicos extraídos uno a uno de un saco o de un canasto de mimbre situado en la popa de su canoa. “Aquí estando de nuevo — proclamaba Aziz en castárabe— bara ayudando engalanar banat todas bellas de este bueblo. Magdalani, siendo vuestro jaddam, desea que distinguidas damas ver las maravillas que ha reunido, luego de basando bor bahar, lo océano de toda la tierra en su sidyada mágica, de haber beleado con animales salvaje y jaramille, sólo bara que ustedes buedan lucir cueise”.

Como tal discurso lo había aprendido luego de machacar y machacar un idioma para él casi incomprendible, y lo repetía en cada lugar donde se detenía a ofrecer sus baratijas, alteraba el orden y la función de las palabras. En tal caso, resultaba en extremo gracioso, circunstancia que a la postre era lo que más beneficios le procuraba en sus correrías comerciales.

Apenas asomaba sus narices por un poblado, la gente

corría a su encuentro para oír a ese joven gesticulador de hablar enrevesado, amigo de referir cuentos prodigiosos. Contaba historias de lámparas encantadas y de aves del tamaño de diez cóndores. Además, era dueño de otros recursos, pues ejecutaba algunas destrezas de manos que dejaban con la boca abierta. Lo que embelesaba a su auditorio renuente a comprar, y al final se transformaba en el mejor anzuelo para persuadirlo de gastar su dinero, muchas veces en objetos inservibles.

“Otro día así de agotador nos reventará a todos”, dijo Chafik, mientras se levantaba de la mesa acompañado de Yamile. Ambos se dirigieron al salón, donde Nadia —en ese tiempo estaba ya de novia con Ismael Kirfe—, escuchaba música en la victrola. Su cara de enamorada parecía inconfundible; el bolero que oía le hacía entornar los ojos, desmayar la cabeza, exhalar algún suspiro, como si Ismael estuviese junto a ella, acariciándole el cabello y deslizándole al oído palabras encendidas, de ésas que le provocaban cierta turbación, más bien producto de su candidez. Educada por Yvotyropea, aprendió lo mismo que las jóvenes guaraníes: hacer el hilado en husos, tejerlo en telares manuales, preparar ambrosías, cocinar en horno de barro, curar enfermedades, así como también —a falta de comadrona— atender su propio parto. Esa noche Nadia iba a dormir abrazada a la almohada, consumida en deseos de sentir de algún modo a Ismael en su cama, después de haber escuchado uno tras otro bolero, interpretado por un cantante de voz sedosa.

Desde fuera llegó el barullo de un grupo de obreros que entonaban cantos revolucionarios, gritaban consignas políticas, y vivas al candidato triunfante. Junto a una ventana que daba a la calle, Chafik corrió apenas el visillo, luego de ordenarle a Nadia que bajara el volumen de la música y a

Yamile que apagara las luces, para atisbar al grupo. Entre los manifestantes divisó a un muchacho flacuchento, provisto de un gorro de tocuyo, que cada jueves pasaba por la tienda a lustrarle los zapatos. Se inquietó al pensar que quizás se unía a los obreros para indicarles dónde vivían esos extranjeros indeseables, que habían apoyado la candidatura de la oligarquía. El lustrabotas había visto arribar uno de esos jueves a la tienda de los Magdalani, a tres caballeros en automóvil, rabiosos partidarios de Gustavo Ross, a quienes Aziz agasajó en la trastienda, poniendo al fin en sus manos ávidas, un sobre repleto de billetes de banco.

Chafik se tranquilizó cuando el grupo continuó hacia la plaza. Ni siquiera habían golpeado las cortinas metálicas de la tienda para meter bulla o provocar, pudiendo hacerlo. Sus cantos y vivas empezaron a extinguirse, a ceder en la lejanía, a transformarse en un horizonte incorporado a la noche. El cantante de la voz sedosa retomó, más brioso, la melodía del bolero. Hacia el lado del puerto se escucharon dos disparos de fusil, después el silencio, como si hubiesen sido hechos para indicar el fin de la celebración.

Demasiado pendiente de los ruidos del exterior, imaginó que se había producido la sublevación del regimiento de la ciudad, porque los militares no querían reconocer la victoria de Aguirre Cerda. En vez de dos disparos sintió cinco, amén de voces de mando, ruido de cascos de caballos, de piezas de artillería arrastradas por las calles, de movimientos extraños de dos embarcaciones de guerra surtas en la bahía del puerto desde hacía una semana. Estuvo a punto de ir al dormitorio de su padre, a advertirle de cuanto suponía que acontecía en la ciudad. Un rato después desistió. Iquique dormía con la placidez de siempre, ajeno a conatos revolucionarios. Quizás cuando asumiera Aguirre Cerda vendría el golpe militar. No estaba descaminado en sus anhelos fantasiosos:

en agosto de 1939, un complot dirigido por Ariosto Herrera, sofocado en su oportunidad, casi hunde al gobierno, que aún no cumplía un año.

“Ahora vamos a acostarnos”, le propuso Chafik a Yamile, al verla bostezar. Yamile hizo una mueca y abandonó el salón tras su marido. ¿En verdad a partir de ese día la vida iba a ser más agitada, como lo aseguraba su cuñado Amin? A no dudarlo, Said la habría orientado en eso de saber si las palabras de Amín tenían o no base, un mínimo asidero. Al sentir el contacto de las sábanas de su cama, el olor penetrante a jabón de lavar, recordó ese día en que mientras lavaba la ropa de sus hijos en la artesa, vio a Said sentado en el corredor de la casa, dedicado a leer un libro. Por lo común al concluir el almuerzo, él leía el diario, revistas, o uno de sus tantos libros, adquiridos en la librería “Don Pepe”, de la plaza, en tanto que su padre y hermanos dormían la habitual siesta hasta las cuatro. ¿Y si le pedía el libro para leerlo? Con las manos chorreantes de lavaza se acercó a su cuñado y, sin preámbulos, se lo solicitó. “Aún me faltan algunas páginas”, se excusó Said.

Cierta noche lo sorprendió en el fondo del patio, tumbado de espaldas en el suelo, mirando las estrellas, cuando ella iba a recoger la ropa tendida, habiendo olvidado hacerlo más temprano. Yamile quiso saber qué atractivo tenía mirar en el cielo esos puntos luminosos, mudos, siempre donde mismo; luego, le pidió que le dijera el nombre de los astros y le preguntó si podía adivinar el futuro a través de su interpretación. Said extendió su brazo para señalar las estrellas más brillantes; mientras lo hacía, Yamile se maravillaba de los conocimientos de su cuñado, ese hombre con el cual se habría casado gustosa, si él se lo hubiese sugerido. Una semana antes de desposarse tuvo un sueño inquietante: veía a un sujeto que tanto se parecía a

Chafik como a Said, que intentaba besarla.

Volvió a sentir el contacto de las sábanas a la altura de sus narices; un antiguo olor a azumagado —como si esas prendas hubiesen permanecido guardadas en un mueble húmedo, arrinconado por inservible— la hizo recordar el instante en que por casualidad, Said le rozó la cara con la mano. Le señalaba las estrellas por su nombre, mientras le decía que acaso la bóveda celeste estaba vacía y las estrellas no eran sino espejismos o restos de luz, de astros ya muertos hacía millones de años.

Acostado junto a ella, Chafik le daba las espaldas hostiles; en un momento se acordó de esos lejanos instantes de jolgorio cuando jugaba a las muñecas con otras niñas de su edad en la enorme casa de muchos patios y piezas, alquilada en comunidad por cinco familias de palestinos, entre las cuales estaba la de su primer amor, Farid Yazar, a quien muchos de los árabes de Cochabamba considerarían años después el más inteligente de la colectividad, porque estudiaba medicina, aun cuando les parecía un tanto loco; el joven se empeñaba en criticarlo todo, al punto que una vez se encaró con el padre de Yamile, un hombre de malas pulgas, acostumbrado a lanzar blasfemias por nada. “Modere su lenguaje de camellero”, le espetó en una ocasión, ante un grupo de árabes. Al padre de Yamile se le oscureció el mundo y amenazó con romperle la crisma a ese jovencito criticón, cuya especialidad parecía ser la pretensión de enseñarle normas de vida a la gente sencilla. Si otros palestinos no hubiesen intervenido, la gresca habría sido mayúscula: tanto Farid Yazar como el padre de Yamile prometían hacerse pedazos.

En la universidad, Farid había golpeado en la boca al profesor Paterson —un inglés que se había nacionalizado boliviano para escapar de la justicia de su país—, cuando el

gringo, con la intención de apabullar al joven palestino, le hizo una pregunta capciosa en clase de anatomía. Mientras los asistentes se reían, celebrando el humor burlón del profesor, éste se ensañó con Farid, al proponerle: “Mejor se va a trabajar al boliche de su papá”. Ahí, muchos abandonaron sus risas. A paso lento, Farid cruzó la sala de clases y, sin preámbulos, se encaró con Paterson, cuyo rostro sanguíneo y moffetudo perdió coloración. “Es usted un miserable”, y le dio un golpe de puño en la boca.

Expulsado Farid de la universidad, algunos diarios de Cochabamba empezaron a interesarse en el caso, que terminó en escándalo al descubrirse que el tal Paterson se llamaba en realidad Wilson, a quien buscaban en su país por haber ejercido en forma clandestina la profesión de médico.

Si Farid parecía ligero de genio, el padre de Yamile lo aventajaba. Una vez, porque un primo suyo se negó a reconocerle una deuda, trató de incendiarle la tienda en presencia de muchos árabes, que le solicitaban a gritos no cometiera esa felonía.

Entre sueños, Chafik masculló unas palabras y acomodó la almohada bajo la cabeza. Soñaba que hacía una excavación al fondo de la casa y encontraba un cántaro desbordante de monedas de oro, las cuales se transformaban en trozos de madera pintados de amarillo; pero él los recogía pleno de ansiedad, porque creía que con ellos podría jugar a las cartas en el club. Al poner los trozos de madera sobre la mesa de juego para hacer su apuesta, adquirirían el aspecto de simples fichas del juego de damas, ante la sorpresa general. “¿No nos querrá engañar, señor Magdalani?”, indagaban los demás jugadores, mientras examinaban las fichas de madera.

Yamile lo sintió quejarse. Trece años después iba a oírlo durante muchas noches quejarse hasta el sollozo cuando al

fin lograba quedarse dormido, luego de cavilar con sombría fijeza en el casamiento secreto de Chucre. Una, dos, treinta y más noches se debatió en la desesperanza, como si su hijo se hubiese muerto de repente. El había decidido que Chucre se casara con alguna de las jóvenes árabes que frecuentaban las fiestas familiares; pero éste, sin decir agua va, lo hizo con una chilena hija de extranjeros.

Dura como pedernal, Yamile sólo pensaba en la manera de destruir a la mujer de su hijo. Semanas después consiguió una fotografía de la entrometida Marisol, y le atravesó alfileres, mientras invocaba el nombre del difundo Yubrail Magdalani. Seguía las instrucciones de una bruja roñosa a la que fuera a consultar por consejo de una amiga, esposa de un compadre de Chafik. La arpía habitaba una inmunda choza en las afueras de Santiago, a orillas del río. “Si con esto recibe su castigo esa mujer que me ha robado a mi hijo mayor, habrá para usted una buena recompensa”, le dijo Yamile. Ni los alfileres ni las malas artes de la bruja, ni menos el espíritu funesto de Yubrail Magdalani, lograron causarle el menor daño a Marisol. La mujer parecía más saludable que nunca, hasta el extremo de parir en el tiempo justo un varón albo como ella, rollizo como los ángeles de las pinturas renacentistas.

En esa época a Yamile se le reventaron las várices, y no tuvo más remedio que permanecer por meses sentada en una silla, mientras se le cicatrizaban las heridas. A menudo recibía cartas de sus parientes de Belén —las cuales le aumentaban su dolor—, donde le referían cómo los refugiados palestinos empezaban a ser expulsados de sus hogares, para instalar en éstos a los judíos llegados de Europa. ¿Cuál habría sido la reacción de su suegro al conocer el matrimonio espurio de su nieto mayor? Yamile la imaginaba: se habría golpeado la cabeza contra la pared,

llorado hasta que se le hubiesen secado los ojos y el alma, rasgado las vestiduras como sus antepasados y maldecido el vientre de Yamile, por haberle dado vida a Chucre.

A menudo Chucre y sus hermanos le pedían al abuelo les contara su viaje a América desde Palestina. A Aziz le seducía la idea de referir el viaje, pero si lo narraba a los niños, hablaba de una alfombra mágica, la cual había descubierto por casualidad en uno de los rincones de su casa de piedra, entre trastos viejos y utensilios de labranza. “La alfombra — contaba a su auditorio infantil— estaba enrollada y oculta bajo unas tablas desde hacía mucho tiempo, quizás porque ya no servía, o porque alguien la había escondido allí sabiendo que estaba encantada. Una tarde la llevé al patio, dispuesto a examinarla y cuál no sería mi sorpresa al ver, mientras la golpeaba para sacudirle el polvo, que comenzaba a elevarse. Desde luego, a nadie confié el secreto; podían pensar que yo estaba loco. La volví a guardar, a la espera de mi viaje, que se iba a realizar en algunos días más. Una mañana, a escondidas, saqué la alfombra y la extendí en el patio...” En este punto de la narración, por lo general los niños indagaban detalles sobre la alfombra: si tenía buen porte, si estaba rota, si podía resistir un viaje largo, si de veras podía elevarse tan alto como para transportarlo por encima de las nubes.

Le seducían aun más a Aziz las interrupciones, puesto que ellas demostraban hasta qué punto sus nietos creían su historia como real. ¿Y cuántos días había durado el viaje? Y con relación a los alimentos, ¿cómo había resuelto el asunto?, apremiaban los niños, cavilosos de asombro. Ellos veían a diario en el salón de la casa un gobelino donde árabes a caballo raptaban a una bella joven. Quién sabe si se trataba de la mentada alfombra mágica del abuelo —aunque éste aseguraba tenerla oculta— pero no se atrevían a comprobar

si volaba, más temerosos de presenciar algo sobrenatural que del previsible enojo de los mayores.

“Hace muchos años —comenzaba el relato de Aziz Magdalani— llegué volando de Palestina en una alfombra mágica”. De sus hijos, a quien más cautivaba ese relato era a Said. Un día se le ocurrió contar en la escuela que su padre había llegado volando a América en una alfombra mágica; la narración trastornó a sus compañeros, al punto que en gran número escoltaron al niño Magdalani hasta la tienda familiar, para ver, aunque fuera de lejos, a ese hombre dotado de poderes prodigiosos. “¿Y dónde está la alfombra mágica?, indagaban impacientes. Said decía que guardada en el entretecho de la tienda, lo que provocaba una especie de delirio entre los niños, muchos de los cuales habrían entregado todos sus juguetes por verla.

De nuevo Chafik alteró su posición en la cama, quedando boca arriba y empezó a roncar, aunque sin mucha estridencia. Yamile lo miró desdeñosa. ¿De verdad quería a ese hombre, o por haber vivido más de diez años con él había acumulado cansadas apariencias de amor? “Mi papá llegó de Palestina a comienzos de siglo en un barco italiano” le dijo Chafik a quien iba a ser su mujer, el día en que ambos fueron dejados solos en un salón, apenas por unos minutos, para que el joven tartamudeara su proposición matrimonial. Ella bajó la vista y dijo “sí”. ¿Había sido un sí auténtico?, se preguntaba Yamile algunos años más tarde. Dos días después de haberse comprometido con Chafik, divisó por casualidad a Said en casa de un primo inválido, que vivía desde los cinco años sentado en una silla; se había fracturado la columna al caerse de un árbol en cuya espesura buscaba un nido de gorriones. Yamile se mostró en extremo agresiva al ver cómo su futuro cuñado insistía en jugar ajedrez con el inválido, en vez de preocuparse de

entretenerla a ella.

Esa vez, para organizar una mínima conversación, Yamile le preguntó a Said si sabía el nombre del barco que había traído a su padre a América. “¿Barco?”, se extrañó el joven, sobándose el mentón antes de mover un alfil. “Nuestro padre llegó de Palestina en una alfombra mágica. Eso usted lo puede leer incluso en los diarios de la época”. Yamile se enfureció, si bien no lo suficiente como para insultar al burlón, aunque iba a comprender años después el sentido de esas palabras.

Al morir su hija Miriam de tos ferina, recibió una carta de Said desde Bolivia, donde le daba el pésame y le decía que la pequeña disfrutaba hasta lo indecible con los cuentos del abuelo, en especial, cuando éste refería su llegada a América volando en una alfombra mágica. “Esa misma alfombra mágica que plasmó nuestra niñez de fantasía y la hizo dulce como la mirada de nuestra madre”. Por muchos años Yamile guardó en una caja de lata, donde juntaba fotografías, esa carta sobre la cual había llorado, hasta que un día el documento desapareció. En esa época ya nada la afectaba. Incorporada a la silla de inválida, como si ésta fuese un hueso de su esqueleto, contemplaba el devenir del tiempo, ese tiempo que se le antojaba ya demasiado amargo. Uno de los sueños de Chafik, al irse haciendo más viejo, había sido llamar Aziz al hijo mayor de Chucre, pero el infame se casó a sus espaldas. Aguardó con la paciencia que da la sabiduría, que Bachir engendrara algún varón, pero le nacieron dos mujeres, lo que acabó de truncar ese tardío anhelo de perpetuar la estirpe.

Cerca de las tres de la madrugada, Yamile consiguió atrapar los restos del sueño. Ni el menor ruido perturbaba la noche cálida de ese martes al amanecer. Hacía bastante que los últimos partidarios de Aguirre Cerda se habían

retirado de la plaza, donde ahora sólo quedaban pedazos de diarios, propaganda electoral y serpentinas, como si por las calles se hubiese paseado un carnaval. Hasta los prostíbulos cercanos al muelle, siempre activos por la afluencia de marineros, rufianes y todo el desecho humano que pulula en los puertos, estaban cerrados, quizás para adherir al duelo de la derecha. Aun cuando la noche auguraba horas calmas en medio de esa primavera promisoría, negros nubarrones poblaban el cielo político; en las casas de los partidarios del derrotado candidato de la oligarquía, Gustavo Ross, se había empezado a urdir, la misma noche en que se conoció el triunfo del Frente Popular, planes para aplastarlo en breve. Si bien la historia no lo dice, esa noche Ariosto Herrera levantó airoso su copa de vino para brindar con anticipación por el triunfo del cuartelazo, que él pensaba dirigir en unos meses más.

\*\*\*

Un día de abril, a las seis de la tarde, murió Aziz Magdalani de ataque al corazón, cuando él mismo se aprestaba a cerrar la tienda unas horas más temprano, porque esa noche se iba a festejar su cumpleaños. La fecha de celebración había sido fijada un poco al azar, pues el palestino ignoraba el día, mes y año de su nacimiento, datos que nunca figuraron en su pasaporte; sin embargo, al desposar a Afife le exigieron esos antecedentes. A él le pareció que el mes de abril era bello y que el año 1880 correspondía más o menos al de su venida al mundo. Su padre le había contado que ese año un cometa de abundante cola había cruzado el cielo para anunciar la peste de viruela, hecho que estaba registrado en un libro de la iglesia y en la memoria de los escasos sobrevivientes.

La Nativa Guaraní, que a la hora de la muerte de Aziz

permanecía en la cocina junto a las otras mujeres de la casa (en la mañana le había planchado la túnica, el hatta, y limpiado las babuchas, porque su amado disfrutaba al vestirse de árabe para su cumpleaños), oyó el grito desgarrador de Chafik. Había visto a su padre exánime en el suelo de la tienda. Amín, a la carrera, fue a buscar al médico, que vivía ahí cerca. Chafik, inclinado sobre su padre, lo llamaba y, con suavidad, le golpeaba las mejillas para reanimarlo, no sabiendo qué otra cosa hacer. En eso estaban cuando aparecieron las atribuladas mujeres de la casa dando voces.

En menos de una hora la noticia llegó al comercio de los árabes. Apesadumbrado, el rostro húmedo de lágrimas de varón, Marcos Kirfe hizo cerrar la tienda. Acompañado de Ismael se dirigió en automóvil a la casa de los Magdalani, no sin antes pasar por la pérgola de las flores para adquirir dos coronas enormes de rosas blancas y encargar a las floristas que el día del funeral, arrojaran pétalos de rosas sobre el ataúd. Al llegar a destino vio cómo unos empleados de la funeraria "Lourdes" introducían el féretro por una entrada lateral de la tienda, además de candelabros y algunas coronas. Esos preparativos, a Marcos Kirfe le parecieron una broma macabra de su paisano, ya que éste acostumbraba a burlarse de la muerte y aseguraba que sólo se morían los demás.

Dos días después, un sábado en la mañana, se realizaron los funerales de Aziz Magdalani en el cementerio de Iquique. Como es usual entre árabes, sólo asistieron los hombres al entierro, mientras las mujeres permanecían en la casa de los Magdalani para acompañar en su dolor a los parientes. Reunidas en el salón, apenas conversaban, y si lo hacían, musitaban, como si hablar de una manera natural fuese una ofensa a los deudos, al silencio al que tenían derecho para meditar acerca del sentido de la muerte.

Arrinconada en el salón, en un sitio discreto, la Nativa se negaba a pronunciar palabra, acaso doblegada por esos ritos de muerte ajenos a ella. Parecía incómoda entre esa infinidad de mujeres, muchas de las cuales responsaban en árabe.

La esposa de Marcos Kirfe, vestida de duelo, se sentó junto a ella y de vez en cuando le hablaba que tuviese fortaleza, y levantaba los brazos al cielo para indicar que a ese lugar había viajado el difunto Aziz Magdalani. Indiferente a aquellas manifestaciones de aprecio, Yvotyropea movía apenas la cabeza para demostrar su aquiescencia a las palabras de aliento. La mujer de Kirfe le había preguntado a Nadia, cuando la recién desposada hubo regresado de su luna de miel, si la india guaraní profesaba alguna religión pagana. No recordaba haberla visto persignarse en la iglesia el día de la boda.

Finalizado el sepelio, los hombres regresaron a la casa de los Magdalani, a comer cordero guisado con pan, fideos y arroz, comida que la tradición árabe señala para cumplir con el rigor funerario. Para beber había agua, jugos, gaseosas y café amargo en tacitas a medio llenar, servidos con profusión por los hijos del difunto. No bien llegaron los hombres del entierro, las mujeres se trasladaron a una pieza continua al salón para dejarles el recinto libre, porque ellas debían estar separadas de aquellos, según lo prescribían las tradiciones, esas milenarias tradiciones que Aziz Magdalani aseguraba haber traído escritas en papiros dentro de una caja de madera de sándalo —una especie de arcón— que durante años sus hijos y después sus nietos, buscaron afanosos en los sitios más recónditos, sin hallarla.

Si no habían encontrado la alfombra mágica, mal podían dar con una caja donde, según Aziz, guardaba libros en los cuales se narraban historias prodigiosas de califas y

visires, trozos de madera de olivo del Monte de los Olivos; babuchas, turbantes tan largos como para cubrir el tejado; lámparas mágicas, botellas en cuyo interior vivían genios malignos; perfumes tan concentrados que, si uno se ponía una sola gota, el cuerpo quedaba impregnado para siempre de ese olor; cimitarras cuyo acero despedía destellos que se veían de un continente a otro (a veces decía de una ciudad a otra), de filo tan perfecto, que se podía partir de un solo tajo, un camello por la mitad. Eso y más refería Aziz a los niños cuando en las noches se negaban a quedarse dormidos si no les contaba un cuento. “Está bien”, decía Aziz, mientras los hijos —años después los nietos— se arremolinaban a su alrededor. Y él empezaba así su historia: “Hace muchos años me vine de Palestina volando en una alfombra mágica...”

270

Cuando Chucre, Bachir, Miriam y Felipe supieron de la muerte del abuelo, durante muchos días escrutaron el cielo por si lo veían volar en su alfombra, porque así él lo había asegurado. Aunque Chafik, Amín, Nadia y Jazmín tenían edad más que suficiente para no creer en las fantasías de su padre, también se pusieron a observar el cielo ese día del funeral. Aziz, no obstante, había decidido marcharse de manera discreta de este mundo, sin estridencias, como le gustaba a él. Sus huesos de buhonero errante estaban marchitos de sufrir, gozar y caminar a través de un continente colmado de prodigios y sucesos tan inverosímiles como sus cuentos.

Quizá al morir comenzaba su verdadera historia, la historia que sus hijos iban a relatar a sus hijos, y éstos a su vez a sus hijos, en una cadena que habría sido de nunca acabar si las hijas de Bachir y Estrella, no la hubiesen interrumpido al fraguar, apoyadas por su padre, una nueva fábula: que los Magdalani descendían de italianos nobles.

Aziz Magdalani, junto con su alfombra mágica, su viejo

arcón donde podía haber hasta un camello, sus babuchas y trajes multicolores, su hatta, su túnica alba como la leche, decía adiós. Ahí estaba su saco agujereado, donde ponía sus baratijas, sus zapatos reforzados con doble y hasta triple suela para resistir largas caminatas y lluvias sin fin. Incluido su único pantalón, remendado al principio por él mismo, luego por la Nativa Guaraní. Su lengua perfumada, humedecida de frases prodigiosas, que en segundos podía inventar lo inverosímil, desaparecía de la faz de la tierra. Tragado por el olvido de quienes ignoraban las privaciones, eso de quedarse sin comer por un día y más; eso de andar con el fondillo de los pantalones roto; eso de dormir de pie o sobre un jergón fétido carcomido por chinches voraces; eso de meterse debajo de la camisa papel de diario para soportar el frío; eso de aceptar que se burlaran de él, que lo insultaran, que rapaces despiadados lo siguieran por la calle, gritándole su baldón de extranjero.

Chafik y Amín no lograban desprenderse de la congoja por la muerte de su padre, acaecida algunos días atrás. Pero se alegraron al ver entrar en la tienda, un miércoles en la mañana, al viejo Rafael Daud, que llegaba desde Sucre, adonde había ido a vivir al quedar viudo. Luego de los abrazos de bienvenida y de que el visitante hubo dado el pésame, comenzaron las preguntas; en todos los ánimos estaba el deseo de reconstituir ese tiempo de separación obligada, saber quiénes habían muerto para llorarlos, o alegrarse por quienes se habían casado, nacido o alcanzado prosperidad. “A vuestro hermano Said no lo he visto, aunque mis parientes de Cochabamba me contaron por carta que desposó a una mujer que no es árabe”. Si bien Chafik sabía aquello, se molestó al suponer que Rafael Daud lo decía a manera de reproche y calculado chisme; pero el viejo ni por asomo pretendía ni una ni otra cosa, ya que vivía en Sucre

con una mestiza, la cual le había dado dos hijos.

Sólo a la hora de almuerzo Rafael Daud dio a conocer las verdaderas razones de su viaje a Chile. Estaba aburrido de vivir en medio de revueltas y golpes de Estado —de común se acostaba mientras era un general el presidente, y levantarse al día siguiente con la noticia que el general había sido depuesto por otro general—; de allí que venía a examinar el país, donde muchos palestinos ganaban dinero a manos llenas en el comercio. Amín hizo un gesto de aprobación, mientras en el rostro de Chafik no se advertía el menor signo de sentirse inclinado a ayudar a Rafael Daud en tales exploraciones.

Sentado a la cabecera de mesa como un patriarca, sitial que hasta hacía quince días había ocupado Aziz Magdalani, Chafik se removió en la silla para decir: “Nuestra tienda está en venta, don Rafael”. A continuación Yamile les sirvió café amargo en memoria de su suegro, el cual —no lo dudaba—, habría saltado en una pata de gozo al ver a su viejo amigo de visita en su casa. Sorprendido, Amín miró a la Nativa Guaraní, por si sabía algo acerca de esa noticia imprevista. Nada le había comunicado Chafik sobre aquello de vender la tienda. ¿O se trataba de una triquiñuela comercial, destinada a desanimar al viejo para que no viniera a ejercer el comercio a Iquique?

La propia Yamile, que en esos instantes le limpiaba la boca a Miriam, quiso intervenir en la conversación, pero se abstuvo al ver el rostro adusto de su marido, impropio de quien trataba de convencer a un viejo mercader de las bondades de una operación comercial.

“¿Y cuál sería el precio?”, indagó Rafael Daud, estirando las palabras como si el dato le importara un rábano. “Si usted, don Rafael, de veras tiene interés, podría comunicárselo en dos o tres días más; es necesario hacer

un balance”. “Sí, sí; eso me parece justo” respondió el viejo, sin el menor entusiasmo, pues no deseaba parecer atraído por la tienda de los Magdalani. Apenas la vio, le produjo una rara fascinación: se veía ordenada, limpia, estaba situada cerca de la plaza, en una calle amplia; disponía de dependencias adecuadas y, por sobre todo, de buena clientela; cuando llegó había en su interior no menos de ocho personas, afanadas en comprar a una hora en que la actividad comercial parecía un tanto floja.

Excitado por tales perspectivas, aunque por nada iba a demostrarlo, desvió sin tardanza la conversación hacia otros temas. Alerta, Chafik se percató de la treta y, manso, se dejó llevar de la mano por el viejo Daud, a quien Aziz admiraba por su astucia. Una vez Rafael Daud le vendió a un hermano de Simón Patiño —obsesionado por igualar la fortuna de su famoso hermano— un cerro en las afueras de Cochabamba, incrustado de mineral de estaño; así lo demostró el árabe mediante una serie de marrullerías, aunque el cerro contenía sólo piedras, rocas y una vegetación tan pobre como inútil.

A la hora de la siesta, cuando se hubo retirado Rafael Daud a la pieza de alojados, Amín preguntó a Chafik si lo de la venta era un asunto serio o un ardid. “Si el viejo paga un buen precio, le vendo la tienda”. “No creo que a nuestra madre le parezca bien”, adujo Amín. “¿Acaso tú crees —puntualizó Chafik— que me voy a pasar la vida entera detrás de un mostrador, vendiendo telas por metros?”

Hacía tiempo que Chafik soñaba formar una sociedad con Joaquín Rebolledo, minero de la zona, para explotar una mina de oro; sin embargo, no se atrevía a proponerle el negocio a su padre, por temor a que se riera de él, juzgando absurdo entrar en una actividad tan ajena al espíritu de la familia. Ahora, muerto Aziz, se hallaba libre de la tutela

paterna, emancipado para emprender su propio camino. El día del funeral de su padre, Joaquín Rebolledo, después de darle el pésame, le volvió a hablar de la mina de oro, enclavada en el cerro Oyarbide, al sur de Iquique. “Espéreme unos días y haremos el negocio”, rogó Chafik. De allí que la aparición de Rafael Daud constituyó algo así como un milagro, el cumplimiento de una señal premonitória: dos días antes de su llegada, Yamile había soñado que vendían la tienda en monedas de oro a un árabe viejo, con nombre de arcángel.

Ese día en que Chafik Magdalani y Rafael Daud se estrecharon las manos en presencia de las familias Magdalani y Kirfe, para sellar la venta de la tienda, la Nativa Guaraní lloró —aunque sin alardes— añejas lágrimas acumuladas desde un tiempo lejano. Veía en ese tradicional apretón de manos el quiebre de la familia, la diáspora tan temida, como si las vidas no fuesen más que hojas en otoño.

Inflado como pavo real, Chafik sonreía, igual a un general victorioso ante el derrotado ejército enemigo. Junto a él, Yamile se tocaba el pelo, se acomodaba el vestido y ejecutaba una serie de movimientos superfluos, pues no podía disimular esa especie de urticaria nerviosa que le recorría el cuerpo. Tosió unas diez veces, y en igual número de ocasiones sonrió, como para justificarse. Si Chafik le hubiese dicho que abrazara a Rafael Daud, no sólo lo habría hecho; también lo habría besado en las mejillas, en la frente, como si fuese su padre, a quien no veía desde hacía tiempo.

Levantando una copa de vino, Marcos Kirfe propuso brindar por la ventura de cada uno de los presentes. A regañadientes Amín alzó su copa; en toda esa maquinación veía la mano de Chafik, su ansia desmedida de enriquecerse, por encima de cualquier consideración. La noche anterior,

en el salón, Chafik le había comunicado que pensaba asociarse con Joaquín Rebolledo para explotar una mina de oro; ahora, si Amín lo deseaba, podía incorporarse. “Si al menos me hubieses consultado sobre la venta de la tienda”. Chafik inclinó la cabeza hacia un costado, como si desde esa posición pudiese atisbar mejor el rostro de su hermano.

A punto de consumarse la venta, Amín no encontró argumentos que logran disuadir a su hermano. Este se había aislado en una terquedad de asno. El oro de Rafael Daud constituía un generoso anticipo del que pensaba extraer a manos llenas del cerro Oyarbide. A Yamile le había pronosticado que en meses se iba a enriquecer tanto, que Marcos Kirfe parecería un mendigo a su lado. “Es nuestra oportunidad, señora”, le decía, ebrio de ideas victoriosas, mientras sus ojos refulgían. Menos optimista, Yamile indagaba si el tal Joaquín Rebolledo no sería uno de esos embaucadores que por docenas frecuentaban los bares de Iquique, ofreciendo minas de oro con metal a flor de tierra; al final, sólo se trataba de pirita. “¿Joaquín Rebolledo un tramposo?”, replicaba el hombre mientras sonreía; luego le refería que su cuenta bancaria era una de las más suculentas de la ciudad. Bastaba ver dónde vivía. Su automóvil, un Buick negro de ese mismo año, Marcos Kirfe había tratado de comprárselo, sin resultados, para su hijo Ismael. “Nada en oro”. Al decir estas palabras, las graficaba agitando los brazos, como si de veras nadara en un mar aurífero.

Terrenal, fría como la mirada del búho, Yamile se convencía a medias, pero al día siguiente volvía a indagar sobre Joaquín Rebolledo. Aunque había hablado con él sólo en una o dos ocasiones, le disgustaba su manera de expresarse: pronunciaba demasiado bien las palabras, quizás para dar la impresión de persona instruida, aun cuando se sabía que había sido maletero en la estación del

ferrocarril, y en otras épocas sombrías de su vida, estibador y pirquinero, hasta lograr, en un golpe de fortuna, salir de su ínfima condición económica.

Al concluir los brindis, Marcos Kirfe cogió de un brazo a Rafael Daud y se lo llevó a una esquina del salón para manifestarle que había realizado un estupendo negocio al adquirir la tienda de los Magdalani. Feliz, el viejo se palpaba uno a uno los dedos y miraba en su rededor por si alguien estaba escuchando las confidencias de Marcos Kirfe. En un par de días pensaba regresar a Bolivia para ir a buscar a su familia, incluida su concubina mestiza, quien, al saber que se iría a vivir a la orilla del mar, la invadieron los malos presagios. A menudo soñaba que un maremoto arrancaba de cuajo su casa, y la llevaba sobre la cresta de las olas hasta la cimas de las montañas.

En otra esquina del salón, Nadia y Jazmín conversaban muy animadas. Al reírse, se tapaban el rostro con las manos, o lanzaban en su torno rápidas miradas, a no dudarle porque hablaban de hombres. Jazmín había descubierto de repente que llegaba a una edad donde la soltería empezaba a ser inquietante. Pero el no haberse casado aún correspondía en gran parte a su culpa; sus hermanos casi siempre la llevaban a las fiestas de los amigos árabes y ella se regodeaba de lo lindo, negándose de plano cuando alguno de los jóvenes le preguntaba si la podía visitar. Lo cierto que Jazmín, pese a haber transcurrido alrededor de cinco años, continuaba enamorada de Hassán Magdalani, hijo del legendario Yubrail. De tarde en tarde, se escribían cartas, aunque la muchacha, precavida, le había dicho a ese amor lejano y secreto que le remitiera la correspondencia al correo de Iquique. Como es usual en tales casos, al comienzo las cartas pecaban de encendidas, pero con el correr del tiempo empezaron a perder fuerza, intensidad amorosa, incluso

interés, quizás debido a la distancia.

Pese al lento desgaste de sus ilusiones, los jóvenes mantenían la lejana esperanza de volverse a ver. ¡Quién sabe si Jazmín viajaría alguna vez a Cochabamba para visitar a su hermano Said, o Hassán vendría a Chile para hacer otro tanto con su tío Aziz! Pero Aziz había muerto y esas frágiles posibilidades parecían, como él, haberse disuelto en el aire.

Pocos días después de la venta de la tienda, Jazmín fue sorprendida por una trastornadora noticia. Amín, convencido de que nada podía esperar de su hermano y de sus ofuscados sueños, había decidido regresar a Cochabamba con Soraya, el pequeño Felipe y llevarse también consigo a la Nativa Guaraní y a su hermana menor. En las cartas que le escribía Said, más frecuentes que las que remitía a la familia, siempre le hablaba que ambos podrían iniciar una actividad que desde hacía muchos años lo obsesionaba: la publicación de un periódico, sueño dorado de su amigo poeta Emiliano Ortiz. Amín le replicaba que acaso eso sería una locura debido a la inestabilidad política boliviana, pero a renglón seguido le decía que si los hombres no intentan locuras ¿quiénes entonces estaban llamados a hacerlo? De alguna manera Efraín Valverde había contribuido a exacerbar en Said sus deseos de fundar un periódico. “¿Un qué?” habría gritado Aziz Magdalani.

Cuando Jazmín supo a través de Yvotyropea que regresaban a Bolivia, cogió a su madre por las manos y la obligó a danzar, como si ambas fuesen niñas jugando a la ronda de San Miguel. Adivinó la Nativa que la inusual demostración de júbilo de Jazmín obedecía más a cosas del corazón que al deseo de volver al terruño. No olvidaba el instante en que Aziz Magdalani la desafió a subir a su canoa para que se uniera a él. También ella cogió a su madre de las manos y la obligó a dar saltos, mientras cantaba una

canción infantil. La alegría de Jazmín era su propia alegría, el mismo arrebató de embriaguez que la arrastró en pos de Aziz Magdalani, ese “turco” alocado, amigo de narrar cuentos árabes, bailar y hacer piruetas para poder vender sus chucherías.

Cierta vez, al despuntar la primavera, apareció en Ibabobó cubierto de un fez (nadie había visto jamás un gorro de esa naturaleza) y una capa negra forrada en raso rojo. Sentado en la popa de la canoa, remaba lento ante el estupor general, pues todos conocían a ese buhonero de hablar enrevesado que nunca se negaba a satisfacer los encargos que le hacía la gente. A sus chucherías, agregaba entonces remedios de las más variadas fórmulas y usos, tijeras, máquinas de coser, machetes, navajas alemanas y hasta ataúdes, aunque, debido a la distancia, a menudo retornaba una semana después de haberse producido la defunción, lo que obligaba a los deudos a enterrar al finado en forma provisoria en un cajón hecho a la diablo.

Asomada a la ventana de su casuca, la Nativa vio a lo lejos metido en la embarción, al fulano del fez rojo, y supo que se trataba de Aziz Magdalani, pues llevaba enjaulado en la proa un pájaro de plumaje multicolor, ave que, según aseguraba, provenía de un huevo de la mítica ave Roc. Sólo cuando la canoa estuvo a metros de su ventana, distinguió el rostro del palestino, quien la saludó como si ella fuese una autoridad del lugar. Metros más abajo, el buhonero aproximó su embarcación a la orilla para descender. Ahí se le acercó la gente, unos para curiosear, otros a preguntar si traía esto o aquello, o si se había acordado de tal o cual encargo.

Aunque hacía calor, persistía en tener puesta la capa y encasquetado el fez, como si su propósito fuese provocar risas entre sus clientes. De improviso se descubrió y desde

el interior del gorro empezó a sacar pañuelos multicolores de seda, amarrados entre sí. Al final, luego de hurgar en el fondo del fez, de simular hasta la exageración que algo se le había extraviado o que no lograba encontrar un objeto determinado, sacó una paloma blanca como los dientes de la Nativa Guaraní, que acodada en la ventana no podía contener la risa, encantada de ese extraordinario espectáculo. Abriéndose paso entre los curiosos, Aziz se dirigió resuelto hacia ella y le obsequió la paloma. “Nunca vi un gesto más tierno”, le dijo Yvotyropea a Nadia, cuando la joven le fue a mostrar el vientre para que le pronosticase el sexo de su futuro hijo.

Abrazada a la Nativa Guaraní, Nadia no quería separarse ni un instante de ella, ese día en que junto a su marido y sus suegros se fue a despedir de su familia. La besó en las mejillas, en la frente, le pasó las manos por la cabellera, muchas veces, como si su madre putativa fuese una criatura pequeña a la cual hay que mimar y querer por encima de todo. De madrugada partirían los viajeros en automóvil hacia Calama, pueblo donde abordarían el tren a La Paz; allí se les uniría Said para dirigirse todos a Cochabamba, destino final de una andanza marcada por las penurias y los signos de un error interminable.

Una espesa niebla cubría el puerto el día del viaje. Mientras se paseaba en el salón, Chafik miró reiteradas veces la hora en el reloj de oro que había sido de su padre —un bello Omega de esfera blanca y manecillas azules, en cuya tapa estaban las iniciales de Aziz Magdalani—, nervioso porque el automóvil en que iba a viajar su familia aún no llegaba. A las 6:15 apareció el automóvil asomando su nariz como un forastero que emerge de la bruma. La sirvienta (contratada hacía una semana por Yamile), que aguardaba en la calle la aparición del vehículo, corrió hacia el interior

a advertir a Chafik; éste guardó el reloj en el bolsillo del chaleco y se dirigió al dormitorio de su madre, para avisarle que ya era hora.

Sentada en la cama, la Nativa parecía ausente, como si ya estuviera de viaje. “Ya es hora, mamá”, insistió Chafik, inclinándose sobre ella para ayudarla a levantarse. Como despertada de golpe, Yvotyropea hizo un movimiento brusco de cabeza; luego se apoyó en el brazo de su hijo y se alzó a pausas, quizás para no abandonar la pieza. En ese momento no pudo resistir el impulso madurado de abrazar por unos segundos a Chafik, quien sintió desde la lejanía los vínculos de su propia sangre con la de esa mujer.

Antes de salir, la Nativa volvió a mirar la habitación donde había compartido con Aziz tantas y variadas noches de amor. Quiso por un instante verlo ahí, de pie frente al espejo, dedicado a observar si le aumentaban las canas, si los surcos de la cara se observaban más profundos que los del día anterior. “No es por vanidad, señora”, exclamaba cuando la Nativa Guaraní lo sorprendía en su diaria contemplación. Lo cierto, le asustaba envejecer, transformarse en un ser decrepito, concluir quizás en una silla de ruedas, donde tendrían que asistirlo su mujer y sus hijos para que pudiese comer y hasta hacer sus necesidades.

A punto de subir Yvotyropea al automóvil —fue la última en hacerlo— manifestó que había olvidado algo en su pieza; entonces regresó. De pie al fondo de la alcoba, vestido de árabe, el difunto Aziz Magdalani la vio entrar. La Nativa Guaraní le dijo: “He olvidado una pequeña fotografía tuya, mi amor, donde estás vestido igual que ahora”, y la retiró del cajón del velador. El hizo un gesto entre triste y gracioso, acaso de sorpresa por tal omisión y le respondió: “Adiós, señora, tengan usted y los niños buen viaje”.

El automóvil avanzó lento por la calle desierta, con las

luces encendidas empeñadas en agujerear la niebla renuente a desaparecer. Al llegar a la calle O'Higgins, enfiló hacia el oriente. Minutos después, salía de la ciudad, rumbo a Humberstone. Hasta que el automóvil hubo desaparecido, Chafik y Yamile permanecieron abrazados en la calle, gesto de unión efímero, llevado a cabo sólo para solemnizar la despedida.

Si no surgían contratiempos, al iniciarse el año empezarían los socios a recibir el oro a chorros desde la mina, bautizada como "La Alfombra Mágica", en homenaje a Aziz Magdalani, idea propuesta por Joaquín Rebolledo, al escuchar a Chafik decir que su padre alardeaba de haber llegado de Palestina en una alfombra voladora.

A Yamile, la proposición de bautizar la mina con un nombre tan extravagante no le gustó, ya que le sonaba a cuento infantil. Ella se inclinaba por un nombre más terrenal, ajeno a fantasías sobrenaturales; y propuso designar la mina como "La Fortuna", acaso para establecer desde un comienzo el objetivo último y supremo que debe animar toda empresa. Nada de magia de por medio, pues ello podía dejar el rendimiento de la mina a merced de lo desconocido. Halagado por la sugerencia de su socio, Chafik decidió al fin aceptarla, aunque Yamile a diario le repetía la inconveniencia de bautizar una mina con un nombre tan impropio.

El destino jugueteón se puso en contra de Chafik Magdalani y de Joaquín Rebolledo: la mina, al cabo de tres meses de explotación sostenida, no dio ni para cancelar los salarios. "La Alfombra Mágica" parecía destinada a precipitarse en picada al suelo. Si de vera una alfombra mágica había traído de Palestina a Aziz Magdalani, esta otra hundía a su hijo, luego de remontar un engañoso vuelo. Excitado por el esplendor del oro, Chafik no se

amilanó ante las primeras dificultades ni el propio consejo de Joaquín Rebolledo, quien hablaba de la necesidad de abandonar la empresa a tiempo, antes que la testarudez de la tierra se convirtiese en definitiva catástrofe.

Ciego a los hechos y a las advertencias, Chafik le manifestó a su socio que él continuaría, aunque fuese solo, pues era cosa de paciencia, de mejorar los procedimientos de explotación y aumentar los aportes en dinero. “Hasta aquí llego yo”, le dijo una noche Joaquín Rebolledo en el club radical, luego que hubieron hecho cálculos y más cálculos en un bloc de papel. Chafik se inclinó sobre su cerveza hasta casi rozar con sus labios el borde del vaso. “Seguiré solo”, respondió apenas en un susurro. De no haber tenido el oído alerta, Rebolledo le habría rogado que repitiera sus palabras.

Jurando torcerle la mano al destino, Chafik se lanzó a ejecutar en el yacimiento una serie de trabajos anexos y hasta superfluos, aconsejado por algunos que parecían más empeñados en verlo arruinado que próspero. De continuo, Marcos Kirfe le enviaba recados a través de Nadia o Ismael para que lo fuese a ver a su tienda; pero Chafik se negaba, pues bien sabía que el suegro de su hermana deseaba sugerir un nuevo camino, disuadirlo, en último término, de una empresa para él descabellada. Sordo a todo, se confiaba a la suerte, a la eventualidad que el oro brotara de improviso de las entrañas de la tierra y lo resarciera con creces de cuanto había invertido. “Es asunto de paciencia, de paciencia”, repetía a los tímidos que se acercaban a él para hacerle ver que su fortuna se achicaba como el sol cuando se pone y que, de continuar así, en menos que cantara el gallo del crepúsculo se iba a hundir en el ocaso.

Un día, a la hora de almuerzo, Yamile le dijo que quizás el nombre de la mina no parecía el más conveniente para

lograr su recuperación; por ello, sugería cambiarlo por el de “Esperanza”. Chafik, que ya en todo veía una fórmula mágica para salvar la mina, levantó los brazos al cielo como si alguien le hubiese informado que había aparecido un auténtico filón de oro en el cerro Oyarbide. “Sí, sí; quizás sea una buena solución”. Esa misma tarde se decidió el cambio y el matrimonio, en la soledad del comedor de la casa, cuyo alquiler empezaban a pagar con serios apuros, brindó por sus renacidas ilusiones.

“Esperanza” tuvo de pronto un pequeño repunte —ojalá nunca hubiese ocurrido— lo que indujo a Chafik a invertir en la empresa lo poco que le quedaba de la camisa. “Se acerca el día, mujer”, le dijo a Yamile esa noche al volver de la mina, enterrado, barbón, demacrado por la semana que estuviera junto a los mineros abriendo nuevos boquerones en los faldeos del cerro Oyarbide. Días después, lo promisorio se transformó en ilusorio; el oro extraído resultó ser de bajísima ley.

A Chafik le costó percatarse que se había arruinado, caído de bruces al despeñadero, a tal punto que una mañana, a la hora del desayuno, cuando Yamile le dijo que ni siquiera tenía dinero para comprar pan ni leche, él la miró dudoso, creyendo que se trataba de una broma cruel. En menos de un año su fortuna, nada de exigua, se había desvanecido, “hecho humo”, como se lo dijo Yamile, cuando la mujer quiso cancelar al panadero y al introducir la mano ávida en la caja de fondos, no halló ni un solo billete del montoncito guardado allí, días atrás, por ella misma. Se le apretó la garganta y antiguos sollozos depositados en su pecho buscaron el camino de las lágrimas.

El espectro de la miseria, en todas sus formas posibles e imposibles, se le presentó como la consecuencia última de tantos disparates cometidos a partir del día en que a

ambos se les ocurrió subirse de un salto a las cimas de la riqueza. Ahora, la ruina prometía días de pavor y agobio, inimaginables para quienes habían vivido con holgura largos períodos de su existencia —a veces perturbados por apremios transitorios—, y que de improviso asistían al derrumbe, a la muerte de los sueños alzados hasta la irrealdad de las nubes fugitivas.

Acorralado por las deudas —muchos prestamistas le habían tendido la mano, aunque se trataba de una mano negra— Chafik se vio enfrentado a elegir alguna de las soluciones finales de que dispone todo hombre ante la ruina: el suicidio, huir, o entregarse sin más, para ser encarcelado. Sus pagarés y otros documentos mercantiles estaban en manos de muchos comerciantes, incluida Isidora Gómez, quien le había manifestado que rompería todos sus documentos impagos, si le juraba ante la memoria de Aziz que no la dejaría por ninguna otra, aunque los signos de la desgracia cayeran sobre ellos, y Yamile concluyera por enterarse de sus relaciones.

Acostumbrada a usar la sensible balanza del boticario, Isidora Gómez también se mostraba precisa y equilibrada en sus consejos. Una noche en que Chafik la fue a ver para rogarle que no cobrara un cheque hasta un tiempo más, la mujer le sugirió dos soluciones dramáticas: o escapaba con su familia a Bolivia o recurría a Marcos Kirfe. “Prefiero volarme la cabeza de un balazo antes que pedir ayuda a don Marcos; en cuanto a huir a Bolivia, sería admitir mi fracaso ante mi familia. Un Magdalani debe afrontar las peores catástrofes”.

Al llegar Chafik de madrugada a su casa, Yamile lo aguardaba sentada en el saloncito, habitación donde los niños acostumbraban a jugar y hacer las tareas. “He estado desde temprano resolviendo problemas de dinero”, se excusó

él. Siempre desconfiada, esa vez Yamile le creyó, porque vio en sus ojos la señal inconfundible del naufragio.

Horas antes, como si el azar jugara a enhebrar desgracias, Said y Amín habían sido detenidos en Cochabamba por la policía, acusados de instigar una huelga en las minas de estaño, a través de su periódico “El Inca”, el cual fue retirado de circulación y quemado en la plaza de la ciudad. Por esos días, la Nativa Guaraní había soñado —aunque no se atrevió a interpretar su propio sueño—, que una plaga de insectos negros picaba a sus hijos varones, y que sus cuerpos se hinchaban y deformaban hasta quedar irreconocibles. No morían porque ella, Soraya y Jazmín les lavaban las picaduras con agua de yerbas y al fin devolvían a los cuerpos la lozanía original, el color entre sonrosado y cobrizo de la piel.

\*\*\*

Como casi nada es definitivo en la vida, Chafk consiguió al fin, socorrido por Marcos Kirfe, rescatar hasta el último de sus documentos en mora; luego se trasladó en compañía de su familia a Valparaíso donde, al cabo de algunos años de trabajo sostenido, privaciones y economías de hambre, logró emerger de su marasmo financiero.

Si a Yamile eso de reducirse a lo mínimo, de compartir una vivienda para obreros con una familia de palestinos, la llevó al comienzo a los límites del abatimiento, después de mirar la realidad cara a cara, logró encontrar en sí misma ciertas reservas de coraje, porque no había más alternativa. Si la familia había logrado en otros momentos adversos salir airoso, también ella y su marido lo conseguirían, aunque tuviesen que dejar las vísceras en el camino. Sus cuñados Amín y Said, luego de su aventura periodística, también se

habían arruinado. El gobierno militar de turno, no dispuesto a tolerar oposiciones políticas de ninguna especie, terminó por clausurar el diario “El Inca”, el cual empezaba a tener ascendiente entre los mineros del estaño y los campesinos de Cochabamba.

Muy de mañana, fuese domingo o festivo, Chafik Magdalani se iba a recorrer los barrios pobres de Valparaíso ofreciendo sus chucherías, desde peines de hueso, hilos en canutillos y cintas multicolores, hasta jabones olorosos y colonias demasiado pasosas, cuya elaboración parecía haberse encomendado a perfumistas novatos. A su comercio ambulante agregaba naipes, tabaco suelto, café de higo y turrón árabe expendido en cucuruchitos, confite que Yamile preparaba en su propia casa.

Como sus hijos Chucre y Bachir estaban aún en edad de estudiar, les permitió ir a la escuela pública un breve tiempo, pero apenas juzgó que podían ya ayudarlo en sus correrías de buhonero, a menudo los llevaba consigo para que aprendieran el duro oficio en el cual su abuelo Aziz se había iniciado. En semanas, Chucre y Bachir se habían transformado en hábiles comerciantes callejeros, ante la sorpresa de Chafik, convencido que sus hijos se iban a aburrir o desdeñarían el oficio al segundo o tercer día de salir a la calle.

Animado por la actitud de los jóvenes, Chafik adquirió géneros por metros donde un árabe de la plaza Victoria y se los entregó a sus hijos, para que los fuesen a vender a los alrededores de Valparaíso, haciéndose pasar por tripulantes de los barcos que llegaban al puerto. Para Chucre y Bachir — quienes se habían dejado crecer la barba a fin de verse mayores —, constituía una fiesta ofrecer sus géneros, traídos por ellos mismos desde Inglaterra —según decían—, para engalanar a las bellas damas del país o satisfacer a los

exigentes caballeros. Aficionado a cantar, Chucre inventaba melodías y letras de supuestas canciones griegas o italianas, truco que cautivaba a sus clientes, quienes no dudaban de su la calidad de tripulantes de algún barco extranjero fondeado en Valparaíso. A su vez, Bachir hablaba una mezcla de árabe, castellano y una invención de italiano, creando todo un ambiente seductor para cualquier oído lerdito a un idioma que no fuese el nativo.

Entre cantos y discursos, los Magdalani solían recorrer extensas zonas próximas al puerto de Valparaíso, a veces montados en burritos, otras, llevados en camiones por individuos generosos que se solazaban al escuchar las aventuras de esos jóvenes extranjeros. Aseguraban haber escapado de feroces combates navales en el Mediterráneo, o haber sido salvados en las proximidades del mar de los Sargazos, sitio donde, al hundirse a causa de una tormenta el barco en que viajaban, debieron permanecer dos días cogidos de las algas hasta ser rescatados por un buque de guerra.

Otras veces referían haber cruzado la cordillera a lomo de mula desde Argentina, travesía en la que un grupo de contrabandistas quiso matarlos por haberse negado a entregarles sus bellos géneros. Como por arte de birlibirloque, el auditorio se entusiasmaba hasta disputarse las telas al precio que se les proponía, ansioso de vestir esos verdaderos trofeos de un episodio heroico. Pronto los hermanos empezaron a ofrecer chucherías diversas, según ellos fabricadas por los individuos más estrafalarios: presos de las cárceles de Bombay, locos de un manicomio de las proximidades de París, prostitutas recluidas en una casa de rehabilitación en Atenas y enfermos de gota de unas termas de Suiza, productos que ellos mismos habían recogido, lugar por lugar, durante un año y más de peregrinaje.

“Esta maravillosa pulsera de plata —decía Chucre cuando veía un auditorio numeroso— fue hecha por las propias manos del príncipe hindú Brahmaputra, encarcelado por haber asesinado a una de sus más bellas esposas, quien no supo cocinarle un plato de arroz con pescado”. Entonces —comentaban algunos— las leyes y costumbres de esas extrañas regiones debían andar patas arriba; y sin titubear adquirirían la pulsera de plata labrada por tan singular personaje. Para no ser menos, Bachir decía a renglón seguido que él iba a ofrecer a un precio ridículo —y alzaba el objeto para que fuese visto por todos— una cartera de cuero de nutria caucasiana, hecha por un artesano hijo de noble, recluido en un manicomio francés, quien tardaba dos y hasta tres meses en su fabricación. También la triquiñuela del loco daba sus frutos, pues de inmediato surgía más de un interesado en comprar ese sorprendente objeto, que había sido fabricado en realidad con cuero de vaca por un talabartero de la calle Simpson de Valparaíso.

Cierta vez, Chafik les propuso a sus hijos incorporar a sus mercancías algunas alfombras, tejidas por una familia de chilotes que vivía en uno de los cerros de Valparaíso, artículo que a menudo le pedían a él. A Chucre y Bachir se les vino a la mente la historia del abuelo Aziz sobre la alfombra mágica, y si bien por una parte les sedujo la idea, por otra pensaron que quizás podría hallarse entre éstas la que usara el viejo Aziz Magdalani para venirse a América, extraviada hacía muchos años.

La primera alfombra —cuyo diseño se aproximaba a una mezcla del chilote y el persa—, los hermanos Magdalani lograron vendérsela un domingo a la dueña de una pensión, famosa por tener en su casa una docena de cuadros de pintores de dudosa jerarquía, jarrones de porcelana, muebles antiguos de regular calidad, lámparas hechizas y un

sinfín de menudos objetos diseminados encima de mesitas, cómodas y repisas, como si la abundancia fuese sinónimo de refinamiento. Apenas la mujer vio la alfombra, no dudó un instante en adquirirla; para entusiasmarla todavía más, Chucre le explicó que provenía de un lugar remoto de Persia donde se fabricaban las más bellas alfombras del mundo —no más de tres por año— y donde se había tejido también la alfombra mágica en que se había venido volando a América un tal Aziz Magdalani.

A la dueña de la pensión, que albergaba empleadas de la fábrica de tabacos de Valparaíso, cabareteras y estudiantes pobres, le importaban un bledo los antecedentes históricos de la alfombra mágica y el tal Aziz Magdalani; ella quería saber si esa alfombra de lana virgen que tenía ante sus ojos era de buena calidad, y si las medidas estaban de acuerdo a las dimensiones de la salita donde pensaba ponerla. Hasta allí llevaron los hermanos Magdalani la alfombra, y aunque resultó algo pequeña para la habitación, empezaron a hablar tantas bondades de ella —color adecuado, diseño exclusivo, lanas finísimas, belleza incomparable—, que la mujer vio aquello y más en la alfombra extendida bajo sus pies. Luego le empezó a propinar escobazos para probar su resistencia, instante en que los hermanos Magdalani se acordaron, no sin temor, que el abuelo hacía lo mismo cuando deseaba emprender el vuelo. No les habría sorprendido que la alfombra, con la mujer arriba, saliese por una de las ventanas, ante el estupor de la afectada y de las pensionistas asomadas a la puerta, más interesadas en mirar a los jóvenes que a la alfombra.

Otras veces los Magdalani regresaron en las tardes a la pensión a ofrecer nuevas mercancías, encantados por la actitud de la dueña, que compró la alfombra sin regatear más allá de lo preciso.

A la tercera visita, Chucre se propuso invitar al cine a una de las niñas de la casa. Se trataba de una cabaretera de rostro pálido, cabellos lacios teñidos de un rubio pajizo, ojos tristes iguales a los de una ternera, quien, apenas veía llegar al joven acompañado de su hermano, lo quedaba mirando con una expresión cercana al embobamiento. Cuando Chucre refería en sus historias cómo había conseguido este o aquel objeto para satisfacer a aquellas lindas y alegres señoritas, la cabaretera daba suspiros de enamorada. “¿La puedo invitar al cine?”, le preguntó Chucre a la dueña de la pensión; en su ignorancia, creía que debía tener su venia para acceder a la rubia teñida. “Si te gusta, es cosa tuya”, respondió, y se puso a examinar los prendedores, anillos, pulseras y collares de pedrerías que los hermanos Magdalani habían esparcido sobre una mesa del salón para mejor exhibirlos, mientras Chucre le preguntaba a la rubia si deseaba ir al cine esa misma tarde.

Luego que la cabaretera hubo accedido, avanzaron por un largo pasillo flanqueado por habitaciones, cuyas puertas estaban abiertas para que se ventilaran. Desde el interior llegaba un olor a humedad y encierro, como si hubiesen permanecido todo el invierno clausuradas. Casi al final del pasillo, la rubia hizo un gesto al joven para indicarle donde dormía.

Como el resto de los cuartos, era oscuro, de techumbre elevada —desde allí colgaba la bombilla eléctrica, sostenida por un largo cordón ennegrecido por la visita de las moscas—, provisto de un ventanuco que permanecía cerrado, cubierto por una cortina de raso verde de arrugados pliegues. Arrimada al muro, la cama parecía no haberse hecho esa mañana. La colcha estaba en desorden y la almohada aún mostraba en su centro el hueco inconfundible dejado por una cabeza. Del respaldo del catre colgaba una falda

negra, y bajo el velador yacía volcado un par de zapatos de charol. “Perdona el desorden”, dijo ella, aunque nada hizo por remediarlo. Después se puso a desvestirse detrás de un biombo de tres hojas, no sin antes pedirle a Chucre que cerrara la puerta con pestillo.

A Chucre le produjo un raro estremecimiento que la mujer lo hubiese hecho ingresar a la pieza. Quizás deseaba mostrarle su amarga pobreza, el mundo hostil al que noche a noche accedía por fuerza de la necesidad. Cuando la joven estuvo acicalada, vestida como una señorita burguesa, Chucre sintió ganas de besarla, pero juzgó inconveniente hacerlo, por temor a un fiasco; y se la quedó mirando hasta que la cabaretera le dijo que si no se apuraban, podrían llegar atrasados al cine.

Cerca de las ocho de la noche regresaron a la pensión, a punto de doblegarse al amor. Ahí acordaron intercambiar sus cuitas; ansiaban comunicarse incertidumbres y congojas, atosigados por la soledad. Después, les resultó natural iniciar las caricias, mirarse en la intimidad de los ojos y caer al fin abrazados al sitio donde la rubia acostumbraba a soñar con pérdidas inocencias.

Transcurrida una semana desde su aventura amorosa, y ya sin poder contener sus impulsos juveniles, Chucre retornó solo una tarde a la pensión, diciendo a Bachir que iba allá a cobrar una cuenta. Devoró callejas en procura de su amada, la cual, durante la ausencia, se había entregado a una suerte de melancolía, temiendo que el joven mercachifle desapareciera. Aburrída de un oficio del que sólo obtenía envilecimiento —trabajaba en un cabaret del puerto hasta las tres de la madrugada—, degradándose a diario en la faena de reunir el dinero indispensable para vivir, palpó en esa relación amorosa una suerte de encanto negado en su existencia azarosa. Nadie la había mimado hasta el extremo

de decirle señorita y besarle las manos, como lo hiciera Chucre al despedirse, en esa primera noche de amor.

Su padre, un empleado del hipódromo, la cubría de denuestos porque la niña acostumbraba a bañarse en las playas solitarias de Viña del Mar, o pasear por sus bosques acompañada de sujetos mayores, en vez de ayudar a su madre en las labores domésticas después de la escuela. “¡Uno de estos días —le gritaba el iracundo empleado del hipódromo— te van a violar!” Así aconteció un sábado en la noche a fines de noviembre, cuando un joven copero del casino de Viña del Mar la engatusó para llevársela a lo más enmarañado del bosque de pinos que hay hacia el oriente de Valparaíso; allí al cabo de un breve forcejeo, de propinarle unas cachetadas, de desgarrarle los calzones y el vestido de organdí, le chorreó las piernas con su esperma bastarda.

292

La cabaretera de cabellos teñidos de rubio pajizo se emocionó al ver de nuevo a Chucre, aunque no sabía si el joven de verdad la amaba o si regresaba por puro apremio carnal. Esa tarde se prodigó para entregarle, más que la suma de cuanto le habían enseñado los hombres venidos de tantas latitudes, aquello que por muchos años reservaba a quien le hablara el verdadero lenguaje del amor.

Atrapado en su primer encantamiento, Chucre regresó una y otra vez a la pensión. Sin decirse muchas palabras, los amantes se iban al lecho de siempre, impelidos por deseos que volaban por encima de la razón. No tardó Chafik en observar en su hijo Chucre el decaimiento propio de un trajín que, si se exagera, puede conducir al exterminio, aunque se trate de un exterminio dulce. Una tarde lo encaró, cuando el joven se mordía los labios para no delatar la urgencia de ir a ver a su amada. “¿Quién es ella?”, indagó Chafik, calmado, mientras se entretenía con el mesbaha heredado de su padre. Al sentirse descubierto, Chucre actuó

como primerizo, haciéndose el desentendido aun cuando no pudo disimular cierta turbación. “¿Quién es ella?”, insistió Chafik con la misma tranquilidad, al advertir la confusión de su hijo, que se manifestaba en un leve temblor del labio superior. “No sé, papá, a qué se refiere usted”. “Bien sabes cuál es mi pregunta: necesito saber el nombre de quien te tiene en ese estado calamitoso. Nada de raro que se trate de una mujerzuela”. “Ella no es una mujerzuela”, se le escapó al joven, herido por esa imputación a cuya verdad prefería cerrar los ojos.

Chucré se volvió a morder los labios al darse cuenta de su involuntaria confesión. Por un instante creyó ver a su abuelo Aziz, los brazos en jarra y el rostro agriado, luego de haber sorprendido a su nieto mayor en una maldad. Sin embargo, después de la reprimenda, el abuelo asumía una actitud bondadosa, lo que se traducía en posarle su mano en el hombro y decirle que si volvía a reincidir no habría más cuentos, ni de él ni de la abuela. Cualquiera cosa podían suprimirle a Chucré, menos los cuentos. “Sidi ¿cómo es esa historia del cofre enterrado en las arenas del desierto?” Aziz Magdalani abría sus ojos de soñador, de buhonero capaz de venderle una pulsera de latón por oro a un joyero, y se rascaba el cuello, quizás para recordar si la historia solicitada era una de las tantas que él solía inventar, o si se trataba de alguna que su padre le había referido.

¡Quién sabe si su abuelo, en vez de indagar sobre sus correrías, le habría narrado un cuento! De algún modo temía a su padre, cuyas órdenes estaban por encima de su cabeza. Esa tarde observó en él un propósito inquebrantable de averiguar el nombre de la cabaretera, ignorando si lo hacía porque Bachir le había contado su romance, o si se trataba de una corazonada. De habersele desparramado la lengua a Bachir, le propinaría una paliza por chismoso. “Bueno, si te

empeñas en ocultar su identidad, al menos, dime si se trata de una mujer decente”. “Sí lo es, papá”, afirmó Chucre.

Un rato después, malhumorado, se dirigió a toda prisa a la pensión, porque la plática con su padre lo había retenido más de lo necesario. Sentada en el patio, junto a otras pensionistas, la cabaretera se escarmenaba el pelo. Al ver a Chucre le hizo una seña desabrida para indicarle que se sentara en una banca, donde una mujer de ojos saltones y flacas extremidades se depilaba las piernas con cera. “Hace una hora que te espero”, dijo la rubia, cuya cabellera le cubría el rostro, dejando a la vista las raíces negras del pelo. “Tuve un percance”, se defendió el joven desde una posición nada de cómoda. “Se hizo tarde, mi encanto, ven otro día”. Esa actitud fría, impropia de su amada lo dejó patitieso; si lo hubiesen insultado no le habría producido tanto estupor.

De reojo, la mujer sentada al lado de Chucre lo miró, espionando su reacción. “Y ahora puedes irte”, prosiguió la rubia levantándose los cabellos sobre los ojos para observar al joven, en cuya expresión se pintaba todo el aturdimiento de quien no entiende nada o ve próximo su fin. “¿Eso significa que ni siquiera deseas conversar un momento conmigo?” “Me temo que sí”.

Si Chucre hubiese tenido pernos en los bolsillos y un trozo de riel por cinturón, no le habría resultado tan laborioso levantarse de la banca. ¿Se trataba de una broma? La conversación de esa tarde con su padre adquirió un nuevo cariz. Alguna relación debía tener con la actitud de su amada. ¿Cómo explicar si no, el cambio repentino de la mujer por su atraso de apenas una hora, cuando él debió esperarla varias veces aún más tiempo, porque se quedaba en el cabaret? Ya de pie, avanzó resuelto hacia ella. Las demás pensionistas se alejaron, al presentir una tormenta. Todo hacía presumir que la disputa iba a ser agria, violenta, como

debe ser entre amantes heridos. No queriendo al parecer defraudar a nadie, Chucre y la cabaretera, se empezaron a insultar, a recriminar, a decir cuanto la imaginación es capaz de proponer, en una interminable cadena de palabras agraviosas que no lograban alcanzar coherencia, que volaban en magnífico desorden a impulsos de sus iras.

La cabaretera insistía en negar que el padre de Chucre le hubiese hablado, mientras que el joven se empeñaba en sostener lo contrario. Extenuados de gritar y lanzarse acusaciones, decidieron descansar en momentos en que la disputa amenazaba provocarles un patatús del cual no les iba a resultar fácil emerger. Una vez recuperadas las energías, volvieron a repetir cuanto se habían dicho, demostrando de una manera cabal que toda desavenencia entre amantes no es más que una reiteración de agravios conocidos, aunque hay quienes creen que tales discordias suelen presentar diferencias.

Si no hubiese aparecido la dueña de la pensión para decirle a Chucre que por favor se marchara, él habría llegado a los desbordes de la furia y quizás agredido a la cabaretera. Ya en la calle, se acercó a un basurero de latón y le empezó a dar violentas patadas, como si fuese el culo de la persona causante de sus males. Un perro vago, de pelo raleado lo quedó mirando desde lejos; acaso el animal deseaba aproximarse al lugar para examinar los desperdicios. Cuando Chucre hubo terminado de agredir al basurero hasta privarlo de su naturaleza, prosiguió su camino ya más calmado, aunque miraba hacia atrás, convencido que la cabaretera lo iba a seguir para suplicarle que regresara.

Sin la menor gana de llegar a su casa se encaminó hacia el boliche de un sirio situado en la plaza Victoria. Ahí solía detenerse a menudo para charlar con el hombre, cuyo parecido a su abuelo Aziz era asombroso, tanto en

la expresión de su cara nostálgica como en las historias fantásticas que narraba, de aventuras vividas por él mismo a partir del día de su llegada a América en un barco griego, que se incendió frente a Buenos Aires.

El desventurado sirio y los demás sobrevivientes alcanzaron a nado las playas del puerto, pero él para su desconsuelo, descubrió que había perdido un brazo, no sabía si por causa del incendio o de la voracidad de los tiburones, o si el miembro se le había desprendido por exceso de esfuerzo en su proeza natatoria. A continuación se arremangaba la camisa, mostraba el muñón y se persignaba, como una manera de agradecer a Dios por haberle ayudado a sobrevivir a tantos infortunios.

Anocheecía cuando Chucre Magdalani apareció donde Abraham Sheij, quien a esa hora encendía una lámpara de carburo para iluminar su negocio, por completo vacío. “¿Hay problemas, verdad?”, le dijo Abraham Sheij, mientras regulaba la llama de la lámpara. Cabizbajo, Chucre se fue a sentar al fondo del boliche en una silla de paja en el mismo lugar donde acostumbraba hacerlo para charlar con su amigo alrededor de un mate en leche. Soltero irreductible, el sirio vivía en un altillo de su propio boliche, sitio hacia el que solía arrastrar a sus conquistas amorosas, ese último tiempo en franco descenso, pues el hombre tenía una edad más que otoñal; siendo así, sus gustos se habían orientado de preferencia a charlar, leer sucios libros en árabe, que le facilitaban otros compatriotas del comercio de la plaza y fumar en un narguile, el cual aseguraba, le había obsequiado el sultán de Constantinopla.

Un día en que Chucre empezó a sentir una formidable picazón en el pubis, no demoró en consultar a su amigo Abraham Sheij, para que le dijese si se trataba de algo grave o un asunto sin cuidado. “¿Has ido a putas?”, preguntó el

sirio; cuando Chucre lo admitió, le dijo que tenía ladillas, y le recomendó comprar unguento de soldado y aplicárselo por varios días. Como el joven sintió vergüenza de ir él mismo a adquirir el producto, su amigo le indicó que cuidara el negocio mientras él iba a la botica de enfrente por la pomada.

Mientras otros árabes de la ciudad se enriquecían, compraban casas espléndidas y automóviles ostentosos, Abraham disfrutaba en su boliche —llevaba allí casi treinta y cinco años—, sumergido en su mundo, rodeado de amigos, ajeno a la tentación del dinero. Muchos creían que el sirio guardaba cántaros hinchados de monedas de oro y abultados fajos de billetes bajo su modesta cama del altillo, pero en verdad sólo ganaba lo necesario para vivir sin sobresaltos. A pesar de ser manco, poseía en su brazo sano una habilidad prodigiosa para levantar colchones, catres, recoger el dinero, dar vuelto, medir las telas, mejor que si hubiese tenido dos.

Sin poder contenerse más, Chucre desembuchó todo, empezando desde el mismo día en que conoció a la cabaretera de cabellos rubios, “teñidos de rubio”, rectificó, al observar cierta duda en la expresión del viejo Abraham. Versado el sirio en asuntos del corazón —también en su juventud había caído en las redes del amor clandestino—, se sobó con la mano el muñón, como si ese acto le fuese a proporcionar la luz adecuada para aconsejar a su atribulado amigo.

Entraron al boliche dos mujeres a comprar hilo, ante quienes el sirio desplegó su mejor sabiduría de mercader, y aún no lograba el viejo atinar con un consejo, porque de veras estaba confundido. Si le decía al joven que se olvidara de su amiguita, no dudaba que haría lo contrario; y si lo estimulaba a emprender la reconciliación, la intentaría. “Si

de verdad amas a esa mujer, yo estaría dispuesto a hablar con tu padre para que autorice tus relaciones”. Apoyado de espaldas en el mostrador, Chucre se encogió mientras se cubría la cara con las manos. Jamás habría siquiera imaginado esa respuesta en boca de su amigo.

Abandonó el boliche sin despedirse, para buscar los alivios de la calle. Al cruzar la plaza Victoria, sintió un bocinazo estridente justo encima de él, y luego el insulto proferido por el conductor de un automóvil negro. Por un jeme no había sido embestido. “¡Qué día fatal!”, pensó Chucre, subiéndose a la acera, donde un muchacho de gestos nerviosos le ofreció lustrarle los zapatos. “Está bien”. Y puso un pie sobre el lustrín. A esa hora había en la plaza una actividad inusitada; los faroles del alumbrado público estaban encendidos y las parejas de enamorados se sentaban en los bancos a charlar en medio de vendedores ambulantes, de la algazara de algunos niños que todavía insistían en jugar, aunque la oscuridad recomendaba otra cosa.

Con sus zapatos relucientes, caminó de un extremo a otro de la plaza, como si quisiera exhibirlos o demostrar que era un hombre amante de la limpieza. ¿O esperaba encontrar a su noviecita de los cabellos teñidos de rubio pajizo, puesto que a veces la joven concurría hasta la plaza Victoria a hacer compras? No la divisó por ninguna parte. A lo mejor a esa hora permanecía en el salón del cabaret a la espera de clientes, o metida en el lecho para reponerse de las trasnochadas.

Cansado de deambular, se sentó en un banco, donde un viejo de aspecto roñoso, aunque no vulgar, se rascaba el dorso de las manos y de vez en cuando se introducía la mano bajo la camisa entreabierta para proseguir la misma tarea. En otra circunstancia se habría alejado de tal calamidad; pero esa noche sintió una extraña curiosidad

por el hombre que, junto a él, trataba de calmar su picazón. Al sentirse observado, el viejo detuvo su faena de rascarse y con aire digno se cruzó de piernas. Chucre advirtió que no llevaba calcetines; ante lo cual pudo ver sus tobillos delgados y lampiños, como los de un adolescente. Unos minutos después, el viejo se alzó para marcharse, pasando frente a Chucre, quien lo habría seguido para proponerle que lo acompañara a beber una cerveza a una taberna próxima, pues tenía el aspecto de un hombre sabio, de esos que conocen en profundidad el alma.

¿Y si regresaba a la pensión? Se atrevía ya, cuando un chispazo de lucidez le advirtió de la inconveniencia de allegarse a la reconciliación, para exponerse a ser humillado de nuevo. Acostumbrado a deambular, abandonó la plaza y siguió caminos erráticos, hasta que de pronto reconoció su propio hogar.

Al aproximarse a su casa, vio que Bachir lo aguardaba en la calle, sentado en la acera. “Hay malas noticias”, le advirtió, mientras escribía con una varilla signos sobre la tierra. “Eso faltaba”, pensó Chucre. Por unos instantes se detuvo junto a su hermano, para saber si lo que escribía podía orientarlo acerca de lo que se le anunciaba. Sólo vio garabatos, líneas irregulares, trazadas más bien para distraerse que para representar una idea. “¿Cuál es esa mala noticia?”, indagó, aún alterado por su percance amoroso. “Ha muerto la Nativa Guaraní. El tío Said se lo comunicó a nuestro padre en una carta”.

Pese a su infortunio, Chucre supo valorar los alcances de esa noticia, y sintió deseos de llorar en la misma calle. El desaparecimiento de esa abuela que a menudo lo protegía de la furia de Yamile, que solía prepararle postres deliciosos, churros en almíbar, galletas de mahlib, de anís, de semilla de sésamo, y jarabes de cuanta fruta caía en sus manos,

era como un castigo al desdén de haberla casi olvidado. Cuando el abuelo Aziz mostraba cansancio o su espíritu no estaba para fantasías, ella les contaba cuentos del sin par Arum Al Raschid, y también de sus propios antepasados que poblaron inmensas regiones de América.

Chucré vio a su padre acodado en la mesa del pequeño comedor, dependencia que compartían con otra familia de árabes —un matrimonio joven y sus dos hijos pequeños— que vivían al fondo de la casa, en una sola pieza. Se acercó a él, y al advertir su lejanía no se atrevió a decirle nada, ni siquiera una frase de aliento. En la mañana Yamile había recibido la carta, y al cogerla entre sus manos sintió que le quemaba la yema de los dedos; adivinó que traía una mala noticia, y la guardó para entregársela a Chafik en la noche, después de la cena, hora en que los espíritus parecían estar más tranquilos.

A lo sumo había transcurrido una hora desde que Chafik leyera la carta, cuando regresó Chucré. Para explicar su tardanza le dijo a su madre, situada detrás de Chafik, —el rostro del hombre parecía esculpido en sal— que había pasado a la tienda de don Abraham Sheij a saludarlo, y que se había quedado porque el viejo deseaba proponerle un negocio. Yamile lo escuchó en silencio y se dirigió a la cocina donde encontró a la joven árabe, que preparaba el biberón para uno de sus hijos.

Llamado por su madre, Chucré se presentó en la cocina. A falta de espacio, comió de pie, casi encima de las mujeres, entretenidas en hablar del primer asunto que se les venía a la cabeza. De pronto se refirieron a Abraham Sheij, pues la joven le vendía baklaue y kenafe, pasteles que fabricaba para los árabes de Valparaíso. El asunto ventilado en la conversación apuntaba a saber si el viejo de veras escondía cántaros con monedas de oro bajo el catre, y si tenía

herederos. “¿No ves? —le dijo Yamile a Chucre—. A mí nunca me ha gustado que tú vayas donde ese viejo miserable. Se dicen muchas cosas de él. Nadie de la comunidad árabe lo visita ni se declara su amigo”.

Molesto, Chucre asumió la defensa de Abraham Sheij, quien le había entregado mercaderías a Chafik cuando en Valparaíso nadie lo hacía, porque le tenían desconfianza. “No es ningún viejo miserable”, rebatió, y enseguida agregó que Abraham Sheij vivía en forma modesta y que bajo su cama guardaba sus zapatos viejos, en vez de cántaros repletos de oro. Yamile retrucó asegurando que no había cojo ni manco bueno. “Si es cosa de observar el brillo de sus ojos”. A Chucre le pareció que el brillo de los ojos de su amigo se debía más bien a que irradiaban bondad. “Habla un árabe afectado”, prosiguió Yamile, al parecer empeñada en echar mano a todos los argumentos para desacreditar al viejo Sheij.

Aconsejado por otros árabes de la plaza Victoria, Chafik lo fue a ver no bien llegó a Valparaíso. Al fondo de su boliche, Abraham Sheij bebía su mate en leche, a una hora en que mermaban los clientes y él se permitía ciertas licencias (a veces cerraba para leer tranquilo), propias de quien trabajaba, no con la pasión de amasar riquezas, sino para vivir tranquilo bajo el signo del decoro. En breves palabras, Chafik le expuso quién era, sin omitir su descalabro económico, y después le solicitó que le entregara al fiado, artículos de buhonería. Antes de responder, Abraham Sheij le ofreció un mate y dátiles confitados, porque su generosidad así lo demandaba, y para poder observar mejor a ese árabe oriundo de Bolivia que se había arruinado en Iquique. Consumida una hora, y después de platicar sobre el pasado de sus vidas, se estrechaban la mano y el sirio le entregaba mercancías por un monto nada despreciable.

“¿Y si usted, don Abraham no conocía a mi padre, por qué le dio crédito?”, le preguntó Chucre al viejo, tiempo después de haberse producido el primer encuentro entre su padre y su benefactor. “Quien va a cometer una estafa, no reconoce haberse arruinado. Y por último, ¿cómo negarme a ayudar a un paisano, si conmigo también lo hicieron hace cuarenta años, cuando en el puerto había puras carretas?”

A Abraham Sheij le había fiado Khalil Elías, el árabe más acaudalado de Chile, pero como en esos tiempos llegaban a Valparaíso, desde todas las latitudes, petardistas, aventureros internacionales, actores del teatro de la vida, nadie se arriesgaba a prestar un centavo a los inmigrantes, aunque se tratase de su propio hermano. Después de seis o más intentos fallidos, Abraham Sheij logró al fin penetrar el edificio de Khalil Elías, situado en la calle Blanco, donde el libanés se dedicaba a la comercialización de ultramarinos.

Recibido en las oficinas alfombradas del establecimiento, donde había cuadros por doquier; muebles moriscos traídos desde el norte de Africa; figuras de bronce que representaban a guerreros árabes, y un aroma a buen tabaco, Abraham no dudó un instante de que iba a ser arrojado a la calle, cuando el libanés descubriera que sus pretensiones eran solicitar a crédito artículos de buhonería, y no proponer un negocio de campanillas. Así lo había manifestado a un secretario, al preguntarle éste de qué asunto quería hablar con el señor Khalil Elías.

Sentado detrás de un escritorio que debía de haber pertenecido a algún rey destronado, Khalil Elías escuchó en silencio al joven Abraham Sheij hablarle en un árabe pulcro, parecido al que usan los poetas, de todas sus desgracias y de la pérdida de su brazo, a causa del incendio y naufragio del barco que lo había traído a América. “Si te voy a dar mercancías al fiado, hijo, al menos debo tener una garantía;

es lo mínimo que te puedo pedir”.

Sin un centavo, pobre como una rata de acequia (el patrimonio del joven Sheij consistía en lo que llevaba puesto ese día, exceptuando los zapatos y la camisa, que le habían facilitado otros árabes, para mejorar su presentación), Abraham no tenía qué ofrecer al poderoso Khalil Elías, a no ser alguna de sus propias prendas de vestir. “Sólo tengo esto”, dijo, en el colmo de su atrevimiento, cogiéndose el sexo por encima del pantalón con su única mano. Sorprendido por una actitud tan extravagante como grosera, Khalil Elías empezó a agitar la campanilla hasta que le dolió el brazo. “Déle a este hombre —ordenó Khalil Elías al secretario que ingresó asustado a su oficina— un crédito de 500 pesos en mercadería, para comenzar”. Después se encaró con el joven y le manifestó que su insolencia no lo había molestado, porque él sabía valorar muy bien el símbolo de las cosas.

Esa misma tarde, en todo el comercio de Valparaíso no se hablaba sino de la audaz hazaña de Abraham Sheij. Nadie entendía cómo el legendario Khalil Elías no lo había sacado a puntapiés de su oficina, donde a menudo recibía a poderosos banqueros y corredores de la Bolsa del puerto. “Haz engañado al zorro Elías”, o “te burlaste de él”, le decían sus amigos, aunque Abraham pensaba respetar su compromiso de pagar en la fecha exacta. Así lo hizo. Cuando unos años después estableció su propia tienda en la plaza Victoria, Khalil Elías se la abarrotó de variadas mercancías, al punto que apenas se podía caminar por su interior.

Hacia 1929, Khalil Elías, como muchos empresarios, fue cogido por la crisis económica de esa época vertiginosa. No pudo sobrevivir al colapso financiero, al derrumbarse el banco y la empresa naviera que trabajaban para él. Una tarde, se suicidó de un balazo en la boca en su oficina de

transplantado califa, donde día a día levantaba su imperio.

Chucré ya vivía en Santiago, cuando recibió desde Valparaíso, despachado por ferrocarril, un paquete voluminoso donde venía un narguile, el excitante narguile del anciano Abraham, pipa que Chucré admiraba por la belleza de su diseño; imaginaba a su abuelo Aziz fumando en ese raro utensilio de bronce y vidrio traído desde el oriente. Para disfrutar de él a diario, lo puso en la chimenea, pero a la semana Marisol Libermann, su mujer, lo vendió a un anticuario, porque le molestaba tener en su pulcra y elegante casa un cachivache que, según ella, apestaba.

No bien terminara de comer en la estrecha cocina junto a su madre y la joven árabe, Chucré salió a la calle, donde Bachir, en medio de un grupo de vecinos, explicaba antecedentes de la muerte de Yvotyropea. Al observar a los curiosos, Chucré recordó el día en que murió su hermana Miriam de tos ferina. Habían transcurrido algunos años, pero él aún conservaba en la memoria los pormenores del funeral, las gentes que ponían modestos ramos de flores encima del ataúd blanco, el llanterío de su madre, abrazada al féretro, como si ese gesto le fuese a devolver la vida a su hija; Chafik ayudando a los empleados de la funeraria a trasladar el ataúd hasta la carroza, detenida a cierta distancia de la casa, porque no le había sido posible al cochero hacerla subir por la empinada calle.

Yamile se mantuvo al lado del ataúd, cogida de una de sus manillas, cuando ya no le fue posible seguir abrazada a él; más de una vez tropezó, debido a la irregularidad del terreno y a su propia debilidad. Pero continuaba asida a esa caja blanca, a ese objeto maléfico que, en sueños y por varias noches, había visto en medio del comedor, rodeado de cirios altos cuya luz enceguecía. Su hija, junto a ella, tosía empapada de sudor, hasta ponerse encarnada. Una mañana,

cuando descubrió que ya no tosía, le palpó la frente para ver si tenía fiebre: estaba helada.

Abrumado por los recuerdos de ese rato amargo, Chucre se mantuvo distante del grupo que rodeaba a su hermano Bachir, aunque éste le hacía señas para que se acercara. “Quieren darte el pésame”. Chucre se alejó; prefería caminar por los alrededores del barrio a soportar abrazos, apretones de mano, fingidas muestras de pesar. ¿Y si iba a la pensión a comunicarle a su amada la muerte de la Nativa Guaraní?

En más de una oportunidad le había hablado de su abuela guaraní, cuyo nombre Yvotyropea significaba pétalos de flor, quizás la única mujer a la que había venerado. La cabaretera, desvinculada de su familia, no se conmovía por la existencia de esa admirable abuela lejana; a ella le preocupaba su propia existencia; su familia la constituían sus compañeras de pensión, la dueña, el muchacho homosexual que barría las piezas, sus amigos ocasionales que desde países lejanos le traían obsequios y los caseros de la plaza Victoria, donde compraba sus ropas, perfumes, todas las porquerías que se echaba encima para agradar a sus admiradores nocturnos.

A punto de reventar, Chucre decidió regresar a la pensión. “¿De nuevo usted por aquí, y a estas horas?”, le dijo la dueña cuando le abrió la puerta. “Mejor vuelva mañana”. Ni ése ni otros argumentos le habrían impedido a Chucre traspasar la puerta, aunque la mujer la tenía bloqueada. “Con permiso”, dijo en tono seco. Y apartándola de su camino se dirigió resuelto hacia la pieza de la cabaretera, quien a esa hora le mostraba a un grumete los senderos del cielo. “Si no me abres, echo la puerta abajo a patadas”, bramó el joven. Desde el interior, la rubia le gritó que se fuera a la mierda, porque de lo contrario su acompañante saldría a darle una paliza memorable. “Que salga”, desafió Chucre, en la cima de su rabia, pero transcurrían los minutos y no

había indicios de respuesta. La dueña imploraba a Chucre que regresara otro día, que fuese razonable y bien educado. “Me pueden clausurar por bochinchera”, plañía, y trataba de acallar al joven, cuya decisión de ingresar a la pieza parecía ineludible. “Volveré, volveré”, dijo al fin, no sin antes propinarle una última patada a la puerta, por donde no hacía mucho había ingresado como amante victorioso.

De regreso en la calle, le pareció un lugar desconocido. Una pareja de enamorados se estrujaba contra la pared de una deshabitada casa de dos pisos. Cerca de allí se escuchaba la música de una radio y voces amortiguadas que parecían estar festejando algo. Iban a transcurrir incontables años, más de los necesarios, antes de que Chucre decidiera volver a Valparaíso, deseoso de recorrer sus calles, los barrios de su juventud, donde el pasado de las cosas dormitaba, aunque no siempre era fácil encontrarlo. Había muerto Abraham Sheij, y donde estuviera su boliche se alzaba ahora un edificio de líneas modernas, acaso el más alto de la ciudad.

También había desaparecido la pensión donde vivía la cabaretera, arrasada por un incendio que en dos horas consumió una manzana de miserables viviendas. La pensión de doña Sofía Mardónes había perdido su encanto lejano y antiguo, transformada en albergue de gentes oscuras. El propio aire del barrio, así como el de sus construcciones aledañas, no era el mismo. Todo parecía cambiado a causa de una sucesión de equívocos; su calle empedrada de huevillo, ahora estaba transformada en una cinta de asfalto negro. Otros rostros asomaban su curiosidad a las ventanas, para avisar que hacía muchos años los Magdalani, como buenos nómadas, habían marchado tras las dehesas de verano.

\*\*\*

Las hijas de Bachir Magdalani permanecieron enclaustradas como novicias durante dos semanas en su mansión de la calle Las Lilas, para atemperar la humillación sufrida. Una a otra se acusaban por haber invitado a tal o cual, a los principales conjurados de aquella alegoría de profanaciones, detonada cuando el salón se zangoloteaba al ritmo de un rock and roll vomitado por una orquesta de ocho músicos y dos cantantes. Bachir los había contratado en una famosa boite santiaguina, donde a veces se asomaba para espantar su tedio urbano de próspero mercader.

Compañeras del Santiago College las habían llamado por teléfono para indagar si estaban enfermas, pero las Magdalani se negaban con admirable porfía, a través de la servidumbre. Estrella, las excusaba diciendo que habían salido de compras, ido a Viña para acompañar a algún pariente, o daba una explicación baladí, de ésas que suenan a mentira. Hasta el mismo Bachir, escarnecido en el mundo mercantil y financiero, trataba de escabullirse de sus nuevos amigos, quienes, entre compasivos y burlones, alimentaban por lo bajo el ludibrio.

Acosado por una seguidilla de ofensas —el propio Chucre le mostraba su repudio— sugirió a Estrella una noche, que la familia hiciera un viaje a Europa por un largo tiempo, hasta que se apaciguara el escándalo. “No sé si huir sería lo aconsejable”, replicó la mujer, aunque también recibía las pullas soterradas de quienes la despreciaban porque de a poco había empezado a asumir actitudes de linajuda al amparo de su dinero, regalada por su marido con joyas deslumbrantes, abrigos de pieles traídos desde

regiones exóticas, vestidos y perfumes franceses, como si los obsequios pudiesen mudar su condición de mujer desdichada. Si en vez de esos regalos magníficos, Bachir se hubiese dignado preguntarle si era feliz.

Cuando él le propuso que se hiciera un retrato, como una manera de perpetuarla, siquiera fuese al interior de la familia, se entusiasmó a medias. Eso de posar ante un pintor le producía una vaga aprensión. Como casi todas las nuevas amigas tenían retratos de sí mismas en sus salones, se doblégó al deseo marital, aunque las dudas no cedían. Debíó bregar para convencer al pintor Gómez Hassán de acometer la empresa; el artista se escurría, porque le disgustaba la expresión agria de su boca.

¿Iba ahora a someterse a la imposición de su marido de realizar un viaje de placer que nada tenía de placer? No dudaba: en todo el viaje no cesarían las recriminaciones por lo de la malhadada fiesta, cuyo proyecto le pareció una farsa encaminada a atrapar maridos para sus hijas, como si éstos se fueran a dejar coger cuales peces atontados. Si ella se había casado a disgusto, que al menos sus hijas pudiesen buscar sus consortes en un ámbito mayor, aunque con el tiempo resultaran unas porquerías. Que se les diese la oportunidad de equivocarse, a la cual ella no tuvo acceso.

La historia de su matrimonio por conveniencia empezó cuando su padre, Zangezur Melkonian, aburrido de marcar el paso luego de haber superado la quiebra de sus negocios en Antofagasta, le propuso a Chafik Magdalani hacer una sociedad, cierta vez en que ambos se encontraron por azar en la plaza Victoria de Valparaíso. “No voy a seguir dando vueltas a la noria como un burro amarrado al malacate”, metaforizó Melkonian. Estrella era aún adolescente cuando su madre le mostró a Chucre, ese día en que Chafik, acompañado de su primogénito, fue a casa de su futuro

socio a darle la mano para sellar la sociedad. Ella miró a Chucre como si fuese su hermano mayor, y sintió por él sólo la natural curiosidad de conocer a un hijo del socio de su padre. “¿Cómo lo hallas?”, le preguntó en la noche su madre, impulsada por el ansia de ver a ambas familias unidas por la sangre y el dinero. Estrella miró al vacío e hizo un gesto ambiguo con la boca, que podía significar cualquier cosa. “¿Verdad que es apuesto?”, insistió su madre, esperanzada en arrancarle un juicio, siquiera desmadejado; ya la veía casada con un Magdalani. “Ahora, si no te agrada Chucre, está su hermano Bachir”.

Ahí comprendió Estrella que su estrella apuntaba a casarse con uno de los jóvenes Magdalani. Si sus padres lo habían decidido, nada podía hacer para impedirlo. Quizás lloraría, se amurraría por unos días, como una manera de expresar su rotunda disconformidad. Al menos, se consoló, se le permitía elegir entre dos novios. Transcurrido un mes, cuando sus padres le dijeron que Chafik Magdalani y Yamile los visitarían el siguiente domingo, para pedir su mano y saber por cual de sus hijos se inclinaba, Estrella intentó una última rebeldía de súplicas. Se lanzó en gimoteos y vanos intentos de representar el papel de doncella sacrificada a los intereses familiares, hasta que una enérgica bofetada de su padre, la restituyó a la atadura de sus tradiciones.

A la postre, dijo que prefería a Bachir; le parecía más gracioso, pues a menudo contaba anécdotas de sus abuelos Aziz y la Nativa Guaraní, de la mala sombra de Yubrail Magdalani o algunas de las peripecias de la familia, a partir del día en que se vieron obligados a huir del coronel Melchor García Ponce. En cambio, a Chucre lo veía demasiado serio, a veces hasta taciturno. Un día en que los jóvenes fueron a almorzar a su casa, acompañados de sus padres, Chucre, durante toda la comida, se limitó a escuchar lo que

se hablaba. Se puso a mirar los dos gobelinos con escenas orientales colgados en los muros, uno de los cuales le iba a regalar ese mismo día Zangezur a Chafik, porque su invitado aseguró que le recordaba otro que había en su casa de Cochabamba.

Ya concluído el almuerzo, mientras los demás comensales salían al patio a tomar el sol, Chucre prefirió quedarse en el salón para examinar cajuelas con incrustaciones de madreperla, mesas y taburetes orientales, conchas talladas, un laúd y un tubbale, instrumentos que el difunto padre de Zangezur Melkonian sabía tocar. E infinidad de objetos artesanales traídos por aquél, desde Siria, donde había vivido desde niño a causa de las persecuciones y matanzas a que se veían sometidos los armenios en su tierra.

310 Penélope del Pilar y Andrea acogieron encantadas la idea paterna de viajar a Europa. Permanecer ocultas, lejos de sus amistades, como si estuviesen apestadas, las sulfuraba. Hasta los diarios y revistas se referían a lo que alguno tituló: “Escandalosa fiesta en mansión de magnate árabe”. Si al menos hubiese dicho “Magnate italiano”, se lamentó Andrea. Cada vez que leía en la prensa la chismografía acerca de la fiesta, junto a su hermana y a su madre, daba chillidos y profería insultos contra esos periodistas asquerosos que revolcaban a la familia en su propio estiércol.

Cuando subió durante la fiesta a uno de los baños de la planta alta de su mansión y advirtió cómo se escurría el agua por debajo de la puerta, supuso que se trataba de una avería, pero al ingresar vio una escena de espanto: el piso estaba cubierto de inmundicias. De puntillas salió del baño, tratando de esquivar los cagajones en medio del agua hedionda. A sus gritos acudió su padre y una sirvienta de confianza.

Después vendría otro y otro desmán. “Quizás se trata de

accidentes casuales”, se consolaba Bachir, mientras recorría su casa en vías de ser asolada. En un momento pensó que acaso había algún loco entre los invitados, pero estaba lejos de imaginar que no había ningún cuerdo. ¿Por qué a él, a Bachir Magdalani, tenía que haberle sucedido “eso”? La noche anterior a la fiesta, cerca de las dos de la madrugada, mientras revisaba en el escritorio papeles que le habían traído sus empleados, oyó venir del salón ruido de dados, y una conversación animada de árabes que jugaban tauli. Se sobresaltó, pues nadie sabía hablar árabe ni practicaba ese juego oriental en su casa. El mismo, en su oportunidad, se había mostrado remolón para aprender el árabe, aunque Chafik y Yamile se esforzaron en enseñarlo a sus hijos, desde muy pequeños. Chucré, menos reacio, lo chapuceaba, si bien trataba de no hablarlo delante de los árabes cultos, pues el suyo era el lenguaje propio de los “falaha”. ¿Soñaba, o el cansancio le hacía escuchar ruidos, de esos que había oído en su niñez, cuando asistía a los ardorosos partidos de tauli entre las visitas y los miembros de la familia?

¿Y si el ruido de dados correspondía al goteo de alguna llave mal cerrada y la conversación en árabe consecuencia del viento juguetero de primavera? Dejó de revisar los papeles. Se puso de pie y caminó hacia el salón, donde se guardaba un juego de tauli enchapado en madreperla, obsequiado a su padre por un diplomático árabe. A medida que se aproximaba, crecía el ruido de los dados, los gritos, las exclamaciones de asombro de quienes presenciaban el juego. De golpe, abrió la puerta, para sorprender a los perturbadores que, no lo dudaba, habían ingresado allí en forma subrepticia.

El salón estaba iluminado en todo su esplendor, pero nadie había en él, aunque sobre un taburete reposaba el tauli abierto, las fichas puestas en las diversas casillas, los

dados marcando un número, en una señal inequívoca que los jugadores de súbito se habían ausentado por una causa inexplicable. Bachir vio vasos servidos con árak, a medio llenar; encendido el viejo narguile, donde fumaba su abuelo y después su padre en las tardes de tedio; platos rebosantes de aceitunas, almendras saladas, bolitas de kubbe, maní, y ceniceros donde aún humeaban restos de cigarrillos. Al sentir la proximidad del pánico, cerró la puerta y echó tierra a sus desvariados pensamientos, mientras se alejaba en dirección a su dormitorio.

A la mañana siguiente, luego de desayunar aprisa, le preguntó a su mujer si ella o sus hijas habían tenido invitados en alguna hora de la noche. “Nadie ha venido desde hace dos días”, respondió Estrella, más preocupada de revisar la extensa lista de invitados y otros detalles menores de la fiesta, que de satisfacer la inquietud de su marido. Un rato después, le preguntó al mayordomo en qué estado se hallaba el salón esa mañana. “Siempre se ha mantenido en orden, señor”, respondió el aludido y agregó que desde hacía una semana, permanecía cerrado por instrucciones de la señora Estrella.

Al concluir la fiesta, en tanto Bachir nadaba entre los despojos del naufragio, recordó la escena de la noche anterior. Cada detalle le pareció una advertencia lejana de sus familiares muertos. ¿Qué significados se confundían allí? Él se había negado a aprender el tauli, por parecerle un entretenimiento vulgar, propio de esos árabes de la calle Patronato que en las tardes, luego de cerrar sus tiendas, se reunían en medio de un bullicio infernal a jugarlo en el “Caracum”, un café donde recreaban sus nostalgias.

Cuando Bachir pasaba a veces por allí en su limusina negra guiada por su chofer, los veía sentados alrededor del tauli en sus ratos de ocio. Estaban absortos en las

alternativas del juego, mientras bebían café, árak, y en una variedad increíble de platillos picoteaban las delicias árabes, lanzando maldiciones o palabras de júbilo cuando los dados, al rodar sobre el tauli, marcaban un número. En medio del humo de sus cigarrillos o de un narguile, se veían sus rostros de árabes nostálgicos, de inventores de historias, unos entregados a vivirlas, otros a soñarlas. Algunos árabes más viejos, de barbas luengas, albas como la espuma del mar, conversaban, dormitaban, leían gruesos libros ajados o templaban sus nervios a través del mesbaha.

Nada dijo Estrella cuando el mayordomo retiró del salón, dos días antes de la fiesta, por orden de las señoritas Penélope del Pilar y Andrea, la fotografía de Aziz Magdalani, sacada en Cochabamba cuando tenía alrededor de treinta y cinco años. Vestido a la usanza árabe, con el infaltable hatta sobre la cabeza —el pañuelo de la identidad— lucía todo el encanto de sus ojos soñadores, el gozo infinito de su boca —albergue de proverbios— y la frente luminosa, como si llevara escritas en ella historias nunca narradas.

La noche de la fiesta, en algún momento, Estrella se había retirado a su dormitorio, a descansar y retocarse el maquillaje. Cuando regresaba al salón, vio desde la escalera a un joven brincar y darle impulso a la enorme lámpara de cristal de Bohemia, que en otras épocas de gloria había pertenecido a un banquero de Copiapó. La lámpara empezó a desplazarse en un loco vaivén, entre el tintineo de las lágrimas y la sensación que el salón giraba en forma vertiginosa. “Puede haber un cortocircuito”, gritó un sirviente de librea y guantes blancos. Para evitar una desgracia, Bachir en mala hora apagó la luz de la lámpara: la relativa oscuridad estimuló a los invitados a lanzar gritos guerreros, a arrojar el whisky de sus vasos al suelo y a emprender el asalto final.

¿Tenía alguna legitimidad —se dolía Bachir— ese escarnio infligido a la familia por aquella chusma de aristócratas, por la sola razón que los Magdalani aspiraban a rectificar un error histórico? En sus averiguaciones había llegado hasta consultar a los agregados culturales de las embajadas de Italia y Francia, para que le aclarasen, de primera agua, si su apellido tenía origen en alguna de las dos nacionalidades. De seguro, a través de los años, el apellido Magdalani había sufrido transformaciones de escritura y fonética; siendo así, había que buscar su equivalente en italiano, o en último caso, en francés. Magdalanit, Magdalini, Magdalení, Magdaloni; por ahí estaba la cosa. “La terminación de nuestro apellido es italiana”, insistía Bachir; “o quizás francesa”, agregaba Penélope del Pilar, entusiasmada como una adolescente que ha descifrado el enigma de la reproducción.

Hubo un momento en que el pasaporte del viejo Aziz empezó a ser buscado por todas partes, como si fuese la lámpara de Aladino; sin embargo, nadie en la familia recordaba haberlo visto jamás. A tal punto llegó la premura de encontrarlo, que Bachir escribió a su primo Felipe Magdalani a Bolivia —a quien no veía desde hacía 30 largos años— para indagar si él u otro de los Magdalani de ese país sabía algo del pasaporte.

Dedicado Felipe Magdalani a ejercer la profesión de médico en una zona rural fronteriza, respondió con una extensa carta al cabo de un mes. En ella decía ignorar el paradero del huidizo pasaporte, y añadía que Soraya, su madre, reconocía haberlo tenido en sus manos el día en que se casó con Amín, pues anhelaba ver el documento por el puro placer de novia antojadiza de tocar esa maravilla impregnada de historia y recuerdos en decoloración. Y agregaba que también le había preguntado a su padre

sobre el particular. El viejo Amín, enfermo de la memoria, agobiado por nostalgias de la niñez, se limitó a hablar de su padre Aziz, de la alfombra mágica y de que él muy bien sabía dónde estaba oculta. Por otra parte, su tío Said, dedicado año tras año a viajar a las ruinas de Tiahuanaco para presenciar el solsticio de invierno y las estrellas desde esa latitud, tampoco supo entregar una orientación adecuada, aunque creía que el pasaporte había sido llevado a Chile, donde pudo haberse extraviado.

“No pasa de ser un juego ocioso este asunto del apellido”, sostenía Chucre cuando su hermano le hablaba de un modo majadero, en las oficinas compartidas por ambos en el centro de la ciudad, de la conveniencia de investigar a fondo el origen del apellido Magdalani. “Y cuando lo descubramos, ¿qué vamos a hacer?”, indagaba Chucre, sumergido en las finanzas de sus empresas. “De lo que se trata —insistía Bachir— es de reparar un error histórico”.

Al comprobar Bachir que a su hermano mayor le importaba un pepino la historia del apellido, decidió proseguir la investigación en secreto, respaldado por sus exaltadas hijas. Fue así como por primera vez ingresó a la Biblioteca Nacional, para consultar una serie de libros añosos sobre gentilicios, según bibliografía proporcionada por un profesor de historia heráldica, a quien localizó a través de un aviso en el diario.

Esa mañana de invierno en que Bachir apareció en la biblioteca, experimentó una sensación de pequeñez. Las columnas del edificio, versión aumentada de las de su mansión, las salas espaciosas, el hormigueo de gente que entraba y salía, los estudiantes silenciosos acodados sobre libros, resultaban para él una experiencia desacostumbrada. La elegancia de su ropa, hecha por un sastre italiano (había creído que ir a la Biblioteca era poco menos que

un acontecimiento social), contrastaba con el modesto vestuario de la mayoría. Acaso se toparía con amigas de su mujer, aunque no divisó a ninguna. De seguro a esa hora se deleitaban en exposiciones de pintura, o en quermeses de caridad.

A cualquiera habría querido encontrar en la Biblioteca, antes que a la calamidad de su sobrino Jorge. Como si todo se hubiese conjurado esa mañana para irritar una vieja úlcera, lo vio acercarse a su mesa donde consultaba un libro de gentilicios italianos.

Si ante los ojos de Jorge Magdalani hubiese pasado por el salón de la biblioteca un cortejo fúnebre, o un desfile militar, su asombro habría sido menor que el de divisar allí al tío Bachir. Deseando evitarle un bochorno, lo saludó de lejos, alzando una mano. Al ver esa aparición indeseable, Bachir cerró enfadado el libro y ocultó la tapa. Aunque hacía frío, sintió arder la cara y las orejas como en los buenos tiempos, cuando hasta la menor reprimenda de Yamile le producía una vergüenza petrificante.

Sin necesidad de averiguarlo, Jorge descubrió que su tío buscaba antecedentes históricos sobre el apellido Magdalani. Ya su padre le había comentado las excentricidades de Bachir y sus hijas, su enfermiza manía de escarbar el pasado, como si el presente fuese un baldón. También se enteró de esa chifladura a través de su hermana Renata, a quien sus primas Pilar y Andrea no sabían si era atinado invitar a la fiesta. Les molestaba su permanente inclinación a sostener su descendencia árabe, expresada en diversos actos públicos y mostrar su irrestricto apoyo a la causa del pueblo palestino.

El día en que Renata apareció fotografiada en el diario, encadenada a las rejas de la embajada de Israel, junto a otros estudiantes universitarios, para conmemorar la matanza

de palestinos en la aldea de Deir Yassín, a las primas se les oscureció el horizonte. Desde hacía tiempo, Renata trabajaba en un comité de defensa de la causa palestina. Ella junto a otros adherentes, habían elaborado un documento donde manifestaban que la forma de cómo se había realizado la partición de Palestina, obedecía al interés de los sionistas de evitar dividir el territorio en dos, Norte y Sur, como recomendaban algunos países. En cambio, las Naciones Unidas habían creado infinidad de cantones o burbujas sin establecer límite alguno, con el propósito de entregarle en bandeja a los usurpadores, las herramientas necesarias de ir conquistando e incorporando uno tras otro, al nuevo Estado de Israel, los territorios asignados a los palestinos.

Jorge había pensado en más de una noche, aparecer por la fiesta de sus primitas vestido de árabe. Cuando esa mañana encontró a su tío en la biblioteca, no dudó en montar la inusual broma. Al llegar a su casa a la hora de almuerzo, comió a la carrera y enseguida subió al desván, donde había visto un añoso baúl de cuero en el cual su padre conservaba algunos recuerdos de familia, incluida una vestimenta árabe que había pertenecido al legendario Aziz Magdalani.

Un sábado del mes de octubre, se llevó a cabo la fiesta de estreno en sociedad de Penélope del Pilar y Andrea Magdalani, en su residencia de calle Las Lilas.

Cuando las hermanas vieron entrar al jardín a un personaje vestido de árabe, en medio de un alboroto de faisanes, corrieron a avisarle a su padre, por si se le había ocurrido el peregrino disparate de invitar a algunos miembros de las embajadas árabes. Aunque contrariado, Bachir, como buen anfitrión, salió a recibir al personaje. Al reconocer a su sobrino, de un ala se lo llevó a la biblioteca, donde en un breve sermón, a la manera de su padre, lo acusó de querer arruinar la fiesta de sus hijas y le dijo que,

si de veras respetaba a la familia, se sacara de inmediato esa ridícula vestimenta. “¿Acaso no le recuerdo a nadie, tío Bachir?” El aludido sintió vergüenzas ajenas y propias, como si él fuese su único depositario, mientras notaba pegajosa la ropa recién cambiada. “Esto es una provocación inaceptable; te ruego que salgas de inmediato de mi casa”.

Desde el balcón del segundo piso, Estrella divisó a Jorge, y como se afanaba en arreglos de última hora, no supo quién era. Sólo vio salir a un hombre vestido de árabe, entre la algazara de los invitados y un nuevo gorgoriteo de faisanes. De pronto recordó la fotografía del mítico Aziz, por años colgada en el salón, y se le ocurrió pensar que ese personaje de mirada nostálgica era el mismo que parecía brincar sobre las plantas acuáticas, haciendo cabriolas. Asustada, corrió al encuentro de Bachir. El hombre se demudó cuando su mujer le dijo que había visto a Aziz Magdalani correr por el jardín. Parecía volar, fantaseó, en un momento de euforia. Habría querido decir: volar en una alfombra mágica. Pero no se atrevió a tanto.



## Algunas Obras del autor

"Festín para inválidos".(Novela). Premio Nicomedes Guzmán, de la Sociedad de Escritores de Chile. 1971.

"De como fue el destierro de Lázaro Carvajal".(Novela).Premio Municipal de Literatura de Santiago. 1989.

"El viajero de la alfombra mágica".(Novela sobre la inmigración árabe a América). 1991.

"Cantarrana no es la luna". (Novela). 1993.

"El otro Caín". (Novela). 1997.

"Historias que caben en un dedal". (Cuento). 2004.

"Hoy, mañana del ayer". (Novela). 2006.

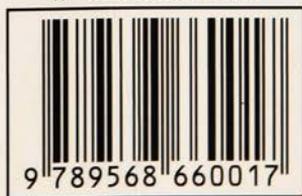
Columnista de diario "La Epoca", "La Nación" y revista "Punto Final"

# Walter Garib

## El viajero de la alfombra mágica

Amanecía en Santiago. Desmoronado en el sillón de cuero de su biblioteca, mientras observaba la lluvia desmadejada de octubre golpear los cristales del ventanal —como llamando al pasado— Bachir Magdalani se puso a recordar aquellos lejanos días de su niñez. Se veía junto a sus hermanos escuchando a su abuelo Aziz Magdalani, quien les narraba entre infinidad de cuentos de Las Mil y Una Noches, el de la alfombra mágica. El ruido de la lluvia primaveral, una estridencia líquida, se le antojó las pretéritas voces de estupor de la concurrencia infantil, la cual se mostraba en extremo asombrada que el abuelo se hubiese venido desde Palestina, volando en una alfombra.

[www.novaterrae.com](http://www.novaterrae.com)



9 789568 660017